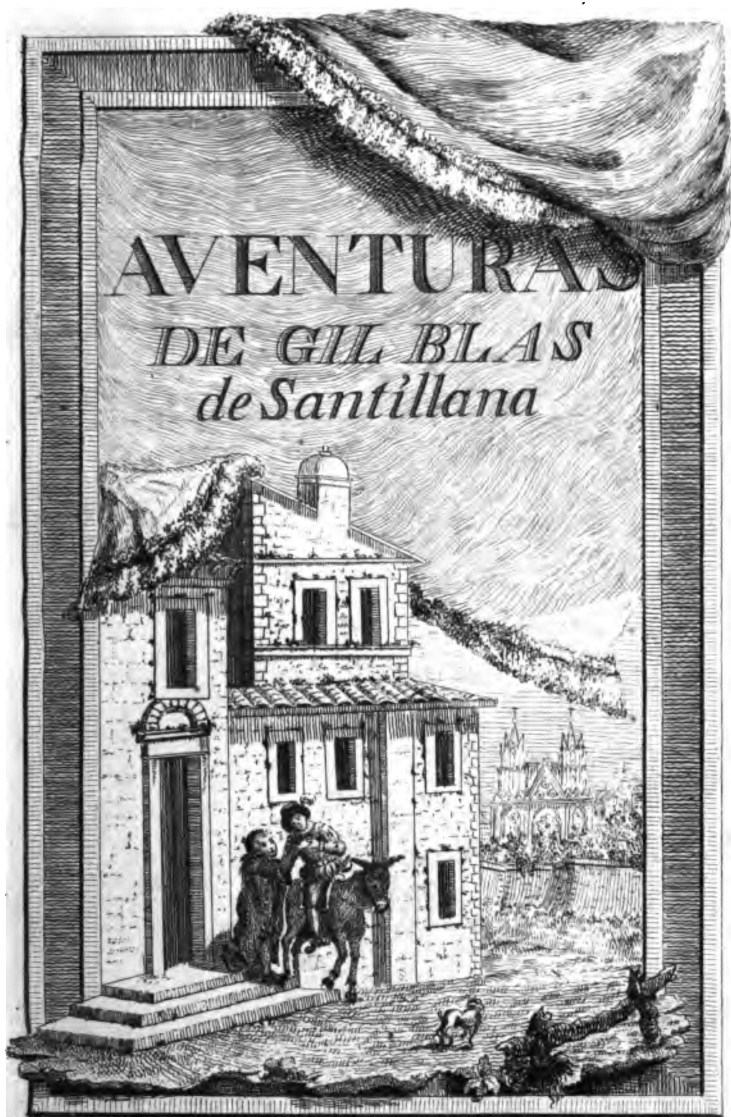

TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA



AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA.
TOMO PRIMERO.



Franco Mollera las gravó M 1789

AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA
ROBADAS A ESPAÑA,
Y ADOPTADAS EN FRANCIA
POR MONSIEUR LE SAGE,
RESTITUIDAS A SU PATRIA
Y A SU LENGUA NATIVA
POR UN ESPAÑOL ZELOSO
QUE NO SUFRE SE BURLEN DE SU NACION.

TOMO PRIMERO.



CON PRIVILEGIO:
EN VALENCIA Y OFICINA DE D. BENITO MONFORT.
MDCCLXXXVIII.

CONVERSACION PRELIMINAR,

QUE COMUNMENTE LLAMAN PRÓLOGO Y DE DICATORIA AL MISMO TIEMPO,

A LOS QUE ME QUISIEREN LEER.

Señor Lector: No estrañe V. el tratamiento. Es cierto, que en casi todos los Prólogos se usa *tutear* á los Lectores. Tambien lo es que yo, llevado de la costumbre, en tal qual friolera que he dado á luz, me he dexado arrastrar de esta, al parecer mala crianza. Estoy por ahora arrepentido; propongo la enmienda, pero sin constituirme fiador de mi perseverancia.

Por malo que sea un libro puede tener Lectores de todas clases, á quienes correspondan tratamientos muy diferentes, sean los *tues*, los *ustedes*, los *usias*, los *ausencias*, *paternidades*, los *ilustrisimos*, los *excelencias*, los *altezas*, los *magestades*; y hasta los mismos *santidades* y *beatitudes* los leen. ?No seria desacato y una avilantez intolerable introducirse á la conversacion de tan altos personages, tratándolos con un *tú por tú*, y con la gorra calada? ¿*En qué bodegon hemos comido*? me pre-

gun-

guntarian, ó (lo que seria peor) mandarian á algun lacayo que me moliese á palos, y en verdad que no les faltaria razon.

¿Qué remedio para evitar una rusticidad tan selvática? No hay otro que el que ya está admitido en todas las Naciones cultas. Siempre que hay necesidad de hablar por escrito con personas de diferentes clases, se sacan de un mismo exemplar las copias que se consideran precisas, y quando se llega al tratamiento del sugeto con quien se habla se escribe una sola *V*, que es la letra inicial de todos los tratamientos respetosos, para que cada uno se aplique aquel que le corresponda.

Esto supuesto, todas las veces que hablando yo en el Prólogo con el Lector le sirva con una *V*, sea de la figura que se fuere, él mismo se aplicará el tratamiento que le toca, y no podrá quejarse de que no se le dá aquello que se le debe.

Pero si en todo Prólogo seria de desear que se practicase esta buena crianza, en un Prólogo Dedicatoria, como lo es el presente, seria especie de locura no ponerla en práctica por mi propia autoridad.

No solicitando yo otros Mecénas que mis

Lec-

Lectores para esta casi mecánica fatiga, vámos claros que seria linda gracia introducirse á implorar su proteccion y su benevolencia perdiéndoles el respeto. Por tanto, señor Lector, mi venerado dueño, no tema V. que le trate como pudiera á un gañan; estimo mucho á V., venero mucho á V. y necesito mucho de V., para exponerme á merecer su desprecio, quando imploro y necesito tanto de su favor.

Ni los autores, ni los traductores ó copistas (entre los quales suele haber bien poca diferencia) debémos temer otros enemigos que nuestros propios Lectores. Si lográmos que estos nos abriguen, y se contenten de nosotros, se nos debe dar un pito por todos los demas que no nos leen. Defiéndannos de sí mismos los primeros, y ládrennos quanto quieran los segundos. Harémos con ellos lo que hacen los mastinazos con aquellos gozquecillos que les ladran de memoria:

Alzan la pata, los mean,
y prosiguen su camino.

Añádese á esto, que los libros solamente se escriben para que se lean; con que por su misma naturaleza parece que están ya dedicados únicamente á los Lectores. Ponerlos ba-

xo la proteccion de uno que quizá no los leerá, como suelen hacer muchos Personages de alto bordo, parece que es sacar las cosas de su quicio, y viene á ser casi lo mismo que regalar á uno que en muestra de agradecer la buena voluntad, paga la maula mas de lo que vale el regalo, y tal vez sin mirarle le vuelve á los hocicos de quien se le envia, ó le reparte entre sus criados y familia.

Aun hay otra ventaja tanto de parte del Escritor, como de parte del Mecénas, en dedicar las obras á los Lectores. Como el autor ó el traductor no sabe quienes serán estos, excusa las mentiras, lisonjas y adulaciones; de que suelen estar atestadas las Dedicatorias; pues ignorando las circunstancias de las personas particulares, está dispensado en hacer su panegírico; y los Lectores de juicio sólido y de gusto delicado no padecen el sonrojo de verse alabados cara á cara. *Sabida cosa es* que nada empalaga tanto á un hombre machucho y de buen seso, como verse alabado facha á facha, y, como dicen, en sus mismas barbas. *Quem, si male palpere, recalcitrat undique totus.*

Esto supuesto, señor Lector y venerado dueño mio, dé V. por concluida la Dedicatoria, y dé-

démos principio entre los dos á la *conversacion preliminar*, que en vulgar se llama Prólogo. Sospecho que tendrá V. varias preguntas que hacerme, y así comienzo, porque estoy pronto á servirle, y en quanto pueda á satisfacerle.

Preguntará V. (como si le oyera) ? por qué razon, ó con qué fundamento se dice en el fróntis de esta version que las Aventuras de Gil Blas fuéron adaptadas por Mr. Le Sage, quitándole el honor de ser su padre legítimo y natural? Pues qué? No lo fué ciertamente aquel Monsieur?

¿Qué llama *ciertamente*, señor Lector? En los partos metafóricos del entendimiento hay casi las mismas dudas (si ya no son mayores) que en los físicos, corporeos y materiales. En estos se sabe, ó se puede saber con certeza, la madre que los parió, pero nunca se puede saber con la misma el padre que los engendró. Para atajar los inconvenientes que estas dudas podian producir acudió la ley con la famosa decision: *Pater est, quem nuptiæ demonstrant*; pero como en las producciones mentales no hay matrimonio que las legitíme, tampoco estámos obligados á creer que sea su verdadero padre el que suena serlo en el fron-

tispicio, salvo únicamente en las producciones de los Libros sagrados. La corneja que se vistió de plumas agenas, es una mera fábula. Solamente los ladrones y los plagiarios son las cornejas verdaderas.

Convengo en eso (me replicará acaso V.) mas quisiera yo saber ¿qué fundamento hay para agregar á esa especie cornejiana á nuestro bonísimo Monsieur? El mas sólido y el mas grave que cabe en una prudente conjetura. Sus mismos paysanos y panegiristas modestamente lo confiesan, y aun lo prueban con hechos, al parecer concluyentes. Los imparciales y moderados autores del *Dictionaire historique portatif*, esto es, *Diccionario histórico portátil* ó manual, los quales formaban una compañia ó asociacion de Literatos de Paris, hombres todos maduros y retirados del gran mundo, que no pertenecian á cuerpo alguno Regular, Eclesiástico, Político, ni Académico; y por consiguiente estaban libres de todo espíritu de cuerpo ó de partido. Quando llegan á tratar de Monsieur Alano Renato Le Sage en la edicion de Amsterdam de 1771., tom. 4, pag. 145, dicen así en su nativo idioma.

Sage (Alain René Le) Poete françois, ne á

Ruys

Ruys en Bretagne vers l' an 1677, mourut en 1747 á Boulogne-sur-mer. Son premier ouvrage fut une traduction paraphrasée des Lettres d' Aristenete, Auteur Grec. Il apprit en suite l' Espagnol, & gouta beaucoup les Auteurs de cette Nation, dont il á donnè des traductions, ou plutot des imitations, qui ont eu beaucoup de succés. Ses principaux ouvrages en ce genre sont: 1. *Guzman d' Alfarache en 2 vol. in 12° ouvrage, oú l' Auteur fait passer le serieux á travers le frivole qui y domine.* 2. *le Bachelier de Salamanca en 2 vol. in 12°, roman bien ecrit, & semé d' une critique utile des moeurs du siecle.* 3. *Gil Blas de Santillane en 4 vol. in 12.° On y trouve des peintures vraies des moeurs des hommes, des choses ingenieuses, & amusantes; des reflexions judicieuses mais quelque fois prolixes. Il y a du choix, & de l' elegance dans les expressions & assez de nettetè dans les recits.* 4. *Nouvelles aventures de D. Quichote en 2 vol in 12.° Ce nouveau D. Quichote ne vaut pas l' ancien; il y a pour tant quelques plaisanteries agreables.* 5. *Le Diable voiteux 2 vol. in 12°, ouvrage qui renferme des traits propres á egayer l' esprit & á corriger les moeurs.* 6. *Melanges amusans, des saillies d' esprit, & de traits historiques les*

plus

plus frappans in 12°. Ce recueil est, ainsi qui tous ceux de ce genre, un melange de bon & de mauvais:: Cet Auteur avoit peu d' invention, mais il avoit de l' esprit, du goût & l' art d' embellir les idées des autres, & de se les rendre propres. Este pasage traducido fielmente en nuestra lengua, dice así:

» Alano Renato Le Sage, Poeta frances, » nació en Ricis de Bretaña hácia el año de » 1677 y murió en el de 1747 en Bolonia » de Francia. Su primera obra fué una traduc» cion parafrástica de las *Cartas de Aristenete*, » autor griego. Aprendió despues la lengua » española, y le gustó tanto, que *publicó mu» chas traducciones*, ó por mejor decir imita» ciones de ella. Sus principales obras *en este » género* fueron: 1ª *Guzman de Alfarache*, en » dos tomos de 12°; obra en que el autor in» troduce lo sério á vueltas de lo frívolo que » en ella domina. 2ª el *Bachiller de Salaman» ca*, en dos tomos en 12°; novela bien escrita, » y sembrada de una crítica provechosa de las » costumbres del siglo. 3ª, *Gil Blas de Santi» llana, donde se encuentran pinturas muy pro» pias y muy vivas de las costumbres de los hom» bres, cosas ingeniosas y divertidas*; reflexîo-

» nes

» nes llenas de juicio, aunque alguna vez pro-
» lijas. El estilo, sin dexar de ser natural, es
» elegante, las voces castizas, y la narracion
» fluida, limpia, y desembarazada. 4.ª Nue-
» vas aventuras de Don Quixote, en dos to-
» mos en 12.º Este nuevo Don Quixote no
» llega al antiguo, ni con mucho. 5.ª El *Dia-
» blo Cojuelo*, dos tomos en 12º; obra don-
» de se encuentran algunos pasos que sir-
» ven á la diversion y á la enseñanza. 6ª, *Mis-
» celanea de materias divertidas, é ingeniosas,
» y de curiosos históricos sucesos*: coleccion en
» que hay bueno y malo, como en todo gé-
» nero de colecciones:: Este autor tenia po-
» ca invencion, pero estaba dotado de inge-
» nio y de buen gusto como tambien de un
» gran talento, para engalanar las ideas ó
» conceptos de otros, haciendo suyos los pen-
» samientos agenos.

Hasta aquí dichos autores del *Diccionario histórico manual* en el artículo de Mr. Le Sage. Y pues los mismos paysanos y elogiadores, hombres por otra parte de la mayor imparcialidad, y de una delicadísima crítica, cuentan al *Gil Blas de Santillana* entre las traducciones ó imitaciones de la lengua española, en

que

que Mr. Alano exercitó el *gran talento* de hacer suyos los pensamientos agenos : ¿ qué mayor fundamento habia yo menester para desplumar al Frances corneja, y restituir al Español Gil Blas, en su pelo ó su pluma original?

Pero si V. quiere saber de mí qué Español fue el verdadero padre de aquel hijo, y cómo, ó por donde vino á parar la pobre criatura en manos del señor Frances, eso es en lo que no le podré servir con la seguridad que yo quisiera y V. mismo deseára. Solo he podido averiguar que el tal Mr. Le Sage estuvo muchos años en España, segun unos como Secretario, y segun otros como amigo ó comensal de un Embaxador de Francia. Que su inclinacion á nuestra lengua, y lo mucho que le gustaban los graciosos escritos satíricos y morales, que poco antes se habian publicado en ella, algunos anónimos, y otros con el nombre de sus verdaderos autores, le incitó á solicitar el conocimiento y trato con los unos y con los otros. Tuvo estrecha amistad con cierto Abogado andaluz que le dió el famoso *Sueño político* que comienza : *Pasaba yó el Bocalini por estudio ó por recreo*, el qual era una furiosa sátira contra el Ministerio de Es-

España : que este mismo Abogado le confió á Mr. Le Sage el manuscrito de la Novela de Gil Blas, que era otra mas graciosa, mas llana y mas inteligente sátira contra el gobierno de los grandes señores, que succesivamente se vieron á la frente del Ministerio, para que traducido en Frances le hiciese estampar en Paris, y publicar como nacido en aquel Reyno, supuesto que durante el actual Gobierno de España no se podia imprimir en ella sin que peligrase la vida del Impresor, y de todos los que tuviesen parte en su publicacion. Aun hay otra razon muy poderosa para creer que Le Sage no fue el verdadero autor de esta graciosa novela. Qualquiera que la lea se persuadirá que se escribió en los reynados de Felipe III y Felipe IV, cuyos Ministros y Privados son satirizados en ella. Mr. Le Sage, habiendo nacido el año de 1677, en que ya habia muerto Felipe IV, no podria venir á España, ni como Secretario ni como amigo ó comensal del Embaxador Frances hasta fines de aquel siglo ó principios del siguiente : tiempo en que ya Gil Blas andaria oculto en las manos de algunos curiosos, como escrito anónimo y de autor desconocido. Y así como dicho

cho Mr. se aficionó tanto á nuestras novelas para imitarlas ó traducirlas en su idioma, es de creer que executase lo mismo con la de Gil Blas, haciéndole que hablase de molde, y en Frances lo que antes habia hablado en Castellano, y manuscrito. Esto es quanto he podido averiguar en el asunto, pero sin documentos suficientes que lo prueben, ni testimonios respetables que lo califiquen. Lo que á mí me parece del texido de esta relacion es, *che si non sia vero, al meno é bene trovato*. Y así señor Lector de mi alma, y mi estimadísimo Mecénas, puede V. creer aquello que mejor le pareciere.

Lo que no admite duda es, que en el tercero y quarto tomo de Gil Blas se habla con menos respeto del que fuera justo de aquellos dos grandes señores, nombrandolos con todos sus pelos y señales, á pesar de la veneracion tan debida á sus personas, aunque no fuera mas que por su alto nacimiento. No se me esconde que no los tratan con mayor miramiento algunos historiadores, aun de nuestros nacionales; pero como semejantes exemplos no deben servir á la imitacion, tampoco á mí me hiciéron fuerza, y así disfracé en la

tra-

traduccion sus títulos y dictados, sin faltar á la verdad. Los que están instruidos en la historia, ya lo sabrán aunque yo quiera ocultarlos; á los que no lo están no se lo quiero decir.

Viendo estoy, señor Lector, que todavia no acaba V. de persuadirse á que el Escritor Frances no sea el verdadero padre de Gil Blas, porque dirá: si fuera Español el autor de este romance, no es verisimil que siendo tan hábil y tan instruido en la Geografia y Mapa de España, como se manifiesta en toda la obra, incurriese en el garrafalísimo despropósito que se lee en el tom. 4 lib. 10 cap. 1, donde se dice que habiendo Gil Blas y su fiel criado Scipion partido de Madrid para Asturias *durmieron la primera noche en Alcalá, y la segunda en Segovia.* Saben hasta los mas zafios arrieros de España que Alcalá respecto de Madrid está á la parte opuesta de Asturias y de Segovia, y por consiguiente que era menester volver á pasar por Madrid, ó por sus aledaños para dormir la segunda noche en Segovia. Añádese á esto, que desde Alcalá á dicha Ciudad de Segovia hay por lo mènos 20 leguas, con un gran puerto que pasar. No era verisimil que se encontrase en España alqui-

** la-

lador, ni mucho ménos calesero tan poco amante de sus mulas que las quisiera exponer á la fatiga de andar en un dia el camino que dificilmente se puede concluir en dos. De donde se infiere que de ningun manuscrito Español, y mas tan bien pensado como el manuscrito en qüestion, pudo tomar el Escritor Frances tan craso y desatinado error, y consiguientemente que fué originalmente suyo el romance de Gil Blas.

Péro dígame V., veneradísimo señor Lector, ¿y no pudo Mr. Alano Renato escribir muy de propósito este despróposito para ocultar mejor su hurto? ¿Piensa V. que solo Caco, numen tutelar de los ladrones, tuvo habilidad para inventar ciertos artificios que deslumbrasen á los curiosos indagadores de sus ingeniosos y delicados robos? No señor; esta habilidad, en mayor ó menor grado, la han poseido todos los ladrones de las bolsas, y todos los plagiarios de los libros. Pues ahora, siendo tan celebrado *Mr. Le Sage por su gran talento de hacer suyos los pensamientos agenos*, considere V. si le faltaria el de dexarse caer adredemente tal qual error garrafal para ocultar mejor su juego, y tener el hurto mas encubierto.

Pe-

Pero en conclusion, ¿para qué nos cansamos? ¿ni á qué fin es aporrear la Sibila, quando está tan claro el oráculo? ¿Qué necesidad hay de probar que el *Gil Blas de Santillana* fue originalmente Español, quando sus mismos paysanos y panegiristás lo confiesan? ¿No cuentan ellos esta obra *entre las traducciones ó imitaciones* de la lengua española, en que se exercitó Mr. Le Sage? ¿No dicen que sus principales obras *en este género fueron el Guzman de Alfarache, el Bachiller de Salamanca, el Gil Blas de Santillana, el Diablo Cojuelo &c.*? ¿No añaden inmediatamente, *que este escritor tenia poca invencion, pero que estaba dotado de ingenio y de buen gusto, como tambien de un gran talento, para vestir de gala las ideas, y hacer suyos los pensamientos agenos*? ¿Pues qué mas habia de menester yo para tenerle por un Español afrancesado, desnudarlo de su trage purísimo, vestirle de Maragato, presentarle en calzas y jubon, haciéndole hablar en su lenguage propio, castizo, primitivo y natural.

Viendo estoy que todavia no está V. muy sosegado, y tiene algo que replicarme ó proponerme. Si el que ha hecho esta restitucion

es

es un viejo colmilludo, ó *carrasqueño* (como èl mismo se llama) *y que no sufre cosquillas, quando se trata de minchonar*, ó burlarse de su Nacion, ¿cómo un hombre de su edad ha empleado tan mal el tiempo en una obra semi-bufonesca, tomándose una fatiga, que sobre tener tanto de mecánica parece muy agena de sus años, y quizá tambien de otras sus circunstancias personales, de las quales se podian esperar trabajos mas serios, mas útiles, y no menos divertidos? Vamos poco á poco, que la réplica, ó la preguntilla pica en historia, tiene varios cabos que atar, y es menester cogerlos todos.

En primer lugar, por lo mismo que soy viejo colmilludo, carrasqueño, y muy amante de mi Nacion, no podia ni debia sufrir que un frances, fuese el que fuese, se nos viniese con sus manos lavadas, ó por lavar á querernos persuadir que un Asturiano nacido (como él asegura) del Puerto de Pajáres allá habia sido engendrado, concebido y parido del otro lado de los Pyrinéos, suponiendo que Mr. Alano Renato Le Sage le habia dado á luz, ni mas ni ménos como nos quieren decir que Júpiter parió á Minerva.

En

En segundo lugar la obra nada tiene de *semi-bufonesca*, aunque está escrita con bastante sal, y con tal qual granito de pimienta. El *ridentem dicere verum quid vetat*? está recibido por todos los de buen gusto, y no se llama *bufonería*, sino sazon y gracejo. *Castigat ridendo mores*, há muchos siglos que se dixo por una obra de las mas instructivas y mas sazonadas que nos dexó la antigüedad. Aunque la vejez esté sujeta á malos humores, no siempre está reñida con el buen humor. *Quien tuvo retuvo, y dexó para la vejez*, dice nuestro adagio vulgar, que en suma viene á ser lo mismo que aquello que dice:

Quo semel est imbuta recens
servabit odorem testa diu.

¿Por qué se ha de llamar *semi-bufonesca* una obra *que está llena de pinturas muy vivas y muy propias de las costumbres de los hombres, y de reflexîones no ménos llenas de juicio, escrita en un estilo, que sin dexar de ser natural es elegante, las voces castizas, y la narracion fluida, limpia, y desembarazada*, como tambien de quando en quando graciosa, pero nunca chocarrera? Una obra de este carácter nada tiene de bufona, y no debiera pare-

cer

cer mal en las manos de qualquiera Matusalen, aunque fuese el último año de su larga vida.

Pase (me volverá á replicar V.) pero dedicarse á una fatiga tan mecánica, como es una traduccion, un hombre de cuya edad y circunstancias se podian esperar trabajos en asuntos mas serios, mas útiles, y no menos divertidos, verdaderamente que es lástima, *é fa molta pietá.* Mil gracias por lo que V. me favorece, esperando tanto de mí; pero aun quando fuera lo que V. quiere figurarse, hallándome como me hallo sin salud, sin cabeza, sin memoria, sin libros, lleno de ajes, y oprimido de cuidados, no puedo hacer otra cosa que ocuparme en este mecanismo, para divertir la ociosidad, distraerme un poco de mis males, y servir á mi Nacion en lo poco que ya puedo.

La Novela de Gil Blas es un Romance muy juicioso, muy instructivo, y al mismo tiempo de grande diversion por los inumerables sucesos que se van enlazando con la mayor conexîon, conseqüencia y naturalidad; pintándose en ellos con toda viveza y propiedad las costumbres de los hombres, y haciéndose sobre ellas las reflexîones mas sólidas, y mas

mas conformes á la natural honestidad, y á la moral evangélica. Si tal vez se introducen algunas aventuras galantes, se tratan con toda decencia, y con todo el decoro que se puede desear en una pluma anciana y circunspecta, debiéndose observar que las aventuras de esta especie se describen de manera, que su relacion incita á la fuga de ellas por medio del escarmiento.

Pero ¡oh señor! que toda esa moralidad está fundada en hechos fabulosos, puesto que es fabuloso hasta el mismo Heroe del Romance! ¿Y qué importará que los hechos sean imaginarios, y fabulosos con tal que sean parecidos á los verdaderos, si la moralidad es sólida, castiza, y en todo conforme à lo que dictan la Religion y la razon? Las fábulas de Fedro y de Esopo, por ventura son mas que fàbulas? con todo eso, ¿quién ha negado hasta ahora que aquellos hechos y dichos de las plantas y de los brutos no han enseñado mucho á los hombres? El eruditísimo Pedro Daniel Huet, Obispo de Avranches, uno de los hombres mas sabios que ha tenido la Francia, escribió un libro sobre *el origen de los Romances ó Novelas*. *No hay mas que leerle* (dice un crì-

crítico moderno) *y qualquiera quedará convencido, no solo de su antigüedad y de su uso, sino tambien de su utilidad, como escuela de moral, mucho mas eficaz que la de qualquiera maestro.*

El mismo crítico (a) pretende (y en verdad que no son débiles las razones en que lo funda) que la lectura de las Novelas ó Romances bien escritos son mas útiles, á lo ménos para las personas particulares, que la de la Historia.... En esta, á lo sumo, solo se aprende lo que se ha hecho, y aun esto pocas veces, porque son muy raros los Historiadores, que por la pasion, por el espíritu de partido ó nacional no desfiguren los hechos verdaderos, vendiendo por tales los mas alterados, y no pocas veces los más contrarios; pero en los Romances se enseña lo que se debe hacer, fundándose la instruccion en lo mismo que claramente se confiesa que no se hizo. Entre los Historiadores ningunos suelen ser mas falaces, que los mas jactanciosos de su fidelidad: *nulli jactantius fidem suam obligant, quam qui maximé violant*, que dixo uno de ellos, (b) muy acre-

(a) Abogado Constantini, *Lettere critique tom.* 2. *pag.* 32.
(b) Fam. de Estrada en el Prólogo á su historia de *Bello Belgico.*

acreditado entre los modernos; pero los Novelistas desde luego entran confesando ser fingido todo lo que dicen, aunque tan parecido à lo que se vé y á lo que se palpa, que la misma ficcion conduce por la mano al desengaño, é introduce insensiblemente el documento. La lectura de la Historia por lo comun solamente se dirige á cargar la memoria de sucesos inciertos y pasados, para hacer ostentacion de una pueril y pedantesca erudicion, ya en las conversaciones privadas, ya en los escritos públicos; pero la lectura de los Romances, aunque sirva á la diversion por la variedad y maraña de los fingidos sucesos, se dirige principalmente al conocimiento práctico del mundo, al descubrimiento de sus enredos, y á la manera de gobernarse discreta, christiana, y prudentemente en él.

Las Novelas, las Fábulas, y las Parábolas todas son muy parecidas en el fin que se proponen. No es otro que enseñar á los hombres á ser hombres: solo se diferencian en que las primeras son largas y divertidas, las segundas todas breves y graciosas, las terceras á veces largas, y á veces breves; pero estas, aquellas, y las otras todas son morales.

*** Los

Los que dudáron de la real existencia de Job, la tuviéron por una Parábola larga, y por un Romance corto, pero lleno de grandes documentos. Los pocos que piensan lo mismo de la historia de Tobías, la suponen un superior y precioso Romance, texido de lances singularísimos, que todos inspiran las mas altas máxîmas de la Religion, el concepto mas elevado de Dios, y los principios mas conducentes á estampar en el alma las obligaciones de la humana sociedad. Ninguna de aquellas dos opiniones se puede sostener católicamente, pero tampoco nos hacen falta. Las dos Parábolas, una de Natan à David, despues de su adulterio con Bethsabé, y otra de la Thecuites, al mismo Monarca, despues que habia resuelto quitar la vida á Absalon por el fratricidio cometido por él en su mismo hermano Amnon: aquellas dos Parábolas, vuelvo á decir, son como dos pequeñas Novelas; la primera para que aquel Monarca se arrepintiese del adulterio, y homicidio de Urias cometido por su causa, y la segunda para que volviese á recibir en su gracia, y no diese la muerte al hijo fratricida: Parábola forjada por su Capitan Joab.

No

No siendo pues otra cosa las Paràbolas, que unos breves Romances reducidos á un solo suceso ènteramente supuesto è imaginario, y no siendo el Romance màs que una Parábola larga, entretexida de varios sucesos fingidos, bien que muy parecidos á los que cada dia se ven, para que se palpe la verdadera monstruosidad de estos en la monstruosa irracionalidad de aquellos, de ninguna pluma pueden desdecir, como se traten con la decencia, discrecion y juicio que se debe.

Y valga la verdad ¿Qué libros son mas provechosos, que los que instruyen divirtiendo, y enseñan embelesando con el arte de disfrazar el tedioso pedantismo de la leccion con la máscara de un cuento hecho á placer, y fabricado de planta? esto hacen los Romances bien escritos, y las Novelas trabajadas con juicio, con pulso, y con eleccion. Ningun buen conocedor ha negado este merito al Romance de Gil Blas, que adoptó Mr. Le Sage. Antes bien hay críticos de fino olfato, que en su linea no le juzgan inferior al célebre *Telémaco* del incomparable señor Fenelon de Saliñac.

Dixe adredemente: *el Romance de Gil Blas*,

que

que adoptó Mr. Le Sage, porque este solamente dió á luz en frances quatro tomitos en 12° poniendo fin á su divertida Novela, describiendo el doble casamiento de Gil Blas con Doña Dorotea, hija de Don Juan de Juntella, y el de Don Juan de Juntella con Serafina, hija de Scipion, y ahijada de Gil Blas. Estos quatro tomos son precisamente los que han merecido grandes elogios á los crìticos de buenas narices, no faltando algunos que le elevan hasta emparejarle con el prìncipe de los Romances, que compuso el célebre y discretísimo Arzobispo de Cambray.

Esto es, señor Lector, lo que presento á V. como Lector, y lo que como á Protector le dedico. Leáme V. con benignidad, favorezca la obra con su proteccion, y si quiere saber como me llamo, ahora se lo va á decir

Su mas rendido servidor
D. Joaquin Federico Issalps.

DE-

DECLARACION DEL AUTOR.

Como hay personas que no saben leer un libro sin aplicar los caractéres viciosos ó ridículos que en él se censuran á personas determinadas, declaro á estos maliciosos Lectores que harán mal, y se engañarán mucho en hacer la aplicacion á ningun individuo en particular de los retratos que encontrarán en esta obra. Protesto al público que solamente me he propuesto representar la vida del comun de los hombres tal qual es; y no permita Dios que jamas sea mi ánimo señalar á ninguno con el dedo. Si hubiere alguno que crea se ha dicho por él lo que puede convenir á tantos otros, le aconsejo que calle y no se queje, porque de otra manera él mismo se dará á conocer fuera de tiempo: *Stulté nudabit animi conscientiam*, dice Fedro.

No ménos en Francia que en España se usan Médicos, cuyo método de curar no es otro que sangrar sobradamente á sus enfermos. Los vicios y los originales ridículos son de todas las naciones. Confieso que no siem-

pre

pre describí exâctamente las costumbres Españolas. Por exemplo: los que saben como viven en Madrid los comediantes, quizá me notarán de haberlos pintado con colores demasiadamente mitigados: pero creí deber hacerlo así, porque fuesen algo mas parecidos al mayor disimulo, ó sea civil hipocresía de las nuestras.

GIL

GIL BLAS DE SANTILLANA,

UNA PALABRITA AL LECTOR.

Antes de leer la historia de mi vida, escucha lector amigo un cuento que te voy á contar.

Caminaban juntos y á pié dos estudiantes desde Peñafiel á Salamanca. Sintièndose cansados y sedientos se sentáron junto á una fuente que estaba en el camino. Despues que descansáron y mitigáron la sed, observáron por casualidad una como lápida sepulcral, que á flor de la tierra se descubria cerca de ellos, y sobre la lápida unas letras medio borradas por el tiempo y por las pisadas del ganado que venia á beber á la fuente. Picóles la curiosidad, y lavando la piedra con agua pudiéron leer estas palabras castellanas: *Aquí esta enterrada el alma del Licenciado Pedro Garcia.*

El mas mozo de los estudiantes, que era vivaracho y un si es no es atolondrado, apénas leyó la inscripcion quando exclamó riéndose á carcaxada tendida: ¡Gracioso disparate! ¡ *Aquí está enterrada el alma* ¡Pues qué ¿ *una alma puede enterrarse? Quién me diera á conocer al ignorantísimo autor de tan ridículo epitafio.* Y diciendo esto se levantó para irse. Su compañero, que era algo mas juicioso y reflexîvo, dixo para consigo: *aquí hay misterio, y no me he de apartar de este sitio hasta averiguarlo.* Dexó partir al otro, y sin perder tiempo sacó un cuchillo y comenzó á socavar

var la tierra al rededor de la lápida, hasta que logró levantarla. Encontró debaxo de ella un bolsillo. Abrióle, y halló en él cien ducados con estas palabras en latin: *Declarote por heredero mio, a tí, qualquiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de la inscripcion; pero te encargo que uses de este dinero mejor que yo usé de él.* Alegre el estudiante con este descubrimiento volvio á poner la lápida como antes estaba, y prosiguió su camino á Salamanca, llevándose el alma del Licenciado.

Tú, amigo lector, seas quien fueres, necesariamente te has de parecer á uno de estos dos estudiantes. Si lees mis aventuras sin hacer reflexîon á las instrucciones morales que se encieran en ellas, ningun fruto sacarás de esta lectura; pero si las leyeres con atencion, encontrarás lo *útil mezclado con lo divertido*, que tantas veces se ha repetido en los libros desde que Horacio lo decantó.

AVEN-

AVENTURAS
DE GIL BLAS DE SANTILLANA.
LIBRO PRIMERO.
CAPITULO PRIMERO.
Nacimiento de Gil Blas, y su educacion.

Blas de Santillana, mi padre, despues de haber servido muchos años en los exércitos de la Monarquia Española, se retiró al Lugar donde habia nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses despues que se habian casado. Pasáronse á vivir á Oviedo, donde mi madre se acomodó por moza de cámara, y mi padre por escudero. Como no tenian mas bienes que su salario, corria gran peligro mi educacion de no haber sido la mejor, si Dios no me hubiera deparado un tio, que era Canónigo de aquella Iglesia. Llamábase Gil Perez: era hermano mayor de mi madre, y habia sido mi padrino. Figúrate allá en tu imaginacion (lector mio) un hombre pequeño, de tres pies y medio de estatura, extraordinariamente gordo, con la cabeza zabullida entre los hombros, y he aquí la *vera efigie* de mi tio. Por lo de-

demas era un eclesiástico que solo pensaba en darse buena vida, quiero decir, en comer y en tratarse bien, para lo qual le suministraba suficientemente la renta de su Prebenda.

Llevóme á su casa quando yo era aun niño, y se encargó de mi educacion. Parecíle desde luego tan despejado que resolvió cultivar mi talento. Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi maestro de leer, cuyo exercicio no le fué menos provechoso á él que á mí; porque al mismo tiempo que me enseñaba á conocer las letras, él se perfeccionaba en la lectura, á la que nunca habia sido muy inclinado; y á fuerza de aplicarse llegó á saber leer de corrido en el breviario, lo que jamas habia sabido hasta entónces. Tambien hubiera querido enseñarme por sí mismo la lengua latina, porque ese dinero ahorraria; pero el pobre Gil Perez en su vida habia estudiado ni aun los primeros principios, y era quizá (esto no lo aseguro por cierto) el Canónigo mas ignorante del todo el Cabildo; y así oia yo decir muchas veces que no habia obtenido el Canonicato por su erudicion, ántes bien que le debia á la recomendacion de unas Monjas, de quienes era demandadero ó sacristan (en cuyo importante punto no andaban acordes las noticias) y que las mismas habian tambien conseguido que en una Sede vacante se ordenase de Sacerdote sin exâmen.

Vióse, pues, precisado á ponerme baxo la férula de un preceptor, y me envió al Doctor

tor

tór Godinez, que pasaba por el mas hábil pedante que habia en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela que al cabo de cinco ó seis años entendia un poco los Autores Griegos, y suficientemente los Poetas Latinos. Apliquéme despues à la lógica, que me enseñó á discurrir y argumentar sin término. Gustábanme mucho las disputas, y detenia á los que encontraba, conocidos, ó no conocidos, para proponerles qüestiones y argumentos. Encontrábame algunas veces con ciertas figuras Escocesas, no ménos escolastizadas que yo, y entónces era indispensable disputar. ¡Qué voces! qué patadas! qué gestos! qué contorsiones! qué espumarajos en las bocas! Mas pareciamos energúmenos que filósofos.

De esta manera logré una gran fama de sábio en toda la ciudad. A mi tio se le caia la baba, y se alegró infinito con la esperanza de que en virtud de mi reputacion, presto dexaria de tenerme sobre sus costillas. Díxome un dia: ola, Gil Blas, ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado habilidad. Hémos menester pensar en ayudarte. Estoy resuelto enviarte á la Universidad de Salamanca, donde con tu ingenio y con tu talento no dexarás de colocarte en algun buen puesto. Para tu viage te daré algun dinero, y la mula, que vale de diez á doce doblones, la que podrás vender en Salamanca, y mantenerte despues con el dinero hasta que logres algun empleo que te dé de comer honradamente.

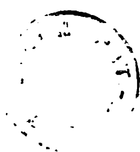
No

No me podia mi tio proponer cosa mas de mi gusto, porque reventaba por ver mundo. Sin embargo supe vencerme y disimular mi alegria. Quando llegó la hora de partir solo me mostré sensible al dolor de separarme de un tio á quien debia tantas obligaciones: enternecióse el buen señor de manera que me dió mas dinero del que me daria si hubiera leído ó penetrado lo que pasaba en el fondo de mi corazon. Antes de montar quise ir á dar un abrazo á mi padre y á mi madre, los quales no anduvieron escasos en materia de consejos. Exôrtáronme á que todos los dias encomendase á Dios á mi tio, á vivir christianamente, â no mezclarme nunca en negocios peligrosos, y sobre todo á no desear, ni mucho ménos tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño. Despues de haberme arengado largamente, me regalaron con su bendicion, la única cosa que podia esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula, y salí de la Ciudad.

CAPITULO II.

De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñaflor; lo que hizo quando llegó allí, y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él.

Eteme aquí ya fuera de Oviedo, camino de Peñaflor, en medio de los campos, dueño de mi persona, de una mala mula, y de quarenta bue-



Tom. I. fol. 5.



Franco. Mollera las gravó.

buenos ducados, sin contar algunos reales mas que habia hurtado á mi bonísimo tio. La primera cosa que hice fué dexar la mula á discrecion, esto es, que andase al paso que quisiese. Echéla el freno sobre el pesquezo, y sacando de la faltriquera mis ducados, los comencé á contar y recontar dentro del sombrero. No podia contener mi alegria. Jamas me habia visto con tanto dinero junto. No me hartaba de verle, tocarle, y retocarle. Estábale recontando quizá por la vigésima vez, quando la mula alzó de repente la cabeza en ayre de espantadiza, aguzó las orejas, y se paró en medio del camino. Juzgué desde luego que la habia espantado alguna cosa, y exâminé lo que podia ser. Ví enmedio del camino un sombrero con un rosario de cuentas gordas en su copa; y al mismo tiempo oí una voz lastimosa, que pronunció estas palabras: *Señor pasagero tenga Vmd. piedad de un pobre soldado estropeado, y sírvase de echar algunos reales en ese sombrero, que Dios se lo pagará en el otro mundo.* Volví los ojos hácia donde venia la voz, y ví al pié de un matorral, á veinte ó treinta pasos de mí, una especie de soldado, que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta, que me pareció mas larga que una lanza, con la qual me apuntaba á la cabeza. Sobresaltéme estrañamente, miré como perdidos mis ducados, y empecé á temblar como un azogado. Recogí lo mejor que pude mi dinero; metíle disimulada y

bo-

boniticamente en la faltriquera, y quedándome en las manos con algunos tarines los fuí echando poco á poco, y uno á uno en el sombrero destinado para recibir la limosna de los christianos cobardes y atemorizados, á fin de que conociese el soldado que yo lo hacía noble y generosamente. Quedó satisfecho de mi generosidad, y me dió tantas gracias como yo espolazos á la mula, para que quanto ántes me alejáse de él; pero la maldita bestia, burlándose de mi impaciencia, no por eso caminaba mas apriesa. La vieja costumbre de caminar paso á paso baxo el gobierno de mi tio, la habia hecho olvidarse de lo que era el galope.

No me pareció esta aventura el mejor agüero para el resto del viage. Veia que aun no estaba en Salamanca, y que me podian suceder otras peores. Parecióme que mi tio habia andado poco prudente en no haberme entregado á algun arriero. Esto era sin duda lo que debiera haber hecho; pero le pareceria que dándome su mula gastaria ménos en el viage; lo qual le hizo mas fuerza que la consideracion de los peligros á que me exponia. Para reparar esta falta determiné vender mi mula en Peñaflor, si tenia la dicha de llegar á aquel Lugar, y ajustarme con un arriero hasta Astorga, haciendo lo mismo con otro desde Astórga á Salamanca. Aunque nunca habia salido de Oviedo, sabia los nombres de todos los Lugares por donde habia de pasar, habiéndome informado de ellos ántes de ponerme en camino.

Lle-

Llegué felizmente á Peñaflor, y me paré á la puerta de un meson, que tenia bella apariencia. Apénas eché el pié á tierra, quando el mesonero me salió á recibir con mucha cortesia. El mismo desató mi maleta y mis alforjas, cargó con ellas, y me conduxo á un quarto, miéntras sus criados llevaban la mula á la caballeriza. Era el tal mesonero el mayor hablador de todo Asturias, tan fácil en contar, sin necesidad, todas sus cosas, como curioso en informarse de las agenas. Díxome que se llamaba Andres Corzuelo, y que habia servido al Rey muchos años de sargento, y que se habia retirado quince meses habia, por casarse con una moza de Castropol, que era buen bocado, aunque algo morena. Despues me dixo una infinidad de otras cosas, que tanto importaba saberlas como ignorarlas. Hecha esta confianza, juzgándose ya acreedor á que yo le correspondiese con la misma, me preguntó quién era, de dónde venia, y á dónde caminaba. A todo lo qual me consideré obligado á responder artículo por artículo, puesto que cada pregunta la acompañaba con una profunda reverencia, suplicándome muy respetuosamente que perdonase su curiosidad. Esto me empeñó insensiblemente en una larga conversacion con él, en la qual ocurrió hablar del motivo y fin que tenia en desear deshacerme de mi mula, y proseguir el viage con algun arriero. Todo me lo aprobó mucho, y no cierto sucintamente, porque me representó todos los ac-

accidentes que me podian suceder, y me embocó mil funestas historias de los caminantes. Pensé que nunca acabase; pero al fin acabó diciendome que si queria vender mi mula él conocia un mulatero, hombre muy de bien, que acaso la compraria. Respondíle que me daria gusto en enviarle á llamar; y él mismo en persona partió al punto á noticiarle mi deseo.

Volvió en breve acompañado del chalan, y me le presentó ponderando mucho su honradez. Entramos en el corral, donde habian sacado mi mula. Paseáronla y repaseáronla delante del mulatero, que con grande atencion la exâminó de pies á cabeza. Púsole mil tachas, hablando de ella muy mal. Confieso que tampoco podia decir de ella mucho bien; pero lo mismo diria aunque fuera la mula del Papa. Protestaba que tenia quantos defectos podia tener el animal, apelando al juicio del mesonero, que sin duda tenia sus razones para conformarse con el suyo. Ahora bien, me preguntó friamente el chalan, ¿quánto pide Vm. por su mula? Yo, que la daria de valde, despues del elogio que habia hecho de ella, y sobre todo de la atestacion del Señor Corzuelo, que me parecia hombre honrado, inteligente y sincero, le respondí remitiéndome en todo á lo que la apreciase su hombria de bien y su conciencia, protestando que me conformaria con ello. Replicóme, picándose de hombre de bien y timorato, que habiendo interesado su conciencia, le tocaba en lo mas vivo, y en lo que

que mas le dolia, porque al fin este era su lado flaco; y efectivamente no era el mas fuerte, porque en lugar de los diez ó doce doblones en que mi tio la habia baluado, no tuvo vergüenza de tasarla en tres ducados, que me entregó; y yo recibí tan alegre como si hubiera ganado mucho en aquel trato.

Despues de haberme deshecho tan ventajosamente de mi mula, el mesonero me conduxo á casa de un arriero que el dia siguiente habia de partir á Astorga. Dixome esto que pensaba partir ántes de amanecer, y que él tendria cuidado de dispertarme. Quedamos de acuerdo en lo que le habia de dar por comida y macho; y yo me volví al meson en compañia de Corzuelo, el qual en el camino me comenzó á contar toda la historia del arriero. Encajóme quanto se decia de él en la Villa, y me iba ya á aserrar con su inestancable habladura, quando por fortuna le interrumpió un hombre de buena traza, que se acercó á él, y lo saludó con mucha urbanidad. Dexélos á los dos, y proseguí mi camino, sin pasarme por el pensamiento que pudiese yo tener parte alguna en su conversacion.

Luego que llegué al meson pedí la cena. Era dia de Viérnes, y me contenté con huevos. Miéntras los disponian travé conversacion con la mesonera, que hasta entonces no se habia dexado ver. Parecióme bastantemente lin-

da, de modales muy desembarazados y vivos. Quando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla me senté á la mesa solo. No bien habia comido el primer bocado, hé aquí que entra el mesonero en compañia de aquel hombre con quien se habia parado á hablar en el camino. El tal caballero, que podia tener treinta años, traía al lado un largo chafarote. Acercóse á mí con cierto ayre alegre y apresurado: Señor Licenciado, me dixo, acabo de saber que Vm. es el Señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo, y la antorcha de la Filosofía. Es posible que sea Vm. aquel jóven sapientísimo, aquel ingenio sublime, cuya reputacion es tan grande en todo este país? Vosotros no sabeis (volviéndose al mesonero y á la mesonera) qué hombre teneis en casa. Teneis en ella un tesoro. En este mozo estais viendo la octava maravilla del mundo. Volviéndose despues hácia mi, y echandome los brazos al cuello, escuse Vm. (me dixo) mis rebatos, no soy dueño de mí mismo, ni puedo contener la alegria que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenia tan estrechamente abrazado, que apénas me dexaba libre la respiracion; pero luego que desembaracé un poco la cabeza le dixe: nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñaflor. ¿Qué llama conocido? me repuso en el mismo tono. Nosotros tenemos re-

gistro de todos los grandes personages que nacen á veinte leguas en contorno. Vm. está reputado por un prodigio, y no dudo que algun dia hará España tanta gloria de haberle producido, como la Grecia de ser madre de sus siete Sábios. A estas palabras se siguió un nuevo abrazo, que hube de aguantar aun á peligro de que me sucediese la desgracia de Anthéo. Por poca experiencia del mundo, que yo hubiera tenido, no me dexaria ser el dominguillo de sus demostraciones, ni de sus hypérboles. Sus inmoderadas adulaciones y excesivas alabanzas me harian conocer desde luego que era uno de aquellos parasitos, pegotes y petardistas que se hallan en todas partes, y se introducen con todo forastero para llenar la barriga á costa suya; pero mis pocos años y mi vanidad me hicieron formar un juicio muy distinto. Mi panegyrista y mi admirador me pareció un hombre muy de bien, y muy real; y así le convidé á cenar conmigo. Con mucho gusto, me respondió prontamente; ántes bien estoy muy agradecido á mi buena estrella, por haberme dado á conocer al ilustre señor Gil Blas, y no quiero malograr la fortuna de estar en su compañia, y disfrutar sus favores lo mas que me sea posible. A la verdad, prosiguió, no tengo gran apetito, y me sentaré á la mesa solo por hacer compañia á Vmd. comiendo algunos bocados, meramente

por

por complacerle, y por mostrar quanto apre-cio sus finezas.

Sentóse enfrente de mí el señor mi panegyrista. Truxeronle un cubierto, y se arrojó á la tortilla con tanta ansia, y con tanta precipitacion, como si hubiera estado tres dias sin comer. Por el gusto con que la comia conocí que presto daria cuenta de ella. Mandé que se hiciese otra, lo que se executó prontamente; pusieronla en la mesa, quando acababamos, ó por mejor decir, quando mi huesped acababa de engullirse la primera. Sin embargo comia siempre con igual presteza, y sin perder bocado añadia incesantemente alabanzas sobre alabanzas, las quales me sonaban bien, y me hacian estar muy contento de mi pequeña persona. Bebia freqüentemente, brindando unas veces á mi salud, y otras á la de mi padre y de mi madre, no hartándose de celebrar su fortuna en ser padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándome á que le correspondiese. Con efecto no correspondia yo mal á sus repetidos brindis; con lo qual, y con sus adulaciones me sentí de tan buen humor, que viendo ya medio comida la segunda tortilla, pregunté al mesonero si tenia algun pescado. El señor Corzuelo, que, segun todas las apariencias, se entendia con el petardista, respondió: tengo una excelente trucha; pero costará caro á los que la coman, y es bocado

de-

demasiadamente agrio para Vmd. ?Qué llama Vmd. *demasiadamente agrio*! replicó mi adulador. Trayga Vmd. la trucha; y descuide de lo demas. Ningun bocado, por costoso que sea, es agrio para el señor Gil Blas de Santillana, que merece ser tratado como un Príncipe.

Tuve particular gusto de que hubiese retrucado con tanto ayre las últimas palabras del mesonero, en lo qual no hizo mas que prevenirme. Díme por ofendido, y dixe con enfado al mesonero: venga la trucha, y otra vez piense mas en lo que dice. El mesonero, que no deseaba otra cosa, hizo cocer luego la trucha, y presentóla en la mesa. A vista del nuevo plato brillaron de alegria los ojos del parasito, que dió mayores pruebas del deseo que tenia de complacerme, es decir, que se avalanzó al pez, ni mas ni menos como se habia arrojado á las tortillas. No obstante se vió precisado á rendirse, temiendo algun accidente, porque se habia hartado hasta el gollete. En fin, despues de haber comido y bebido hasta mas no poder quiso poner fin á la comedia. Señor Gil Blas, me dixo alzándose de la mesa, estoy tan contento de lo bien que Vm. me ha tratado, que no le puedo dexar sin darle un importante consejo, de que me parece tiene no poca necesidad. Desconfie siempre de todo hombre que no conozca; y esté siempre muy sobre sí para no dexarse engañar

ñar de las alabanzas. Podrá Vmd. encontrarse con otros, que quieran, como yo, divertirse á costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen mas adelante. No sea Vmd. su hazme reir, y no crea sobre su palabra que le tengan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, rióse de mí en mis vigotes, y volvióme las espaldas.

Sentí tanto esta burla, como qualquiera de las mayores desgracias que me sucedieron despues. No hallaba consuelo viéndome burlado tan groseramente, ó por mejor decir, viendo mi orgullo tan humillado. Es posible, me decia yo, que aquel traydor se hubiese burlado de mí! Pues qué! ¿solamente buscó al mesonero para sacarle el gusano de la nariz, ó estaban ya de inteligencia los dos? ¡Ah pobre Gil Blas! muérete de vergüenza, porque diste á estos bribones justo motivo para que te hagan ridículo. Sin duda que compondrán una buena historia de esta burla, la qual podrá muy bien llegar á Oviedo, y en verdad que te hará grandísimo honor. Tus padres se arrepentirán de haber arengado tanto á un mentecato. En vez de exhôrtarme á que no engañase á nadie, debieran haberme encomendado que de ninguno me dexase engañar. Agitado de estos amargos pensamientos, y encendido en cólera, me cerré en mi quarto, y me metí en la cama; pero no pude dormir, y apénas habia cerrado los ojos, quando el arrie-

riero vino á despertarme, y á decirme que solo esperaba por mí para ponerse en camino. Levantéme prontamente, y miéntras me estaba vistiendo vino Corzuelo con la memoria del gasto, en la qual no se olvidaba la trucha, y no solamente hube de pasar por todo lo que él cargaba, sino que mientras le estaba contando el dinero, tuve el dolor de conocer se estaba relamiendo en la memoria del pasado chasco de la noche precedente. Despues de haber pagado bien una cena que habia digerido tan mal, partí con mi maleta á casa del arriero, dando á todos los diablos al parasito, al mesonero y al meson.

CAPITULO III.

De la tentacion que tuvo el arriero en el camino, en qué paró, y cómo Gil Blas se estrelló contra Caribdis, queriendo evitar á Scila.

No era yo solo el que habia de caminar con el arriero. Habiánse ajustado con el mismo dos hijos de familia de Peñaflor; un muchacho, ó niño de coro de Mondoñedo, que iba á correr mundo, un mozuelo ciudadano de Astorga, y una moza del Vierzo, con quien acababa de casarse. En poco tiempo nos hicimos amigos, y cada uno contó donde iba, y de donde venia. Aunque la novia estaba en lo mejor de su edad, era tan negra, y de tan po-

poca gracia, que no me daba mucho gusto el mirarla: con todo eso sus pocos años y su robustéz inclináron hácia ella al arriero, tanto que resolvió hacer una tentativa para lograr sus favores. Pasó la jornada en meditar el modo, y dilató la execucion hasta la última posada. Esta fue en Cacabelos. Hízonos apear en un meson que está á la entrada del Lugar, esto es, un poco fuera de él; cuyo mesonero sabia muy bien, que era un hombre callado, y amigo de complacer. Dispuso, que nos conduxese á un quarto muy retirado; donde nos dexó cenar tranquilamente; pero al fin de la cena nos vimos entrar al arriero furioso como un demonio, votando, jurando y blasfemando; y mirándonos á todos con ojos centellantes: ¡vive Dios! dixo, que me han hurtado cien doblones que traia en una bolsa de cuero, y por Jesu Christo que han de parecer... Ahora, ahora me voy derecho al Juez, para que dé tormento á todos, hasta que se descubra el ladron, y me restituya mi dinero. Diciendo esto con un ayre muy natural, nos volvió apresurada y broncamente las espaldas, dexándonos atónitos y mirándonos los unos á los otros.

A ninguno le ocurrió que podia ser aquello una ficcion, porque todavía no nos podiamos conocer bien. Antes desde luego sospeché yo que el ladron sería el muchacho de Coro; así como él quizá sospecharía lo mismo de mí.

Fue-

Fuera de eso, todos éramos unos pobres símples, que no sabiamos las formalidades que preceden en semejantes casos ántes de llegar á la prueba del tormento, y desde luego creímos que se habia de comenzar por aquí. Poseídos, pues, de esta aprension, precipitadamente nos salimos del quarto, escapando unos á la calle, y otros al huerto, para salvarse cada qual como pudiese, y el novio de Astorga, turbado con la idéa del tormento, se salvó como otro Eneas, olvidado enteramente de su muger. Entónces el arriero, segun supe con el tiempo, mas incontinente que sus machos, y muy alegre, porque su estratagema habia producido el efecto que pretendia, entró en el quarto donde estaba la novia haciendo alarde de su invencion, y procuró aprovecharse de la ocasion; pero aquella Lucrecia Asturiana, á quien daba mayores fuerzas la mala traza del arriero, hizo una vigorosa resistencia dando descompasados gritos. La patrulla que por casualidad se hallaba cerca de una posada, que sabia ser muy digna de su atencion, entró en ella, y preguntó quién daba, y quál era el motivo de aquellos gritos. El mesonero estaba cantando en la cocina, y fingiendo que nada habia oido. No obstante se vió precisado á conducir al comandante y á la patrulla al quarto de la persona que gritaba. Conoció luego el Alferez el negocio de que se trataba, y como era hombre grosero y brutal

regaló provisionalmente al enamorado arriero con cinco ó seis buenos palos con el mangon de su alabarda, y le arengó con unas voces tan ofensivas al pudor, como la accion que daba motivo á la arenga. No se contentó con esto. Echó mano del delinqüente, y le conduxo á la presencia del Juez, juntamente con la agraviada delatora, que absolutamente quiso ir en persona á quejarse de él, no obstante el desórden en que se hallaba. Oyóla el Juez, y habiéndola observado atentamente, halló que el acusado no tenia escusa alguna, y que era indigno de perdon. Mandó al punto que le despojasen, y que en su presencia le diesen sendos azotes; y ordenó despues, que si el dia siguiente no parecia el marido de aquella muger, dos soldados la llevasen con toda decencia á Astorga á costa del arriero.

Por lo que toca á mí, atemorizado quizá mas que los otros, gané prontamente la campaña, y atravesando campos, penetrando matorrales, y saltando los fosos que hallaba en el camino, llegué finalmente á un lóbrego y espeso bosque. Iba á entrar en él y á esconderme en el mas erizado matorral, quando me ví de repente con dos hombres á caballo que se pararon delante de mí. ¿Quién va alla? dixeron; y como el miedo y la sorpresa no me dexaron hablar, acercándose mas, cada uno me puso al pecho una pistola, intimándome pena de la vida, que les dixese quién era, de dónde venia, y

qué

qué iba yo á hacer en aquel bosque. A esta manera de preguntar, que me pareció un *quid pro quo* del tormento con que se habia burlado de nosotros el arriero, respondí que era un pobre estudiante de Oviedo, que iba á continuar mis estudios en Salamanca, refiriéndoles lo que nos acababa de suceder, y confesando sencillamente que el miedo del tormento me habia hecho huir, sin saber donde esconderme. Dieron una grande carcajada, quando oyeron un discurso que tanto mostraba mi sencillez; y uno de ellos me dixo: no tengas miedo, querido: vente con nosotros, y no temas, que te pondrémos en toda seguridad. Diciendo esto, me hizo montar en la grupa de su caballo, y volviendo las riendas, nos envaynamos todos tres en lo mas intrincado y mas espeso del bosque.

No sabia yo qué pensar de tal encuentro; mas no obstante no pronosticaba cosa mala. Si estos hombres fueran ladrones, me decia yo á mí mismo, ya me hubieran robado, y quizá tambien asesinado. Quizá serán algunos buenos hidalgos de esta tierra, que viéndome atemorizado se han compadecido de mí, y por caridad me llevan á su casa. No me duró mucho la duda. Despues de algunas vueltas y revueltas, con grandísimo silencio, llegamos finalmente al pie de una colina, donde nos apeamos. Aquí hemos de dormir dixo uno de los caballeros. Por mas que yo volvia los ojos á to-

todas partes no veia casa, choza, ó cabaña, ni la mas mínima señal de habitacion: quando ví que aquellos dos hombres alzaron una gran trampa de madera, cubierta de tierra y de enramada que ocultaba una larga entrada soterranea muy pendiente, por donde los caballos por sí mismos se dexaron resvalar; como quienes ya estaban acostumbrados. Los caballeros me hicieron entrar con ellos, y dexaron caer la trampa con unas cuerdas, que para este efecto estaban fuertemente atadas á ella. Y hé aquí al digno sobrino de mi tio el Canónigo Gil Perez metido como raton en una ratonera.

CAPITULO IV.

Descripcion de la Cueva soterranea, y de lo que vió en ella Gil Blas.

Entónces conocí entre qué especie de gente me hallaba yo, y facilmente se puede adivinar que este conocimiento me quitaria el primer temor; pero otro mucho mayor se apoderó luego de mí. Dí por supuesto que iba á perder la vida con mis pobres ducados. Y mirándome como una víctima que era conducida al sacrificio, caminaba mas muerto que vivo entre mis conductores, quando advirtiendo ellos mismos que de pies á cabeza iba temblando, me exôrtaron con la mayor dulzura, pero inútilmente, á que depusiese todo temor.

Ha-

Habriamos caminado como unos doscientos pasos, siempre baxando y siempre caracoleando, quando entramos en una especie de caballeriza, á que daban luz dos grandes candiles que pendian de la bóbeda. Habia en ella una buena provision de paja y muchos sacos atestados de cebada. Podian caber en ella cómodamente hasta veinte caballos, pero á la sazon solamente habia los dos que acababan de llegar. Vino á atarlos al pesebre un negro ya viejo pero en la traza fornido y vigoroso. Salimos de la caballeriza, y á la triste luz de otras lámparas, que parecian alumbrar solo para que se viese el horror de aquella caverna, llegamos á la cocina, donde una vieja estaba asando las viandas y disponiendo la cena. No faltaba en la cocina utensilio alguno de los necesarios, é imediata á ella estaba la despensa bien abastecida de todo género de provisiones. La cocinera (porque es menester que la describa) era una persona de sesenta años, y encima de ellos algunos mas. Quando moza eran sus cabellos de un blondo extraordinariamente vivo, porque aun en su presente edad no estaban tan blancos que de trecho en trecho no se conservasen algunas manchas, residuos del primitivo color. El de la cara era aceytunado; su barba puntiaguda, con alguna elevacion; los labios muy hundidos, y una nariz tan larga y encorvada, que casi llegaba á besar la boca con la punta, y sus ojos tan en-

encarnados, que parecian dos tomates maduros.

Señora Leonarda, dixo uno de los caballeros, presentándome á aquel bello ángel de tinieblas, míre este mozito que la traemos: y volviéndose despues á mí, y viéndome pálido y consumido, me dixo. Vuelve, querido en tí, y no tengas miedo, pues no te queremos hacer mal. Teniamos necesidad de un mozo que aliviase en algo á nuestra pobre cocinera. Te encontramos, y esta ha sido tu fortuna. Ocuparás la plaza de un mozo que murió quince dias há, porque era de delicada complexion. La tuya parece mas robusta, y no morirás tan presto. A la verdad no volverás á ver el Sol, pero en recompensa comerás bien, y tendrás siempre buena lumbre. Pasarás la vida con Leonarda, que es una criatura muy amable y humana. Tendrás quantas conveniencias quisieres, y ahora conocerás que no has venido á vivir entre algunos pordioseros y despilfarrados. Al mismo tiempo tomó una luz, y me ordenó que le siguiese. Llevóme á una bodega, donde ví una infinidad de botellas, y grandes vasijas de barro bien tapadas, llenas todas de vinos exquisitos. Hízome pasar despues por muchos quartos: unos atestados de piezas de lienzo muy delicadas, otros de ricos paños y telas de lana y seda. En éste habia gran cantidad de plata y oro; en aquel igual, ó mayor porcion de vaxilla en diferentes armarios. Seguíle despues

pues á un gran salon que alumbraban tres grandes arañas de metal, y conducia á otros quartos que se comunicaban con él. Aquí me hizo nuevas preguntas, es á saber, cómo me llamaba, y por qué habia salido de Oviedo. Despues que satisfice su curiosidad: ahora bien, Gil Blas, me dixo con mucho agrado, puesto que solo saliste de tu patria para lograr algun puesto, parece que naciste de pie, pues se te proporciona vivir entre nosotros. Ya te lo he dicho: aquí vivirás en medio de la abundancia; nadarás en oro y plata, y estarás con toda seguridad. Tal es este soterraneo, que aunque venga cien veces á este bosque la Santa Hermandad, nunca dará con él. La entrada solo la conozco yo y mis camaradas. ¿Acaso me preguntarás cómo hemos podido nosotros fabricar este soterraneo sin que lo supiesen los paysanos de los lugares vecinos? Pero has de saber, mi amigo, que esta no ha sido obra nuestra, sino de muchos siglos. Despues que los Moros se apoderaron de Granada, de Aragon, y de casi toda España, los Christianos que no se quisieron sujetar al yugo de los infieles, huyeron, y se ocultaron en este País, en Vizcaya y Asturias, adonde se retiró tambien el valiente Don Pelayo. Los fugitivos y dispersos vivian por familias en los bosques y en las mas ásperas montañas: unos escondidos en cavernas, y otros en soterraneos, que ellos mismos fabricaron, y este es uno de tantos. Despues

pues que afortunadamente arrojaron de España á sus enemigos, se volvieron á sus ciudades, Villas y Lugares, y desde entónces los soterraneos sirvieron de asilos á las gentes de nuestra profesion. Es cierto que la Santa Hermandad ha descubierto y destruido algunos; pero todavía han quedado muchos, y yo gracias al Cielo, quince años hace que habíto impunemente en este. Llámome el Capitan Rolando, soy el xefe de la compañía, y el otro que viste conmigo es uno de mis camaradas.

CAPITULO V.

Del arrivo de otros ladrones al soterraneo, y de la conversacion que tuvieron entre sí.

No bien habia dicho estas palabras el capitan, quando aparecieron en el salon seis caras nuevas: que eran su teniente, y otros cinco de la gabilla. Venian cargados de botin. Traían dos grandes zurrones llenos de azucar, canela, almendras y pasas. El teniente, dirigiéndose al capitan, le dixo que habia despojado á un especiero de Benavente de aquellos zurrones como tambien del macho que los llevaba; y despues de haber dado cuenta de su expedicion en el despacho, se entregó en la despensa la hacienda del especiero. Hecho esto se trató de cenar y de alegrarse. Prepararon en el salon una gran mesa, y á mí me enviaron á la co-

cocina para que la tia Leonarda me instruyese en lo que debia hacer. Cedí á la necesidad ya que mi mala suerte lo queria asi, y disimulando mi sentimiento me dispuse á servir á una gente tan honrada.

Dí principio por el aparador, cubriéndole de vasos y salvillas de plata, flanqueadas de botellas llenas de excelente vino que el señor Rolando me habia ponderado. Puse en la mesa dos géneros de sopa, á cuya vista todos ocuparon sus asientos. Comenzaron á comer con mucho apetito, manteniéndome yo tras de ellos en pie para servirles el vino. El capitan en pocas palabras les contó mi historia de Cacabelos, con la qual se divirtieron mucho. Aseguróles despues que yo era un mozo de mérito; pero como estaba ya tan escarmentado de las alabanzas, pude oir mis elogios sin peligro. Convinieron todos en que parecia yo como nacido para ser copero suyo, y que valia cien veces mas que mi predecesor. Como despues de su muerte la señora Leonarda era la que habia servido el néctar á aquellos Dioses infernales, la privaron de este glorioso empleo, para revestirme á mí de él: De esta manera me hallé convertido en nuevo Ganimedes, succesor de aquella maldita Hebéa.

Despues de la sopa se presentó un gran plato de asadó para acabar de saciar á los señores ladrones, los quales bebian tanto como

comian, y en breve tiempo se pusieron todos de buen humor, y comenzaron á meter mucha burla. Hablaban todos á un mismo tiempo: uno comenzaba una historia, otro la interrumpia con un chiste ó con una frialdad; este grita, aquel canta, y en fin ya no se entendian unos á otros. Fatigado Rolando de una scena, en que él ponia mucho de su parte, pero todo inútilmente, levantó la voz, é impuso silencio á la compañía. Señores, los dixo: atencion á lo que voy á proponeros. En vez de aturdinos unos á otros, hablando todos á un tiempo, ¿no seria mejor divertirnos, y hablar como hombres de juicio y de razon? Ahora me ocurre un pensamiento. Desde que vivimos juntos nunca hemos tenido la curiosidad de informarnos reciprocamente de qué familia ó casa somos, ni de la série de aventuras de donde venimos á abrazar esta profesion. Con todo me parece esta una cosa muy digna de saberse. Hagámonos, pues, esta confianza, que podrá servir no menos para nuestra diversion, que para nuestro gobierno. El teniente y los demas, como si tuvieran alguna cosa buena que contar, aceptaron con grandes demostraciones de alegría la proposicion del capitan, el qual comenzó á hablar en estos términos.

Ya saben ustedes, señores, que yo soy hijo único de un rico vecino de Madrid. Celebróse mi nacimiento en la familia con grandes

des regocijos. Mi padre, que ya era viejo, sintió suma alegria al verse con un heredero, y mi padre quiso criarme con su propia leche. Vivia entónces mi abuelo materno. Era un hombre que solo sabia rezar su rosario, y contar sus proezas militares, porque habia servido al Rey muchos años, y no se embarazaba en mas. Insensiblemente vine yo á ser el ídolo de estas tres personas. Continuamente me tenian en sus brazos. Por medio de que èl estudio no me fatigase en mis primeros años me los dexaron pasar en los divertimientos mas pueriles. No conviene, decia mi padre que los niños se apliquen á cosas serias, hasta que el tiempo haya madurado un poco su razon. Esperando á esta madurez no aprendia á leer ni escribir; mas no por eso perdia el tiempo. Mi padre me enseñaba mil géneros de juegos; conocia perfectamente los naypes, jugaba á los dados, y mi abuelo me contaba mil novelas sobre las expediciones militares en que se habia hallado. Cantábame siembre unas mismas coplas acerca de dichas expediciones; quando en espacio de tres meses habia aprendido bien diez ó doce versos, los repetia sin errar un punto delante de mis padres, los quales se admiraban de mi prodigiosa memoria. No celebraban menos mi agudo ingenio, quando valiéndome de la libertad que tenia para decir quanto me viniese á la boca, interrumpia sus conversaciones para

ra decir á tuerto ó derecho todo lo que me ocurria. Entónces mi madre me sofocaba á caricias, y mi buen abuelo lloraba de puro gozo. No les iba en zaga mi padre : siempre que me oía algun despropósito ó alguna bachillería, mirándome con gran ternura exclamaba: ¡O qué gracioso eres, y qué lindo! Con estas alas no recelaba hacer impunemente en su presencia las mas indecentes acciones. Todo me lo perdonaban, y todos me adoraban. Habia entrado ya en los doce años, y aun no tenia ningun maestro. Diéronme finalmente uno, pero mandandole expresamente que me enseñase, mas sin facultad para darme el menor castigo. A lo sumo le permitieron que alguna vez me amenazase solo para intimidarme. Sirvióme de poco esta permision, porque me burlaba de las amenazas de mi preceptor, ó bien con las lágrimas en los ojos iba á quejarme á mi madre ó á mi abuelo, diciéndoles que el ayo me habia maltratado. En vano acudia el pobre diablo á desmentirme : teníanle por un hombre brutal, y siempre me creían á mí mas que á él. Un dia me arañé yo mismo, y me fuí á quexar del maestro porque me habia desollado : inmediatamente le despidió de casa mi madre sin querer darle oidos, por mas que pretextaba al cielo y á la tierra, que ni siquiera me habia tocado.

De este mismo modo me fuí desembarazando de mis preceptores hasta que me presentaron

ron uno como le deseaba, y me convenia para acabarme de perder. Era un Bachiller de Alcalá; ¡ excelente maestro para un hijo de familia! Era dado á las mugeres, al juego y á la tabernilla. No me podian haber puesto en mejores manos. Desde luego se dedicó à ganarme por el amor y por la dulzura. Consiguiólo, y por este medio logró que tambien le amasen mis padres, los quales me entregaron enteramente á su gobierno. No tuvieron de que arrepentirse; porque en breve tiempo, y desde luego me perficionó en la ciencia del mundo. A fuerza de llevarme consigo á todos los parages donde tenia su diversion, me inspiró de tal manera el gusto, que, á excepcion del latin, en lo demas era yo un muchacho universal. Quando vió que ya no tenia necesidad de sus preceptos fue á enseñarlos á otra parte.

Si en mi infancia habia vivido tan libremente á vista de mis padres, quando comencé á ser dueño de mis acciones tuve sin duda mayor libertad. En el centro de mi familia fue donde dí las primeras pruebas del aprovechamiento de mi educacion. Burlábame de ellos á las claras y á todos momentos. Reíanse de mis intrepideces, y tanto mas las celebraban, quanto eran mas vivas y mas intolerables. Mientras tanto cometia todo género de desórdenes con tros muchachos de mi edad y de mi humor. Como nuestros padres no nos daban

ban todo el dinero que habiamos menester para proseguir en una vida tan deliciosa, cada uno robaba en su casa todo lo que podia, y quando esto no alcanzaba nos dimos á robar de noche, y siempre con fruto. Por desgracia llegó algun rumor de esto á los oidos del Corregidor. Quiso mandarnos prender; pero fuimos avisados con tiempo de su mala intencion. Recurrimos á la fuga, y dímonos á exercitar el mismo oficio en los caminos públicos. Desde entónces acá Dios me hizo la gracia de haber envejecido en la profesion á pesar de los peligros que estan anexos á ella.

Quando el capitan acabó de hablar, el teniente tomó la palabra, y dixo asi. Señores, una educacion enteramente contraria á la del señor Rolando produxo en mí el mismo efecto que en él. Mi padre fue carnicero en Toledo, y el hombre mas brutal que habia en toda la Ciudad; mi madre no era mas dulce que su marido. Desde mi niñéz me comenzaron á azotar á qual mas podia, y como á competencia uno de otro. Cada dia recibia mil azotes. La mas mínima falta que cometiese era castigada con el mayor rigor. En vano les pedia perdon con las lágrimas en los ojos, prometiendo la enmienda; no habia misericordia para mí, y las mas veces me castigaban sin razon. Quando mi padre me sacudia, siempre mi madre se ponia de su parte, en lugar de interceder por mí. Estos malos tratamientos me ins-

inspiraron tanta aversion á la casa paterna, que ántes de cumplir los catorce años me escapé de ella. Tomé el camino de Aragon, y llegué á Zaragoza pidiendo limosna. Enebreme allí con unos pordioseros que pasaban una vida bastantemente felíz y acomodada. Enseñáronme á contrahacer el ciego, el estropeado, y á figurar en las piernas unas llagas postizas. Todas las mañanas, á la manera de los comediantes que se ensayan para representar sus papeles, nos ensayábamos nosotros para representar los nuestros, y despues cada uno iba á coger su puesto. Por la noche nos juntabamos y nos reíamos de los que se habian compadecido de nosotros por el dia. Canséme presto de vivir entre aquellos miserables, y queriendo juntarme con otra gente mas honrada, me asocié con unos *caballeros de la industria*. Enseñáronme á hacer bellos juegos de mano; pero nos vimos precisados á salir presto de Zaragoza, porque nos descompusimos con cierto Ministro de justicia que siempre nos habia protegido. Cada uno tomó su partido. Yo que me sentia dispuesto á emprender grandes hechos, me acomodé en una tropa de hombres valerosos que ponian en contribucion á los pasageros y caminantes, agradándome tanto su modo de vivir, que desde entónces acá no he querido buscar otro. Si me hubieran dado otra educacion mas dulce, probablemente no seria ahora mas que un pobre carnicero, quando me hallo hoy con

con el honor y con el grado de vuestro teniente.

Señores, dixo entonces un ladron que estaba sentado entre el teniente y el capitan, las historias que acabamos de oir no son tan variadas ni tan curiosas como la mia. Debo mi nacimiento à una paysana ó labradora de las cercanías de Sevilla. Tres semanas despues que me dió á luz, como era todavia moza, bien parecida, aseada y muy robusta, la buscaron para que diese leche á cierto niño, hijo de padres distinguidos, que acababa de nacer en dicha ciudad. Aceptó con gusto la proposicion, y fue á Sevilla para traerse el niño á casa. Entregaronsele, y apénas se vió con él en su aldea, quando observó que él y yo éramos algo parecidos, y esta observacion la excito el pensamiento de trocarnos, con la esperanza de que con el tiempo la agradeceria yo el buen oficio. Mi padre, que no era mas escrupuloso que su honrada muger, aprobó la supercheria. De suerte, que habiendonos mudado de pañales, el hijo de Don Diego de Herrera fue enviado con mi nombre á otra ama para que le criase, y á mí me crió mi madre baxo el nombre del otro.

Digan lo que quisieren sobre el instinto y fuerza de la sangre, los padres del caballerito facilmente se dexaron engañar. No tuvieron la mas mínima sospecha de la pieza que los habian jugado, y hasta los siete años me tuvieron siempre en sus brazos: y siendo su intencion hacer

cerme un caballero completo me dieron todo género de maestros; pero los mas hábiles suelen hallar discípulos que les hacen poco honor. Yo fuí uno de estos. Tenia poca disposicion para los exercicios que me enseñaban, y mucho ménos inclinacion á las Ciencias en que me querian instruir. Gustaba mas de jugar con los criados de casa yéndolos á buscar en la caballeriza y en la cocina. Pero el juego no fue mucho tiempo mi pasion dominante. Aficionéme al vino, y me emborrachaba todos los dias. Retozaba con las criadas; pero particularmente me dediqué á cortejar á una moza rolliza de cozina, cuyo desembarazo y buen color me gustaban mucho, pareciéndome que merecia mis primeras atenciones. Haciála el amor con tan poca cautela, que hasta el mismo Don Rodrigo lo conoció. Reprendióme agriamente, afeándome la baxeza de mis inclinaciones, y por temor de que la presencia del objeto hiciése inútiles sus reprimendas, despidió de su casa á mi Dulcinéa.

Irritóme mucho este proceder, y resolví vengarme. Robé todas sus pedrerias á la muger de Don Rodrigo; corrí en busca de mi bella Helena, que vivia en casa de una lavandera amiga suya, saquéla de ella á la mitad del dia, para que ninguno lo supiese, y aun pasé mas adelante. Llevéla á su tierra, donde nos casamos solemnemente, así por dar

este despique mas á los Herreras, como por dexar á los hijos de familia un exemplo tan bueno de imitar. Tres meses despues de mi arrebatado matrimonio supe que Don Rodrigo habia muerto. No fuí insensible á esta muerte. Partí prontamente á Sevilla para apoderarme de su herencia, pero hallé las cosas muy mudadas. Mi madre ya no exîstia, y antes de su muerte tuvo la indiscrecion de declarar lo que habia hecho en presencia del Cura, y de otros varios testigos. El hijo de Don Rodrigo ocupaba ya mi lugar, ó por mejor decir el suyo, y acababa de ser reconocido por tal con tanto mayor aplauso y alegria, quanto era menor la satisfaccion que yo les causaba. De manera que no teniendo nada que esperar en Sevilla, y fastidiado ya de mi muger, me agregué á ciertos caballeros de fortuna, bajo cuya disciplina dí principio á mis caravanas.

Acabó su historia aquel ladron, y comenzó otro la suya diciendo que él era hijo de un mercader de Burgos, y que en su mocedad, llevado de una indiscreta devocion, habia tomado el hábito de cierta Religion muy austéra, de la qual habia apostatado algunos años despues. En fin todos los ocho ladrones hablaron por su turno, y quando los hube á todos oido, no me admiré de verlos juntos. Mudaron luego de conversacion, y propusieron varios proyectos para la próxîma campaña

ña, sobre los quales tomaron su resolucion, y se fueron á la cama. Encendieron todos sus velas, y cada uno se retiró á su quarto. Yo seguí al Capitan Rolando hasta el suyo, y miéntras le ayudaba á desnudar, ahora bien, Gil Blas (me dixo) ya ves nuestro modo de vivir. Siempre estamos alegres. Entre nosotros no se da lugar al tédio, ni á la envidia. Jamas se oye aqui discordia ni disension: estamos mas unidos que los Frayles. Tú comienzas ahora, hijo mio, á gozar una vida muy agrádable; pues no te tengo por tan tonto, que te dé pena el vivir entre ladrones. No, amigo mio; todos los hombres desean apropiarse el bien ageno. Este es un afecto universal. Toda la diferencia consiste en los medios. Los conquistadores, por exemplo, se apoderan de los estados de sus vecinos. Los Banqueros, Tesoreros, Agentes de letras de cambio, Mercaderes, Comerciantes y Quinquilleros no son escrupulosos. De los Abogados, Procuradores y ministros de justicia no quiero hablar, porque ya se sabe lo que ellos saben hacer. Sin embargo se debe confesar que son mas humanos que nosotros; porque nosotros muchas veces por el dinero quitamos la vida á los inocentes, y ellos por el mismo, no pocas se la perdonan á los culpados.

CA-

CAPITULO VI.

Del intento de escaparse Gil Blas y suceso de su tentativa.

Despues que el capitan de vandoleros hizo esta apología de su honrada profesion, se metió en la cama, y yo levanté la mesa y puse todas las cosas en su lugar. Fuíme despues á la cocina, donde Domingo (así se llamaba el negro) y la tia Leonarda me esperaban cenando. Aunque no sentia hambre me puse á la mesa. No podia atravesar bocado, y viéndome tan triste, como era regular de estarlo, procuraban consolarme aquellas dos análogas figuras; pero sus consuelos contribuían mas á mi desesperacion que á mi alivio. ¿De qué te afliges, hijo? me preguntó la vieja: ántes bien debieras alegrarte de verte entre nosotros: eres mozo, y pareces docil, con que presto te perderias en el mundo, donde hallarias libertinos que te metieran en todo género de disoluciones, quando aquí está segura tu inocencia. Tiene razon la señora Leonarda, dixo el viejo negro en una voz muy grave, y se puede añadir á lo que ha dicho, que en el mundo no se encuentran mas que trabajos. Dá muchas gracias á Dios, amigo mio, porque de una vez para siempre te ha librado de los peligros, disgustos y aflicciones de la vida.

Su-

Sufrí con paciencia estos discursos, porque de nada me servia el inquietarme. En fin, Domingo, despues de haber comido y bebido bien se fue á su caballeriza. Leonarda cogió una linterna, y me conduxo á un Zaquizamí, que servia de cementerio á los ladrones que morian de muerte natural, donde ví un lecho, que mas parecia tumba que cama. Este es tu quarto, me dixo la vieja, pasándome la mano por la cara. El mozo, cuya plaza tienes el honor de ocupar, durmió en esa cama el tiempo que vivió con nosotros, y sus huesos reposan debaxo de ella: él se dexó morir en la flor de su edad. No seas tú tan simple que imites su exemplo. Diciendo esto, entregóme la linterna y volvióse á su cocina, puse la lámpara en tierra, arrojéme sobre aquel miserable lecho, no tanto para reposar, quanto para entregarme á mis tristes reflexîones, ¡O Cielo! exclamé. ?Habrá situacion mas infeliz que la mia? ¡Quieren que renuncie para siempre el consuelo de ver la cara del sol; y como si no bastára hallarme enterrado vivo á los diez y ocho años de mi edad, me veo reducido á servir unos ladrones, y á pasar el dia entre malvados, y la noche con los muertos! Estos pensamientos, que me parecian muy dolorosos, y con efecto lo eran, me hacian llorar amargamente y sin consuelo. Maldecia mil veces la gana que le habia venido á mi tio de enviarme á Salamanca. Arrepentíame de haber tenido tanto mie-

miedo á la Justicia de Cacabelos, y quisiera haber padecido el tormento ántes de verme donde me hallaba. Pero considerando que me consumia inútilmente en vanos llantos, comencé á discurrir en los medios de librarme. ¿Pues qué? me decia yo á mí mismo. ¿Será por ventura imposible encontrar modo para escaparme de aquí? Los ladrones duermen profundamente, la cocinera y el negro harán lo mismo dentro de poco tiempo: miéntras todos estén profundamente dormidos, ¿no podré yo á favor de esta linterna hallar el camino por donde baxé á este calabozo infernal? A la verdad no sé si tendré bastante fuerza para levantar la trampa que cubre la entrada; pero probarémos. No quiero omitir á nada de quanto pueda hacer. La desesperacion me prestará fuerzas, y puede ser que me salga con ello.

Tomada esta gran resolucion me levanté quando me pareció que Leonarda y Domingo podian ya estar dormidos. Cogí la linterna, salí de mi camarote, y me encomendé á todos los Santos del Cielo. No dexó de costarme algun trabajo el acertar con las vueltas y revueltas de aquel laberinto. Llegué en fin á la puerta de la caballeriza, y me hallé en el camino que buscaba. Fuí marchando, y acercàndome á la trampa con cierta alegria mezclada de temor: mas ¡ay! en medio del camino me encontrè con una maldita reja de hierro bien cerrada, y cuyas barras estaban

tan

tan juntas que apénas podia pasar la mano por entre ellas. Víme cortado y perdido con aquel nuevo impedimento, que al entrar no habia advertido por estar abierta la reja. Con todo no dexé de probar si podia abrir el candado. Exâminé la cerradura, haciendo todo lo que pude por forzarla, quando de repente me aplicaron por las espaldas cinco ó seis fuertes latigazos con un buen vergajo de buey. Dí un grito que resonó en toda la caverna, y mirando á tras ví al maldito negro en camisa con una linterna sorda en una mano y con el instrumento de mi suplicio en la otra. ¡Ola, bribonzuelo! me dixo: ¿querias escaparte! no amigo, no esperes sorprenderme. Creiste que estaria abierta la reja; pues sábete que siempre la encontrarás cerrada. Quando atrapamos á alguno, le guardamos aquí, mal que le pese, y si logra escaparse ha de ser mas ladino que tú.

Miéntras tanto, al grito que yo habia dado despertaron tres ladrones, los quales se levantaron y vistieron á toda priesa, creyendo que la Santa Hermandad venia á echarse sobre ellos. Llamaron á los demás, que en un instante se pusieron en pié. Toman sus espadas y caravinas, y medio desnudos acuden á donde estábamos Domingo y yo. Pero luego que se informaron ó entendieron el origen del rumor que habian oido, su inquietud se convirtió en grandes carcajadas. ¿Cómo así Gil

Blas,

Blas, me dixo el ladron apóstata: no há mas que seis horas que estás con nosotros, y ya querias apostatar? Bien se conoce tu aversion al silencio y al retiro. ¿Qué harias si fueras cartujo? Anda, vete á la cama, que por esta vez basta por castigo los vergonzosos con que te regaló Domingo; pero si otra vez vuelves á intentar escaparte, por San Bartolomé que te hemos de desollar vivo. Diciendo esto se retiró. Los demás ladrones se volvieron á sus quartos; el viejo negro muy glorioso de su expedicion se recogió á su caballeriza, y yo me volví á zambullir en mi cementerio, pasando lo restante de la noche en suspirar y llorar.

CAPITULO VII.

De lo que hizo Gil Blas, no pudiendo hacer otra cosa.

Los primeros dias pensé morirme, rindiendo la vida á la melancolia que me devoraba; pero al fin mi genio me inspiró que sufriese y disimulase. Esforcéme á parecer ménos triste. Comencé á cantar y á reir, aunque sin gana. En una palabra: supe disfrazarme tan bien, que Leonarda y Domingo cayeron en la red, y creyeron buenamente que ya el páxaro se habia acostumbrado á la jaula. Lo mismo juzgaron los Ladrones. Mostrábame muy alegre quando les daba de beber, y de quando

en quando los divertia tambien con alguna chocarreria ó bufonada. Esta libertad que me tomaba, les daba mucho gusto en vez de enfadarlos. Gil Blas, me dixo el capitan en cierta ocasion que yo hacia del gracioso, has hecho bien en echar á pasear la melancolia. Me gusta mucho tu espíritu y tu buen humor: No se conoce á la gente al principio; yo no te tenia por tan agudo y tan jovial.

Tambien los demas me honraron con mil alabanzas, exôrtándome á estar siempre de buen humor. Parecióme que todos estaban muy contentos conmigo, y aprovechándome de tan buena ocasion, señores (les dixe) permitánme ustedes que les descubra mi corazon. Desde que estoy en su compañia no me conozco á mí mismo; pareceme que no soy el que era. Ustedes han desvanecido los perjuicios ó preocupaciones de mi educacion. Insensiblemente se me ha pegado vuestro espíritu, y he tomado el gusto á su honrada profesion. Me muero por merecer el honor de ser uno de sus compañeros, y de tener parte en los peligros de sus gloriosas expediciones. Todos aplaudieron este discurso, y alabaron mi buena voluntad; pero unánimemente convinieron en que me dexarian servir por algun tiempo, para probar mi vocacion, y que despues correria mis caravanas, y al cabo se me conferiria la honorífica plaza á que aspiraba.

Hube de conformarme por fuerza, y continuar en vencerme, y en exercer mi oficio de copero. A la verdad quedé muy mortificado; porque solo pretendia ser ladron por tener libertad de salir con los demas, esperando que en algunas de sus correrías se me presentaria ocasion de escaparme de ellos. Esta única esperanza era la que me mantenia vivo. Sin embargo el tiempo de la probacion me parecia largo, y mas de una vez intenté sorprender la vigilancia de Domingo, pero inútilmente. Siempre estaba muy alerta, tanto que no bastarian cien Orféos para encantar á aquel Cerbero. Es verdad que por no hacerme sospechoso no emprendia todo lo que podia hacer para engañarle. Veíame precisado á vivir con la mayor circunspeccion, porque el Negro era ladino, y observaba mucho todos mis pasos, palabras y movimientos. Asi pues apelé á la paciencia, remitiéndome al tiempo que los ladrones me habian prescripto para recibirme en su congregacion, cuyo dia esperaba con tanta ansia como si hubiera de entrar en una compañía de honrados comerciantes.

En fin, gracias al Cielo, llegó al cabo de seis meses este dichoso dia. El señor Rolando dixo á sus camaradas: caballeros, es preciso cumplir la palabra que dimos al pobre Gil Blas. A mí me parece bien este muchacho, y espero que tendremos en él un hom-

hombre de provecho. Soy de sentir que mañana le llevemos con nosotros, para que dé principio á coger los laureles en los caminos reales. Nosotros mismos le hemos de poner en el que guia á la gloria. Todos se conformaron con el parecer de su capitan, y para hacerme ver que ya me miraban como á uno de ellos, desde aquel momento me dispensaron de servirles. Restituyeron á la señora Leonarda en el empleo que ántes tenia, y de que la habian exónerado para honrarme á mí con él. Hiciéronme arrimar el vestido que llevaba encima, y consistia en una simple jaquetilla muy usada, y me acomodaron todos los despojos de un caballero que acababan de robar: despues de lo qual me dispuse á hacer mi primera campaña.

CAPITULO VIII.

Acompaña Gil Blas á los ladrones, y empieza su expedicion en los caminos reales.

Hácia el fin de una noche de Setiembre salí del soterraneo con los ladrones. Iba armado como todos con carabina, pistolas, espada y una bayoneta, y montaba un buen caballo que habian cogido al caballero cuyos vestidos me habian tocado por suerte. Como habia estado tanto tiempo en la obscuridad, quando amaneció no podía sufrir la luz, pero po-

poco á poco se fueron acostumbrando mis ojos á tolerarla.

Pasamos por cerca de Ponferrada, y nos metimos en un bosquecillo á orilla del camino de Leon. Allí estuvimos esperando á que la fortuna nos ofreciese algun buen lance, quando descubrimos un Religioso montado en una muy mala mula, contra la costumbre de los de su Orden. ¡Bendito sea Dios! exclamó sonriéndose el capitan: hé aquí el grande ensayo de Gil Blas. Es preciso que vaya á exâminar el bolsillo de aquel Frayle: verémos cómo se porta. Todos los camaradas convinieron efectivamente que aquella comision era la que me correspondia, exôrtándome á que saliese de ella con lucimiento. Espero, señores, (dixe) que quedareis contentos. Voy á despojar á aquel Padre, y á dexarle tan desnudo como la mano, y traer aqui su mula. Eso no, dixo Rolando, me parece la pena: Aliviale solamente del bolsillo, y traelo: no te pedimos mas. En esto salí del bosque, y enderecéme hácia el Religioso, pidiendo al Cielo que me perdonase la accion que iba á executar con tanta repugnancia. Bien hubiera querido poder escaparme en aquel mismo punto; pero todos mis compañeros estaban mejor montados que yo, y si me vieran huir, correrian tras mí, y presto me atraparian ó me espolearian por las espaldas con una descarga de sus caravinas, con la que me hubiera ido muy mal; y así no me atreví á ex-

exponerme á una accion tan poco segura. Llegué pues al Padre, y pedíle la bolsa, poniéndole al pecho una pistola. Detúbose un poco á considerarme, y sin mostrarse muy sobresaltado: muy mozo eres, hijo mio, (me dixo con voz melosa y bastantemente entera) y muy temprano te has puesto á tan vil oficio. Padre mio, le respondí, sea vil ó no lo sea, me alegrára haberle empezado mas presto. ¡Ah querido! (me replicó el buen Religioso, que no podia comprender el sentido de lo que yo hablaba) ¿qué es lo que dices? ¡O qué ceguedad! Escúchame, y te haré presente el infeliz estado en que te hallas. Oh, Padre mio, le interrumpí con precipitacion, no se tome ese trabajo, y dexese de Moral, que no vengo á los caminos públicos á que me prediquen: quiero dinero, y no sermones. ¡Dinero! me dixo muy maravillado. Mal conoces la caridad de los Españoles, si crees que las personas de mi profesion y mi caracter lo necesitan para viajar. En todas partes nos reciben y hospedan honradamente, nos tratan muy bien, y quando partimos solo nos piden nuestras oraciones. En fin nosotros no llevamos dinero para caminar, y nos abandonamos enteramente á la Providencia. Eso no, repliqué yo; no os abandonais tal. Siempre llevais buenos doblones, para que la Providencia no os haga alguna burla, y aseguraros mejor de ella. Pero al fin, Padre mio, concluyamos: Mis

Mis compañeros me estan esperando en aquel bosque : eche prontamente la bolsa en tierra, ó si no le mato.

A estas palabras que pronuncié colérico, y amenazándole, el buen Religioso mostró temer por su vida. Espera, me dixo, que voy á satisfacerte, ya que absolutamente no puede ser otra cosa, veo que con vosotros es inútil toda figura retórica. Diciendo esto sacó de debaxo del hábito una gran bolsa de cuero, y la dexó caer en el suelo. Díxele entónces que podia continuar su camino, y él lo hizo sin esperar á que tuviese el trabajo de repetírselo. Dió quatro espuelazos á la mula, que desmintió la mala opinion en que yo la tenia, pareciéndome tan caroña como la de mi tio; y la bestia, dándose por entendida al caritativo aviso, comenzó desde luego á tomar un buen trote. Apenas el Frayle se alexó de mí, quando me apeé; recogí el bolson, que pesaba mucho, y volví á ganar el bosque, donde los camaradas me esperaban con impaciencia para darme mil parabienes por mi gloriosa victoria, como si me hubiera costado mucho. Apenas me dieron lugar de apearme, segun se apresuraban en abrazarme. Animo, ¡Gil Blas! (me dixo Rolando) has hecho maravillas. Durante tu expedicion no apartamos los ojos de tí; observé tu firmeza, tu resolucion, con todos tus movimientos, y desde luego te pronostíco que con el tiempo

se-

serás un heroyco ladron y el terror de los caminos reales. El Teniente y los demas aplaudieron la prediccion, asegurando que no podia dexar de verificarse algun dia. Dí á todos las gracias por el buen concepto que habian formado de mí, prometiendo hacer todos los esfuerzos posibles para desempeñarle.

Despues que alabaron tanto mas, quanto menos lo merecia la villana accion que habia hecho, les vino la curiosidad de exâminar la presa. Veamos, dixeron, qué contiene la bolsa del Religioso. Sin duda, añadió uno de ellos, que estará bien provista, porque estos padres no viajan como peregrinos. Desatóla el capitan, abrióla, y sacó dos ó tres puñados de medallitas de cobre, mezcladas con *Agnus Dei*, y con algunos escapularios. Al ver el hurto de una moneda tan nueva todos prorrumpieron en tan descompasadas carcajadas, que pensaron rebentar de risa. ¡Vive Dios! exclamó el Teniente, que todos debemos estar muy obligados al señor Gil Blas. El primer ensayo que ha hecho puede ser muy saludable á la compañia. A esta bufonada se siguieron otras de los demas. Aquellos malvados, y sobre todos el apóstata se divirtieron con mil impias truhanerias sobre la materia, diciendo cosazas que mostraban bien la corrupcion de sus costumbres. Solo yo no tenia gana de reir. Verdad es que me la quitaban los bufones, que tanto se alegra-

graban á mi costa. Cada uno me flechaba alguna pulla, y hasta el capitan me dixo, aconséjote, amigo Blas, que en adelante no te vuelvas á meter con Frayles, porque son mas finos y mas chuscos que tú.

CAPITULO IX.

Del serio lance que se siguió á la aventura del Frayle.

Estuvimos en el bosque la mayor parte de aquel dia sin haber visto pasagero alguno que supliese el chasco que nos habia dado el Religioso. Salimos en fin para restituirnos á nuestro soterraneo, persuadidos à que las expediciones del dia se habian acabado con el risible suceso, que todavía daba materia á la conversacion y á las chufletas, quando descubrimos á larga distancia un coche tirado de quatro mulas. Acercábase á nosotros á gran paso, y le acompañaban tres hombres á caballo, que parecian bien armados. Rolando nos mandó hacer alto para consultar lo que se habia de hacer; y la resolucion fué que se les atacase. Pusimonos todos en orden, segun la disposicion del capitan, y marchamos en batalla acercándonos al coche. No obstante los aplausos que habia recibido en el bosque, se apoderó de mí un universal temblor, y sentí bañado todo el cuerpo de un sudor frio, que

no

no me presagiaba cosa buena. Por mayor fortuna mia me hallaba á la frente del cuerpo de batalla en medio del capitan y el teniente, que de proposito me pusieron entre los dos para que me hiciese al fuego desde luego. Reparó Rolando lo mucho que la naturaleza estaba padeciendo en mí, me miró con ojos torvos, y me dixo en voz bronca: oyes, Gil Blas, trata de hacer tu deber; porque te advierto que si te acobardas, con un pistoletazo te levanto la tapa de los sesos. Estaba muy persuadido á que lo haria mejor que lo decia, para no aprovecharme del dulce y paternal aviso: y así solo pensé en recomendar mi alma á Dios.

Entre tanto el coche y los caballeros se nos venian acercando. Desde luego conocieron la casta de páxaros que éramos, y adivinando nuestro intento, por la ordenanza y postura en que nos veían, se pararon á tiro de fusil. Todos estaban armados; y miéntras se disponian á recibirnos, saltó de la carroza un hombre de buen parecer y ricamente vestido. Montó en un caballo de mano que uno de los montados tenia por la brida, y se puso á la frente de los tres. Aunque eran solos quatro contra nueve, se avanzaron á nosotros con tal brio, que se aumentó mucho mi miedo y mi temor. No por eso dexé de prevenirme para disparar mi caravina, aunque temblaban todos los miembros de mi cuerpo, co-

mo si estuviera azogado; mas, por contar las cosas como pasaron, quando llegó el caso de dispararla, cerré los ojos y volví la cabeza á otra parte, de manera que aquel tiro nunca puede ser á cargo de mi conciencia.

No me detendré en referir las circunstancias de la accion, pues aunque me hallaba presente nada veia; porque turbada con el terror la imaginacion, me ocultaba el horror de un espectáculo, que verdaderamente me sacó fuera de mí. Todo lo que yo puedo decir es, que despues de un gran ruido de mosquetadas y caravinazos oí gritar á mis camaradas: *vitoria*! *vitoria*! Al oir esta aclamacion se disipó el miedo que se habia apoderado de mis sentidos, y vi tendidos en el campo los cadáveres de los quatro que venian á caballo. De nuestra parte solo murió el apóstata, que en esta ocasion recibió lo que merecia por sus insulsas y frias gracias sobre los escapularios y medallas. Otro recibió una bala en la rodilla derecha; y el teniente fue tambien herido, pero muy ligeramente, pues el golpe apénas hizo mas que lamerle un poco el pellejo.

Corrió luego el señor Rolando á la portezuela del coche, vió dentro una dama de veinte y quatro á veinte y cinco años, que le pareció hermosa, aun en el triste estado en que se hallaba. Habíase desmayado durante la refriega y aun no habia vuelto

en



en sí. Miéntras él se ocupaba en mirarla nosotros atendimos al botin. Lo primero que hicimos fue asegurarnos de los caballos que habian servido á los muertos, porque espantados con los tiros se habian descarreado despues de quedar sin guias. Las mulas del coche permanecieron quietas, aunque durante la accion se habia apeado el cochero para ponerse en salvo. Echamos pie á tierra para desprenderlas de los tirantes, y las cargamos con las mangas y maletas que venian en la zaga y delantera del coche. Hecho esto, se sacó de él á la dama por orden del capitan, la qual aun no habia recobrado sus sentidos, y se la puso á caballo con uno de los ladrones mejor montados, dexando en el camino el coche y los muertos despojados de sus vestidos, y llevándonos la dama, las mulas, los caballos y preséas.

CAPITULO X.

De qué modo se portaron los vandoleros con la señora desmayada. Gran proyecto de Gil Blas, y suceso que tuvo.

Llegamos á la cueva una hora despues de haber anochecido. Lo primero que hicimos fue meter las mulas en la caballeriza, atarlas al pesebre, y cuidar de ellas; porque el viejo Negro habia tres dias que estaba en

en cama, rendido á los dolores de la gota, y á un fiero rehumatismo, que apénas le dexaba libre mas que la lengua para emplearla en mostrarnos su impaciencia, prorumpiendo en las mas horribles blasfemias. Dexamos aquel miserable jurar y blasfemar, y fuimos á la cocina para cuidar de la dama, que estaba rodeada de las sombras de la muerte. Hicimoslo tan bien que logramos volviese del desmayo. Mas quando recobró sus sentidos, y se vió entre unos hombres, que no conocia, sintió todo el peso de su desgracia, y comenzó á desesperarse. Todo lo mas horroroso que el sentimiento y el dolor pueden representar á una viva fantasia, todo se veía pintado en sus ojos, que levantaba al Cielo, como para quejarse de las indignidades que la amenazaban. Cediendo entónces á imágenes tan espantosas, volvió de repente á desmayarse, cerró sus bellos ojos, y los ladrones temieron que iban á perder aquella preciosa presa. El capitan pareciéndole mejor abandonarla á sí misma que atormentarla con nuevos socorros, mandó la llevasen á la cama de Leonarda, dexándola sola y encomendada á su buena suerte.

Pasamos nosotros al salon, y uno de los ladrones, que habia sido cirujano, reconoció las heridas del teniente, y de su compañero, y les aplicó no sé qué bálsamo. Hecha esta operacion se pasó al exâmen de

de lo que habia en las mangas y en las maletas. Halláronse algunas llenas de telas y de encaxes, otras de vestidos, y la última que se registró contenia algunos talegos de doblones, cuya vista regocijó mucho á los interesados. Concluido este exámen la cocinera puso la mesa, y sirvió la cena. Desde luego cayó la conversacion en nuestra gran victoria, y Rolando volviéndo á mí, me dixo: confiesa, Gil Blas, que has pasado un gran susto. No lo puedo negar, respondí yo; ántes bien lo confieso de buena fé; pero déxenme Vms. hacer dos ó tres campañas, y entónces se verá si sé pelear como un Paladin. Toda la compañía se puso de mi parte, diciendo se le debe perdonar, porque la accion fue muy viva, y para un mozo, que jamás habia visto el fuego, no lo ha hecho mal.

Hablóse luego de las mulas y caballos que habiamos traido, y resolvióse que el dia siguiente iriamos todos á venderlos en Mansilla, donde verisimilmente no habria llegado todavía la noticia de nuestra hazaña. Resuelto esto acabamos de cenar, y nos fuimos à la cocina para ver á la pobre dama. Hallámosla en el mismo estado. Con todo eso, y aunque apénas se percibia en ella un leve soplo de vida, algunos ladrones no dexaban de mirarla con ojos profanos, y hubieran satisfecho sus brutales deseos si el capitan no

no lo hubiera contenido, representándoles, que á lo ménos debian esperar á que se recobrase de aquel abatimiento de tristeza que la hacia poco ménos que insensible. El respeto que tenian al capitan refrenó su incontinencia. Sin esto ninguna cosa hubiera salvado á la dama, y aun despues de su muerte no estaria seguro su honor.

Dexamos en tan triste situacion á aquella infeliz señora, contentándose Rolando con encargar á Leonarda que la cuidase, y nos retiramos cada qual á nuestro quarto. Por lo que á mí toca, apénas me acosté, quando en vez de entregarme al sueño solo me ocupé en considerar la infelicidad de aquella pobre señora. No dudaba que fuese una persona de distincion, y por lo mismo me parecia ser su suerte mas deplorable. No podia pensar sin estremecerme en los horrores que la esperaban; y me sentia tan vivamente comovido, como si la sangre ó el amor me hubieran unido á ella. En fin, despues de haber llorado su destino, solo pensé en los medios de preservar su honor del peligro que corria, y en librarme yo mismo de la maldita cueva. Acordéme de que el negro no se podia mover á causa de sus dolores, y que la cocinera tenia la llave de la reja. Este pensamiento me recalentó la imaginacion, y me hizo concebir

bir un proyecto que dirigí muy bien, y despues dí principio á su execucion en la manera siguiente.

Fingí que me habia asaltado un dolor cólico. Prorumpí desde luego en ayes y en gemidos : pasé despues á levantar la voz, dando gritos y dolorosos alaridos. Dispertaron al ruido los compañeros, acudieron todos á mi qüarto, y me preguntaron qué tenia. Respondíles que estaba padeciendo una horrible cólica, y para que lo creyesen mejor, apretaba los dientes, hacia gestos y espantosas contorsiones, revolviéndome á todas partes, y agitándome estrañamente. Hecho esto de repente me quedé muy tranquilo y sosegado, como si me hubieran dado algunas treguas los dolores. Un momento despues comencé à revolverme en la cama y á retorcerme los brazos. En una palabra, representé con tanta destreza mi papel, que los ladrones no obstante ser tan finos y tan astutos se dexaron engañar, y creyeron que efectivamente padecia violentísimos dolores. Así pues, todos se dieron la mayor priesa á socorrerme. Uno me traía una botella de aguardiente, y me hacia beber la mitad, otro á pesar mio me aplicaba una lavativa de aceyte de almendras dulces, otro iba á calentar servilletas, y casi abrasando me las ponia sobre la boca del estómago. En vano pedia misericordia : ellos atribuían mis clamo-

mores á la violencia del cólico, y me hacian sufrir dolores verdaderos, queriéndome aliviar de los que no tenia. En fin no pudiendo ya sufrir mas, me ví obligado á decir, que ya no sentia retortijones y que no necesitaba de remedios. Cesaron de fatigarme con ellos, y yo me guardé bien de quejarme porque no volviesen á socorrerme.

Duró esta scena casi tres horas, los ladrones juzgando que ya no podia tardar de venir el dia, partieron todos á Mansilla. Mostré gran deseo de acompañarlos, y me quise levantar para que lo creyesen; pero no lo permitieron. No, no, Gil Blas (me dixo Rolando) quédate aquí, hijo mio, porque te podria repetir el cólico: otra vez vendrás con nosotros, que por hoy no estas en estado de hacerlo. Mostréme muy sentido de no ser de la partida; y lo hice con tanta naturalidad que ninguno tuvo la menor sospecha de lo que yo meditaba. Luego que partieron, lo que yo deseaba tanto que se me hacian siglos los instantes, entré en cuentas conmigo, y me decia á mí mismo: ea, Gil Blas, ahora sí que necesitas gran resolucion. Armate de valor para acabar con lo que tan felizmente has comenzado. Domingo no está en parage de oponerse á tu gloriosa empresa. Leonarda no te puede impedir su execucion. Si no te aprovechas de esta oportunidad para escaparte, quizà no encontrarás jamás otra tan favorable. Es-

tas

tas reflexîones me llenaron de aliento y confianza. Levantéme al punto de la cama: vestíme, tomé mi espada y mis pistolas, fuìme derecho á la cocina; pero antes de entrar en ella, habiendo oido hablar á Leonarda me detuve, apliqué el oido para entender lo que hablaba. Discurria con la dama desconocida, que, habiendo vuelto en sí de su segundo desmayo, y comprehendiendo entónces todo su infortunio lloraba amargamente faltando poco para desesperarse. Llora, hija mia, (la decia ella) y llora todo quanto puedas: no reprimas los suspiros, y dá libertad á los sollozos; con eso te desahogarás. Es cierto que parecia peligroso el accidente, pero ya que rompiste en llorar no hay que temer. Así que se haya mitigado tu dolor (que poco á poco se desvanecerá) te acostumbrarás á vivir con estos señores, que todos son gente honrada y hombres muy de bien. Te tratarán mejor que á una Princesa. Todos á porfia se esmerarán en complacerte, y cada dia te mostrarán mas amor. ¡Oh! y quántas mugeres embidiarian tu fortuna si la supieran.

No la dí tiempo á que dixese mas. Entréme en la cocina con intrepidéz, púsela una pistola á los pechos, amenazándola que la quitaria en aquel momento la vida si no me entregaba prontamente, y sin réplica la llave de la reja. Turbóse á vista de mi accion, y aunque ya habia vivido sobrado tiempo, todavía te-

nia tanto amor á la vida, que no la quiso perder por tan poca cosa como era entregarme, ó no entregarme una llave. Alargómela prontísimamente, y luego que la tuve en la mano, volviéndome á la bella afligida, la dixe: señora, el cielo os ha enviado un libertador; levantaos para seguirme, que yo os conduciré y os pondré con toda seguridad donde me lo mandeis. No se hizo sorda á mi voz: mis palabras hicieron tanta impresion en su espíritu, que recobrando todas las fuerzas que la restaban, se levantó, arrojóse á mis pies, y solamente me suplicó que conservase su honor. Alcéla, y la aseguré que se fiase de mí, y contase con mi honradéz. Tomé despues algunos cordeles que habia en la cocina; y ayudándome la misma dama amarré con ellos á Leonarda á los pies de una gran mesa, protestándola que la quitaria la vida al menor grito que diese. Encendí despues una vela, y acompañado de la dama desconocida pasé al quarto donde estaban las especies de plata y oro. Llené los bolsillos de todos los doblones que pudieron caber en ellos, obligando á la dama á que hiciese lo mismo puesto que en eso no hacia mas que recobrar lo que era suyo. Despues de haber hecho una buena provision, marchamos á la caballeriza, donde entré yo solo con mis pistolas amartelladas. Daba por supuesto que el viejo negro no me dexaria ensillar y aparejar tranquilamente mi caballo, y es-

estaba resuelto á curarle de una vez todos sus males si no queria ser bueno; pero afortunadamente se hallaba á la sazon tan oprimido de los dolores que habia tolerado, y que le atormentaban aun, que saqué mi caballo sin que diese la menor señal de haberlo conocido. La dama me esperaba á la puerta. Cogimos prontamente el camino que guiaba á la salida de la cueva: abrimos la rexa, y llegamos á la trampa que cubria la entrada. Costónos gran trabajo el levantarla, ó, por mejor decir, para lograrlo hubimos menester nuevas fuerzas que nos prestó el deseo de salvarnos.

Comenzaba à rayar el dia quando nos vimos fuera de aquel abismo; y de lo que mas cuidamos entónces fue de alejarnos quanto ántes de él. Yo monté á caballo; puse la señora á la grupa, y siguiendo á galope la primera senda que se nos presentó, tardamos poco en salir del bosque y entrar en una llanura, donde nos encontramos con varios caminos. Seguimos uno á la ventura, teniendo yo grandísimo miedo de que fuese quizá el que guiaba á Mansilla, y nos hallásemos con Rolando y sus camaradas, que seria fatal encuentro. Pero fue vano mi temor, porque entramos felizmente en Astorga á cosa de las dos de la tarde. Observé que muchos nos miraban con particular atencion, como si fuera para

ellos

ellos un espectáculo nunca visto el de una muger á caballo tras de un hombre. Apeámonos en el primer meson, y ordené luego que guisasen una liebre y asasen una perdíz. Miéntras esto se disponia conduxe la dama á un quarto, donde comenzamos á discurrir, lo qual no habiamos podido hacer en el camino, por la priesa conque viajamos. Mostróse muy agradecida al gran servicio que la habia hecho, diciéndome, que á vista de una accion tan generosa no se podia persuadir que yo fuese compañero de los infames, de cuyo poder la habia libertado. Contéla entónces mi historia para confirmarla en el buen concepto en que me tenia. Con esto la empeñé á que me favoreciese con su confianza, y me refiriese sus infortunios, como lo hizo de la manera que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XI.

Historia de Doña Mencía de Mosquera.

Nací en Valladolid, y mi nombre es Doña Mencía de Mosquera. Mi padre, Don Martin, Coronel de un Regimiento, fue muerto en Portugal despues de haber consumido su patrimonio en el servicio del Rey. Dexóme pocos bienes, y consiguientemente aunque era única no podia pasar por una gran conveniencia. Mas sin embargo de mi es-

escasa fortuna no me faltaban pretendientes. Muchos caballeros de los mas principales de España solicitaron mi mano; pero el que se llevó mi atencion fue Don Alvaro de Mello. A la verdad era el mas galan y ayroso de todos; y ademas otras prendas muy sólidas me determinaron á su favor. Era discreto, entendido y valiente, acompañando á esto lo muy comedido, atento, pundonoroso, y el hombre mas bien portado del mundo. En las corridas de toros ninguno se mostraba mas arriesgado, mas brioso ni mas diestro. En las justas era la admiracion de todos su despejo, su entereza, habilidad, y valor. Finalmente lo preferí á sus contrarios, y le concedí mi mano.

Pocos dias despues de nuestro matrimonio se encontró en cierto sitio retirado con Don Andres de Baeza, que habia sido uno de sus antiguos competidores conmigo. Picáronse los dos, sacaron las espadas, y costó la vida á Don Andres. Era este sobrino del Corregidor de Valladolid, hombre de genio violento, y enemigo mortal de la casa de Mello, y por consiguiente juzgó Don Alvaro que le importaba infinito no retardar un punto su fuga. Volvióse inmediatamente á casa, contóme lo sucedido, y me dixo: querida Mencia, es indispensable separarnos. Ya conoces al Corregidor; me perseguirá vivamente. No ignoras lo mucho que puede en España, y así no estoy seguro en el Reyno. No le permitió decir

cir mas su dolor. Hícele que tomase dinero y algunas joyas. Tendióme despues los brazos, estrechóme en ellos, y estuvimos así gran rato sin poder uno ni otro hablar palabra, confundiéndose nuestras lágrimas, suspiros y sollozos. Vino un criado á decir que estaba pronto el caballo: arrancóse de mí, partió y dexóme en un estado que no sabré pintar ¡Dichosa yo! si el éxceso del dolor me hubiera quitado la vida. ¡Qué de penas y tormentos me hubiera ahorrado! Pocas horas despues que habia partido Don Alvaro supo su fuga el Corregidor. Hizo que le siguiesen, y no perdonó diligencia alguna para haberle á las manos. Engañólas todas mi esposo, y púsose en seguro. Viéndose el Juez reducido á no poder tomar otra venganza que la satisfaccion de quitar todos sus bienes á un hombre, cuya sangre quisiera haber podido beber, confiscó quanto pertenecia á Don Alvaro.

Halléme con esto en tan miserable situacion, que apénas tenia lo necesario para subsistir. Comencé á retirarme de todos quedándome con una sola criada. Pasaba los dias llorando amargamente, no ya mi necesidad, que llevaba con paciencia, sino la ausencia de un adorado esposo, de quien no tenia noticia alguna, sin embargo de haberme prometido en nuestra dolorosa despedida, que de qualquiera parte del mundo donde se hallase procuraria informarme de su suerte. No obstante se

pa-

pasaron siete años sin haber oido hablar de él. Causábame una profunda tristeza la incertidumbre de su paradero. Supe al fin, que combatiendo por las armas de Portugal en el Reyno de Fez habia perdido la vida en una batalla. Así me lo refirió un hombre recien venido de Africa, asegurándome que conocia perfectamente á Don Alvaro de Mello, con quien habia servido en el Exército Portugués, y que él mismo le habia visto perecer en lo mas vivo de la accion. A esto añadió otras circunstancias que me acabaron de persuadir que ya no exîstia mi esposo.

Vino en este tiempo á Valladolid Don Ambrosio Mesia Carrillo, Marques de la Guardia. Era uno de aquellos señores entrados en edad, que por sus galantes y cortesanísimos modales hacen olvidar sus años y consiguen aprecio entre las damas. Casualmente le refirieron la historia de Don Alvaro, y con esta ocasion oyó hablar de mí en términos que entró en mucha gana de verme. Para contentar su curiosidad se valió de una parienta mia, en cuya casa me encontró. Vióme, y quedó prendado de mí á pesar de la impresion de dolor que reparó en mi semblante. ¿Pero qué digo *á pesar*? quizá lo que mas le tocó fue el mismo ayre triste, melancólico y lánguido en que me veía, previniéndole en favor de mi fidelidad. Mi melancolía pudo ser la causa de su amor. Por eso me dixo mas de una vez, que me mira-

raba como un prodigio de constancia, y que envidiaba la suerte de mi marido por desgraciada que fuese. En una palabra, quedó tan pagado de mí, que no necesitó verme segunda vez para tomar la resolucion de casarse conmigo.

Valióse de la misma parienta mia para pedir mi consentimiento. Vino esta á mi casa, y me representó que habiendo dado mi esposo fin á su carrera en el Reyno de Fez no era razon que estuviese enterrada por mas tiempo; que habia llorado ya sobradamente á un hombre, cuya compañia habia gozado por solos pocos momentos, que debia no malograr la ocasion que se presentaba, y que seria la muger mas feliz y mas contenta del mundo. Aquí ponderó la nobleza del Marques, sus grandes bienes y su amabilísimo carácter. Pero por mas que empleaba su eloqüencia en hacerme palpables las ventajas que hallaria yo en aquel partido no me pudo persuadir. No ya porque dudase de la muerte de Don Alvaro, ni por el miedo de volverle á ver quando ménos lo pensase. Lo único que mi parienta tenia que vencer era mi poca inclinacion, ó por mejor decir mi repugnancia á segundo matrimonio, despues de las desgracias que habia experimentado en el primero. En virtud de esto no desconfió, ni se acobardó, antes bien, interesada ya por Don Ambrosio aumentó sus instancias. Empeñó á toda mi parentela en la pre-

ten-

tension del Marques. Comenzaron mis parientes á estrecharme y apurarme sobre que aceptase un partido tan ventajoso. Veíame sitiada siempre de ellos, importunándome y atormentándome con la continua cantinela de que no malograse tan favorable proporcion. Por otra parte mi miseria era mayor cada dia, y no fue esto lo que menos contribuyó á dexar vencer mi resistencia.

No pude pues defenderme mas tiempo; rendíme en fin á tan repetidas porfias, y caséme con el Marques de la Guardia, el qual el dia despues de la boda me conduxo á una bellísima hacienda que tenia cerca de Burgos, entre Grajal y Rodillas. Desde luego concibió por mí un amor violento. Observaba yo en todas sus acciones un vivísimo deseo de darme gusto. Estudiaba en prevenir todo quanto yo podia apetecer. Ningun esposo estimó nunca mas á su muger, ni jamás amante alguno aplicó mayor esmero en complacer á su dama. Sin duda que yo hubiera amado apasionadamente á Don Ambrosio, á pesar de la desproporcion de nuestras edades, si hubiera sido capaz de amar á otro que á Don Alvaro. Pero los corazones constantes no aciertan á dar entrada á segunda pasion. La memoria de mi primer esposo hacian inútiles todos los esfuerzos del segundo por hacerse amar de mí. No podia corresponder á sus ternuras sino con afectos y expresiones de gratitud y de respeto.

Hallábame en esta disposicion, quando un dia asomándome á una ventana que caía hácia el jardin, ví en él un labrador que me miraba con particular atencion. Túvele por el criado del jardinero, y por entónces no hice caso de él; pero al dia siguiente habiéndole visto en el mismo sitio me pareció que estaba aun mas atento á mirarme: esto me dió golpe. Observéle tambien yo por mi parte con algun cuidado, y se me figuró que descubria en él algunos rasgos y alguna idea del desgraciado Don Alvaro. Esta aparicion excitó en todos mis sentidos una turbacion inexplicable, y dí un gran grito sin poderme contener. Por fortuna estaba sola entónces con Inés, la criada de mi mayor confianza. Descubríla la sospecha que me agitaba, y ella no hizo mas que reîr, creyendo que alguna lîgera semejanza me habria alucinado. Serenaos, señora, (me dixo) y no creais haber visto á vuestro primer esposo. No es verosimil que se presentase aquí con el disfraz de labrador, pues ni se hace creible que aun viva. Yo misma (añadió) voy ahora al jardin á ver á ese hombre á informarme quién es: y volveré en un momento á desengañaros. Partió al jardin, y un instante despues la veo entrar en mi quarto muy alterada: señora (me dixo) vuestra sospecha fue demasiadamente bien fundada. El hombre que visteis en el jardin es verdaderamente el mismo Don Alvaro. Luego se me des-

descubrió, y desea veros á solas.

Podia recibirle entónces, porque el Marques habia partido á Burgos, y así dixe á Inés que le conduxese á mi quarto por una escalera secreta. Ya se dexa conocer la agitacion en que me hallaria. No pude sufrir la vista de un hombre que tenia derecho para decirme quanto viniese á la boca, y al parecer con razon. Caí desmayada luego que le ví en mi presencia, como si hubiera sido mi sombra. Así él como Inés me socorrieron prontamente, y despues que volví del desmayo: tranquilizaos, señora, me dixo Don Alvaro, y no sea mi presencia un suplicio para vos. No es mi ánimo causaros la mas mínima amargura. No vengo como marido furioso á pediros cuenta de la fé que me jurasteis, ni á calificar de delito el segundo empeño que contraxisteis. Sé muy bien que todo fue movido por vuestra parentela; y tampoco ignoro las persecuciones que habeis padecido. Por otra parte estoy informado de la voz de mi muerte esparcída en todo Valladolid, y tanto mas justamente creida de vos, quanto ninguna carta mia os podia asegurar de lo contrario. Finalmente sé de qué modo habeis vivido desde nuestra fatal separacion, y que la necesidad mas que el amor os obligó á entregaros en los brazos de::: ¡Ah Don Alvaro! le interrumpí yo anegada en llanto: ¿por qué razon quereis disculpar á vuestra esposa? No tiene disculpa

pues-

puesto que vivis. ¡Desdichada de mí! ¡Ojalá me viera ahora en la miserable situacion en que me hallaba ántes de desposarme con Don Ambrosio! ¡Funesto casamiento! ¡Ah! en aquella miseria tendria á lo menos el consuelo de veros sin sonrojarme.

Amada Mencía replicó Don Alvaro en un tono que mostraba bien quanto le habian penetrado mis lágrimas, yo no me quejo de tí, ántes bien léjos de darte en cara con la brillantéz en que te veo, juro que rindo al Cielo mil gracias. Desde el triste dia en que partí de Vallodid tuve siempre contraria la fortuna; mi vida fue una cadena de desdichas, y por colmo de ellas nunca me fue posible darte noticia de mí. Seguro siempre de tu amor se me representaba continuamente la fatal situacion á que yo te habia reducido. Consideraba á mi adorada Mencía nadando en lágrimas. Esta consideracion era el mayor de mis tormentos. Confieso que algunas veces reputaba por delito la fortuna de haberte agradado. Deseaba que te hubieses inclinado á qualquiera otro de mis competidores, quando hacia reflexîon á lo mucho que te costaba la preferencia con que me habias honrado. Miéntras tanto, despues de siete años de esclavitud, encendido mas que nunca en amor quise absolutamente volverte á ver. No pude resistir á tan amoroso como vivísimo deseo, y conseguida la libertad volví á Valladolid dis-

disfrazado en este trage á riesgo de ser conocido y descubierto. Allí me informé de todo, y vine á este castillo, donde hallé modo de introducirme con el jardinero para ayudarle á cultivar estos jardines. Tal es el arbitrio que tomé para lograr el consuelo de hablarte secretamente. No te imagines que con mi residencia aquí vengo á turbar la felicidad que gozas. Amote á tí mas que á mí mismo. Respeto tu reposo, y acabada esta conversacion parto léjos de este sitio á poner fin á mis tristes dias, que sacrifico á tu amor.

No, Don Alvaro, no; exclamé al oir estas palabras. No sufriré que segunda vez me abandones: quiero partir contigo, y solamente la muerte nos podrà separar. Creeme á mí, Mencía (me replicó) vive con Don Ambrosio, y no quieras asociarte á mis desdichas; dexa que cargue yo solo con todo su peso. Añadia á esta otras razones semejantes; pero quanto mas empeñado parecia en querer sacrifricarse á mi felicidad, ménos dispuesta me hallaba yo á consentirlo. Luego que me vió tan resuelta á seguirle mudó de repente de tono, y con semblante mas alegre me dixo: Mencía, pues todavia amas tanto á Don Alvaro que quieres preferir su miseria á la abundancia en que te hallas, vámonos á vivir á Betanzos, Ciudad del Reyno de Galicia, donde hallarémos un seguro retiro. Si mis desgracias me quitaron todos mis bienes, no me hi-

hicieron perder todos mis amigos. Aun me quedan algunos tan verdaderos, que me han puesto en estado de poder sacarte de esta casa, y llevarte á la de tu único y verdadero marido. Con este fin compré en Zamora coche, mulas y caballos; y traygo por compañeros á tres amigos Gallegos resueltos y valerosos. Todos están armados de carabinas y pistolas, y todos con el equipage esperan mi aviso en el lugar de Rodillas. Aprovechémonos de la ausencia de Don Ambrosio. Voy á dar orden de que traygan el carruage á la puerta de esta casa, y al momento partirémos. A todo dí mi consentimiento: voló Don Alvaro á Rodillas, y en breve tiempo volvió con sus tres compañeros montados. Sacáronme de en medio de mis mugeres, las quales atemorizadas se escaparon donde pudieron. Solo Inés estaba informada de todo; pero no quiso juntar su suerte á la mia, porque estaba enamorada de un page de Don Ambrosio; lo que demuestra que la ley de los mas fieles criados no está á prueba del amor. Entré en el coche con Don Alvaro, no llevando conmigo sino alguna ropa y algunas joyas que tenia ántes del segundo matrimonio; porque nada quise tomar de lo que me habia regalado el Marques quando su casamiento. Seguimos el camino de Galicia sin saber si tendriamos la fortuna de llegar allá. Temiamos con razon que al volver de Burgos Don Ambro-

brosio viniese en seguimiento nuestro acompañado de mucha gente, y que nos alcanzase; pero caminamos dos dias sin que ninguno nos siguiese. Esperábamos que sucederia lo mismo en la tercera jornada, y caminábamos tranquilamente. Contábame Don Alvaro la triste aventura que habia dado ocasion á la voz esparcida de su muerte, y el modo con que habia recobrado su libertad despues de cinco años de cautiverio, quando encontramos en el camino los ladrones en cuya compañia estabais vos. El que mataron es el mismo que me hace derramar el torrente de lágrimas que ahora se desprende de mis ojos.

CAPITULO XII.

Del modo poco gustoso con que fue interrumpida la conversacion de la Dama y de Gil Blas.

Con efecto se deshácia en lágrimas Doña Mencía al acabar de hacerme su relacion. Dexéla dar toda libertad á los suspiros, y lloraba yo tambien: tan natural cosa es interesarse en el dolor de los infelices, y muy particularmente en el de una muger hermosa y afligida. Iba á preguntarla qué partido queria tomar en la coyuntura en que nos hallábamos, y aun quizá ella misma iba tambien á consultarme lo propio, si no hubiera sido interrumpida nuestra conversacion. Oimos en el meson un gran rumor,

que

que llamó nuestra atencion. Causábale la venida del Corregidor, que acompañado de dos alguaciles y muchos ministriles se entró en el quarto donde estábamos. El primero que se acercó á mí fue un caballerito mozo que venia en compañia del Corregidor: paróse á mirar muy despacio y muy de cerca mi vestido; y despues de alguna suspension exclamó diciendo: vive el Cielo que esta es mi mismísima casaca; la conozco tan bien como he conocido mi caballo. Sobre mi palabra, que podeis prender á este hombre honrado. Sin duda es uno de los ladrones que tienen no sé qué oculta madriguera en este pais.

Al oir aquel discurso me persuadí que sin duda me habia tocado por desgracia mia el despojo de aquel caballero, y por consiguiente quedé sorprendido y desconcertado. El Corregidor, que por su oficio debia juzgar ántes mal que bien de la turbacion en que me veia, hizo juicio que la acusacion no era mal fundada; y sospechando que la dama podia tambien ser cómplice, nos hizo prender á los dos en quartos separados. No era este Juez de aquellos que tienen un semblante grave y ceñudo: ántes bien mostraba un rostro alegre y risueño, acompañado de un modo de hablar dulce y cariñoso; pero sabe Dios si era mejor que los primeros. Luego que me constituyó en la prision vino á ella con sus dos precursores, esto es, con sus alguaciles, los

qua-

quales, segun su buena costumbre, empezaron registrándome bien las faltriqueras. ¡ Qué dia para aquella honrada gente! Acaso en todos los de su vida no habian tenido otro semejante. A cada puñado de doblones que me sacaban estaba viendo que centelleaban sus ojos de alegria. Hasta el mismo Corregidor parecia que estaba fuera de sí. Hijo, me decia, en un tono lleno de miel y dulzura, no estrañes ni tengas recelo de lo que executamos, que en esto no hacemos mas que nuestro oficio. Si estás inocente, nada te perjudicará. Miéntras tanto fueron dulcemente aliviando del peso á mis bolsillos, quitándome aun lo que habian respetado los ladrones, quiero decir, los quarenta ducados de mi tio. Registráronme de pies á cabeza sus codiciosas é infatigables manos, haciéndome revolver á todos lados, y despojándome de todos los vestidos para ver si tenia guardado algun dinero entre el pellejo y la camisa. Despues que cumplieron tan exâctamente con aquella su importante obligacion, el Corregidor me hizo sus preguntas. Satisficelas presto, refiriéndole ingenuamente todo lo sucedido. Hizo escribir mi declaracion, y partió con su gente y mi dinero, dexándome desnudo sobre el santo suelo.

¡ O vida humana! exclamé quando me ví solo en aquel miserable estado. ¡Qué llena estás de contratiempos y de caprichosas aventuras! Desde que salí de Oviedo no he experimen-

mentado mas que desgracias. Apenas salgo de un peligro quando entro en otro. Al llegar á esta Ciudad estaba muy léjos de pensar que en tan poco tiempo habia de tener conocimiento con su Corregidor. Haciendo estas reflexîones inútiles me vestí la maldita casaca y lo restante de la ropa que me habia puesto en aquel estado; y despues hablándome y confortándome á mí mismo: ánimo, Gil Blas, me dixe, valor y constancia. Vamos claros; piensa que despues de este tiempo vendrá quizá otro mas dichoso. ¿Será buena cosa el desesperarte porque te ves en una prision ordinaria, despues de haber hecho tan penoso ensayo de tu paciencia en la tenebrosa cueba? ¡Mas ay! añadí tristemente, yo me alucino y me lisongéo. ¿Cómo será posible que salga de esta carcel, quando acaban de quitarme los medios de conseguirlo? Un pobre encarcelado sin dinero es un páxaro á quien cortaron las alas.

En lugar de la liebre y de la perdiz que habia mandado disponer me traxeron un pedazo de pan negro, y un jarro de agua, dexándome tascar el freno en mi calabozo. En él estuve quince dias enteros, sin ver en todos ellos otra persona que el alcayde, que venia todas las mañanas á registrar y renovar las prisiones. Quando le veía, afectaba quererle hablar, y trabar conversacion con él para desahogarme algun tanto; pero aquel hombre

na-

nada respondia á quanto le preguntaba. Jamas me fue posible sacarle ni una sola palabra. Entraba y salia muchas veces sin dignarse siquiera de mirarme. Al décimo sexto dia se dexó ver el Corregidor, y me dixo : ya puedes alegrarte, porque te traigo una buena nueva. Hice que fuese conducida à Burgos la dama que venia contigo, exâminela sobre quién eras y sobre tu conducta, y sus respuestas te descargaron. Hoy mismo saldrás de la carcel con tal que el arriero en cuya compañia veniste desde Peñaflor á Cacabelos, segun has dicho, confirme tu declaracion. Está en Astorga, ya le he enviado à llamar, y le estoy esperando. Si conviene su declaracion con la tuya, inmediatamente te pongo en libertad.

Consoláronme mucho estas palabras, y desde aquel momento me consideré fuera de todo enredo. Dí gracias al Juez por la buena y pronta justicia que me queria hacer, y apenas habia acabado mi cumplido quando llegó el arriero entre dos alguaciles. Conocíle inmediatamente; pero el bribon, que sin duda habia vendido mi maleta con todo lo que tenia dentro, temiendo que le obligasen á restituir el dinero que le habian dado, si confesaba que me conocia, negó descaradamente que jamas me hubiese visto hasta aquel instante. ¡Ah traydor! exclamé yo, confiesa que has vendido mi ropa, y dá ese testimonio à la verdad. Mírame bien. Yo soy uno

de

de aquellos mozos á quienes amenazaste con el tormento en Cacabellos llenando á todos de miedo. El taimado respondió muy friamente que le hablaba una gerigonza que él no entendia; y como ratificó y mantuvo hasta el fin aquel solemnísimo embuste, mi libertad se diferió hasta mejor ocasion. Hijo, me dixo el Corregidor, bien ves que el arriero no concuerda con lo que declaraste, y así no puedo soltarte por mas que lo deseo. Convínome, pues, armarme nuevamente de paciencia y resolverme á estar todavía á pan y agua, y sufrir al silencioso carcelero. Quando pensaba que no podia salir de entre las garras de la Justicia, siendo así que no habia cometido delito alguno, me desesperaba con este triste pensamiento, y echába menos el lóbrego soterraneo. Todo bien considerado me decia yo á mí mismo, allí me hallaba ménos mal que en este hediondo calabozo. Por lo menos en aquel comia y bebia alegremente con los ladrones. Divertíame con ellos, y me consolaba la esperanza de poderme escapar algun dia; pero de aquí seré quizà muy felíz si solo puedo salir para ir á galeras, á pesar de mi inocencia.

CAPITULO XIII.

Por qué casualidad sale Gil Blas de la cárcel, y adónde se dirigió despues.

Miéntras yo pasaba los dias y las noches en desvariar, entregado á mis tristes reflexîones, se esparcieron por la Ciudad mis aventuras, ni mas ni ménos como yo las habia dictado en mi declaracion. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venian unas en pos de otras, y se asomaban á una ventanilla que daba luz á mi prision, y despues de haberme mirado por algun tiempo se retiraban silenciosas. Sorprendióme aquella novedad. Desde mi entrada en la cárcel nunca habia visto alma viviente asomarse á la tal tronera, aun mas que ventanilla, la qual caia á un sucio corral, donde habitaban el silencio y el horror. Esto me hizo creer que yo hacia ruido en la Ciudad, pero sin acertar á pronosticar si seria para mal ó para bien.

Uno de los que ví en cierta ocasion fue aquel muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que en Cacabelos se escapó, como yo, por miedo del tormento. Conocíle luego, y él no fingió desconocerme, como lo habia fingido el arriero. Saludámonos uno y otro, y entablamos una larga conversacion, en la qual me ví precisado á hacerle una nueva relacion de

de mis aventuras. Por su parte me contó lo que habia pasado en el meson de Cacábelos entre el arriero y la muger, despues que yo huí agitado del terror pánico. En una palabra: contóme todo lo que dexo ya dicho. Despidióse despues de mí, prometiéndome que sin perder tiempo iba á hacer todo lo posible para que me dieran libertad. Desde entónces todas las personas, que como él habian venido á verme por mera curiosidad, me aseguraron que mis desgracias las movian á compasion, ofreciéndoseme al mismo tiempo unirse con aquel mozo para solicitar que me librasen de la cárcel.

Cumplieron efectivamente su palabra. Hablaron en favor mio al Corregidor, que no dudando ya de mi inocencia, particularmente desde que el niño de coro le contó todo lo que sabía, tres semanas despues vino á la prision, y me dixo: Gil Blas, aunque si fuese yo un Juez severo podria detenerte aquí, no quiero dilatar mas tu causa. Vete: ya estás libre, y puedes salir quando quisieres. Pero dime: (prosiguió) ¿si te llevaran al bosque donde estaba el soterraneo, no lo podrias descubrir? No señor, le respondí; porque como entré en él de noche, y salí ántes del dia, no me seria posible dar con él. Con eso se retiró el Juez diciendo que iba á dar orden al carcelero que me franquease la puerta. Con efecto un momento despues vino el alcayde con sus

sa-

satélites, que traían un paquete de tela, los quales con mucha gravedad, y sin decir una sola palabra, me despojaron de la casaca y de los calzones, que eran de paño fino, y casi nuevo, y me metieron por la cabeza una especie de chamarreta muy vieja y muy raida, á manera de escapulario, y concluida esta ceremonia me pusieron á la puerta de la càrcel echándome fuera de ella.

La confusion que padecí, al verme en tan mal equipage, moderó mucho la alegria que comunmente tienen los presos quando han recobrado su libertad. Tuve impulsos de salirme inmediatamente de la Ciudad por huir la vista del pueblo, que no podia sufrir sin vergüenza y sin rubor; pero pudo mas mi agradecimiento. Fuí á dar las gracias al cantorcillo ó niño de coro, á quien tenia tanta obligacion. No pudo dexar de reir luego que me vió. A lo que advierto, dixo, parece que la justicia ha hecho contigo todas sus habilidades. No me quejo de la justicia (le respondí): ella en sí es muy justa. Solamente desearía yo que todos sus oficiales fueran hombres de bien y de conciencia. A lo menos me pudieran haber dexado mi vestido; pues me parece que no le habia pagado mal. Convengo en eso, me replicó; pero dirán que esas son formalidades que indispensablemente se deben observar. Y si no dime: ¿crees por ventura que el caballo en que viniste se ha de restituir á su pri-
mer

mer dueño? No pienses en eso. El tal caballo está actualmente en la caballeriza del escribano, donde se depositó como una prueba del delito, y yo estoy persuadido á que su amo verdadero nunca volverá á ver ni siquiera la gualdrapa. Pero mudemos de conversacion, continuó el cantorcillo: ¿qué ánimo tienes, y qué piensas hacer ahora? Mi ánimo es (le respondí) irme derecho á Burgos, á buscar á la dama que liberté de los ladrones. Naturalmente me dará algun dinerillo, con el qual compraré unos hábitos largos, y partiré á Salamanca, donde negociaré con mi latin. Mi mayor embarazo es que estoy léjos de aquella Ciudad, y es menester vivir en el camino. Ya te entiendo, me replicó, aquí tienes mi bolsa. Está un poco vacía á la verdad, mas ya sabes tú que un pobre cantor no es un Obispo. Al mismo tiempo la sacó, y me la puso en las manos con tan buena gracía, que no pude ménos de aceptarla. Agradecíselo tanto como si me hubiera hecho dueño de todo el oro del mundo, y le pagué con mil protestas de servirle: cosa que nunca tuvo efecto. Despues de esto nos despedimos, y yo salí de aquel Pueblo sin ver á ninguna de las otras personas que habian contribuido á librarme de la prision, contentándome de darlas dentro de mi corazon mil y mil bendiciones.

El cantorcillo tuvo mucha razon en no hacer ostentacion de su bolsa, porque en realidad en-

encontré en ella poco dinero, y todo en calderilla. Por fortuna habia dos meses que estaba acostumbrado á una vida muy frugal, y todavía me restaban algunos reales quando llegué al Lugar de Puente Mula, poco distante de Burgos. Detúveme en él para tomar algunas noticias de Doña Mencía. Entré en un meson, cuya mesonera era una muger pequeña, muy enjuta, vivaracha y de mala condicion. Luego conocí que no la habia gustado mucho mi chamarreta, lo que facilmente la perdoné. Sentême á una asquerosa mesa, donde comí un pedazo de pan con un quarteron de queso, y bebí algunos tragos de un detestable vino que me presentaron. Durante la comida, que era muy correspondiente á mi equipage, quise entablar conversacion con la huéspeda. Preguntéla si conocia al Marques de la Guardia, si estaba léjos su casa de campo, y sobre todo en qué habia parado la Marquesa su muger. Muchas cosas me preguntais, respondió muy desdeñosa. Sin embargo me contextó en abreviatura, y de muy mala gracia, diciendo que la casa de campo de Don Ambrosio distaba una legua corta de Puente Mula.

Despues que acabé de beber y de cenar, como era ya de noche, mostré que deseaba recogerme, y pedí un quarto. ¡Un quarto para él! me dixo la mesonera, mirándome fixamente con fiereza y con desprecio. ¡Un quarto pa-

para él ! Mis quartos los reservo yo para gentes que no cenan pan y queso. Todas mis camas estan ocupadas, porque estoy esperando á ciertos caballeros de importancia que vienen á dormir aquí esta noche. Lo mas con que te puedo servir es con el pajar, porque creo no será la primera vez que hayas dormimido sobre paja. En esto decia mas verdad de lo que ella misma pensaba. No la repliqué palabra ; abracé sabiamente el partido que me proponia; fuime al pajar, y dormí con tranquilidad, como hombre que ya estaba hecho á la fatiga.

CAPITULO XIV.

Recibimiento que le hizo en Burgos Doña Mencía.

No fui perezoso en levantarme al dia siguiente. Fuí á ajustar mi cuenta con la huespeda, que ya estaba en pie, y me pareció de mejor humor que el dia antecedente. Atribuílo á la presencia de tres honrados alguaciles de la Santa Hermandad, que con mucha familiaridad se estaban bufoneando con ella, y serian sin duda los caballeros de importancia para quienes estaban ocupadas todas las camas. Preguntè en el Lugar por el camino que guiaba al castillo ó casa de campo adonde yo queria ir, y se lo pregunté à un paysano que me deparó la suerte, del mis-

mismo caracter que mi antiguo mesonero de Peñaflor. No contento con responderme á lo que le preguntaba, añadió que Don Ambrosio habia muerto tres semanas ántes, y que la Marquesa, su muger, se habia retirado á un Convento en la Ciudad, que me nombró. Al punto me encaminé derecho á Burgos, y sin pensar ya en la casa de campo, volé en derechura al Monasterio donde me dixeron que se hallaba Doña Mencía. Supliqué á la tornera se sirviese decir á aquella dama que deseaba ponerse á sus pies un mozo recien salido de la cárcel de Astorga. Inmediatamente fue á darla el recado la tornera. Volvió esta, y me hizo entrar en un locutorio, donde dentro de poco ví llegar muy enlutada á Doña Mencía.

Bien venido seas, Gil Blas, me dixo aquella viuda con modo muy afable. Quatro dias ha que escribí á un conocido mio de Astorga suplicándole que te fuese á visitar, y que de mi parte te rogase me vinieses á ver inmediatamente que salieses de la prision. Nunca dudé que presto te darian libertad. Bastaban para esto las cosas que yo dixe al Corregidor en descargo tuyo. Respondiéronme que ya estabas libre con efecto, pero que no se sabia dónde te hallabas, ni dónde habias ido á parar. Temí no volverte á ver mas, ni tener el gusto de darte alguna prueba de mi agradecimiento. Consuélate (añadió) conocien-

ciendo que estaba avergonzado de presentarme á ella en tan miserable trage : no te dé pena alguna el hallarte en el infeliz equipage en que te veo. Despues del gran servicio que me hiciste, seria yo la muger mas ingrata del mundo sino hiciera algo por tí. Dios me ha dado lo bastante para poder corresponderte sin incomodarme.

Las aventuras (continuó) que me sucedieron hasta el dia en que nos esperaron para meternos en prision ya las sabes como yo: ahora voy á contarte lo que me sucedió desde entónces. Hice al Corregidor de Astorga una fiel relacion de toda mi trágica historia, y habiéndola entendido dispuso que me conduxesen á Burgos, y me entregasen á Don Ambrosio. Causó mi arribo una general y extremada admiracion, pero me dixeron que ya venia tarde, porque el Marques, profundamente herido de mi fuga, habia caido gravemente enfermo, y tanto que los médicos desesperanzaban de su vida. Esta triste noticia fue un motivo mas sobre los muchos que ya tenia para llorar el rigor de mi fatal destino. Con todo eso quise que le avisasen de mi venida: entré despues en su quarto, y corrí á arrojarme de rodillas á la cabecera de su cama, anegado en lágrimas el semblante y el corazon traspasado de dolor. ¿Quién te ha traido aquí? me dixo luego que me vió. ¿Vienes á complacerte en la obra de tus manos? ¿No te bastó ha-

haberme quitado la vida? ¿Era menester, para mayor satisfaccion tuya, que tus mismos ojos fuesen testigos de mi muerte? Señor, le respondí, ya os habrá informado Inés que yo huí con mi legítimo esposo, y á no ser el funesto accidente que me privó de él nunca mas me hubierais vuelto á ver. Referíle al mismo tiempo como Don Alvaro habia muerto á manos de unos ladrones, y como me habian conducido á mí á un lóbrego soterraneo, con todo lo demas que me habia sucedido hasta entónces. Apénas acabé de hablar quando me alargó amorosamente la mano, y me dixo con ternura: basta, hija; ya no me quejo de tí. ¡Pues qué? ¿debo por ventura culpar un proceder tan justo y de tanto honor? Hallaste de repente con tu legítimo esposo á quien adorabas, y me abandonaste por irte con él: ¿podré nunca condenar con razon una conducta dictada por la conciencia y la justicia? No por cierto; ninguna razon tendria para quejarme. Por eso no permití que ninguno te siguiese. Respetaba en aquella fuga al sagrado derecho que la hacia lícita y aun necesaria, como tambien el debido amor que profesabais á tu querido y verdadero esposo. En fin os hago justicia, y protesto que con haberte restituido à mi casa has vuelto á ganar toda mi ternura. Sí, querida Mencía, tu presencia me colma de gozo y consuelo ¡mas hay! quan poco me durará uno y otro. Conozco

co que mi ultima hora se me va acercando. Apénas la suerte me volvió á juntar contigo, quando me será necesario arrancarme de tí con el último á Dios. Redoblóse mi llanto al oir palabras tan amorosas, sintiendome y prorumpiendo en una afliccion desmesurada. Aunque he adorado á Don Alvaro, no lloré tanto por él. Murió Don Ambrosio al dia siguiente, y yo quedé dueña de la rica dote que me habia señalado en las capitulaciones. No es mi ánimo emplearla mal. Aunque soy todavía moza, ninguno me verá pasar á terceras nupcias. Esto, á mi parecer, solo es propio de mugeres sin pudor y sin delicadeza. Antes bien te digo que ya no tengo gusto por el mundo, y que quiero acabar mis dias en este Convento, y ser su bienhechora.

Tal fue el discurso de Doña Mencía; acabado el qual, sacó de la faltriquera un bolsillo, y me le tiró por la reja del locutorio adonde lo pudiese alcanzar, diciendo: toma, Gil Blas, esos cien ducados, únicamente para que te vistas, y despues vuélveme á ver, porque no quiero que se limite á cosa tan corta mi agradecimiento. Rendí mil gracias á la dama, y la juré que no partiria de Burgos sin volver á despedirme de ella. Hecho este juramento (que estaba bien resuelto á no quebrantar) me fui á buscar algun meson. Entré en el primero que encontré: pedí un quarto, y para precaver el mal concepto que por la cha-

chamarreta se podia formar de mí, dixe al mesonero, que aunque me veía en aquellos pobres trapos tenia con que pagar el gasto. Al oir estas palabras, el mesonero, que se llamaba Majuelo, y era naturalmente un grandísimo bufon, mirándome y exâminándome atentamente de piés á cabeza, me dixo con cierto ayre maligno y chufletero que no necesitaba de mi aseveracion para conocer que sin duda haria yo en su casa mucho gasto, porque entre los remiendos de aquellos malos trapos se divisaba en mi persona un no se qué de noble, que le obligaba á creer que yo era un caballero de grandes conveniencias. No dexé de conocer que el bellaco se estaba burlando de mí; y para cortar de repente sus bufonescas frialdades saqué mi bolsillo, y á vista suya conté sobre una mesa mis ducados, cuyas especies le obligaron á juzgar mas favorablemente de mí. Roguéle que me hiciese venir algun sastre, á lo qual me replicó que seria mejor llamar á algun ropero, el qual traeria diferentes vestidos de todas especies para que escogiese el que me pareciere mejor, con lo que me vestiria de una vez. Armóme el consejo, y determiné seguirle: pero como se acercaba ya la noche dilaté este negocio hasta el dia siguiente, y solo pensé en cenar bien para resarcir lo mal que habia comido desde que salí de la prision.

CA-

CAPITULO XV.

De qué modo se vistió Gil Blas; del nuevo regalo que le hizo la dama, y del equipage en que salió de Burgos.

Sirviéronme un copioso plato de manecillas de carnero fritas, y le comí casi todo. Bebí á proporcion, y despues fuíme á la cama. Era esta muy decente, y esperaba que luego se apoderaria de mis sentidos un profundo sueño. Pero engañéme, porque apénas pude cerrar los ojos, ocupada la imaginacion en qué género de vestido habia de escoger. ¿Qué haré, decia, seguiré mi primer intento de comprar una sotana y hábitos largos para ir á ser domine en Salamanca? ¿Pero á qué fin vestirme de estudiante? ¿he de seguir acaso el estado eclesiástico, ni tengo vocacion? Nada de eso. Mis inclinaciones son muy contrarias á la santidad que pide. ¡Pues alto! quiero ceñir espada, y procurar hacer fortuna en el mundo.

Resolví, pues, vestirme de caballero, bien persuadido que esto bastaria para alcanzar un empleo de importancia. Con tan lisongeras esperanzas estuve aguardando el dia con grandísima impaciencia, y apénas rayó en mis ojos su primera luz quando salté de la cama. Hice tanto ruido en el meson que disperta-

ron

ron todos. Llamé á los criados que estaban todavia en cama, y me respondieron, echándome mil maldiciones. Al fin se vieron obligados á levantarse, y les dí orden que me traxesen el ropero. No tardó en llegar este con dos mozos cargados cada uno con un gran saco. Saludóme con grandes cumplimientos, y me dixo : caballero, ha tenido Vmd. fortuna en dirigirse á mí mas bien que á otro. No quiero desacreditar á mis compañeros, ni permita Dios que haga el menor agravio á su reputacion. Mas aquí para entre los dos, ninguno de ellos sabe qué cosa es conciencia; todos son mas duros que Judios. Yo soy el único de mi oficio que la tiene. Me ciño á una ganancia justa y razonable, contentándome con un real por cada quarto : equivoquéme, quise decir un quarto por real.

Despues de este preámbulo, que yo creí tontamente al pié de la letra, mandó á los mozos que desatasen los fardos. Mostráronme vestidos de todos géneros y colores : muchos de ellos de paño enteramente lisos. Deseché estos con desprecio por demasiado humildes. Presentáronme despues otro que parecia haberse cortado expresamente para mí, el qual me deslumbró, sin embargo de que estaba un poco usado. Se componia de casaca, chupa y calzones, la casaca con mangas acuchilladas, y todo él de terciopelo azul bordado de oro. Escogí este, y pregunté el precio. El prende-

to, que conoció quanto me agradaba, me dixo : en verdad que es Vmd. un señor de gusto muy delicado, y se vé bien que lo entiende. Sepa Vmd. que ese vestido se hizo para uno de los primeros sugetos del Reyno, que solo le usó tres veces. Observe bien la calidad del terciopelo, y hallará que es del mejor : ¿pues qué diré de la bordadura? no parece cabe mayor delicadeza ni primor. Y bien, le pregunté, quánto quieres por él? Señor, me respondió, ayer no le quise dar por sesenta ducados, y si esto no es cierto, no sea yo hombre de bien. (A la verdad la imprecacion era convincente.) Yo le ofrecí quarenta y cinco, aunque acaso no valia la mitad. Caballero, replicó él friamente, yo no soy hombre que pido mas de lo justo, ni rebaxo un ochavo de lo que digo la primera vez. Tome Vmd. este otro vestido, continuó presentándome el primero que yo habia desechado, que se lo daré mas barato. Todo esto solo servia para irritarme mas la gana que tenia del otro; y como me imaginé que no rebaxaria ni un maravedi de lo que habia pedido, le conté sus sesenta ducados. Quando vió la facilidad con que se los habia dado, juzgo que, no obstante la delicadeza de su rígida conciencia, se arrepintió mucho de no haberme pedido mas. Pero al fin, contento de haber ganado á real por quarto, se despidió con sus mozos, á los quales tampoco de-

dexé de agasajar, dándoles para beber.

Viéndome ya con casaca, chupa y calzones muy preciosos, comencé á pensar en lo restante para presentarme en la calle con toda autoridad y decencia, lo que me ocupó toda la mañana. Compré lienzo, sombrero, medias de seda, zapatos, y un espadin. Vestíme inmediatamente; ¡pero qué gozo fué el mio quando me ví tan bien equipado! Ningun pavo real se complació nunca tanto al mirar y remirar el dorado plumage de su cola. En aquel mismo dia pasé á visitar segunda vez á Doña Mencía, la qual me recibió con la mayor urbanidad y agasajo. Dióme nuevas gracias por el servicio que le habia hecho, y á que siguió una salva de reciprocos cumplidos. Despues deseándome en todo la mayor prosperidad, se despidió de mí, y se retiró, regalándome solo una sortija de treinta doblones, y suplicándome la conservase siempre por memoria.

Quedéme frio quando me ví con la tal sortija, porque habia contado con regalo mucho mas considerable. En esta suposicion, mal contento de la generosidad de la dama, me restituí al meson haciendo mil kalendarios; pero apenas llegué á la posada quando entró en ella un hombre que venia tras de mí, el qual desembozando la capa mostró un talego bastantemente largo que traia baxo el sobaco. Quando ví el talego, que parecia lleno de moneda,

da, abrí tanto ojo, y lo mismo hicieron algunas personas que estaban presentes; y me pareció oir la voz de un serafin quando aquel hombre me dixo poniendo el talego sobre una mesa: Señor Gil Blas, mi Señora la Marquesa suplíca á Vmd. se sirva admitir esta cortedad en prueba de su agradecimiento. Hice mil profundas reverencias al portador, atestéle de cortesias, y luego que salió del meson me arrojé sobre el talego como un gavilan sobre su presa; y llevémele á mi quarto. Desatéle sin perder tiempo, vaciéle sobre una mesa, y me encontré con mil ducados en él. Acababa de contarlos quando el mesonero, que habia oido las palabras del portador, entró para saber lo que contenia el talego. Dióle mucho golpe la vista de tanta plata, y exclamó admirado. ¡Fuego de Dios, y quanto dinero! Sin duda sabeis (añadió con malicia) sacar buen partido de las damas. Apenas ha veinte y quatro horas que estais en Burgos, y ya poneis en contribucion á las Marquesas!

No me desagradó esta sospecha; y estuve tentado á dexar á Majuelo en su error por lo que lisongeaba á mi vanidad. Y no me admiro de que los mozos se alegren de ser tenidos por afortunados con las mugeres; pero pudo mas en mí la inocencia que la vanagloria. Desengañé al mesonero, y le conté toda la historia de Doña Mencía. Oyóla con singular atencion, y despues le confié el estado de mis

ne-

negocios, suplicándole, pues se mostraba tan interesado en servirme me ayudase con sus consejos. Quedóse como pensativo algun tiempo, y tomando luego un ayre serio, me dixo: Señor Gil Blas, confieso que desde que ví á Vmd. le cobré particular inclinacion; y pues le merezco la confianza de que me hable con tanta franqueza, debo corresponderle diciéndole sin lisonja lo que siento. A mí me parece que Vmd. es un hombre nacido para la Corte, y así le aconsejo se vaya á ella, y procure introducirse con algun gran Señor procurando mezclarse en sus negocios, y sobre todo en los de sus pasatiempos y devaneos; sin lo qual perderá Vmd. el tiempo, y nada adelantará con él. Conozco bien á los Grandes. Ningun aprecio hacen del zelo y de la lealtad de un hombre de bien. Solo estiman las personas que les son necesarias para sus fines. Ademas de este tiene Vmd. otro recurso: es mozo, bien hecho, galan, y esto, aun quando fuera un hombre sin talento, bastaba y sobraba para encaprichar á su favor alguna viuda poderosa, ó alguna hermosa dama mal casada. Si el amor empobrece algunos ricos, tal vez sabe tambien hacer ricos á los que eran pobres. Soy pues de parecer, que vaya Vm. á Madrid: pero conviene se presente con ostentacion; pues allí, como en todas partes, se juzga de las personas, no por lo que son, sino por lo que aparentan ser; y Vmd. solamen-

mente será considerado á proporcion de la figura que hiciere. Yo quiero darle un criado, mozo fiel, cuerdo y prudente; en fin un hombre de mi mano. Compre Vmd. dos mulas, una para sí, y otra para él, y sin perder tiempo parta lo mas presto que le sea posible.

No podia menos de abrazar un consejo que era tan de mi gusto. Al dia siguiente compré dos mulas, y recibí el criado que Majuelo me propuso. Era un hombre de treinta años y de una idea humilde y devota. Dixome ser rayano de Galicia, y llamarse Ambrosio Laméla. Lo que mas admiré en él fué que siendo los demas criados por lo comun muy interesados, este no se paraba en pedir gran salario. Dixome que en este punto se contentaria con lo que le quisiese dar. Compré botines, y una maleta para llevar mi ropa y mis ducados; ajusté la cuenta con el mesonero, y al amanecer partí de Burgos camino de Madrid.

CAPITULO XVI.

Donde se ve que ninguno debe fiarse mucho de la prosperidad.

Dormimos en Dueñas la primera jornada, y el dia siguiente entramos en Valladolid á las quatro de la tarde. Apeámos en un meson, que

que me pareció seria el mejor de la Ciudad. Mi criado se fue á cuidar de las mulas, y yo mandé á un mozo de la posada llevase la manga al quarto que me señalaron. Llegué tan fatigado, que sin quitarme los botines me eché sobre una cama, donde insensiblemente me quedé dormido. Era ya casi noche quando desperté. Llamé á Ambrosio; no estaba en el meson pero tardó poco en parecer. Preguntéle de donde venia, y me respondió devoto y compungido, que de una Iglesia á dar gracias al Señor por habernos librado de toda desgracia en el camino. Alabéle su devocion; y le mandé que encargase me dispusiesen algo que cenar.

Al mismo tiempo que le hablaba entró en mi quarto el mesonero con una hacha encendida en la mano, alumbrando á una dama ricamente vestida, la qual me pareció mas hermosa que joven. Dábala el brazo un Escudero, y un Negrillo la levantaba y llevaba la cola. Halléme no poco sorprendido, quando la dama despues de hacerme una ayrosa y profunda reverencia me preguntó si por ventura seria yo el señor Gil Blas de Santillana. Apenas la respondí que sí, quando se desprendió del Escudero, y vino apresuradamente á darme un abrazo, con tal alborozo y alegria, que añadió muchos grados á mi admiracion. ¡Sea mil veces bendito el Cielo (exclamó ella por tan dichosísimo encuentro! (A

Vmd.

Vmd., señor Caballero, á Vmd. venia ya buscando. Al oir esto se me vino á la memoria el parásito de Peñaflor, y ya iba á sospechar que aquella dama era una solemne embustera ó una descarada petardista: pero lo que añadió me obligó á hacer un juicio mas benigno. Yo soy, me dixo, prima hermana de Doña Mencía Mosquera, que debe á Vmd. tantas obligaciones. Hé recibido hoy mismo una carta suya, en que me participa el viage de Vmd. á la Corte, y me encarga le trate bien, y le obsequie si transitare por esta Ciudad. Dos horas há que ando corriendo por toda ella, yendo de meson en meson á informarme de los forasteros que se han apeado en ellos; y por la relacion que me hizo de Vmd. el mesonero conocí que podia ser el libertador de mi prima. Ya que hé tenido la dicha de encontrarle, quiero hacerle ver lo mucho que me intereso en los beneficios que se hacen á mi Familia, y particularmente á mi querida Mencía. Me hará Vmd. el favor de venir ahora mismo á hospedarse en mi casa, donde estará menos mal que en un meson. Pretendí excusarme, representando á la dama que no podia admitir su fineza sin incomodarla; pero fue preciso rendirse á sus eficaces instancias. Habia dexado á la puerta del meson su coche, que nos estaba esperando. Ella misma tuvo gran cuidado de que se acomodase en la zaga la manga y todo mi equipage, porque

en

en Valladolid (dixo) hay muchísimos bribones; lo qual era demasiadamente cierto. En fin tomamos el coche ella y yo, con su viejo rodrigon; y me dexé sacar del meson de esta manera, con gran disgusto del mesonero, que ya habia consentido en ganar mucho en esta ocasion.

Despues de haber girado bastante, paró en fin el coche á la puerta de una casa grande, donde subimos á un salon bien adornado é iluminado con veinte ó treinta bugias. Habia tambien muchos criados, á quienes preguntó la dama si habia venido Don Rafael. Respondiéronla que nó; y ella me dixo, volviéndose á mí: señor Gil Blas, estoy esperando á mi hermano, que ha de volver esta noche de una quinta que tenemos á dos leguas de aquí. ¡ Quál será su gusto y su sorpresa quando se encuentre en su casa con un huesped á quien está tan obligada toda nuestra familia! Al mismo punto que acabó de decir estas palabras oimos ruido, y supimos que le causaba el arribo de Don Rafael. Dexóse presto ver este Caballero, que era un joven de bello talle, y muy ayroso. Hermano, le dixo la dama, no sabes quanto me alegro de que hayas vuelto. Tú me ayudarás á cortejar como merece al señor Gil Blas de Santillana. Nunca acertarémos á pagar lo que ha hecho por nuestra parienta Doña Mencía. Toma esta carta, añadió, y lee lo que en ella me es-

cribe. Abrióla Don Rafael, y leyó en voz alta lo siguiente.

Querida Camila: el señor Gil Blas de Santillana, que acaba de partir á la Corte, me salvó el honor, y la vida. Pasará sin duda por Valladolid. Yo te pido y suplico, menos por el vínculo de la sangre, que por el mas estrecho de la amistad que nos une, le cortejes y obsequies quanto puedas, obligándole á que descanse algunos dias en tu casa. Espero que no me negarás este gusto, y que mi libertador recibirá de tí y del primo Don Rafael todo género de obsequios. Burgos &c. Tu amada prima: Doña Mencía.

¡Cómo así! exclamó Don Rafael luego que leyó la carta, ¡es posible sea este el caballero á quien debe no ménos que el honor y la vida la parienta! Diciendo esto se acercó á mí, y abrazándome estrechamente, dixo: ¡ó qué gusto y qué fortuna la mia en tener en mi casa al señor Gil Blas de Santillana! No era menester que mi prima la Marquesa le recomendase: bastaba avisarnos que pasaba por aquí. Sabemos muy bien mi hermana y yo cómo debiamos tratar á un hombre que hizo el mayor servicio del mundo á la persona á quien mas amamos de toda la parentela. Respondí lo mejor que pude á todas aquellas expresiones, y á otras muchas que se siguieron acompañadas de mil caricias. Advirtiendo despues Don Rafael que todavia tenia puestos los boti-

tines mandó á sus criados me los quitasen.

Pasamos despues al quarto donde estaba esperándonos la cena. Sentámonos á la mesa, colocándome á mí en medio de los dos hermanos, quienes entretanto cenábamos me dixeron mil expresiones cariñosas: celebraban todas mis palabras como otros tantos exemplos de gracia y de discrecion; y era de ver el cuidado con que me hacian plato, sirviéndome de quanto habia en la mesa. Don Rafael brindaba freqüentemente á la salud de Doña Mencía, y yo correspondia del mismo modo. Doña Camila no se descuidaba en imitarnos, y á veces me parecia que me miraba como á hurtadillas de una manera que podia significar mucho, y aun llegué á creer que para hacerlo se tomaba su tiempo, como quien temia que su hermano lo advirtiese. Bastóme esto para persuadirme que ya era conquista mia aquella dama, y para resolver aprovecharme del descubrimiento, por poco que me detuviese en Valladolid. En virtud de esta esperanza me rendí facilmente á la cortesana súplica que me hicieron de que me detuviese en su compañia algunos dias. Estimaron mucho mi condescendencia; y la particular alegria que mostró Doña Camila me confirmó en la opinion de que habia hallado en mí un hombre muy de su gusto.

Viéndome Don Rafael determinado á detenerme algun tiempo me propuso un viage á su quinta, de la que me hizo una magnífica des-

crip-

cripcion, como tambien de las diversiones que habia de proporcionarme en ella. Unas veces, decia, nos divertirémos en la caza, otras en la pesca; y si Vmd. gusta de pasearse encontrará bosques sombrios y jardines deliciosos. Ademas de eso no nos faltará gente, ni buena compañia; y espero que no echará Vmd. menos la Ciudad. Acepté la oferta, y quedamos en que al dia siguiente partiriamos á la tal divertidísima quinta. Levantámonos de la mesa con esta resolucion; y Don Rafael, trasportado de alegria, me dió un estrechísimo abrazo, diciéndome: señor Gil Blas, ahí le dexo á Vmd. con mi hermana, yo voy á dar las órdenes necesarias para el viage y para que se avise á las personas que han de ser de la partida. Diciendo esto se salió del quarto, y yo quedé á solas con la dama dándola conversacion, en la qual no desmintió lo que yo habia juzgado de las dulces ojeadas de la cena. Tomóme la mano, y mirando con atencion la sortija, dixo: parece muy lindo este diamante, pero es pequeñito. Entiende Vmd. de pedrerias? respondíla que no. Lo siento, me replicó ella; porque si lo entendiera me diria quanto vale esta; mostrandome un grueso rubí que tenia en el dedo; y miéntras yo le consideraba, añadió: regalómelo un tio mio que fue Gobernador en Filipinas, y los joyeros y plateros de Valladolid le estiman en trescientos doblones. Lo creo, repliqué yo, porque me

me parece excelente. Pues ya que á Vmd. le gusta, repuso ella, quiero hacer un trueque. Diciendo y haciendo, me cogió mi sortija, y metióme la suya en mi dedo. Despues de este cambio, que yo tuve por un regalo hecho con gracia y novedad, me apretó la mano y me miró con ternura: hecho lo qual se levantó de repente, y se retiró confusa y como avergonzada de haberse explicado con sobrada claridad.

Aunque era yo entonces un cortejante de los mas novicios, no por eso dexé de penetrar lo mucho y bueno que significaba aquella precipitada fuga, y desde luego consentí en que no pasaria mal el tiempo en el campo. Lleno de esta lisongera idea y del brillante estado de mis negocios, me encerré en el quarto donde habia de dormir, previniendo á mi criado que me despertase temprano el dia siguiente. En lugar de pensar en acostarme me entregué enteramente á los alegres pensamientos que me inspiraban mi bolsillo y mi rubí. Gracias á Dios, decia, que si antes fuí miserable, ya no lo soy. Mil ducados por una parte, y una sortija de trescientos doblones por otra es un decente fondo para vandearme con él algun tiempo. Ahora veo que Majuelo no me engañó. Sin duda que en Madrid encenderé en amor á mil mugeres, quando tan pronta y tan facilmente se rindió Camila. Venianseme á la imaginacion todas las expresiones y acciones de aquella da-

dama, y gozaba anticipadamente de todos los pasatiempos que Don Rafael me habia ponderado de su quinta. Con todo eso, á pesar de unas ideas tan gustosas, no dexaba el sueño de hacer su oficio; y así sintiéndome adormecido, me desnudé y me metí en la cama.

Al despertar el dia siguiente conocí que era tarde. Admiréme de que Ambrosio no me hubiese despertado habiéndoselo mandado, pero dixe entre mí: Ambrosio, mi fiel Ambrosio estará en alguna Iglesia, ó le habrá hoy cogido la pereza. Mas tardé poco en perder el buen concepto que habia hecho de él, por dar lugar á otro ménos favorable, aunque mas justo y verdadero; porque habiéndome levantado y no hallado mi maleta en todo el quarto, sospeché que me la habian robado por la noche. Para confirmar ó deponer mi sospecha abrí la puerta, y comencé á llamar al hipócrita repetidas veces, y con voz muy esforzada. A mis gritos vino un viejo, y me dixo: ¿á quién llama Vmd., señor? toda su gente salió de mi casa antes de amanecer. ¿Qué es eso de mi casa? le repliqué yo. Pues qué ¿no es esta la de Don Rafael? Yo no sé quien es ese caballero, respondió el huesped: solo sé que esta casa es una posada, que yo soy su dueño, y que una hora antes que llegase Vmd., aquella dama con quien cenó á noche, vino á pedirme un buen quarto para un caballero principal que viajaba incógnito: yo la dí es-

te, habiendomelo pagado anticipadamente.

Caí entónces en cuenta, conocí lo que debia pensar de Doña Camila y de Don Rafael, y comprendí que mi criado, instruido á fondo de todos mis negocios, me habia vendido á aquellos dos grandísimos bribones. En vez de echarme á mí solo la culpa de tan desagradable incidente, y de conocer que no me hubiera sucedido á no haber tenido la ligereza y la indiscrecion de abrirme con Majuelo sin la menor necesidad, me volví contra la inocente fortuna, y eché mil maldiciones á mi estrella. El posadero á quien conté mi aventura (de la qual quizá el bellaco estaria mejor informado que yo) mostró acompañarme en mi dolor. Compadecióse de mí, y protestó lo mucho que sentia que este lance hubiese sucedido en su casa; pero yo creo, á pesar de todas sus protestas, que él tuvo tanta parte en él como el mesonero de Burgos, á quien siempre atribuí el honor de la invencion de esta picardia.

CAPITULO XVII.

El partido que tomó Gil Blas de resultas del triste suceso de la posada.

Despues de haber llorado bien, pero inútilmente mi desgracia, comencé á hacer reflexîones, y saqué de ellas que en lugar de entre-

tregarme á la desesperacion y desaliento debia animárme á combatir contra mi mala suerte. Volví pues á dispertar mi corage, y me decia á mí mismo miéntras me estaba vistiendo: aun doy gracias á mi fortuna de que aquellos malvados no se hayan llevado tambien mis vestidos, y algunos ducados que tengo en las faltriqueras, y les agradecia haber andado tan comedidos, pues habian tenido tambien la generosidad de dexarme mis botiñes, los que vendí al posadero por la tercera parte de lo que me habian costado. En fin salí de la posada, sin tener necesidad (gracias á Dios) de quien me llevase el atillo. Lo primero que hice fué ir al meson donde me habia apeado el dia antecedente, á ver si mis mulas se habian librado de la borrasca, aunque á la verdad juzgaba que Ambrosio no las habria olvidado; y ojalá que siempre hubiera júzgado de él con tanto acierto, pues supe que aquella misma noche habia tenido gran cuidado de sacarlas. Con que dando por supuesto que ya no las volveria á ver, como tampoco á mi manga, caminaba triste y sin destino por las calles pensando en el rumbo que hàbia de tomar. Ofrecióseme volver á Burgos para recurrir segunda vez á Doña Mencía; pero considerando que esto era abusar de su bondad, y que ademas me tendria por una bestia, deseché este pensamiento. Juré sí que en adelante me guardaria bien de las muge-

res,

res, y por entónces no me fiaria ni aun de la casta Susana. De quando en quando volvia los ojos hácia mi sortija; mas acordándome que habia sido regalo de Camila, suspiraba de rabia y de dolor. ¡Ah! decia entre mí: nada entiendo de rubíes; pero entiendo y conozco bien la gentecilla que hace estos cambios. No me parece preciso ir á un joyero para conocer que yo soy un pobre mentecato.

Con todo no quise dexar de ir á saber lo que valia mi sortija, y la presenté á un lapidario, que la tasó en tres ducados. Al oir semejante tasa dí á todos los diablos la sobrina del Gobernador de Filipinas, ó por mejor decir solo les repetí el don que mil veces les habia hecho. Al salir de casa del lapidario encontré un mozo que se paró á considerarme y mirarme fijamente. Yo no me pude acordar tan presto de él aunque en otro tiempo le habia conocido perfectamente. ¿Cómo qué, Gil Blas? me dixo; ¿finges acaso no conocerme? Es posible que en dos años me haya mudado tanto que no conozcas al hijo del barbero Nuñez? Acuérdate de Fabricio tu paysano, y tu condiscípulo de Lógica, y de quantas veces arguimos los dos en casa del Doctor Godinez sobre los universales y los grados metafísicos.

Antes que acabase de hablar habia caido ya en quenta de quien era. Abrazámonos estrechamente, con mil demostraciones de admi-

racion y de alegria. ¡Ah querido amigo, prosiguió Fabricio; y qué encuentro tan feliz! Y quanto me alegro de volverte á ver. ¡Pero en qué equipage te veo! ¡Vive el Cielo que estás vestido como un Príncipe! Bella espada, medias de seda, calzon, chupa y casaca de terciopelo, bordadas de plata. ¡Fuego! Esto me huele á un fortunon deshecho. Apuesto á que alguna vieja liberal te hizo dueño de su bolsillo. Te engañas, le respondí: mi fortuna no ha sido tan feliz como la imaginas. A otro perro con ese hueso, replicó él. Tú quieres hacer del reservado; pero á mí, que las vendo. Díme por vida tuya: ese bellísimo rubí que brilla tanto en ese dedo, ¿de quién le hubiste? De una grandísima bribona, le respondí. Fabricio, mi querido Fabricio, sabe que en vez de ser el adonis de las mugeres de Valladolid he sido su dominguillo.

Pronuncié estas palabras en tono tan lastimoso que Fabricio conoció muy bien que me habian jugado alguna burla. Apuróme para que le dixese por qué razon estaba tan quejoso del bello sexô. Tuve poco que hacer en resolverme à satisfacer su curiosidad; pero como la relacion era algo larga, y no queriamos separarnos tan presto, entramos en un figon para discurrir con mas comodidad y sosiego. Allí nos desayunamos, y miéntras tanto yo le hice puntual relacion de quanto me hábia sucedido desde mi salida de Oviedo. Confe-

fesó que mis aventuras eran muy extrañas, y despues de protestarme lo mucho que sentia verme en el estado en que me hallaba, me dixo: amigo, es menester consolarnos y confortarnos en todas las desgracias de la vida. Esto es lo que distingue un pecho generoso de un corazon apocado. ¿Vese un hombre firme reducido á la miseria? espera con valor y paciencia otro tiempo mas feliz. *Nunca* (*dice Ciceron*) *nunca debe un hombre abatirse tanto que llegue á olvidarse de que es hombre.* Yo por mí soy de este caracter. Las desgracias no me acobardan; sé superarlas, y sé vencer los golpes de la mala fortuna. Por exemplo; amaba en Oviedo á la hija de un vecino honrado, y ella me amaba á mí. Pedíla á su padre, negómela como era regular. Qualquiera otro se hubiera muerto de dolor; pero yo (admira la fuerza de mi espíritu) de acuerdo con la misma muchacha, la robé de casa de sus padres. Era viva, atolondrada, y alegre sobre manera, por consiguiente pudo mas con ella el placer que la obligacion. Anduvimos seis meses paseándonos por Galicia; y llegó á tal punto su pasion de viajar, que resolvió irse á Portugal, pero tomó otro compañero para el viaje plantándome á mí. Si no fuera el que soy me hubiera desesperado, y me hubiera rendido al peso de esta nueva desgracia, pero no me dió gana de hacerlo. Mas prudente y sufrido que Menelao, en lugar de ar-

armarme contra el Páris que me habia robado mi Helena, me alegré mucho de verme libre de ella. No queriendo despues volver á Asturias por evitar discusiones con la justicia, me interné en el Reyno de Leon, donde anduve de lugar en lugar gastando el dinero que me habia quedado del rapto de mi ninfa; pues en aquella ocasion ambos nos proveimos suficientemente de dinero y ropa. Al fin me hallé, al llegar á Palencia con un solo ducado, del qual tuve que comprar un par de zapatos: con el resto hubo para pocos dîas, Víme embarazado en aquella situacion. Comenzaba yo á hacer dieta; y era indispensable tomar algun partido. Resolví, pues, ponerme á servir. Acomodéme desde luego con un mercader de paños que tenia un hijo dado á todos los vicios. En su casa encontré un seguro asilo contra la abstinencia; pero al mismo tiempo me hallé en un grande embarazo. Mandóme el padre que espiase al hijo: suplicóme el hijo que me ayudase á engañar al padre. Era preciso resolverme, y obrar: preferí la súplica al precepto, y esta preferencia me costó el ser despedido. Pasé despues á servir á un pintor viejo, el qual queria enseñarme por caridad los principios de su arte; pero al mismo tiempo me dexaba morir de hambre. Y esto me disgustó de la pintura y de la mansion en Palencia. Víneme á Valladolid, donde por la mayor fortuna del mundo me

aco-

acomodé con un Administrador del Hospital. Con él estoy todavia, y cada instante mas contento. El Señor Manuel Ordoñez, mi amo, es el hombre mas virtuoso del mundo, pues siempre va con los ojos baxos, y un rosario de cuentas gordas en la mano. Dicen que desde mozo solo pensó en el bien de los pobres, y le tiene tanto apego y amor, que se ha dedicado á su administracion con un zelo infatigable. Esto no se ha quedado sin recompensa. ¡Todo ha prosperado en sus manos! ¡Qué bendicion del Cielo! El se ha hecho rico cuidando de la hacienda de los pobres.

Luego que acabó Fabricio su discurso le dixe: por cierto me alegro de verte tan contento con tu suerte, pero, hablando en confianza, ¡pareceme que podias hacer otro papel en el mundo! Un mozo de tu talento debia pensar en mayor suerte. Te engañas mucho, Gil Blas, me respondió: has de saber, que para un hombre de mi humor no puede haber mejor situacion que la mia. Confieso que el oficio de lacayo es penoso para uno que tenga poco meollo; mas para un mozo resuelto tiene grandes atractivos. Un genio superior, que se pone á servir, no sirve materialmente como un pobre mentecato. Entra ménos á servir que á mandar en casa. Su primer cuidado es estudiar bien el genio y las inclinaciones del amo. Alhaga sus defectos, lisongea sus pasiones, sirvele en ellas, se grangea su confian-

fianza, y étele que ya le tiene agarrado por la nariz. De esta manera me he conducido con mi Administrador. Desde luego conocí de qué pie cogeaba. Advertí que todo su deseo era ser tenido por un santo. Fingí creerlo, porque esto nada cuesta. Y aun hice mas: procuré imitarle representando con él el mismo papel que él representaba con los demas: engañé al engañador, y poco á poco vine á ser su testaferro, y como su primer ministro. Baxo sus auspicios y en su escuela espero que algun dia correrán por mi cuenta los bienes de los pobres. Me siento con tanto amor por ellos como el que les tiene mi amo; ¿y quién sabe si por este camino llegaré tambien á hacer igual ó mayor fortuna?

¡Bellas y alegres esperanzas! querido Fabricio, le repliqué yo: doite mil parabienes por ellas. Mas por lo que toca á mí vuelvome á mis primeros pensamientos. Voy á trocar mi vestido bordado por unas bayetas, iréme á Salamanca, matricularéme en la Universidad, y me pondré á preceptor. ¡Gran proyecto! repuso Fabricio: graciosa idea! ¿Puede haber mayor locura que meterte á pedante en lo mejor de tu edad? ¿Sabes bien pobrete en lo que te empeñas abrazando ese partido? Luego que halles conveniencia te observará toda la casa. Exâminarán escrupulosamente tus mas mínimas acciones. Será preciso que estés fingiendo y venciéndote conti-

tinuamente, que afectes un exterior hipócrita, y que parezcas un hombre adornado de todas las virtudes. No tendrás un instante por tuyo para divertirte. Censor eterno de tu discípulo, se te irá todo el dia en enseñarle el latin, y en reprenderle y corregirle quando diga ó haga alguna cosa contra la buena crianza ó la decencia. Y al cabo de tanto trabajo y sujecion ¿qué premio te espera? Si el muchacho sale travieso y mal inclinado, á ti te echarán la culpa, diciendo que le criaste mal, y sus padres te despedirán sin recompensa, y aun quizá sin pagarte. Así pues, no me hables del tal oficio de preceptor; porque es un beneficio con carga de almas. Háblame del empleo de lacayo, que es beneficio simple que á nada obliga. ¿Está el amo lleno de vicios? pues el talento superior del criado los sabe lisonjear, convirtiéndolos á veces en propia utilidad. Un criado de este jaez vive con mucha paz en una buena casa. Come y bebe á su gusto, por la noche se vá á la cama, y como hijo de la casa duerme tranquilamente, sin tener que pensar en el carnicero, ni en el panadero.

Amigo Gil Blas, prosiguió Fabricio, nunca acabaria si te hubiera de contar todas las ventajas que se enquentran en la no muy lucida, pero muy provechosa carrera de criados. Creeme, desecha para siempre el pensamiento de preceptor, y sigue mi exemplo.

Sea

Sea así, Fabricio, le respondí; pero no se encuentran todos los dias Administradores como el que tú has hallado. Y si yo me resolviera á servir, quisiera á lo ménos encontrar con un buen amo. Oh, repuso él, en eso tienes razon. Yo tomo de mi cuenta el encontrártelo, y lo haré aunque no sea mas que por contribuir á que no se vayan á enterrar en una Universidad los talentos de un hombre como tú.

La próxîma miseria que me amenazaba, la resolucion y seguridad con que Fabricio me habló, aun mas que sus razones, me persuadieron finalmente á que me pusiese á servir. Tomada esta determinacion salimos del figon, y Fabricio me dixo: ahora mismo quiero conducirte en derechura á casa de un hombre á quien recurre la mayor parte de los que buscan amo. Tiene emisarios que le informan de quanto pasa en todas las familias, sabe las que necesitan criados, y en un registro muy exâcto lleva razon, no solo de las plazas vacantes, sino tambien de las buenas ó malas calidades de los amos; en fin él fué quien me acomodó con el Administrador.

Fuimos hablando de esta especie de despacho y oficina pública tan singular, quando llegamos á una callejuela, y en un rincon de ella á una casa baxa, donde el hijo del barbero Nuñez me hizo entrar. Encontrámonos con un hombre de mas de cinqüenta años, que estaba

ba escribiendo. Saludámosle cortesana y aun respetosamente; pero fuese por ser de genio naturalmente soberbio y grosero, ó bien por estar acostumbrado á no tratar sino con lacayos y cocheros, lo estaba tambien á recibir las visitas asaz caballerescamente. No se alzó, ni aun casi se dignó de mirarnos, contentándose con hacer una ligera inclinacion de cabeza. Con todo, poco despues me miró con particular atencion. Conocí muy bien se admiraba de que un mozo con un vestido bordado quisiese servir de lacayo, quando podia pensar que yo iba á buscar uno. Duróle poco esta duda, porque Fabricio le dixo al punto: señor Arias de Londoña, aquí le presento á Vmd. el mayor amigo mio. Es un hijo de buena familia, y sus desgracias le han reducido á la necesidad de servir. Proporcionele Vmd. una buena conveniencia, contando seguramente con su corespondiente agradecimiento. Señores, respondió Arias, esa es la cantinela general de todos ustedes: antes de acomodarse prometen montes y morenas; pero despues de bien acomodados, servitor amigo, y de todo se olvidan. ¿Cómo qué? replicó Fabricio: ¿está Vmd. quejoso de mí? ¿No me he portado bien? Pudieras haberte portado mejor. Tu conveniencia equivale á la de primer oficial de qualquier oficina, y has correspondido como si te hubiese acomodado con un autorcillo. Tomé yo entónces la palabra, y para que

conociese el tio Arias que no servia á un ingrato quise que el agradecimiento fuese delante del favor. Púsele en la mano dos ducados, prometiéndole que no se limitaria á tan poca cosa mi correspondencia como me acomodase en buena casa.

Mostróse contento de mi procedimiento, diciendo : así gusto yo que se trate conmigo. Hay vacantes excelentes puestos : leerélos, y Vmd. escogerá el que mejor le pareciere. Al decir esto calóse los anteojos, tomó su registro, abrióle, revolvió algunas hojas, y comenzó asi. Necesita lacayo el Capitan Torbellino, hombre colérico, fantástico y brutal. Gruñe sin cesar, jura, patea, y suele estropear á los criados. Pase Vmd. adelante, dixe yo prontamente : no me gusta el señor Capitan. Sonrióse Arias de mi viveza, y prosiguió leyendo. Doña Manuela de Sandoval, viuda ya entrada en edad, agria de genio, descontentadiza y caprichosa, se halla sin lacayo. Por lo comun no tiene mas que uno, y ese apenas lo puede sufrir un dia entero. Diez años ha que solo hay en su casa una librea, y sirve para todos los criados que recibe, sean flacos ó gordos, altos ó chicos. Se puede decir que no hacen mas que probarla, y todavia está nueva, aunque la han vestido dos mil. Falta un criado al Doctor Alvaro Fañez, médico chimico. Trata bien á sus criados, dales bien de comer, y buenos salarios ; pero suele

le experimentar en ellos sus remedios, y se observa que en casa de este chîmico hay siempre vacantes muchas plazas de lacayos.

No lo dudo, interrumpió Fabricio, dando una carcajada; pero vamos claros, que nos va Vmd. proponiendo admirables conveniencias. Ten un poco de paciencia, replicó Arias de Londoña; todavia no las he leído todas, y puede haber alguna que contente. Diciéndo esto prosiguió en su letura de esta manera. Tres semanas há que está sin lacayo Doña Alfonsa de Solis: es una Señora anciana y devota, que pasa en la Iglesia las tres partes del dia, y quiere tener siempre junto á sí á su criado. Otro; ayer despidió al suyo el Licenciado Sedillo, hombre ya viejo, y Canónigo de este Cabildo. Alto haí, Señor Arias de Londoña, interrumpió Fabricio: á este puesto nos atenémos: el Canónigo Sedillo es grande amigo de mi amo, y yo le conozco mucho; sé que gobierna su casa con título de ama una vieja beata que se llama la señora Jacinta, y es la que todo lo manda. Es una de las mejores casas de Valladolid, porque en ella se vive con gran paz, y se dá un trato muy honrado á la familia. Fuera de eso el Canónigo es un señor enfermizo, viejo, gotoso, que tardará poco en hacer testamento, y se puede esperar algun legadillo: ¡gran esperanza para un criado! Gil Blas, continuó Fabricio volviéndose ácia mí, no perdamos tiempo. Vamonos de-



derechos á casa del Licenciado : yo mismo te quiero presentar, y constituirme por tu fiador. Habiendo dicho esto, por no malograr la ocasion, nos despedimos con priesa del señor Arias, quien me ofreció por mi dinero, que si no lograba aquella conveniencia me encontraria otra tan buena, y aun quizá mejor.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

Entra Gil Blas por criado del Licenciado Sedillo; estado en que este se hallaba, y retrato de su ama.

Por miedo de no llegar tarde nos pusimos de un brinco en casa del Licenciado. Estaba cerrada la puerta, llamamos y baxó á abrir una niña como de diez años, á quien el ama llamaba sobrina, aunque malas lenguas suponia entre los dos parentesco mas estrecho. Preguntamos si se podria hablar al señor Canónigo, quando se dexó ver la señora Jacinta. Era una muger entrada ya en la edad de discrecion, pero todavia de buen parecer, y sobre todo de un color fresco y hermoso. Venia vestida con una especie de túnica de tela burda, que ceñia con una ancha correa de cuero, de la qual pendia por un lado un manojo de llaves, y por otro un gran rosario de cuentas gordas. La saludamos con mucho respeto; y nos correspondió con igual cortesania, pero con un ayre devoto, y los ojos baxos.

He

He sabido (la dixo mi camarada) que el señor Licenciado Sedillo necesita un mozo honrado, que le sirva, y vengo á presentarle este, que espero le dará gusto. Alzó entónces la vista el ama, miróme fijamente, y no acertando á componer mi vestido bordado, con el discurso de Fabricio, preguntó si era yo el que pretendia entrar á servir. Sí señora, respondió el hijo de Nuñez, el mismo es, porque tal como Vmd. le vé le han sucedido desgracias en su casa que le precisan á ello. Consolaráse en sus infortunios si tiene la dicha de colocarse en esta casa, y vivir en compañia de la virtuosa señora Jacinta, la qual es digna de ser ama y gobernadora de un Patriarca. Al oir esto la buena de la beata apartó los ojos de mí por volverlos al que la hablaba con tanta gracia, y quedó como sorprendida al ver un rostro, que no le parecia desconocido. Tengo alguna idea, le dixo, de haber visto ya esa cara, y estimaría que Vmd. ayudase á mi memoria. Casta señora Jacinta, la respondió Fabricio, es, y ha sido grande honor mio haber merecido la atencion de Vmd. Dos veces he entrado en esta casa acompañando á mi amo el señor Manuel Ordoñez, Administrador del Hospital. Justamente, replicó entónces el ama; acuérdome muy bien, ya caygo en cuenta. Basta decir que está en casa del señor Manuel Ordoñez para saber que será Vmd. un hombre muy de bien. Su empleo es su mayor elogio,

gio, y no era facil que este mozo encontrase mejor fiador. Venga Vmd. conmigo hablará al Señor Sedillo, que sin duda tendrá gran gusto en recibir un criado venido por tal mano.

Seguimos al ama del Canónigo, el qual vivia en un quarto baxo, compuesto de cinco piezas á un mismo piso, todas muy decentes. Díxonos que esperásemos un momento en la primera miéntras iba avisar al señor Canónigo, que estaba en la segunda. Despues de haberse detenido algun tiempo, sin duda para informarle y prevenirle de todo, volvió á nosotros, y nos dixo que podiamos entrar. Vimos al viejo gotoso repantigado en una silla poltrona, con un gran gorro en la cabeza, una almohada tras de la misma, sobre la qual se apoyaba, y las piernas sobre otro almohadon. Acercámonos á él, sin escasear las reverencias, y tomando Fabricio la palabra, no se contentó con repetirle lo que ya habia dicho de mí á la señora Jacinta, sino que se puso á hacer un panegírico de mi mérito, extendiéndose principalmente sobre el grande honor que me habia grangeado baxo el Magistrado del Doctor Godinez en las disputas de Filosofía, como si fuese necesario ser gran Filosofo para servir á un Canónigo. Sin embargo no dexó de halucinarle el bello elogio que hizo Fabricio de mí; y conociendo por otra parte que yo no desagradaba á la señora Jacinta: ami-

amigo, respondió á mi fiador, desde luego recibo á este mozo, basta que tú me lo presentes. No me disgusta su traza, y juzgo bien de sus costumbres supuesto que me lo propone un criado del señor Manuel Ordoñez.

Luego que Fabricio me vió admitido hizo una gran reverencia al Canónigo, otra mas profunda á la señora Jacinta, y se despidió diciéndome al oido que me quedase allí, y que ya nos veriamos. Apenas habia salido de la sala quando el Licenciado me preguntó cómo me llamaba, y por qué habia salido de mi tierra, obligándome con sus preguntas á contarle toda la historia dé mi vida en presencia de la señora Jacinta. Divertílos à entrambos sobre todo con la relacion de mi última aventura. Doña Camila, y Don Rafael los hicieron reir tan fuertemente, que le hubo de costar la vida al pobre gotoso; pues la risa le excitó una tan violenta tos, que temí fuese llegada su hora. Aun no habia hecho testamento. Considérese quanto se turbaria la buena ama. Víla toda trémula y azogada, correr de aquí para allí por socorro al buen viejo, haciendo con él lo que se hace con los niños quando tosen con violencia, frotarle la frente, y darle golpecitos en las espaldas; pero al fin todo fue un puro miedo. Cesó de toser el Licenciado, y el ama de atormentarle. Quise entónces proseguir mi relacion; mas no me lo permitió la señora Jacinta por temor que repitie-

tiese la tos. Llevóme al guarda-ropa, donde entre otros vestidos estaba el de mi predecesor. Hizomele poner, y guardó el mio, lo que no me disgustó, porque deseaba conservarle, con esperanza de que todavia podria servirme. Desde el guarda-ropa pasamos los dos á disponer la comida.

No me mostré novicio en el oficio de cocinero. Habia hecho mi aprendizage baxo la disciplina de la señora Leonarda, que podia pasar por buena maestra de cocina: bien que no comparable con la señora Jacinta, la qual merecia ser cocinera de un Arzobispo. Sobresalia en todo género de guisos y platos. Daba al gigote singular gusto, y lo mismo á la chanfaina, y en general á toda especie de picadillo; de manera que eran sumamente gratos al paladar. Quando estuvo dispuesta la comida volvimos al quarto del Canónigo, donde miéntras yo ponia los manteles en una mesilla inmediata á su silla poltrona, el ama le acomodaba una servilleta, prendiéndosela con alfileres en las espaldas. Se le sirvió una sopa, que se podia presentar al mas famoso Director de Madrid, y una fritada, que podia avivar el apetito de un Virrey, si el ama de propósito no hubiera escaseado las especies, por no irritar la gota del Canónigo. A vista de tan apetitosos bocados, mi buen viejo, que yo creia paralítico de todos sus miembros, dió pruebas de que aun no habia perdido del todo el

uso de sus brazos. Sirvióse de ellos para ayudar á que le desembarazasen de la almohada y demas impedimentos, disponiéndose á comer alegremenre. Las manos tampoco se negaron á servirle. Aunque trémulas iban y venian con bastante ligereza donde era menester, bien que derramando en la servilleta y en los manteles la mitad de lo que llevaba á la boca. Quando vi que ya no queria mas del frito, le puse delante una perdiz orleada de algunas codornices asadas, que la señora Jacinta le trinchó con el mayor aseo y pulidez. De quando en quando le hacia beber algunos tragos de vino mezclado con agua en una taza de plata bastantemente ancha y profunda, aplicándosela ella misma á la boca, y teniéndola con las manos, como si fuera un niño de quince meses. Devoró las pechugas, no perdonando las piernas, nî las alas. Siguieronse los postres; y quando acabó de comer, el ama le desprendió la servilleta, volvióle á poner la almohada y los almohadones, y dexándole tranquilamente dormir la siesta, nos retiramos nosotros á comer.

Esta era la comida ordinaria de nuestro Canónigo, acaso el mayor tragon de todo el Cabildo. Pero la cena era mas parca. Contentabase con un pollo, y con algun gubilete de fruta. En su casa, por lo que toca á la comida estaba yo bien, y lo pasaba alegremente. Solo tenia un trabajo, no poco pesado para mí. Erame preciso es-

estar dispierto una gran parte de la noche velando al amo. Padecia este una retencion de orina, que le obligaba á pedir el orinal diez veces cada hora. Ademas sudaba mucho, y era menester mudarle camisa con freqüencia. Gil Blas, me dixo á la segunda noche, tú tienes maña y actividad, y veo que me acomodará mucho tu modo de servir. Solamente te encargo, que dés tambien gusto á la señora Jacinta, complaciéndola y obedeciéndola en todo como si yo lo mandase, y vivas con ella en la mayor harmonia. Quince años há que me sirve con un zelo, y un amor particular. Tiene tanto cuidado de mí, que no sé cómo pagárselo: y confiésote que por esto la estimo mas que á toda mi familia. Por ella despedí de mi casa á un sobrino carnal, hijo de mi propia hermana. No podia ver á esta pobre muger, y léjos de agradecerla lo que hacia conmigo, continuamente la estaba insultando, burlándose de su virtud, y tratándola de embustera, porque á la gente moza de hoy todo lo que suena á recogimiento y devocion le parece hipocresia; pero ya me libré de tan buena alhaja, porque soy hombre que prefiero á todos los respetos de la sangre el amor que me tienen, y el bien que me hacen. Vmd., señor, tiene muchísima razon, le respondí yó; el agradecimiento debe siempre poder mas que las leyes de la naturaleza. Sin duda, replicó él; y en mi testamento haré ver el

el poco caso que hago de mis parientes. El ama tendrá buena parte en él, y no me olvidaré de tí, como prosigas sirviéndome segun has comenzado. El criado que despedí ayer perdió una buena manda por su mal modo: si no me hubiera visto precisado á despedirle, porque ya no le podia sufrir, yo solo le hubiera hecho rico; pero era un soberbio, que no tenia el mas mínimo respeto á la señora Jacinta, y era muy olgazan. Desagradábale mucho acompañarme de noche y se le hacia insufrible el estar dispierto para asistirme en lo que podia ocurrir. ¡Qué bribon! exclamé yo, como si el espíritu de Fabricio se hubiera pasado al mio. No merecia por cierto estar al lado de un amo tan bueno como su merced. El que logra esta fortuna debe ser de zelo infatigable. Ha de complacerse en su trabajo, y ha de creer que nada hace, aun quando sude sangre por serviros.

Conocí que le habian gustado mucho al Canónigo estas últimas palabras, y no le gustó ménos la que le dí de estar siempre pronto y obediente á las insinuaciones de la señora Jacinta. Queriendo pues pasar por un criado que no temia á trabajo, ni á fatiga, procuré servir en todo con el mayor zelo, y con el mejor modo que me era posible. Nunca me quejé de que pasaba sin dormir todas las noches, sin embargo de que se me hacia esto muy cuesta arriba. A no ser por la esperanza del

le-

legado, presto me hubiera cansado de una vida tan penosa. A la verdad descansaba y dormia algunas horas entre dia. El ama (á la qual debo hacer esta justicia) cuidaba mucho de mí; lo que debo atribuir al esmero con que procuraba yo grangearme su voluntad por todo género de complacencias y respeto. Quando comiamos juntos ella y su sobrina, que se llamaba Inesilla, tenia yo el mayor cuidado de mudarlas platos, servirlas de beber, y en fin hacer con ellas lo que haria el mas fiel y mas leal criado. Por estos medios vine á ganar su amistad. Un dia que la señora Jacinta habia salido á hacer no sé qué provisiones, hallándome solo con Inesilla, comencé á darla conversacion, y la pregunté si vivian todavia su padre y su madre ¡Oh! nó; me respondió la niña: mucho tiempo há que murieron, segun me lo ha dicho mi tia, porque yo nunca los conocí. Creila piadosamente, aunque su respuesta no fue muy categórica, y la fui poniendo en tanta gana de parlar, que poco á poco me dixo mas de lo que yo queria saber. Descubrióme, ó por mejor decir descubrí yo mediante su sencillez, que la señora tia trataba estrechamente con un su amigo que estaba en casa de otro Canónigo viejo en calidad de mayordomo, y que tenian ajustado entre los dos aprovecharse de la herencia de sus amos y gozarla en paz por medio de un casamiento, cuyos privilegios disfrutaban de ante-

temano. Ya dexo dicho que la señora Jacinta, aunque algo entrada en años, se mantenia de muy buen parecer. Es verdad que ningun medio perdonaba para conservarse bien. Todas las mañanas se hacia echar una lavativa, y así entre dia, como al acostarse tomaba confortativos. Por otra parte dormia tranquilamente, miéntras yo estaba en pie velando al amo. Pero sobre todo lo que mas contribuia á mantenerla aquel color vivo y fresco era (segun me dixo Inesilla) una fuente que tenia en cada pierna.

CAPITULO II.

De qué modo fue tratado el Canónigo habiendo empeorado en su enfermedad; lo que sucedió, y lo que dexó á Gil Blas en su testamento.

Serví tres meses al señor Licenciado Sedillo sin quejarme de las malas noches que me daba. Cayó muy malo al cabo de este tiempo; excitósele calentura, y con ella se le irritó la gota. Recurrió ya á los médicos, siendo la primera vez que lo hacia en toda su vida, aunque habia sido larga. Llamó determinadamente al Doctor Sangredo, que estaba reputado en Valladolid por otro Hipócrates. La señora Jacinta hubiera gustado mas de que el Canónigo ante todas cosas comenzase por el testa-

ta-

tamento, y aun le dixo algo en el asunto; pero ademas de que no le parecia á él que estaba de tanto peligro, en ciertas materias era un poco caprichoso y testurado. Fuí, pues, á buscar al Doctor Sangredo, y conduxele á casa. Era un hombre alto, seco y macilento, que por espacio de quarenta años á lo menos tenia en continuo exercicio la tixera de las Parcas. Su exterior era grave, serio, con un si es no es de desdeñoso; su voz gutural, sonora, y ahuecada; pronunciaba las palabras con un tantico de recalcamiento, lo que á su parecer daba mayor nobleza á las expresiones. Sus discursos parecian medidos geométricamente, y sus opiniones muy singulares.

Despues de haber observado al enfermo comenzó á hablar así en tono magistral. Trátese aquí de suplir el defecto de la transpiracion escasa, dificultosa, y detenida. Otros médicos ordenarian sin duda aquí remedios salinos, urinosos, y volátiles, que por la mayor parte tienen algo de azufre y mercurio; pero los purgantes y los sudoríficos son drogas perniciosas inventadas por curanderos. Todas las preparaciones chîmicas me parecen ideadas para arruinar la naturaleza: yo hecho mano de medicamentos mas simples, y seguros. ¿Qué es lo que Vmd. acostumbra comer? preguntó al enfermo. Pastas dulces, y viandas suculentas, respondió el Canónigo. ¡Pastas dulces y viandas suculentas! exclamó suspenso y admi-

mirado el Doctor. Ya no me maravillo de que Vmd. haya enfermado. Los manjares deliciosos son gustos emponzoñados, lazos que la sensualidad arma á los hombres para hacerlos perecer con mayor seguridad. Es preciso que Vmd. renuncie á todo alimento de buen gusto: los mas desabridos son los mas propios para la salud. Como la sangre es insípida, está pidiendo alimentos que se conformen á su naturaleza. ¿Y bebe Vmd. vino? le volvió á preguntar. Sí señor, pero aguado, respondió el enfermo. ¡Qué dice Vmd. aguado! exclamó el Doctor. ¡Qué desórden! ¡Qué desarreglo asombroso! Debia Vmd. haber muerto cien años há. ¿Y quántos años tiene Vmd.? Voy á entrar en los sesenta y nueve, repuso el Licenciado. Justamente continuó el Médico la vejez anticipada siempre es fruto de la intemperancia. Si Vmd. hubiera bebido solo agua clara toda la vida, y si hubiera usado de alimentos simples, como manzanas asadas, habas, ó guisantes, no se veria ahora atormentado de la gota, y todos sus miembros exercitarian aun libremente sus respectivas funciones. Con todo eso no desconfio restablecerle como se entregue ciegamente á quanto yo ordenare. El Canónigo aunque gustaba de buenos bocados ofreció obedecerle en todo y por todo.

Entónces me ordenó que fuese prontamená llamar á un cirujano, que él mismo nombró

bró, y le hizo sacar á mi amo doce buenas onzas de sangre para suplir la falta de transpiracion. Despues dixo al Cirujano: Maestro Martin Oñez, dentro de tres horas volved á sacarle otras doce, y mañana repetireis lo mismo. Es error creer que la sangre sea necesaria para la conservacion de la vida. Por mucha que se le saque á un enfermo nunca será demasiada. Como en tal estado apenas tiene que hacer movimiento ni exercicio, sino el preciso para no morirse, no necesita mas sangre para vivir, que la que ha menester un hombre dormido. En uno y en otro la vida solo consiste en el pulso y en la respiracion. No creyendo mi buen amo que un tan gran Médico pudiese hacer falsos silogismos, convino en dexarse sangrar. Despues que el Doctor ordenó freqüentes y copiosas sangrias añadió era menester tambien dar á beber al enfermo agua caliente á cada momento, asegurando que el agua en abundancia era el mayor específico contra todas las enfermedades. Con esto levantó la vista, y se fué diciéndonos á la señora Jacinta y á mí, que él salia por fiador de la salud del señor Canónigo, con tal que se observase á la letra todo lo que acababa de prescribir. El ama, que quizá juzgaba todo lo contrario de lo que él se prometia de su método, le dió palabra de que se observaria con la mas escrupulosa exâctitud. Con efecto inmediatamente pusimos á calentar el agua; y como el Doc-

tor nos habia recomendado tanto que fuésemos liberales de ella, luego le hicimos beber dos ó tres quartillos: una hora despues repetimos lo mismo, y de tiempo en tiempo volviamos á la carga, de manera, que en el espacio de pocas horas le metimos un diluvio de agua en la barriga. Ayudándonos por otra parte el cirujano con la cantidad de sangre que le sacaba, en ménos de dos dias pusimos al pobre Canónigo en el último trance de la vida.

Ya no podia mas el buen Eclesiástico, y presentándole yo un gran vaso del soberano específico para que le bebiese: detente, amigo Gil Blas, me dixo con voz lánguida: ya no puedo beber mas. Conozco que me es preciso morir á pesar de la gran virtud del agua, y que no me siento mejor, aunque apenas me ha quedado en el cuerpo una gota de sangre: prueba clara de que el Médico mas hábil y mas sábio del mundo no es capaz de prolongarnos un instante la vida quando llegó el término fatal. Anda, pues, y tráeme aquí un escribano, que quiero hacer testamento. Quando oí estas palabras, que ciertamente no me disgustáron, me mostré muy triste, como hace en tales casos todo heredero; y disimulando la gana que tenia de cumplir quanto ántes con la comision que me acababa de dar: oh! señor, le respondí, dando un profundo suspiro, no está su merced tan malo, por la misericordia de Dios, que todavia no pueda espe-

perar levantarse. No, no, hijo mio; esto ya se acabó. Estoy viendo que se remonta la gota, y que la muerte se va acercando: vé, pues, y haz quanto ántes lo que te he mandado. Conocí efectivamente que se le mudaba el semblante, y que iba perdiendo terreno á ojos vistos; por lo que persuadido á que la cosa apuraba, partí volando á executar lo que se me habia ordenado, dexando con el enfermo á la señora Jacinta, la qual temia aun mas que yo, que nuestro Canónigo se nos muriese sin testar. Entréme en casa del primer escribano que encontré: señor, le dixe, mi amo el Licenciado Sedillo está ya para morir, quiere declarar su última voluntad, y no hay que perder tiempo. Era el escribano un hombre rechoncho y pequeñito, de genio alegre, y amigo de bufonear. ¿Qué Médico le asiste? me preguntó. El Doctor Sangredo, le respondí. ¡Vive Dios! repuso él tomando su capa, vamos, vamos aprisa, porque ese Doctor es tan expeditivo, que no da lugar á los enfermos para llamar á los escribanos. Es un hombre que me ha quitado la ganancia de muchos testamentos.

Diciendo esto salimos juntos, andando aceleradamente para llegar ántes que el enfermo entrase en la agonia; y yo dixe en el camino al escribano, ya sabe Vmd. que á un pobre testador quando está enfermo suele faltarle la memoria, por lo que suplico á Vmd.

que

que si es menester le haga alguna de mi lealtad y de mi zelo. Yo te lo prometo me respondió, y fiate de mi palabra, pues es justo que un amo recompense á un criado que le ha servido bien; y así por poco que le vea inclinado á pagar tus servicios, le exhortaré á que te dexe alguna manda de consideracion. Quando llegamos á casa hallamos todavia al enfermo despejado, y cabal en todos sus sentidos, Estaba junto á él la señora Jacinta con la cara bañada en lágrimas. Acababa de hacer bien su papel, disponiendo al Canónigo á que la dexase lo mejor que tenia. Quedó el escribano solo con el amo, y los dos nos salimos á la antesala donde encontramos al cirujano, que venia á hacerle la ultima sangría. Deténgase, Maestro Martin, le dixo el ama, ahora no puede entrar, porque está su merced haciendo testamento. Le sangrareis como gustareis quando haya acabado.

Estábamos con gran temor la beata y yo de que muriese en el mismo acto de testar; pero por fortuna se formalizó el instrumento que nos ocasionaba aquella inquietud. Vimos salir al escribano, que encontrandome al paso, dándome una palmadita sobre el hombro, y sonriéndose, me dixo: *no nos hemos olvidado de Gil Blas*: palabras que me llenaron de alborozo, y agradecí tanto la memoria que mi amo habia hecho de mí, que ofrecí encomendarle muy de veras á Dios despues de su muer-

te,

te, la que tardó poco en suceder; porque habiéndole sangrado el Cirujano, el pobre viejo, que ya estaba casi exângüe, espiró en el mismo momento. Apenas acababa de exâlar el último suspiro, quando entró el Médico, que quedó cortado y mudo, no obstante de estar tan acostumbrado á despachar quanto ántes á sus enfermos. Con todo eso, lejos de atribuir su muerte á tanta agua y à tantas sangrias, volvió las espaldas diciendo con frialdad que habia muerto porque le habian sangrado poco y no le habian dado bastante de beber. El executor del soberano medicamento; quiero decir, el Cirujano, viendo que ya no se tenia necesidad de su ministerio, se partió tambien siguiendo al Doctor Sangredo.

Luego que vimos muerto á nuestro amo, la señora Jacinta, Inesilla, y yo comenzamos una música de fúnebres alaridos, que fue oida de toda la vecindad. La beata sobre todo, que tenia mayor motivo para estar alegre, levantaba el grito con lamentos tan funestos, que parecia la muger mas afligida del mundo. En un instante se llenó la casa de gente, atraida mas de la curiosidad que de la compasion. Los parientes del difunto se presentáron tambien muy luego, y hallaron tan desconsolada á la beata, que se persuadieron á que el Canónigo habia muerto *ab intestato*. Pero tardó poco en abrirse á presencia de todos el testamento revestido de las formalidades necesarias;

rias; y quando vieron que el testador dexaba las mejores alajas á la señora Jacinta y á su nieta, hicieron una oracion fúnebre del Canónigo poco decorosa á su memoria, apostrofando al mismo tiempo á la beata, y dándome á mí algunas alabanzas, que verdaderamente no merecia. El Licenciado en paz sea su alma, para olbligarme á que no me olvidase de él en toda mi vida, se explicaba así en el artículo del testamento que hablaba conmigo. *Item, por quanto Gil Blas es un mozo que tiene algun tinte de literatura, para que acabe de perficionarse, y se haga hombre sabio, le dexo mi libreria con todos los libros y manuscritos, sin excepcion.*

No sabia yo donde podia estar la tal soñada libreria, porque en ninguna parte de la casa la habia visto jamas. Solo habia sobre una tabla en el quarto del Canónigo cinco ó seis libros con algun legajo de papeles: y los tales libros no podian servirme para nada. Uno se intitulaba el *Cocinero perfecto*; otro trataba *de la indigestion, y del modo de curarla.* Los demas eran las quatro partes del breviario, algo roidas de ratones, mugrientas, y llenas de sudor. En quanto á los manuscritos los mas curiosos eran todos los autos de un pleyto que habia litigado el Canónigo para entrar en la prebenda. Despues que exâminé mi legado con mayor atencion de la que él se merecia, le abandoné á los parientes del difun-

to,

to, que tanto me le habian envidiado. Entreguéles tambien el vestido que tenia acuestas, y volví á tomar el mio, contentándome con que me pagasen mi salario, y fuíme á buscar otra conveniencia. Por lo que toca á la señora Jacinta, ademas del dinero y alhajas que el Canónigo la habia dexado, se levantó con otras muchas cosas que ocultamente habia depositado en su buen amigo durante la enfermedad del difunto.

CAPITULO III.

Entra Gil Blas á servir al Doctor Sangredo, y se hace famoso Médico.

Resolví ir á buscar al señor Arias de Londoña, para escoger en su registro otra casa donde servir; pero quando estaba ya muy cerca del rincon donde vivia me encontré con el Doctor Sangredo, á quien no habia visto desde la muerte de mi amo, y me atreví á saludarle. Conocióme inmediatamente, aunque estaba en otro trage, y mostrando particular gusto de verme: hijo mio, me dixo, ahora mismo iba pensando en tí. He menester un criado, y tú eres el que me conviene, con tal que sepas leer y escribir. Como Vmd. no pida mas, délo todo por hecho. Pues siendo así, replicó vente conmigo, porque tú eres el hombre que yo busco. En mi casa lo pasarás ale-

gre-

gremente, te trataré con distincion, no te señalaré salario, pero nada te faltará. Cuidaré de vestirte con decencia, te enseñaré el gran secreto de curar todo género de enfermedades; y en una palabra, mas serás discipulo mio que criado.

Armóme el plan, y aceté la proposicion del Doctor, con la esperanza de hacerme un ilustre Médico baxo la disciplina de tan gran maestro. Llevóme luego á su casa para instruirme en el ministerio á que me destinaba. Reduciase este á escribir el nombre, la calle y casa donde vivian los enfermos que le llamaban miéntras él visitaba á otros parroquianos. Para este fin tenia un libro en que asentaba todo lo dicho una criada vieja, á la qual se reducia toda su familia; pero sobre no saber palabra de ortografia, escribia tan mal, que por lo comun no se podia entender lo que escribia. Encargóme, pues, á mi este registro. que se podía intitular con razon *registro mortuario*, ó *libro de difuntos*, porque morian casi todos aquellos cuyos nombres se apuntaban en él. Escribia, por decirlo así, los nombres de los que querian partir de este mundo: ni mas ni ménos como en las casas de posta se apuntan los nombres de los que piden carruage ó caballos. Estaba casi siempre con la pluma en la mano, porque en aquel tiempo el Doctor Sangredo era el Médico mas acreditado de todo Valladolid, debiendo su reputacion á una *lo-*

qüela especiosa, sostenida de cierto ayre grave, y al mismo tiempo meloso, junto con algunas afortunadas curas, que fueron celebradas mas de lo que merecian.

Practicaba mucho el oficio y por consiguiente le fructificaba bien. No por eso el trato de su casa era el mejor. En ella se vivia muy frugalmente. Peras, habas y manzanas cocidas con un poco de queso, era nuestra comida ordinaria. Decia que estos alimentos eran los mas convenientes al estómago, por ser mas dóciles á la trituracion. Con todo eso, aunque los consideraba muy fáciles de digerir, no queria que nos hartásemos de ellos, en lo que tenia mucha razon. Pero si á la criada y á mí nos prohibia comer mucho, en recompensa nos permitia beber agua á discrecion. Léjos de andar en esto con escasez, nos decia muchas veces: bebed, hijos mios. La salud consiste en que todas las partes de la máquina se conserven blandas, ágiles y húmedas. Bebed agua en abundancia, porque es el disolvente universal que precipita todas las sales. ¿Está acaso detenido y lento el curso de la sangre? ella lo acelera. Está rápido y precipitado? lo detiene. Estaba el buen Doctor tan persuadido á esto, que aun él mismo no bebia mas que agua, sin embargo de hallarse ya en edad muy avanzada. Definia la vejez diciendo era una thisis natural, que nos deseca y nos consume. Fundado en esta definicion, deploraba la ignoran-

cia de los que llaman al vino *la leche de los viejos*. Sostenia que ántes bien los desgasta, y los destruye, diciendo muy elegantemente que aquel licor, así para los viejos como para todos los demas, era un amigo traidor, y un gusto muy engañoso.

A pesar de tan bellos raciocinios á los ocho dias que estuve en aquella casa padecí una disenteria, acompañada de crueles dolores de estómago, lo que tuve la temeridad de atribuir al *disolvente universal* y á la mala calidad de los alimentos que usaba. Quejéme de esto al nuevo amo, esperando que al cabo vendria á condescender y á darme algun poco de vino en las comidas; pero era muy enemigo de este licor para rendirse á semejante condescendencia. Si te disgusta mucho el agua pura, me dixo, hay mil arbitrios para corregir el desabrimiento de las bebidas aquosas. La flor de sauco y la betónica las comunica un gusto delicioso, y si quieres que lo sea mucho mas mezcla un poco de flor de romero, de clavel, ó de cocliaria.

Por mas que ponderase las excelencias del agua, y por mas que me enseñase el modo de componer bebidas exquisitas (sin que para nada fuese necesario el vino) la bebia yo con tanta moderacion, que advirtiéndolo él me dixo un dia: ya no me admiro, Gil Blas, de que no goces una perfecta salud. Tú, amigo mio, no bebes lo que basta. El agua bebida en poca cantidad solo sirve para desenredar las parte-

ci-

cillas de las bilis, y darlas mayor vigor y mayor actividad, quando era necesario anegarlas en algun líquido diluyente. No temas, hijo, que la abundancia del agua debilite, ni enfrie demasiado tu estómago. Léjos de tí ese terror pánico con que miras la freqüencia de tan saludable bebida. Yo salgo por fiador del buen suceso, y si no tienes satisfaccion de fianza, el divino Celso saldrá á confirmarla. Este oráculo latino hace un admirable elogio del agua, y añade en términos expresos, que los que por beber vino se excusan con la debilidad del estómago, levantan un falso testimonio á esta entraña para encubrir su sensualidad.

Como yo iba á perder mucho en dar pruebas de indócil, quando daba principio á la carrera de la medicina, mostré que me hacia fuerza la razon, y aun confieso que efectivamente la creí. Proseguí, pues, en beber agua, baxo la garantia de Celso; ó por mejor decir comencé á anegar la bilis, bebiendo en gran copia aquel licor; y aunque cada dia me sentia mas incomodado, pudo mas la preocupacion que la experiencia. Tenia como se ve, una admirable disposicion para ser Médico. Sin embargo, no pudiendo resistir mas á la violencia de los males, que me atormentaban, tomé la resolucion de abandonar la casa del Doctor Sangredo; pero este me honró con un nuevo empleo, el qual me hizo mudar de pensamiento. Mira, *hijo*, me dixo un dia, yo no soy de aquellos

amos

amos ingratos y duros, que dexan envejecer los criados en la servidumbre, sin pasarles por el pensamiento el recompensar los servicios. Estoy contento de tí, te amo y sin aguardar á que me hayas servido mas tiempo quiero hacer tu fortuna. Ahora mismo te voy á descubrir lo mas fino del saludable arte que profeso tantos años há. Los otros Médicos le hacen consistir en el estudio penoso de mil ciencias tan inútiles como dificultosas: yo pretendo abreviar un camino tan largo, y ahorrarte el trabajo de estudiar la física, la farmacia, la botánica y la anatomía. Sábete, amigo, que para curar todo género de males no es menester mas que sangrar y beber agua caliente. Este es el gran secreto para curar todas las enfermedades del mundo. Sí: este maravilloso secreto que yo te comunico y la naturaleza no pudo ocultar á mis profundas observaciones, quedándose impenetrable á mis hermanos y compañeros, se reduce á solos dos puntos: sangrias y agua caliente, uno y otro en abundancia. No tengo mas que enseñarte. Ya sabes á fondo toda la medicina, y si te aprovechas de mis largas experiencias serás tan gran Médico como yo. Al presente me puedes aliviar mucho. Por las mañanas te estarás en casa á tener cuenta del registro, y por las tardes irás á visitar mis enfermos. Yo cuidaré de la nobleza y del clero: tú visitarás los del estado general que me llamaren, y quando hayas

yas trabajado algun tiempo haré que seas incorporado en nuestro gremio. Hé aquí, Gil Blas, que ya eres sábio sin ser Médico, quando otros por muchos años, y quizá por toda la vida, son Médicos sin ser ni haber sido jamás sábios.

Rendí gracias al Doctor por haberme hecho en tan poco tiempo capaz de ser substituto suyo, y en señal de mi agradecimiento le dí palabra de que toda la vida seguiria á ciegas sus opiniones, aunque fuesen contrarias á las del mismo Hypócrates. Pero esta palabra no era del todo sincera, porque no podia conformarme con su opinion acerca del agua, y en mi corazon determiné beber vino siempre que tuviese ocasion quando visitase los enfermos. Segunda vez me desnudé de mi vestido, y tomé otro de mi amo para comparecer en ayre de Médico. Hecho esto me dispuse á exercitar la medicina á costa de los pobres que cayesen en mis manos. Tocóme dar principio por un Alguacil que adolecia de la pleura. Ordené que le sangrasen sin misericordia, y le diesen de beber agua caliente con abundancia. Entré despues en casa de un pastelero á quien la gota le hacia poner los gritos en el cielo. No perdoné á su sangre, ni fuí con él ménos liberal de agua que lo habia sido con el Alguacil. Valiéronme doce reales las dos visitas, y quedé tan contento con el nuevo oficio, que solo deseaba cosecha de enfermos y achacosos.

Al salir de casa del pastelero encontré con Fabricio, á quien no habia visto desde la muerte del Licenciado Sedillo. Miróme atento y suspenso por algun tiempo, y despues prorumpió en una carcaxada tan grande que parecia iba á rebentar de risa. No era ello sin razon. Llevaba yo una capa tan larga, que me llegaba á los talones; la chupa y el calzon eran tan anchos, que sobraria mucho á dos cuerpos como el mio. En fin mi figura podia pasar por una muy grotesca y original. Dexéle deshaogar, y aun yo mismo le hubiera acompañado si no me contuviera el decoro de la calle y la representacion de Médico, que no parece animal risible por su seria gravedad. Si mi ridículo trage habia excitado la risa de Fabricio, mi mas ridícula y afectada seriedad se la redobló, y despues que se rió á toda satisfaccion: ¡vive Dios, Gil Blas, exclamó, que estás magníficamente equipado! ¿Quién diablos te ha enmascarado así? Poco á poco, Fabricio, poco á poco, y trata con todo respeto á un nuevo Hypócrates. Sábete que soy substituto del Doctor Sangredo, el Médico mas famoso de Valladolid. Tres semanas há que estoy en su casa, y en este breve tiempo me ha enseñado á fondo la medicina, de manera que visito parte de sus enfermos por aliviarle. El va á las casas grandes, y yo á las pequeñas. ¡Bellamente! replicó Fabricio: eso en buen romance quiere decir te ha abandona-

do

do á tí la sangre plebeya, y él se ha reservado la ilustre. Te doy el parabien de la parte que te ha tocado, que en mi concepto es la mejor, porque á un medico le conviene mas exercitar su oficio con la gente pobre que con la del gran mundo. ¡Vivan los Médicos de aldea y de arrabal! sus yerros son ménos conocidos, y no meten tanta bulla sus asesinatos. Sí, amigo: tu suerte me parece la mas envidiable, y (por hablar á manera de Alexandro) si yo no fuera Fabricio querria ser Gil Blas.

Para que conociese el hijo del barbero Nuñez que no exâgeraba ni mentia en dar tantas alabanzas á mi presente condicion, le mostré los doce reales del alguacil y del pastelero, y despues nos entramos los dos en una taberna para beber á costa de ellos. Presentáronnos un vino bueno, el qual me pareció mucho mejor de lo que era, por la gran gana que tenia de beberle. Echéme al cuerpo valientes tragos, y (con licencia del oraculo latino) al paso que iba beviendo conocí que el estómago se me quejaba de las injusticias que le habia hecho. Detuvimonos bastante tiempo Fabricio y yo en la taberna, y nos burlamos largamente de nuestros respectivos amos, como es uso y costumbre entre todos los criados. Viendo que se acercaba la noche nos retiramos, quedando apalabrados de que á la tarde siguiente nos volveriamos á ver en el mismo sitio.

CA-

CAPITULO IV.

Prosigue Gil Blas exerciendo la medicina con tanta felicidad como talento. Aventura de la sortija perdida y despues recobrada.

No bien habia yo entrado en casa quando tambien volvió á ella el Doctor Sangredo. Díle cuenta de las visitas que habia hecho, y le puse en la mano ocho reales que restaron de los doce que me habian valido mis recetas. Ocho reales, me dixó, por dos visitas son poca cosa; pero al fin es preciso recibir lo que nos dieren. Tomólos, y embolsandose los seis me dió solos dos. Toma, Gil Blas, prosiguió, ahí te doy para que empieces á juntar un capital, pues desde luego te cedo la quarta parte de lo que me toca á mí. Presto seras rico, amigo mio, porque este año queriendo Dios, habrá muchas enfermedades.

Contentéme, y con razon, pues habiendo resuelto quedarme con la quarta parte de lo que recibia, y cediéndome el Doctor la otra quarta parte de lo que yo le entregaba, venia á ser, si no me engaña mi aritmética, tocarme la mitad de lo que realmente percibia. Esto me dió nuevo aliento para aplicarme á la medicina. Al dia siguiente, luego que comí volví á echarme á cuestas el hábito de substituto, y proseguí mi campaña. Visité muchos

en-

enfermos de los que yo mismo habia registrado, y á todos receté los mismos medicamentos aunque adolecian de muy diferentes enfermedades. Hasta aquí las cosas caminaban viento en popa, y ninguno, gracias al cielo, se habia alborotado contra mis recetas. Pero nunca faltan censores del método de un Médico, por excelente que sea. Entré en casa de un droguista que tenia un hijo hidrópico, y me encontré con cierto Mediquillo de color amulatado, que se llamaba el Doctor Cuchilla, traido allí por un pariente del mercader. Hice profundas reverencias á todos los circunstantes, pero particularmente al tal figurilla, que me persuadí habia sido llamado para consultar sobre la enfermedad que teniamos entre manos. Saludóme con mucha gravedad, y despues de haberme mirado atentamente: señor Doctor, me dixo, yo conozco á todos los Médicos de Valladolid, hermanos y compañeros mios, pero confieso que la cara de Vmd. me es absolutamente desconocida, por lo que es preciso que Vmd. haya venido á establecerse en esta Ciudad de muy poco tiempo á esta parte. Yo, señor, le respondí, soy un joven platicante, que trabajo á la sombra y baxo los auspicios del Doctor Sangredo, tan conocido en este pueblo y en toda la comarca. Doy á Vmd. el parabien, me replicó muy cortesanamente, de que haya abrazado el método de un hombre tan grande. No dudo que será

Vmd. habilísimo aunque tan mozo todavia. Dixo esto en tono tan natural, que no pude discernir si hablaba de veras, ó si se burlaba de mí. Estaba pensando en lo que le habia de replicar, quando el especiero tomó la palabra y nos dixo: señores, tengo por cierto que Vmds. saben perfectamente la medicina, y así les suplíco que si gustan, se sirvan consultar entre los dos qué es lo que debo yo hacer para lograr el consuelo de ver á mi hijo sano.

Oyendo esto el Doctorcillo enano comenzó á observar al enfermo, y habiéndome hecho notar todos los síntomas que descubrian la naturaleza de la enfermedad, me preguntó de qué manera pensaba yo tratarla. Mi parecer es, le respondí, que se le sangre todos los dias, y que se le dé á beber agua caliente en abundancia. Al oir esto el Médico pulga me preguntó con cierto ayrecillo maligno y socarron: ¿y cree Vmd. que con esos excelentes remedios se salvará la vida del enfermo? Y como que lo creo, respondí con resolucion y firmeza: sin duda se conseguirá ese efecto, pues son los dos especificos mas universales y mas seguros contra todo género de enfermedades; y sino que lo diga el Doctor Sangredo. Segun eso, replicó el Doctor Cuchilla, se engañó mucho Celso, y escribió un disparate muy gordo quando firmó de su mano que para facilitar la curacion de un hidrópico será muy conveniente dexarle padecer mucha hambre y mucha sed.

Oh!

Oh! le respondí: yo no tengo á Celso por mi oráculo. Engañóse, como se engañaron otros, y algunas veces tengo gran gusto en ir abiertamente contra sus opiniones. Conozco en el discurso de Vmd., repuso Cuchilla, la práctica segura y llena de satisfaccion que el Doctor Sangredo pretende inspirar á todos los jóvenes profesores. La sangria y la bebida es su medicina universal; por lo que no me admiro ya de que tantos hombres de bien perezcan entre sus manos... Dexémonos de invectivas, le interrumpí yo algo secamente. Cae mal en un hombre de la profesion de Vmd. tocar esa tecla. Sin sacar sangre, y sin dexarlos beber, se han embiado muchos hombres á la sepultura, y quizá Vmd. habrá despachado á ella mas que otros. Si Vmd. tiene algo contra el señor Sangredo, escriba contra él, que el señor Sangredo responderá, y entónces veremos por qual de los dos están los silvos. Por Santiago, prorumpió lleno ya de cólera el Doctorcillo mostaza, que Vmd. no conoce al Doctor Cuchilla. Sepa, pues, amigo mio, que tengo garras y pico, y que de ningun modo me pone miedo Sangredo, el qual, mal que le pese á su vanidad y presuncion, en suma no es mas que un original sin copia. La figura del Mediquillo pimienta me hizo despreciar su cólera. Respondíle con desprecio: correspondiome con el mismo; y dentro de poco vinimos á las manos. Dimonos algunos cachetes, y nos arranca-

camos uno á otro un puñado de cabellos ántes que el especiero y su parienta nos pudiesen separar. Luego que lo hubieron conseguido pagáronme mi visita, y detuvieron á mi antagonista, que verisimilmente les pareció mas hábil y mas inteligente que yo.

Pasada esta aventura faltó poco para que me sucediese otra. Fuí á visitar á cierto sochantre, hombre corpulento y de un grueso vozarron, que estaba con calentura. Apénas me oyó hablar de agua caliente quando se mostró tan contrario á este remedio, que comenzó á jurar. Díxome un millon de injurias, y aun me amenazó que me echaria por una ventana. Salí de aquella casa mas apriesa de lo que habia entrado. No quise visitar mas enfermos aquel dia, y me fuí derecho á la taberna de lo caro, donde la víspera habiamos quedado apalabrados Fabricio y yo. Como ambos teniamos buenas ganas de beber, bebimos largamente, y despues nos retiramos cada uno á su respectiva casa, entrambos en buen estado, quiero decir entre dos vinos. No conoció el Doctor Sangredo el achaque de que yo adolecia: porque le conté con tanta viveza lo que me habia sucedido con el otro Doctorcillo, que atribuyó mis descompasadas acciones y mis palabras mal articuladas á la mocion y cólera que me habia causado el lance que le referia. Fuera de eso, como él era interesado en el hecho, se alteró un poco con el Doctor Cuchi-

lla;

lla; y así me dixo: hiciste muy bien, Gil Blas, en volver por el honor de nuestros remedios contra aquel aborto, ó por mejor decir, embrion de nuestra facultad. Pues qué ¿pretende el grandísimo ignorante que no se deben permitir á los hidrópicos las bebidas aquosas? ¡Pobre mentecato? Pues yo sustentaré delante de todo el mundo que con el agua se puede curar todo género de hidropesías, y que es un específico igualmente adaptado para estas, como para los rehumatismos y la opilacion. Es tambien muy oportuna para aquel género de calenturas que por una parte abrasan al enfermo y por otra le hielan, y es maravilloso remedio para todas aquellas enfermedades que se atribuyen á humores frios, serosos, flegmáticos y pituitosos. Esta opinion solo parece extraña á los Mediquillos desbarbados, principiantes; incapaces de pensar y de hablar como filósofos; pero es muy probable en buena medicina; y si ellos fueran capaces de penetrar la razon en que se funda, en vez de desacreditarme se harian todos discípulos mios, ó á lo ménos mis mas zelosos partidarios.

Tanta era su cólera, que ni aun le pasó siquiera por el pensamiento que yo hubiese bebido; pues por irritarle mas adredemente habia yo añadido algunas circunstancias de mi pegujal ó de mi fecunda inventiva. Con todo eso, aunque estaba tan ocupado en lo que le acababa de contar, no dexó de advertir que

aque-

aquella noche habia bebido mas agua de la que acostumbraba, porque con efecto el vino me habia alterado un poco. Qualquiera otro que no fuese el Doctor Sangredo habria maliciado un poco de la grande sed que me aquejaba y de los sendos vasos de agua que bebia; pero él creyó buenamente que yo iba entrando en devocion con las bebidas aquosas: y así me dixo sonriéndose: amigo Gil, á lo que veo, ya parece que no tienes tanta enemistad con el agua. Por vida mia que la bebes como pudieras el mas delicioso néctar. No me admiro de eso, porque ya sabia yo que con el tiempo te acostumbrarías á este soberano licor. Señor, le respondí, dice bien aquel refran: *cada cosa á su tiempo, y los nabos en adviento.* Lo que es ahora, crea su merced que daria yo una cuba entera de vino por un solo azumbre de agua. Quedó tan encantado el Doctor con esta respuesta, que tomó de ella ocasion para ponderar las excelencias de aquella bebida. Hizo nuevamente su panegírico, no ya como panegirista frio, sino como un orador entusiasmado. Mil, y aun mil millones de veces (exclamó) eran mas estimables y mas inocentes que las tabernas de nuestros tiempos los termópolis de los siglos pasados, donde no se iba á prostituir vergonzosamente la hacienda y la vida anegándose en el vino, sino que concurrian á divertirse honestamente, y á beber agua caliente en abundancia. Nunca se admirará bastantemente la sa-

bia

bia providencia de los antiguos gobernadores de la vida civil, que instituyeron lugares públicos donde cada uno pudiese libremente recurrir á beber agua á su satisfaccion, haciendo encerrar el vino en las bodegas de los boticarios, con severa prohibicion de que ninguno le pudiese beber sino por receta de Médico. ¡O qué rasgo de prudencia! sin duda (añadió) que por una reliquia de la antigua frugalidad, digna del siglo de oro, se conservan aun el dia de hoy algunas pocas personas que, como tú y como yo, solamente beben agua, persuadidas á que se preservarán ó curarán todos los males bebiendo agua caliente, que no haya hervido, porque tengo observado que la hervida es mas pesada, y no la abraza tan bien el estómago como la que sin hervir se queda solo caliente.

Mas de una vez temí reventar de risa miéntras mi amo discurria en el asunto con tanta eloqüencia. Con todo eso me mantuve serio, y aun hice mas. Mostré ser del mismo sentir que el Doctor Sangredo; abominé el uso del vino, y me compadecí de los hombres que tenian la desgracia de pagarse de una bebida tan perniciosa. Despues de esto, como todavia me sentia con sobrada sed, llené de agua caliente una gran taza, y de una asentada me la eché toda al cuerpo. Vamos, señor (dixe á mi amo) hartémonos de este benéfico licor, y resucitemos en esta casa aquellos antiguos termó-

mópolis, de cuya falta tanto se lamenta Vmd. Celebró mucho estas palabras, y por mas de una hora entera me estuvo exhortando á que bebiese siempre agua. Prometíle que la beberia toda la vida; y para cumplir mejor mi palabra me acosté con firme propósito de ir todos los dias á la taberna.

El lance pasado que habia tenido en casa del especiero no me quitó el gusto de ir á recetar el dia siguiente sangrias y agua caliente. Al salir de casa de un poeta, que padecia una especie de frenesí, me encontré con una vieja, la qual se llegó á mí y me preguntó si era Médico. Respondíla que sí, y ella me suplicó con mucha humildad que me sirviese acompañarla á su casa, donde estaba indispuesta una nieta suya, que se sentia mal desde el dia anterior, ignorando qual fuese su enfermedad. Seguíla, y guiándome á su casa me hizo entrar en un quarto adornado con muebles muy decentes, donde vi á una muger en la cama. Acerquéme á ella para observarla. Desde luego me dió golpe su traza, y despues de haberla mirado con alguna mayor atencion por algunos momentos, reconocí, sin quedarme género de duda, que era aquella misma aventurera que habia hecho tan perfectamente el papel de Camila. Por lo que toca á ella me pareció que no me habia conocido, ya fuese por el abatimiento de su mal, ó ya por el trage de Médico en que me veia. Pedíla el brazo para to-

tomar el pulso, y ví que tenia en un dedo una sortija. Sentí una terrible comocion quando reconoci una alhaja á la qual tenia yo tanto derecho, y estuve fuertemente tentado á quitársela por fuerza; pero sabiendo que las mugeres luego comienzan á gritar, y temiendo que acudiese á su defensa el dichoso Don Rafael ó algun otro de tantos protectores como tiene siempre el bello sexô para acudir à sus gritos, resistí á la tentacion. Parecióme que era mejor disimular por entónces, hasta consultar el caso con Fabricio. Abracé, pues, este último partido. Miéntras tanto la vieja me apuraba para que declarase el mal de que adolecia su pretendida ó su verdadera nieta. No fuí tan mentecato que quisiese confesar que no le conocia. Antes bien, haciendo del hombre sabio, dixe con mucha gravedad que todo pendia de falta de transpiracion, y por consiguiente era menester sangrarla quanto ántes, y humedecerle bien, haciéndola beber agua caliente en cantidad, para curarla segun las reglas.

Abrevié la visita quanto pude, y fuíme derecho á buscar al hijo de Nuñez, á quien tardé poco en encontrar, porque iba á cierta diligencia de su amo. Contéle mi nueva aventura, y le pregunté si le parecia conveniente que me valiese de algunos alguaciles para recobrar mi alhaja prendiendo á Camila. No por cierto, me respondió: no pienses en tal disparate: ese seria el medio mas seguro para que nunca vie-

ses en tu mano la sortija. Esta gente no es muy inclinada á hacer restituciones. Acuérdate de lo que te sucedió en Astorga. Tu caballo, tu dinero, y hasta tu propio vestido, todo quedó en sus uñas. Es necesario, pues, apelar à nuestra industria si quieres volver á juntarte con tu desgraciado diamante. Déxamelo pensar á mí mientras voy á dar un recado de mi amo al Proveedor del Hospital; tú espérame en la taberna de que somos parroquianos, y tén un poco de paciencia, que presto nos veremos.

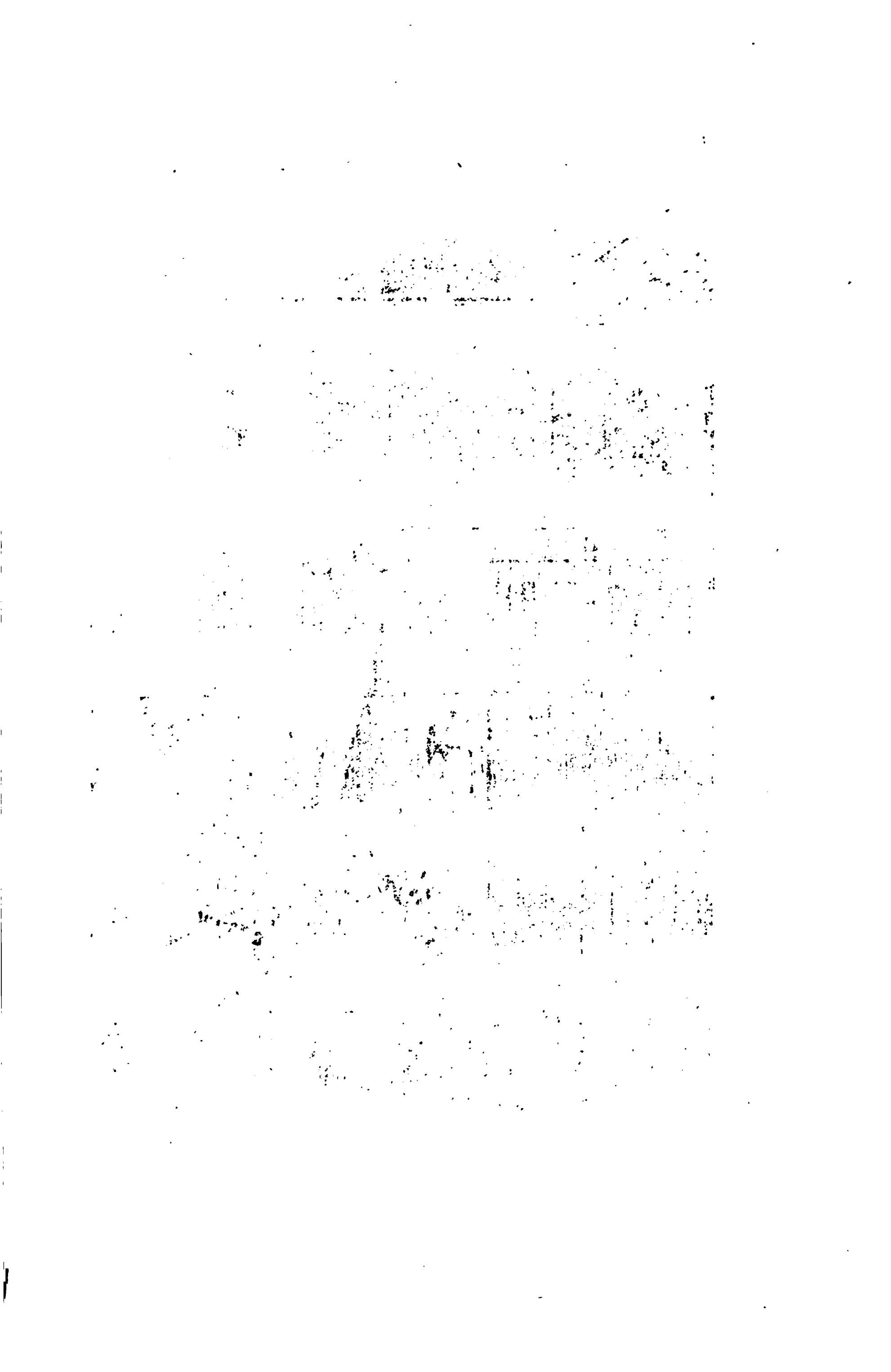
Habia mas de tres horas que le estaba esperando quando al cabo pareció. Al principio no le conocí. Habia mudado de trage: traía el pelo tendido, que le cubria parte de la cara, y unos mostachos postizos, que le tapaban lo demas de ella: del cinto le colgaba una espada larga, cuya empuñadura tenia, por lo ménos, tres pies de circunferencia; y venia al frente de cinco hombres, todos con las cabezas erguidas, y con semblantes determinados, ni mas ni ménos como él, y todos con sus bigotes retorcidos, apuntalados con sendas perillazas. Servitor, señor Gil Blas, me dixo acercándose á mí con resolucion y despejo. Aquí tiene Vmd. un alguacil de nuevo cuño, y en esta brava gente que me acompaña unos corchetes del mismo temple. Solo queda á cargo de Vmd. el guiarnos á casa de la muger que le robó el diamante, y yo le empeño mi palabra que le recobrará. Abracé á Fabricio luego que le oi

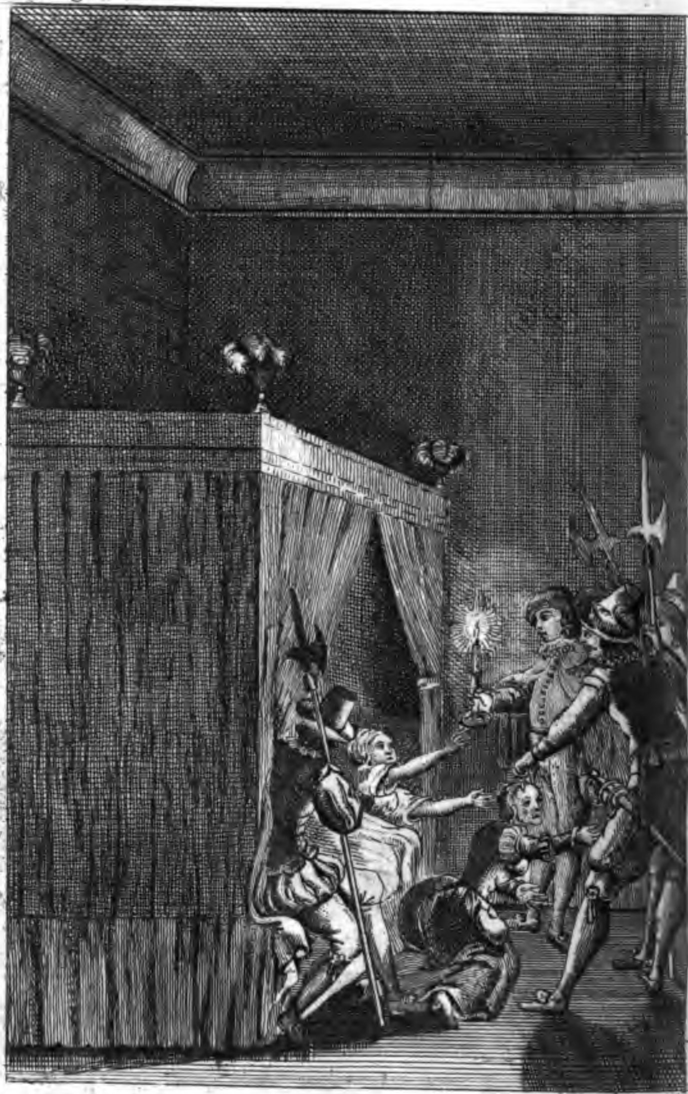
es-

este discurso, conociéndo por él el extratagema que habia discurrido por favorecerme, aprobando mucho el arbitrio que habia imaginado. Saludé tambien á los fingidos ministriles, los quales eran tres criados y dos aprendices de barberos, todos amigos suyos, á quienes habia persuadido que hiciesen aquel papel. Mandé que traxesen vino para que refrescase la ronda, y á la entrada de la noche nos enderezamos todos á la casa de Camila. Llamamos á la puerta, que ya encontramos cerrada. Vino á abrirla la vieja, y creyendo que eran ministros de justicia los que venian conmigo, y que no iban á su casa sin algun mal fin, se llenó la pobre de terror. No se turbe, madre, la dixo Fabricio con cierta maligna dulzura, que no venimos por mal, sino por un negocio de poca consideracion que presto se acabará. Diciendo esto nos fuimos introduciendo hasta el quarto de la enferma, guiándonos la vieja, que iba delante alumbrando con una vela en un candelero de plata. Tomé yo el candelero, y acercándome á la cama, aplicando la luz á mi cara para que me viese mejor: infame (la dixe) ¿conoces ahora aquel crédulo Gil Blas, á quien tan villanamente engañaste? En fin ya te he encontrado, malvada. El Corregidor dió oidos á mi querella, y orden á estos señores para arrestarte y encerrarte en un calabozo. Ea, pues, señor alguacil, dixe á Fabricio, cumpla lo que le han mandado, y haga lo que le toca. No ne-

necesito, respondió con voz ronca y desabrida, que ninguno me acuerde mi obligacion. Ya tengo noticia de esta buena alhaja, pues tiempo há que está escrita y registrada en mi libro de memoria. Levántese, reyna mia, y vístase prontamente, que yo tendré el honor de irla sirviendo de escudero; si lo lleva á bien, hasta la cárcel pública de esta Ciudad.

Al oir esto Camila, aunque parecia tan postrada, advirtiendo que dos ministriles se disponian á sacarla por fuerza de la cama, se sentó en ella, y con las manos juntas, en tono de suplicante, mirándome con ojos en que se veia pintada la desolacion y el terror; señor Gil Blas, me dixo, tenga Vmd. misericordia de mí: esto le pido por aquella su casta madre que le dió á luz despues de haberle tenido nueve meses en sus maternales entrañas. Aunque confieso mi culpa todavia fuí mas desgraciada que delinqüente. Voy á restituirle su diamante, y por amor de Dios no me quiera perder. Diciendo esto sacó del dedo la sortija y me la puso en la mano. Pero yo la respondí que no me contentaba con solo el diamante, sino que tambien queria se me restituyesen los mil ducados que me habia robado en la posada. Señor, replicó ella, los mil ducados no me los pida Vmd. á mí; pídaselos al traydor Don Rafael, á quien no he visto desde entónces acá, que aquella misma noche se los llevó. ¡Ah bribona! interrumpió Fabricio, ¿pues qué?





qué? ¿no hay mas que decir que no tuviste arte ni parte en ello, para dárte por legítimamente disculpada? Basta que hayas sido cómplice del Don Rafael para que se te pida estrecha cuenta de toda tu vida. Sin duda que tendrás archivadas en tu conciencia bellas cosas. Ven, ven á la cárcel, donde harás una buena confesion general. Tambien quiero llevar en tu compañia á esta buena vieja, que juzgo impuesta en una infinidad de lances curiosos que el señor Corregidor no sentirá saber.

Al oir esto las dos mugeres no omitieron medio alguno para movernos á piedad. Alborotaron la casa á gritos, llantos y lamentos. Miéntras la vieja puesta de hinojos ya delante del alguacil, ya delante de los ministriles, procuraba excitar su compasion, Camila del modo mas tierno y patético del mundo me suplicaba y conjuraba la librase de manos de la Justicia. Fingí que me ablandaba, y dixe al hijo de Nuñez: señor alguacil, puesto que ya he recobrado mi diamante se me da poco por lo demas. No deseo que se hagan mas vexaciones, ni sea mas afligida esta pobre muger, porque no quiero la muerte del pecador. ¡Bueno por Dios! (me respondió) Vmd. es muy flojo de muelles, y no valia un cuerno para alguacil. Yo no puedo ménos de cumplir con mi obligacion, y el señor Corregidor expresamente me mandó que prendiese á estas damas, porque quiere su Señoria hacer con ellas

un

un exemplar que sirva de escarmiento. De gracia, le repliqué, sírvase Vmd. hacer por mí alguna cosa, y aflojar un tantico el rigor de la orden, en favor del regalo que estas damas le quieren hacer en corta demostracion de su reconocimiento. Oh, señor Doctor, repuso Fabricio, eso es otro cantar. No puedo resistir á esa figura retórica usada tan á tiempo. Ea, pues, veamos lo que me quiere regalar. Daréle á Vmd., dixo Camila, un collar de perlas y unos pendientes de piedras que valen buen dinero. Sí, respondió Fabricio taimadamente, con tal que no sean de las que te envió tu tio el Gobernador de Filipinas, porque esas no las quiero. Respondo que son finas, dixo Camila; y al mismo tiempo mandó á la vieja traxese una caxita donde estaban el collar y los pendientes, que ella misma puso en manos del señor alguacil. Y aunque este era tan diestro lapidario como yo, no dexó de conocer, sin quedarle alguna duda, que eran finas así las piedras de los pendientes, como las perlas del collar. Estas alhajas (dixo despues de haberlas atentamente considerado) me parecen de buena ley: si se añade á ellas el candelero que el señor Gil Blas tiene en la mano ni yo mismo me atreveré á salir por fiador de mi obediencia al señor Corregidor. No creo, dixe entónces á Camila, que por tal friolera querrá Vmd. romper una composicion que la tiene tanta cuenta. Diciendo y haciendo quité la vela del candelero,

en-

entregué aquella á la vieja, y alargué este á Fabricio, que contentándose con esto, quizá porque no vió en la sala ninguna otra cosa de precio que se pudiese llevar facilmente, dixo á las dos mugeres: á Dios, reynas mias, y estad sin cuidado, que voy á hablar al señor Corregidor, y á dexaros con él mas puras y mas blancas que la misma nieve. Nosotros le sabemos pintar las cosas como queremos, y nunca le hacemos relacion que no sea verdadera, sino quando tenemos algun poderoso motivo que nos obligue á desfigurar un poco la verdad.

CAPITULO V.

Prosigue la aventura de la sortija; abandona Gil Blas la medicina, y sale de Valladolid.

Executado tan felizmente el admirable proyecto de Fabricio salimos de la casa de Camila alabándonos de un suceso que habia sido muy superior á nuestras mismas esperanzas, porque solo habiamos ido á recobrar una sortija, y nos llevamos lo demas sin ceremonia ni el menor remordimiento. Léjos de hacer escrúpulo de haber robado á dos mugeres del partido creiamos haber hecho un acto meritorio. Señores, dixo Fabricio luego que estuvimos en la calle, soy de parecer que para coronar esta bella hazaña nos vayamos á nuestra taberna de lo caro, donde pasaremos alegremente la noche.

che. Mañana venderemos el collar, los pendientes y el candelero; haremos nuestras cuentas, y repartiremos el dinero como hermanos. Hecho esto cada uno se irá á su casa y discurrirá lo que mejor le pareciere para excusarse de haber pasado la noche fuera de ella. Pareciónos muy prudente y muy juicioso el pensamiento del señor alguacil. Volvimos, pues, todos á nuestra taberna, pareciéndoles á unos que facilmente encontrarian algun buen pretexto para disculpar el haber dormido fuera, y no dándoseles á otros un pito de que los despidiesen sus amos.

Dióse orden de que se nos dispusiese una buena cena, y nos sentamos á la mesa con tanto apetito como alegria. Durante la cena se excitaron especies graciosisimas. Sobre todo Fabricio, que era fecundísimo, y hombre de gran talento para tener siempre viva la conversacion y divertir á toda la compañia. Escapáronsele mis preciosidades llenas de sal española, que nada debe á la sal ática. Pero estando en lo mejor de la diversion y de la risa turbó nuestra alegria un suceso inesperado y sumamente desagradable. Entró en el quarto donde estábamos un hombre de muy buena traza, á quien acompañaban otros dos de muy mala catadura. Tras estos entraron otros tres; y en fin de tres en tres fueron entrando hasta doce, todos con espadas, carabinas y bayonetas caladas. Conocimos que todos eran ministros ver-

da-

daderes de justicia, y facilmente penetramos su intencion. Al principio pensamos en defendernos, pero en un instante nos rodearon y nos contuvieron, así por su mayor número como por el respeto que tuvimos á las armas de fuego. » Señores, nos dixo el comandante con cierto ayrecillo burlon, tengo noticia de la delicada y graciosa invencion con que Vmds. han retirado de las manos de cierta aventurera no sé qué preciosa sortija. El extratagema fue ingenioso y excelente, tanto que merece ser públicamente premiado: recompensa que no se les puede á Vmds. negar. La justicia, que tiene destinado á Vmds. digno alojamiento en su misma casa, no dexará ciertamente de premiar un esfuerzo tan raro de ingenio.» Quedaron desconcertadas todas las personas á quienes se dirigió aquel discurso. Mudámos todos de tono y de semblante, llegandonos la vez de experimentar el mismo terror que habiamos inspirado en casa de Camila. Sin embargo Fabricio, aunque pálido y casi enteramente perdido, intentó justificarnos. Señor, dixo todo trémulo, nuestra intencion fue sin duda buena, y en gracia de ella se nos puede perdonar aquella inocente supercheria. ¿Qué diablos? replicó el comandante con viveza, ¿á esa llamas tú supercheria inocente? ¿Ignoras por ventura que huele á cáñamo, ó quando ménos á baqueta, esa inocentísima supercheria? Fuera de que á ninguno le es lícito hacerse justicia á sí mismo por sus propias manos, os

llevasteis, ademas de la sortija, un collar de perlas, un candelero de plata, y unos pendientes de diamantes. Lo peor de todo es, que para hacer este robo os fingisteis ministros de justicia. ¡Unos hombres miserables suponerse gente honrada para hacer tal villania y cometer tal maldad! ¿Os parece esta una venialidad que se lava con agua bendita? Muy dichosos sereis si solo se echa mano de la penca para borrarla y castigarla. Quando acabamos de comprender que la cosa era mas seria de lo que nosotros nos habiamos imaginado, nos arrojamos todos á sus pies, y le suplicamos con lágrimas que se apiadase de nosotros y de nuestra inconsiderada juventud; pero fueron inútiles todos nuestros clamores. Despreció con indignacion la proposicion que le hicimos de abandonarle el collar, los pendientes y el candelero. Ni tampoco quiso admitir la sortija que verdaderamente era mia, quizá porque se la ofrecia á presencia de tantos testigos. En fin estuvo inexôrable. Hizo desarmar á mis compañeros, y nos llevó á todos á la cárcel. En el camino me contó uno de los alguaciles como la vieja que vivia con Camila, sospechando que no eramos gente de justicia, nos habia seguido á lo léjos hasta la taberna, y que teniendo modo de ocultarse y confirmar sus sospechas, dió prontamente parte de todo á una ronda.

En la cárcel nos registraron á todos has-

ta la camisa. Quitaronnos el collar, los pendientes y el candelero, como tambien á mí aquella sortija con rubies de las Filipinas, que por desgracia habia metido en un bolsillo: ni aun si quiera me dexaron los pocos reales que aquel dia me habian valido mis recetas. Por donde conocí que los ministriles de Valladolid sabian tan bien su oficio como los de Astorga, y que toda aquella gentecilla vestia el mismo uniforme y tenian unas mismísimas modales. Miéntras nos despojaban de dichas alhajas y de lo demas que encontraron, el oficial que mandaba la ronda, y se hallaba presente, referia nuestra aventura á los executores del expolio. Pareciósles el negocio de tanta gravedad, que algunos nos pronosticaban la horca sin remedio. Otros ménos severos decian que la cosa se podia componer con doscientos azotes y algunos años de servicio en galeras. Miéntras resolvia sobre esto el Corregidor nos encerraron en un obscuro calabozo, donde dormimos sobre paja extendida ni mas ni ménos como se extiende para que duerman los caballos. Hubiera quizá durado esto largo tiempo y no salir de allí sino para ir á galeras, si al dia siguiente no hubiera oido el señor Manuel Ordoñez lo que habia sucedido, y desde luego resolvió hacer todo lo posible por sacar á Fabricio de la cárcel, lo que no podia ser sin que á todos nos diesen libertad. Era un hombre muy bien quisto en todo Valladolid. Hizo tantos empeños y re-

removió tanto, que al cabo de tres dias nos vimos todos libres. Pero no salimos de prision como habiamos entrado. El collar, los pendientes, el candelero, y hasta mi pobre rubí, todo se quedó allá. Esto me traxo á la memoria aquello de Virgilio: *Sic vos, non vobis &c.*

Luego que nos vimos fuera de la cárcel, nos fuimos todos á buscar nuestros respectivos amos. Recibióme muy bien el Doctor Sangredo: mi pobre Gil Blas, me dixo, no supe tu desgracia hasta esta mañana, y estaba pensando en empeñarme fuertemente por tí. Es menester, amigo, no desconsolarte ni acobardarte por este accidente; ántes bien ahora mas que nunca te has de aplicar á la medicina. Respondíle que ese era mi ánimo, y con efecto me apliqué enteramente á ella. Léjos de faltarme en qué trabajar, nunca hubo mas enfermos, como me lo habia pronosticado mi amo. Introduxéronse fiebres epidémicas en la Ciudad y arrabales. Teniamos que visitar cada uno todos los dias ocho ó diez enfermos, por lo que se dexa conocer la mucha agua que se beberia, y la gran cantidad de sangre que se derramaria. Mas yo no sé como era esto: todos se nos morian, ó porque nosotros los curábamos mal (lo qual claro está que no podia ser) ó porque eran incurables las enfermedades. A raro enfermo haciamos tercera visita, porque á la segunda nos venian á decir que ya le habian enterrado, ó á lo ménos que estaba agonizando. Como toda-

via

via era yo un Médico novicio, poco acostumbrado á los homicidios, me afligia mucho de los sucesos funestos que me podian imputar. Señor (dixe un dia al Doctor Sangredo): yo protesto al cielo y á la tierra, que sigo exâctamente el método de Vmd., con todo eso mis enfermos se van al otro mundo. Parece que ellos mismos adredemente se quieren morir, no mas que por tener el gusto de desacreditar nuestra medicina. Hoy mismo encontré dos que llevaban á enterrar. Hijo me respondió, poco mas poco ménos lo propio me sucede á mí. Pocas veces logro la satisfaccion de que sanen los enfermos que caen en mis manos: y si no estuviera tan seguro de los principios que sigo, creeria que mis remedios eran enteramente contrarios á las enfermedades que trato. Señor, le repliqué, si Vmd. quisiera creerme seria yo de sentir que mudásemos de método. Probémos por curiosidad á usar en nuestras recetas de preparaciones chîmicas. Lo peor que nos podrá suceder será lo mismo que experimentamos con nuestra agua y con nuestras sangrias. De buena gana, me respondió, haria yo esa prueba si no fuera por un inconveniente. Acabo de publicar un libro en que exâlto hasta los cielos el freqüente uso de la sangria y del agua; ¿y ahora quieres tú que yo mismo desacredite mi obra? ¡Oh! repuse yo, siendo así no es razon dar ese triunfo á sus enemigos. Dirian que Vmd. se habia desengañado, y le quitarian el crédito.

Pe-

Perezca ántes el pueblo, nobleza y clero, y vamos nosotros adelante con nuestra tema. Al cabo nuestros compañeros, á pesar de lo mal que estan cón la lanceta, no veo que hagan mas milagros que nosotros, y creo que valen tanto sus drogas como nuestros específicos.

Fuimos, pues, continuando con nuestro método favorito, y en pocas semanas hicimos mas viudas y mas huérfanos que vió el famoso sitio de Troya. Parecia que habia entrado la peste en Valladolid: tantos eran los entierros que habia. Todos los dias se dexaba ver en nuestra casa un padre que nos pedia un hijo, á quien habiamos echado en la sepultura, ó un tio que se quejaba de que habiamos muerto á su sobrino. Pero nunca veiamos á un sobrino ó á un hijo que viniese á darnos las gracias porque con nuestros remedios hubiésemos dado la salud á su padre ó á su tio. Por lo que toca á los maridos tambien eran discretos: ninguno vino á lamentarse de nosotros porque hubiese perdido á su muger. Con todo eso algunas personas verdaderamente afligidas venian tal vez á desahogar con nosotros su dolor. Tratábannos de ignorantes, de asesinos, de verdugos, sin perdonar á los términos y voces mas descompuestas, mas rústicas y mas ignominiosas. Irritábanme sus epitetos groseros; pero mi maestro, que estaba muy hecho á ellos, los oia con la mayor tranquilidad y con una sangre muy fresca. Acaso tambien yo me hubiera acostumbrado con el tiempo á las injurias, si el cie-

cielo, quizá por librar de ese azote mas á los enfermos de Valladolid, no hubiera suscitado un accidente que apagó en mí el gusto á la medicina, que exercitaba con tan infeliz suceso.

Habia cerca de nuestra casa un juego de pelota, donde concurria diariamente toda la gente ociosa del pueblo, entre ella uno de aquellos valentones y perdona-vidas de profesion, que se erigen en maestros y deciden definitivamente todas las dudas que ocurren en semejantes ocasiones. Era vizcaíno, y se hacia llamar Don Rodrigo de Mondragon. Parecia como de treinta años, hombre de estatura ordinaria, seco, pero muy fornido de miembros. Sus ojos pequeños y centelleantes, que parecian girarle por la cabeza, y amenazar á todos los que le miraban; nariz chata y espatarrada, como derramada sobre una cara de figura piramidal, y unos bigotes retorcidos, que en forma de media luna subian hasta las sienes. Su voz era tan áspera y tan bronca, que bastaba oirla para cobrar terror. Este rompe-palas se levantó con el mando del juego de la pelota. Resolvia soberana y definitivamente todas las disputas que se suscitaban entre los jugadores. No admitia mas apelacion de sus sentencias que la espada ó la pistola: el que no se conformaba con ellas tenia seguro al dia siguiente un desafio. Tal qual le acabo de pintar, ni mas ni ménos era el señor Don Rodrigo, sin que el *Don*, que siempre iba delante de su nombre, le dispensase

de

de ser un hombre plebeyo. Este tal hizo una grande impresion en el corazon de una muger que era la dueña del juego. Tenia esta quarenta años, era rica, agradable, y habia quince meses que estaba viuda. No sé qué diablos la pudo enamorar de aquel hombre. Seguramente que no se enamoró de él por su hermosura. Seria sin duda por aquel *no sé qué* de que todos hablan y ninguno sabe explicar. Sea lo que fuere, el hecho es que ella se enamoró de aquella rara figura, y determinó darle su mano. Quando estaba ya para concluirse el tratado cayó gravemente enferma, y por su desgracia me tocó á mí el ser su Médico. Aunque su enfermedad no hubiera sido de suyo tan maligna, bastarian mis remedios para hacerla peligrosa. Al cabo de quatro dias llené de luto el juego de pelota, porque envié la pelotera donde enviaba á mis enfermos, y sus parientes se apoderaron de quanto dexó. Don Rodrigo con la desesperacion de haber perdido á su dama, ó por mejor decir, la esperanza de un matrimonio tan ventajoso, no contento con vomitar fuego y llamas contra mí, juró que me pasaria de parte á parte la espada la primera vez que me viese. Dióme noticia de este juramento un vecino mio caritativo, y me aconsejó que no saliese de casa por no encontrarme con aquel diablo de hombre. Este aviso, que me pareció no debia despreciar, me llenó de miedo y turbacion. Continuamente me imaginaba que veia en-

entrar en casa al furioso vizcaíno; y este pensamiento no me dexaba reposar. Obligóme en fin á abandonar la medicina y á buscar modo de librarme de semejante sobresalto. Volví á tomar mi vestido bordado; despedíme de mi amo, que por mas que hizo no me pudo contener, y al amanecer del dia siguiente salí de la Ciudad, temiendo siempre de encontrar á Don Rodrigo de Mondragon en el camino.

CAPITULO VI.

A dónde se encaminó Gil Blas quando salió de Valladolid, y qué especie de hombre se incorporó con él.

Caminaba muy aprisa, y de quando en quando volvia á mirar atras para ver si me seguia el formidable vizcaíno. Teníale tan presente en mi imaginacion, que cada bulto y cada árbol me parecia que era él. Cada instante me estaba dando saltos el corazon. Pero despues que anduve una buena legua me sosegué, y proseguí mi viage con mayor quietud, dirigiéndome á Madrid, donde habia hecho ánimo de ir. Dexé á Valladolid sin dolor. Solo tenia el de haberme separado de Fabricio, mi amado Pílades, sin haber podido despedirme de él. No me pesaba el haber abandonado la medicina: ántes bien pedia perdon á Dios de haberla exercitado. No por eso dexé de contar el di-

nero que llevaba aunque era el salario de mis homicidios y de mis asesinatos: semejante á las mugeres públicas, que despues de arrepentidas de su libertinage, no por eso dexan de contar con gusto el dinero que les ha valido. Halléme con unos cinco ducados, lo que me pareció bastante para llegar á Madrid, donde creia hacer fortuna. Fuera de eso tenia gran gana de ver aquella Corte, que me habian pintado como un compendio de todas las maravillas del mundo.

Miéntras iba pensando en lo que habia oido decir de ella, y complaciéndome anticipadamente en las diversiones y gustos que me imaginaba habia de gozar, oí la voz de un hombre, que venia cantando tras de mí á gaznate tendido. Traia acuéstas una maleta, en la mano una guitarra, y al lado una larguísima espada. Caminaba con tanto brio, que muy presto me alcanzó. Era uno de aquellos dos aprendices de barbero que habian estado presos en la cárcel conmigo por la aventura de la sortija. Desde luego nos conocimos los dos, aunque uno y otro estábamos en tan diferente trage, y quedamos igualmente admirados de vernos juntos en aquel parage. Si yo me mostré alegre por ir en su compañia durante el viage, él no manifestó menos alborozo por haberme encontrado. Contéle brevemente la causa por qué dexaba á Valladolid; y él me correspondió diciéndome que habia tenido una pilotera con su maestro,

de

de cuya resulta uno y otro se habian despedido para siempre. Si hubiera querido mantenerme aun en Valladolid (añadió él) hubiera encontrado diez tiendas por una ; porque, sin vanidad, me atreveré á decir que acaso no se encontrará en toda España quien sepa rasurar mejor á pelo y contrapelo, ni levantar mejor unos bigotes. Pero no pude resistir á la vehemente gana de volver á ver mi patria, de donde há diez años que falto. Quiero respirar algun tiempo el ayre nativo, y saber en qué estado se hallan mis parientes. Pasado mañana espero verme entre ellos, porque residen en Olmedo, Villa muy conocida, mas acá de Segovia.

Resolví ir en compañía del barbero hasta su lugar, y desde allí pasar á Segovia, con esperanza de encontrar alguna mayor comodidad para llegar á Madrid. Comenzámos á hablar de cosas indiferentes para divertir la molestia del camino. Era el mozuelo de buen humor y de muy grata conversacion. Al cabo de una hora me preguntó si me sentia con apetito. En llegando al meson lo veremos, le respondí yo. ¿Pero no se puede tomar ántes alguna parva ? me replicó él. Yo traigo en las alforjas alguna cosa para almorzar. Quando camino tengo siempre cuidado de llevar para la bucólica. No gusto de cargar con vestidos, ropa blanca, ni otros trapos inútiles : en mis alforjas solo meto municiones de boca, mis navajas, y un poco de xabon, con la vacía á la cin-

cinta. Alabé su providencia, y convine en que tomásemos el refrigerio que me proponia. Tenia hambre, y consentí en un grande almuerzo á vista de lo que me acababa de decir. Desviámonos un poco del camino para sentarnos en un prado. Allí sacó su provision el barberillo, y toda consistia en media docena de nueces, algunos mendrugos de pan, y unos bocados de queso; pero lo que presentó, como lo mejor y mas precioso de las alforjas, fue una botita llena de un vino que aseguró ser muy delicado y generoso. Aunque los manjares no eran los mas exquisitos ni los mas apetitosos, todavia, como teniamos hambre uno y otro, nos supieron muy bien, y no los desairamos. Vaciamos tambien toda la bota, que hacia dos azumbres, de un vino que, á mi parecer, no merecia que el barberillo lo hubiese alabado tanto. Concluida nuestra frugal refeccion nos volvimos á poner en camino y á continuar nuestro viage con mas vigor y con mayor alegría. El barberillo, á quien Fabricio habia dicho que mi vida estaba llena de Aventuras muy singulares, me suplicó que se las contase, para poder decir que las habia oido de mi propia boca. Parecióme que nada podia negar á un hombre que acababa de regalarme con tan espléndido almuerzo. Díle el gusto que deseaba, y en correspondencia le dixe que era menester me refiriese tambien él su vida. Por lo que toca á mi historia, no merece cierto ser contada, porque toda

da ella se reduce á simples hechos. Todavia, añadió, ya que no tenemos cosa mejor en que divertirnos, se la referiré á Vmd. tal qual ella ha sido, y diciendo y haciendo comenzó á referirla poco mas ó ménos en los términos siguientes.

CAPITULO VII.

Historia del mancebillo barbero.

Fernando Perez de la Fuente, mi abuelo (porque me gusta tomar las cosas muy de atras) despues de haber exercitado el oficio de barbero en la noble Villa de Olmedo por espacio de cinqüenta años, murió, dexando quatro hijos. El primogénito, por nombre Nicolas, heredó la tienda, y siguió la misma profesion: Beltran, que fue el segundo, se aplicó á mercader, y trató en especeria. El tercero, llamado Tomás, se dedicó á maestro de escuela. El quarto, que se llamaba Pedro, sintiéndose inclinado á estudiar, vendió su herencia, y se fue á Madrid, donde esperaba darse á conocer algun dia por su erudicion y su ingenio. Los otros tres hermanos nunca se separaron. Mantuviéronse en Olmedo, y allí se casaron todos tres con hijas de labradores, que traxeron en matrimonio poca dote, pero en cambio de ella una gran fecundidad. Parece que habian apostado á qual habia de parir mas. Mi madre, que era la muger del barbero, por su

par-

parte parió seis en los cinco primeros años de casada, y yo fui uno de ellos. Mi padre, luego que tuve fuerzas, me puso á su oficio. Apénas cumplí quince años quando un dia me echó acuéstas las alforjas que veis, y ciñéndome esta misma espada á la cinta: ea, Diego (me dixo) ya puedes ganar la vida, vete á correr mundo. Estás algo basto, y te conviene viajar para limarte, como tambien para perficionarte en tu oficio. Vete, pues, y no vuelvas á Olmedo hasta haber girado toda España. No quiero oir hablar de tí hasta que hayas hecho todo esto. Dióme un paternal abrazo, tomóme por la mano, y bonitícamente me conduxo hasta ponerme de paticas en la calle.

Esta fue la tierna despedida de mi padre; pero mi madre, que era de genio mas dulce, se mostró mas sentida de mi marcha. Dexó caer de los ojos algunas lágrimas, y aun me metió en la mano un ducado ocultamente y como á escondidas del marido. Salí, pues, de Olmedo en esta conformidad, y tomé el camino de Segovia. No bien habia andado docientos pasos quando exâminé mis alforjas, picándome la curiosidad de saber lo que llevaba. Encontréme un estuche hendido y abierto por todas partes, dentro del qual habia dos navajas de afeytar, tan mohosas, gastadas y mugrientas, que parecian haber servido á diez generaciones, con una tira de cuero para suavizarlas, y con un pedacito de xabon. Ademas de eso hallé una

ca-

camisa nueva de cáñamo, un par de zapatos viejos de mi padre, y lo que sobre todo me alegró fueron unos veinte reales que encontré envueltos en un trapo. Á esto se reducia todo mi haber. Por aquí podrá Vmd. conocer lo mucho que fiaba mi padre en mi habilidad, quando me echó de su casa con tan poca provision. Sin embargo la posesion de un ducado y veinte reales mas no dexó de deslumbrar á un muchacho que en toda su vida habia visto tanto dinero junto. Consideréme con un caudal inagotable; y lleno de alegria proseguí mi camino, mirando de quando en quando el puño de mi tizona, cuya hoja se me enredaba entre las piernas, me molestaba, y me impedia el caminar.

Hácia el anochecer llegué al reducido lugar de Ataquines, con una hambre que ya no podia sufrir. Entré en el meson, y como si me sobrase mucho para el gasto, ordené con voz alta que me traxesen de cenar. El mesonero me estuvo mirando con atencion por algun tiempo, y conociendo lo que podia ser yo: sí, me dixo con mucha dulzura, sí, caballerito mio, Vmd. quedará satisfecho, y será servido como un Príncipe. Condúxome á un zaquizamí tan pequeño como obscuro, y un quarto de hora despues me sirvió un plato de machorra, que comí con tanto apetito como si fuera de cabrito ó de ternera mongana. Acompañó el excelente plato con un vino, que (segun él decia)

el

el Rey no le bebia mejor. Y aunque conocí muy bien que ya era un vino embrion de vinagre, sin embargo le hice tanto honor como habia hecho á la machorra. Despues era menester, para ser tratado en todo como un Príncipe, que me dispusiesen una cama mas propia para despertar á una piedra que para dormir. Figúrese Vmd. una tarima tan corta, que, aun siendo yo pequeño, no podia extender las piernas sin que saliese fuera la mitad. Fuera de eso el colchon de plumas se reducia á una especie de jergon ético y estrujado, sobre el qual se tendia una manta raída y dos ó tres veces doblada, con una sábana de estopa tan negra, que habría servido á cien pasageros despues de la última lavadura. Con todo eso en la cama, que fielmente acabo de dibuxar, con la barriga llena de machorra y de aquel precioso vino, que ántes describí, gracias á mis pocos años y á mi natural robustez, dormí profundamente, y pasé la noche sin la mas leve digestion.

Al dia siguiente despues de haber almorzado, y pagado bien el principesco tratamiento que me habian hecho, me puse de un solo trote en Segovia. Luego que llegué tuve la fortuna de que me recibieron en una tienda, solamente por la casa y la comida; pero no me detuve allí mas que seis meses. Otro mancebo barbero, con quien habia trabado amistad y queria ir á Madrid, me alborotó los cascos, y me enganchó para que le hiciese compañía.

Aco-

Acomodéme luego sin trabajo sobre el mismo pie que en Segovia. Entré en una tienda de las mas freqüentadas, pues su vecindad al Corral del Príncipe atraía tanta multitud de parroquianos, que el maestro, dos mancebos y yo no bastábamos á dar abasto á todos. Veíanse en esta tienda personas de todas clases y condiciones, pero, entre otras, autores y comediantes. Una vez concurrieron á un mismo tiempo dos personages de la primera clase. Comenzaron á discurrir sobre los poetas y las poesias del tiempo, nombrando á mi tio entre los primeros. Entónces me apliqué á oirlos con mayor atencion. Don Juan de Zavala, dixo uno, es un autor de quien me parece que el público no debe estar muy satisfecho. Es un hombre frio, sin fuego y sin inventiva. La última comedia suya le desacreditó furiosamente. ¿Y Luis Velez de Guevara, dixo el otro, no acaba de regalarnos con una bellísima obra? ¿Puede haber cosa mas miserable que su última comedia? Nombraron no sé á quantos otros poetas, de cuyos nombres no me acuerdo, pero me acuerdo bien que hablaron de ellos muy mal. De mi tio hicieron ámbos mas honorífica mencion. Sí, dixo uno de ellos, Don Pedro de la Fuente es un excelente autor. Sus escritos están llenos de una gracia y de una erudicion, que al mismo tiempo instruyen y deleytan por su delicada sal. No me admiro de que sea tan estimado en la Corte y entre el pueblo, ni

de que muchos señores le hayan señalado pensiones. Há muchos años que goza una gruesa renta. El Duque de Medinaceli le da casa y mesa; por lo que gasta poco, y precisamente ha de estar muy bien y tener dinero.

No perdí una sílaba de todo lo que dixeron de mi tio aquellos poetas. Ya sabiamos en la familia que hacia mucho ruido en Madrid con motivo de sus obras. Algunas personas que pasaban por Olmedo nos habian informado de lo bien admitido que estaba; pero como nunca nos habia escrito; y se mostraba tan desviado de nosotros, oiamos todas aquellas noticias con la mayor indiferencia. No obstante, como la sangre no puede mentir, luego que oí decir que lo pasaba tan bien, y que me informé dónde vivia, tuve tentacion de ir á verle y darme á conocer. Solo me detenia el haber oido á los poetas llamarle *Don Pedro*. Aquel *Don* me hacia titubear, recelando fuese otro del mismo nombre y apellido de mi tio. Con todo eso vencí al cabo este temor, pareciéndome que asi como habia sabido hacerse sabio podia tambien haber sabido hacerse noble y caballero, y en virtud de eso resolví presentarme á él. Para esto al dia siguiente, con licencia de mi amo, me vestí lo mas decentemente que pude, y salí á la calle no poco vanaglorioso y cuelli-erguido por verme sobrino de un hombre cuyo ingenio metia en la Corte tanta bulla. Sabido es que los barberos no son la gen-

gente del mundo ménos sugeta á la vanidad. Comencé, pues, á tenerme en grande opinion, y caminando con orgullosa gravedad pregunté por la casa de Medinaceli. Enseñáronmela, y entrando en ella supliqué al portero que me dixese qual era el quarto del señor Don Pedro de la Fuente. Suba Vmd., me dixo, por aquella escalerilla excusada, mostrándome una que estaba á un rincon del patio, y llame á la primera puerta que encontráre á mano derecha. Hícelo así; llamé á la puerta, y salió á abrir un mocito, á quien pregunté si vivia allí el señor Don Pedro de la Fuente. Sí señor, me respondió, pero ahora no se le puede entrar recado. Lo siento mucho, repliqué yo, pues verdaderamente le quisiera hablar, porque le traygo noticias de su familia. Aunque se las traxera Vmd. del Padre Santo de Roma seria lo mismo, ni en este momento le introduciria yo en su quarto. Está actualmente componiendo; y miéntras trabaja no quiere que ninguno entre á interrumpirle ni á distraerle. De nadie se dexa ver hasta medio dia, y asi puede Vmd. ir á dar una vuelta, y volver hácia aquel tiempo.

Salíme, pues, y fuíme á pasear por Madrid toda la mañana, pensando siempre en el modo con que mi tio me recibiria. Sin duda, decia yo entre mí mismo, que tendrá un grandísimo gusto de verme y conocerme, porque medía su corazon por el mio, y todo se me iba en prevenirme para mostrarle el mas vivo

y mas tierno agradecimiento. Al fin volví con toda diligencia á la hora que se me habia señalado. Viene Vmd. muy á tiempo, me dixo el page : presto saldrá mi amo, espere Vmd. aquí, que voy á entrar el recado. Volvió dentro de un instante, y me hizo entrar donde estaba mi tio, cuya vista me dió golpe, porque luego observé en su cara ciertos rasgos de familia. Era tan parecido á mi tio Tomás, que le hubiera tenido por el mismo, si no le viera en aquel trage y en aquel estado. Saludéle con el mas profundo respeto, y le dixe que era el hijo de Nicolas el barbero de Olmedo, y hermano de su señoría, y que habia tres semanas que estaba en Madrid exercitando el mismo oficio de mi padre, en calidad de mancebo, con ánimo de girar por toda España para perficionarme en mi profesion. Miéntras le estaba hablando reconocí que mi tio estaba distraido y pensativo, dudando verisimilmente si me reconoceria ó no me reconoceria por sobrino, ó discurriendo algun arbitrio para librarse de mí con arte y con destreza. Tomó este segundo partido, y afectando un cierto ayre jovial y risueño, me dixo: y bien, amigo, ¿ cómo están de salud tus padres y tus tios? ¿en qué estado se hallan las cosas de la familia? Comencé á informarle de su fecunda propagacion : fuíle nombrando uno por uno todos los hijos varones y hembras, comprendiendo en la lista hasta los nombres de sus padrinos y de sus madrinas. Parecióme que no se in-

interesaba infinitamente en tan menuda relacion; y queriendo atajar el discurso para venir á las inmediatas : hora bien, querido Diego, me dixo, apruebo mucho que pienses correr mundo para perfecionarte en tu oficio, y te aconsejo que no te detengas mucho tiempo en Madrid. Este es un lugar muy pernicioso para la juventud, y tú te perderias en él. Mucho mejor harás en recorrer otras Ciudades del Reyno, donde no están tan estragadas las costumbres. Vete, pues, y quando estés ya para partir vuelve á verme, que te daré un doblon para ayuda del viage. Diciendo esto me fue llevando poco á poco hácia la puerta de la sala, y me despidió con buenas palabras.

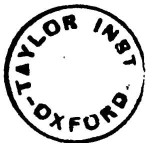
No conocí, por mi poca malicia, que solo buscaba pretextos para alejarme de sí. Volví á la tienda, y dí cuenta á mi amo de la visita que acababa de hacer. El buen hombre, que no penetró mas que yo la verdadera intencion del señor Don Pedro, me dixo : yo no soy del parecer de tu tio. En lugar de exôrtarte á correr mundo, me parece que te debia aconsejar que te mantuvieses en Madrid. El trata con tantas personas de la primera distincion, que facilmente podria colocarte en una casa grande, donde en breve tiempo hicieses gran fortuna. Enamorado de un discurso que me pintaba en la imaginacion grandiosas esperanzas, dentro de dos dias volví á casa del señor tio, y le representé que podia emplear su vali-

limiento en acomodarme con algun personage de la Corte. Disgustóle mucho la proposicion. Un hombre vano, que entra francamente en casa de los grandes, y se sienta con ellos á la mesa, no puede sufrir que un sobrino suyo coma con los criados miéntras él está comiendo con los amos, pues en tal caso el pequeño Diego llenaria de confusion y vergüenza al señor Don Pedro. Este, pues, se irritó furiosamente, y lleno de cólera me dixo: cómo, bribon, quieres abandonar tu oficio? Anda, y vete, que yo te dexo en manos de los que te dan tan perniciosos consejos. Sal de mi quarto, repito, y no vuelvas á poner los pies en él si no quieres que te haga castigar como mereces. Quedé aturdido al oir estas palabras, y me espantó mucho mas la bronca y destemplada voz con que las pronunció. Retiréme con lágrimas en los ojos, penetrado de dolor por la dureza con que me habia tratado mi tio. Con todo eso, como siempre he sido de natural fiero y altivo, presto se me enjugó el llanto. Antes bien pasé del dolor á la indignacion, y resolví no hacer caso de un mal pariente, sin el qual habia vivido hasta allí, y esperaba vivir sin necesitarle para nada.

No pensé entónces sino en cultivar mi talento y en aplicarme al trabajo. Rasuraba todo el dia, y por la noche aprendia á tocar la guitarra. Era mi maestro un buen viejo, á quien yo afeytaba. Aunque su nombre era *Mar-*

cos

cos Obregon, comunmente le llamaban el *señor Escudero*, á causa que lo era de su ama. Sabia perfectamente la música, porque habia sido cantor en una Iglesia. Era hombre muy cuerdo, de mucha capacidad, y de grande experiencia, y me amaba como si fuera hijo suyo. Servia á la muger de un Médico, que vivia á treinta pasos de nuestra casa. Ibale á ver todos los dias al anochecer, quando no habia que hacer en la tienda, y sentados los dos en ciertos asientos de piedra que habia á los lados de la puerta, tocábamos algunas sonatas que no desagradaban á la vecindad. Nuestras voces no eran muy gratas; pero suavizándolas lo mejor que podiamos, y cantando cada uno metódicamente la parte que le tocaba, dábamos gusto á las gentes que nos oian. Divertiase particularmente con nuestra música Doña Marcelina, que así se llamaba la muger del Médico. Baxaba algunas veces á oirnos al portal, y nos hacia repetir las tonadillas que la caian mas en gracia. Su marido no la impedia esta diversion; pues aunque extremeño y viejo, no era zeloso. Por otra parte, su profesion le tenia ocupado todo el dia, y quando se retiraba á su casa por la noche venia tan fatigado de visitar enfermos, que se acostaba muy temprano, y ninguna aprension le daba el gusto que su muger tenia en nuestras músicas, quizá por juzgar que no eran capaces de excitar en ella perniciosas impresiones. A esto se aña-



añadia que aunque su muger era á la verdad joven y linda, no le daba motivo alguno para el mas mínimo recelo: era de una virtud tan rústica y tan agreste, que no podia sufrir que ni aun siquiera los hombres la mirasen. Y así no llevaba á mal que tomase aquel honesto é inocente pasatiempo, y nos dexaba cantar todo el tiempo que queriamos.

Una noche que fuí á la puerta del Médico para divertirme como acostumbraba, encontré al viejo escudero, que me estaba esperando. Tomóme por la mano, y me dixo que queria nos fuésemos los dos á pasear un poco ántes de dar principio á la música. Luego que nos vimos en una calle excusada y solitaria, donde conoció que me podia hablar con libertad: querido Diego, me dixo con semblante triste y en tono doloroso, tengo que comunicarte reservadamente una cosa. Temo mucho, hijo mio, que uno y otro nos hemos de arrepentir de esta música que damos á la puerta de mi ama. No puedes dudar lo mucho que te quiero. He tenido gran gusto en enseñarte á tocar la guitarra y á cantar; pero si hubiera previsto lo que habia de suceder, protesto á Dios que hubiera escogido otro sitio para darte las lecciones. Sobresaltóme este discurso, y supliqué al escudero que se explicase mas claro, diciéndome francamente qué cosa era la que podiamos temer, porque yo no era muy valiente, ni gustaba meterme en los peligros, y mas quando de nada podia te-

ner

ner experiencia, no habiendo dado aun el giro que pensaba dar por España. Voy, me respondió, á decirte lo que debes saber para conocer todo el peligro en que nos hallamos.

Quando un año há entré á servir al Médico me llevó una mañana al quarto de su muger, y presentándome á ella me dixo: Marcos, esta señora es tu ama, y siempre la has de acompañar á qualquiera parte donde vaya. Quedé admirado al ver á Doña Marcelina. Encontréme con una dama jóven, y sumamente bella, gustándome sobre todo lo ayroso de su talle, y lo apacible de su semblante. Señor, respondí al amo, me tengo por muy dichoso en servir á una dama tan amable. Desagradó tanto á Doña Marcelina mi respuesta, que con semblante ayrado me dixo: *Oiga el impertinente, el atrevido. ¿Quién le ha enseñado á tomarse esas licencias? Sepa desde luego que no gusto de lisonjas ni puedo sufrir requiebros.* Sorprendiéronme extrañamente unas palabras tan ásperas, pronunciadas por aquella boca, y tan agenas de lo que prometia su apacible rostro. No acertaba yo á componer aquel modo de hablar rústico, grosero y desabrido, con todo lo demas que veía en una muger de presencia tan grata. El marido acostumbrado yá á ello, lejos de enfadarse, se tenia por muy afortunado en haberle tocado una muger de aquel extraño caracter, tanto que me dixo: Marcos, mi muger es un prodigio de virtud; y viendo que se ponia el manto para salir

lir de casa, me mandó que la fuese sirviendo á la Iglesia. Apénas nos vimos en la calle, quando encontramos dos mozalvetes, que, pagados del ayre y garvo de Doña Marcelina, la dixeron, como es tan ordinario, algunas cosas muy lisongeras. Pero ella les respondió con tanto sacudimiento, y les dixo tantas necedades, que los pobres quedaron corridos y admirados, no sabiendo concebir como podia haber en el mundo una muger que no gustase de ser alabada y aplaudida. !Ah! señora, la dixe: haga Vmd. que no oye, y pase adelante sin contestar á lo que le dicen: ménos malo es callar que responder con grosería y con desabrimiento. Eso nó, replicó ella: quiero enseñar á estos insolentes que yo no soy muger que pueda sufrir me pierdan el respeto. En fin á cada paso se le escapaban tantas impertinencias, que al cabo me resolví á decirla todo lo que sentia, aunque fuese á peligro de disgustarla. Representéla del mejor modo que me fué posible que hacia injuria á la naturaleza, echando á perder tantas bellas prendas de que la habia dotado, malográndolas todas por aquel su humor desabrido, rústico y cerril. Que una muger de genio dulce, y de modales atentas, graciosas y cortesanas, se hacia amar de todos sin el socorro de la hermosura, quando por el contrario la mas hermosa, sin el auxîlio de estas otras prendas, era el objeto del desprecio de todos. A este discurso añadí otros, dirigidos

dos al gobierno y arreglo de las costumbres. Despues de haber moralizado á mi satisfaccion, temí que me costase caro mi zelo y mi fidelidad, excitando la cólera del ama, y produciendo algun efecto que me fuese de poco gusto; mas no sucedió así. No se inquietó contra mi representacion: contentóse con hacerla inútil por entónces; y el mismo efecto produxeron otras que la fuí haciendo los dias siguientes.

Canséme de advertirla en vano sus defectos, y abandonéla á la rusticidad de su genio. Pero ¿quién lo creyera? Aquel natural tan feroz, aquella muger tan orgullosa y tan selvática de dos meses á esta parte mudó enteramente de humor. Hoy mira á todos con agrado, y á todos trata con dulcísimas modales. Ya no es aquella Marcelina, que no respondia sino desprecios y necedades á los hombres que la saludaban ó alababan. Ya no se muestra insensible á las lisonjas que la dan, ni á los obsequios que la tributan. Gusta de oir que es hermosa, y de que la digan que ningun hombre la pueda mirar sin peligro. Son muy de su gusto los requiebros, y en suma ya es otra muger muy distinta de lo que era. Esta mudanza apénas se puede concebir; pero lo que mas te ha de admirar es el asegurarte yo, que tú mismo, sin saberlo, has hecho este gran milagro. Sí, querido Diego, tú has sido el autor de una metamórfosis tan extraña: tú has converti-

tido aquel tigre feroz en una mansísima oveja. En una palabra : tú la has merecido su atencion, como lo he observado mas de una vez ; y yo conozco mal á las mugeres, ó mi ama se abrasa por tí en un vehementísimo amor. Esta es, hijo mio, la triste noticia que tenia yo que darte, y esta la desgraciada situacion en que los dos nos hallamos.

Yo no veo, respondí al viejo, gran motivo de afligirnos en todo lo que Vmd. me ha dicho, ni mucho ménos que sea tan grande desgracia mia, que me ame una muger hermosa. ¡Ah Diego! me replicó ; bien se conoce que discurres y piensas como mozo. Solo miras al cebo, y no descubres el anzuelo. Te paras solo en el placer, pero yo, como viejo y experimentado, preveo los disgustos que despues se han de seguir, porque no hay cosa que tarde ó temprano no se descubra. Si prosigues en venir á cantar á nuestra puerta, con tu vista se irritará cada dia mas la pasion de Doña Marcelina, y olvidada de todo recato llegará á conocerla el Doctor Oloroso su marido ; el qual se ha mostrado tan condescendiente hasta aquí ; porque no tenia el mas mínimo motivo para ser zeloso, pero despues entrará en furor, se vengará de su muger, y podrá hacernos á los dos un flaco servicio. Y bien, señor Marcos, le repliqué, yo me rindo á vuestras razones, y me pongo enteramente en vuestras manos. Dígame Vmd. lo que debo hacer, y como me he de portar

tar para precaver todo siniestro accidente. Dexando los dos nuestras músicas, me respondió, y procurando tú que no te vuelva á ver mi señora. Quando ya no te vea, poco á poco se la irá entiviando la pasion, y volverá á su tranquilidad. Espérame tú en casa del maestro, que yo te iré á buscar, y allá tocarémos y cantarémos sin peligro. Ofrecílo así; y con efecto hice propósito de no volver mas á la puerta del Médico, y estarme encerrado en mi tienda, pues que era un hombre que no podia ser visto sin perjuicio de las mugeres.

Miéntras tanto el buen Marcos, á pesar de su prudencia experimentó dentro de pocos dias que el medio discurrido, y aconsejado por él, no habia bastado para templar el fuego de Doña Marcelina, ántes bien habia producido un efecto enteramente contrario. Esta dama, á la segunda noche que no nos oyó cantar, le preguntó por qué razon habiamos suspendido nuestra música, y qual era la causa de que yo me hubiese retirado. Respondióla que me habian ocurrido tantas ocupaciones, que no me dexaban un instante para divertirme. Mostróse satisfecha de esta excusa, y por tres dias sufrió mi ausencia con valor y disimulo; mas al cabo perdió la paciencia, y no sin alguna viveza dixo al escudero: Marcos, tú me engañas: aquí se encierra algun misterio, que absolutamente quiero aclarar. Habla, y no me ocultes nada, que asi te lo mando. Señora,

res-

respondió él, pagándola con otra mentira, ya que Vmd. quiere saber las cosas como son, sepa que al pobre Diego le ha sucedido muchas veces volverse á su casa despues de nuestras músicas, y encontrarse ya sin cena. ¡Cómo sin cena! exclamó ella entre compasiva y colérica. ¿Por qué no me lo has dicho ántes? ¡Pobre mozo! Anda al instante, y traemele contigo, asegurándole que nunca volverá á su casa sin cenar, porque yo daré órden que se le reserve siempre algun plato.

¡Qué es lo que oigo! exclamó el escudero admirado de oirla hablar de aquella manera. ¿Sois vos, señora, la que proferís tales palabras? ¿Pues de quándo acá os habeis hecho tan sensible y piadosa? Desde que tú veniste á esta casa, me respondió con enojo, ó por mejor decir, desde que comenzaste á predicarme contra mis desdenes y á exôrtarme á que corrigiese mi soberbia, que llamabas rusticidad. Mas ¡ay de mí! prosiguió ella, que sin saber cómo, he pasado de un extremo á otro. De altanera y de insensible, me veo ya demasiadamente mansa y tierna. Amo á tu amigo Diego sin poderlo remediar. Su ausencia en vez de templar mi amor le enciende mas y mas. ¿Es posible, señora, replicó el viejo, que un mozo que nada tiene de ayroso ni de lindo haya excitado en vos una pasion tan vehemente? Disculparia acaso vuestra pasion si os la hubiera inspirado algun caballero jóven y de algun gran mérito. ¡Ah

Mar-

Marcos! replicó Marcelina, ó yo no me parezco en nada á las otras mugeres, ó tú no obstante tu larga experiencia, todavia no las conoces bien, si te persuades à que el mérito determina su eleccion. Si he de juzgar á las demas por mí, nunca deliberan para empeñarse. El amor es un desórden de la razon, que á nuestro pesar nos arrastra tras del objeto amado. Es una enfermedad que nace en nosotros, y nos atormenta como la rabia á los perros. No te canses, pues, en representarme que Diego no es digno de mi amor. Basta que le ame para figurarme en él mil prendas que no me descubres tú, y que quizá tampoco él tendrá. En vano te empeñas en persuadirme que ni su talle ni su figura tienen cosa que pueda llevarme la atencion: á mí me parece mas bello que el mismo dia. Fuera de que tiene una voz que me encanta, y toca la guitarra con una gracia y primor particular. Pero, señora, replicó Marcos, ¿habeis pensado bien lo que es el tal Diego? Su baxa y humilde condicion. . . . Yo no soy mejor que él, me interrumpió, pero aun quando fuera una muger de la primera calidad nunca repararia en ello.

Lo que resultó de esta conferencia fue, que desesperanzado el viejo escudero de adelantar cosa alguna con su ama en este punto, la dexó en su capricho, y se retiró como cede un diestro piloto á la tempestad, que le desvia del puerto quanto mas forceja por desembarcar en él.

él. Aun hizo mas por dar gusto á su ama: vínome á buscar, y despues de haberme contado todo lo sucedido entre ella y él; bien ves, Diego, me dixo, que no podemos excusarnos de continuar nuestras músicas à la puerta de Marcelina. Es necesario absolutamente que esta dama te vuelva á ver: de otra manera nos exponemos á que haga alguna locura que perjudique á su reputacion. Yo no me hice de rogar. Respondí á Marcos que iria á su casa así que anocheciese, y que podia llevar á su ama esta buena noticia. Hízolo así, y dió á la apasionada amante la mas alegre y gustosa nueva que podia desear, con la esperanza de verme y de oirme aquella noche.

Pero faltó poco para que un accidente pesado no la hubiese frustrado esta esperanza. No pude salir de casa hasta despues de muy anochecido, y por mis pecados era la noche muy obscura. Caminaba á tientas por la calle, y quizá habia andado ya la mitad del camino, quando desde una ventana me regalaron de pies á cabeza con cierto agua va, que lisongeaba poco al sentido del olfato. Viéndome en tal situacion no sabia qué partido tomar. Volverme á mi casa era exponerme á las pesadas zumbas y molestas carcaxadas de los otros mancebos compañeros mios: ir á la de Marcelina en aquel magnífico equipage no me lo permitia la vergüenza. Resolvíme no obstante á ganar la casa del Médico, persuadido á que encontraría

ria

ria á Márcos en la puerta, y qué todo se remediaria, ántes de presentarme en aquel estado á Marcelina. Con efecto fué así; encontréle que me estaba esperando á la puerta, y luego que me vió me dixo que el Doctor Oloroso acababa de recogerse, y que aquella noche nos podiamos divertir muy á nuestra libertad. Respondíle que ante todas cosas era menester limpiarme bien el vestido, y le conté lo que me habia pasado. Mostróse muy condolido de ello, y me hizo entrar donde me estaba esperando su ama. Apénas oyó esta señora mi puerquísima aventura, y me vió en el triste estado en que me hallaba, prorumpió en expresiones del mayor dolor, como si fuera la mas funésta desgracia que me hubiese sucedido; y despues, apostrofando á la puerca que me habia acomodado de aquella manera, se desfogó echándola mil maldiciones. Señora, la dixo Marcos, moderad esos furores, considerad que todo fué un puro efecto de la casualidad, y no conviene mostrar tan vivo resentimiento. ¿Cómo quieres, respondió ella, qúe no sienta vivamente la ofensa que se hizo á este inocente cordero, á esta paloma sin hiel, que ni siquiera ha alentado una queja por el ultrage que recibió? ¡Ojalá fuera yo hombre en esta ocasion para vengarle por mis propias manos!

Otras mil cosas dixo, pruebas todas de la vehemencia de su amor, que igualmente acreditó con las acciones, porque miéntras Márcos

me estaba limpiando, Marcelina corrió á su quarto, traxo una caxita llena de perfumes y aromas; quemó cantidad de estos, zahumó todos mis vestidos, y los aspergeó con quintas esencias en abundancia. Concluido el zahumerio y el aspersorio, la caritativa señora fué en persona á la cocina, y me traxo pan, vino, y algunos bocados de carnero asado, que habia separado en la mesa para mí. Obligóme á comer, y teniendo gusto en servirme ella misma, ya me hacia plato, ya me daba de beber, á pesar de quanto Marcos y yo podiamos hacer y decir para que no se abatiese á semejantes demostraciones. Concluida la cena, los músicos templaron los instrumentos y las voces para dar principio á nuestro concierto. Marcelina quedó encantada de oirnos. Es verdad que de propósito escogí ciertos cantares patéticos, y ciertas letrillas amorosas que lisongeaban su corazon; y debo confesar que miéntras cantábamos, de quando en quando lanzaba hácia ella unas ojeadas lánguidas y tiernas, que añadian mucho fuego á las estopas, porque verdaderamente ya me iba gustando el juego. No me cansaba el concierto, aunque ya duraba mucho. Por lo que toca á la dama las horas le parecian momentos, y de buena gana se hubiera estado oyéndonos toda la noche, si su escudero, á quien los momentos se le hacian semanas, no la hubiera advertido que ya era muy tarde. Dexóselo decir mas de diez veces; pero

da-

daba con un hombre duro y cabezudo, que no la dexó respirar hasta que yo me ausenté. Como era cuerdo y prudente, y vió á su ama tan ciegamente apasionada, temia qué nos sucediese algun mal lance. El efecto justificó su temor; porque el Médico, ya fuese porque comenzó á entrar en sospechas, y á dudar de algun enredo, ó ya porque el diablillo de los zelos, que hasta entónces le habia respetado, quiso probar á inquietarle, comenzó á no gustar de nuestras músicas. Hizo mas; nos las prohibió absolutamente, y en tono de amo, que queria ser obedecido sin dar razon alguna de lo que mandaba, declaró no sufriria jamas que se admitiese en su casa á ningun forastero.

Avisóme Marcos de esta resolucion, que hablaba tan particularmente conmigo, y no puedo negar que por entónces me mortificó mucho, porque me hacia perder las dulces esperanzas que habia concebido. Con todo eso, por no faltar á la obligacion de fiel historiador debo confesar que á corta reflexîon me costó poco el conformarme, y llevar en paciencia aquel revés de la fortuna. No así Marcelina, cuyo dolor fue mucho mas vivo. Querido Marcos, dixo al escudero, de tí solo espero algun alivio: haz todo lo posible para que tenga el gusto de ver secretamente á mi Diego. ¿Qué es lo que Vmd. me pide, señora, la respondió colérico? Demasiada condescendencia he tenido con Vmd. No, no quiera Dios que por fomentar

tar una ascentada pasion contribuya yo al deshonor de mi amo, á la pérdida de vuestra reputacion, y á mancharme á mí mismo con el borron de tal infamia, despues de haber pasado toda la vida por hombre muy de bien, por criado fiel, y de una conducta irreprensible. Antes dexaré la casa que mantenerme en ella para hacer un papel tan indecente y vergonzoso. ! Ah Marcos, replicó la dama asustada de éstas últimas palabras, me atraviesas de parte á parte el corazon quando hablas de retirarte. ¡Pues qué! ¡piensas cruel abandonarme, despues que tú me has reducido al lastimoso estado en que me veo! Restitúyeme primero aquel orgullo, y aquella tranquila altivez que tú mismo me quitaste. ¡Oh y quien tuviera ahora aquellos felicísimos defectos! Gozaria de gran paz mi corazon en lugar del tumulto que le agita, gracias á tus imprudentes reconvenciones. Tú, tú estragaste mis costumbres quando pretendias enmendarlas.... Pero ¡qué es lo que digo, desdichada de mí! ¡A qué fin darte en cara con tan injustas quejas! No, amado padre, no, no fuiste tú el autor de mi infortunio; mi mala suerte fue la única que me preparó mi desgracia. No hagas caso por Dios de las necias palabras que se me escapan. Mi dolor me ha trastornado el juicio; compadécete de mi debilidad. Tú eres mi único consuelo, y si te es cara mi vida no me niegues tu asistencia.

Al

Al decir estas palabras redobló el llanto de manera que no pudo continuar. Sacó el pañuelo, cubrióse el rostro, y se dexó caer sobre una silla, como una persona que no puede resistir al peso de su afliccion. El buen Marcos, que era de la mejor pasta de escuderos que jamas se ha visto, no pudo resistir á un espectáculo tan tierno. Sintióse vivamente penetrado, y mezcló sus compasivas lágrimas con las de su afligida ama, diciéndola lleno de ternura: ¡Ah, señora, y qué atractivo es el vuestro! No me admiro ya de que el amor haya tenido fuerza para haceros olvidar vuestro deber, quando la compasion le ha tenido para no acordarme yo del mio. De manera que el pobre escudero, á pesar de su irreprensible conducta, se sacrificó buenamente á la pasion de Marcelina. A la mañana siguiente vino á contarme todo lo que habia sucedido, y me dixo que tenia pensado ya modo de proporcionarme una conversacion secreta con su ama. Con esto animó mi esperanza, pero dos horas despues llegó á mis oidos una novedad tan triste como no esperada. El mancebo de una botica que habia en el barrio, y era uno de nuestros parroquianos, vino á hacerse la barba. Miéntras me disponia á rasurarle me dixo: señor Diego, ¿cómo le va á Vmd. con su amigo el viejo escudero Marcos Obregon? ¿Ya sabrá Vmd. que está para ser despedido de casa del Doctor Oloroso? No por cierto, le respondí. Pues sé-

sépalo Vmd., me replicó, y no dude que la cosa es muy cierta. Hoy sin falta le despedirán. Su amo y el mio acaban ahora de tener una conversacion, á que me hallé presente, en la qual dixo el primero al segundo: señor boticario, tengo que hacerle una súplica. No estoy satisfecho con el viejo escudero de Marcelina, y en su lugar quisiera una dueña fiel, adusta y vigilante, que fuese guardia de mi muger. Ya entiendo, respondió mi amo: sin duda que tiene Vmd. necesidad de la señora Melancia, que fué el ángel custodio de mi difunta esposa, y aunque há seis semanas que enviudé todavia la mantengo en casa. A la verdad me seria muy útil para gobernarla; pero con gusto se la cedo á Vmd. por lo mucho que me intereso en su honor. Bien puede descuidar con ella en punto á la seguridad de su frente y de su cabeza. Es la perla de las dueñas, y un verdadero dragon para guardar la castidad del sexô débil. Doce años enteros estuvo en casa, y siempre sin perder de vista á mi muger, que, como Vmd. sabe era moza, y nada fea. En tan largo tiempo no se vió en mi casa ni aun la sombra de un galan ni pisaverde. Sí por cierto; buena era la dueña para sufrirlo. En aquella materia no entendia de chanzas. Aun diré mas: mi muger á los principios gustaba mucho de conversaciones y galanteos; pero la señora Melancia supo fundirla tan de nuevo, que la inclinó enteramente á la virtud. En fin es un te-

tesoro para vuestra seguridad. Quedó el señor Doctor muy satisfecho de unos informes tan á medida de su deseo, y ambos convinieron en que hoy mismo iria la dueña á ocupar el lugar del escudero.

Esta noticia, que tuve por cierta, como con efecto lo era, turbó las idéas de todos los buenos ratos que yo me habia figurado ya: y Marcos, que vino despues de comer, acabó de desvanecérmelas, confirmando todo lo que me habia dicho el mancebo. Amigo Diego, me dixo: estoy contentísimo de que el Doctor Oloroso me haya despedido, porque me ha librado de molestísimos disgustos y cuidados. Ademas de haberme echado á cuestas, muy contra mi inclinacion, un villanísimo empleo, necesitaba andar continuamente ideando trazas y urdiendo enredos para que pudieses hablar á Marcelina. ¡Qué embrollo! Gracias al cielo me veo libre ya de estos cuidados, y sobre todo de los remordimientos y peligros que los acompañaban. Por lo que toca á tí, hijo mio, tambien debes alegrarte de haber perdido algunos ratos de un placer momentaneo, á trueque de haberte librado de tantas pesadumbres, sustos y riesgos, ademas de la ofensa de Dios. Agradóme mucho la moral de Marcos, porque me pareció que ya nada podia esperar, y sin hacerme gran violencia determiné abandonar el campo. No era yo (lo confieso) de aquellos amantes obstinados que hacen vanidad de luchar

char contra todos los impedimentos; pero aun quando lo fuera, la señora Melancia dexaria bien burlado mi empeño y mi obstinacion. El carácter de que suponian á aquella muger era capaz de desesperar á los amantes mas obstinados y mas atrevidos. Con todo eso, y no obstante los colores con que me la habian pintado, no dexé de entender, dos ó tres dias despues, que habia tenido maña para adormecer á aquel Argos, faltando á su fidelidad. Salia yo una mañana de casa para rasurar á cierto vecino, quando una buena vieja se llegó á mí, y me preguntó si era yo el señor Diego de la Fuente. Respondíla que sí, y ella me replicó, pues á Vmd. venia yo buscando. Vaya su merced esta noche á la puerta de Doña Marcelina, haga alguna señal, y luego le será abierta. Y bien, la repliqué yo: es preciso que quedemos de acuerdo en la señal que he de dar. Yo sé remedar el gato á maravilla, y mahullaré dos ó tres veces. Basta eso, repuso el postillon del amor. Voy á dar parte de su respuesta á la señora. Servidora de Vmd., señor Diego: el cielo le conserve. ¡O qué mozo tan galan! A fe que si yo fuera una niña de quince años no le buscaria para otras. Diciendo esto se desvió de mí aquella dueña tan adusta y vigilante.

Agitóme furiosamente este mensage, y allá se fué toda la moral de Marcos. Esperé con impaciencia la noche, y quando me pareció que ya estaria durmiendo el Doctor Oloroso me enca-

caminé ácia su puerta. Allí dí principio á mis miahullos, que podian oirse de léjos, y hacian mucho honor al maestro que me habia enseñado el idioma de los gatos. Un momento despues vino Marcelina en persona á abrirme la puerta, y á cerrarla luego que estuve dentro. Llevóme á la sala donde habiamos tocado el último concierto. La alumbraba una lamparilla que habia junto á la chimenea, comunicando al quarto una luz muy escasa. Sentámonos uno junto á otro, pero entrambos gravemente agitados y conmovidos, con esta diferencia, que en Marcelina el gusto era la causa de toda su comocion, y en mí la ocasionaba el sobresalto y el temor. Vanamente me aseguraba mi princesa que nada teniamos que temer de parte de su marido; porque yo sentia en todo mi cuerpo un temblor que turbaba mi alegria. Madama, la pregunté, ¿de qué arbitrio se valió Vmd. para burlar la vigilancia de su nueva dueña? En fuerza de lo que oí decir de la señora Melancia no me pareció posible que lograse jamas tener noticia de Vmd., y mucho ménos de vernos donde nos vemos. Sonrióse Doña Marcelina al oirme hablar de esta manera, y me respondió prontamente: dexarás de admirarte de esta visita tan reservada y secreta quando yo te cuente todo lo que ha pasado entre la dueña y entre mí. Luego que entró en casa la hizo mil finezas mi marido, y me dixo: Marcelina, yo te entrego enteramente á la direccion de esta discreta mu-

ger, que es un compendio de todas las virtudes: un espejo que debes tener siempre delante para mirarte en él y arreglarte á su modelo. Esta admirable matrona gobernó por espacio de doce años la muger de un boticario amigo mio; y la gobernó de manera que hizo de ella una santa.

Este elogio que no desmentia la adusta y severa traza de Melancia, me costó muchas lágrimas y faltó poco para que me desesperase. Representáronseme inmediatamente las enfadosas lecciones que tendria que oir desde la mañana hasta la noche, y las insufribles reprehensiones que habria de tolerar. Con esto me consideraba la muger mas desgraciada del mundo. Poseida de tan tristes pensamientos atropellaba por todo quanto se me ponia delante, y la primera vez que me vi á solas con la dueña: tú, la dixe, sin duda estarás ya disponiendo como darme bien que padecer; pero te advierto que no tengo mucha paciencia. Te haré todos los desayres que pueda, y te daré todas las mortificaciones que me sean posibles. Te declaro desde luego que tengo dentro de mi pecho una pasion que no serán capaces de arrancar todos tus consejos importunos, ni todas tus impertinentes advertencias. Sobre este pié deberás gobernarte, y tomar tus medidas como quisieres; lo que yo te puedo asegurar es, que no perdonaré á medio alguno para burlar tus desvelos y tu vigilancia. Al oir estas palabras, di-

chas

chas con la mayor entereza y con la mayor resolucion, quando consentia en que la fruncida dueña me iba á espetar una grande arenga como por golpe de ensayo, veo que alisadas en parte las rugas, y con risueño semblante me responde de esta manera. Vos, señora, me hablais con una franqueza que me enamora y me encanta. Seria yo la muger mas ruin del mundo si no os correspondiera con la misma: veo que las dos hemos nacido la una para la otra. ¡Ah, bella Marcelina, y qué mal me conoceis, si haceis juicio de mí por el bien que ha dicho el señor Doctor vuestro esposo, ó por lo que manifiesta mi cara severa, desdeñosa y de pocos amigos! Nada menos soy que enemiga de los placeres á que es tan inclinada la gente moza. Fínjome ministra de los maridos zelosos, para servir mejor y mas á mi salvo á las mugeres bien parecidas. Há mucho tiempo que poseo á la perfeccion el arte de enmascararme: asi disfruto al mismo tiempo la comodidad del vicio y las conveniencias de la virtud. Hablando entre las dos: muchas personas de las que pasan en el mundo por virtuosas no lo son, ni lo quieren ser de otra manera. Cuesta mucho el fondo de las virtudes, y así se contentan los tales con solas las apariencias.

Dexaos gobernar prosiguió la dueña: vos y yo nos divertiremos bien á costa de la credulidad de nuestro señor Doctor. Yo prometo que

que tendrá el mismo destino que el bueno y honrado boticario. No me parece que se debe respetar mas la frente de un Doctor en medicina que la de un boticario. ¡Quántas burlas hemos hecho á este pobre infeliz su difunta muger y yo! ¡Qué amable dama! ¡Qué bello natural! Dios le haya perdonado. Os aseguro que pasó alegremente su juventud. Tenia no sé quantos amantes, que yo misma los introducia en su casa, sin que jamas lo sospechase su marido. Miradme, pues, señora, con mejores ojos, y estad bien persuadida á que, por mucho talento que tubiese vuestro escudero para serviros, nada habeis perdido en el trueque.

Figúrate tú, Diego mio, continuó Marcelina, el gusto con que oiria yo á la dueña quando me hablaba con aquella franqueza. Habiala tenido por muger de una virtud austera. Por aquí conocerás quan mal se juzga de las mugeres. Desde luego me ganó el corazon con su sinceridad, y la dí un estrechísimo abrazo, significándola lo mucho que me complacia de tenerla por mi guardia. Hícela despues entera y total confianza de la pasion que te tengo, y la rogué que quanto ántes dispusiese un secreto abocamiento contigo. Hízolo á maravilla. Desde la mañana siguiente puso en campaña á la vieja que te habló, diestrísima en el asunto, y como tal echaba mano de ella para el mismo empleo con la muger del boticario. Pero lo mas gracioso de esta aventura, añadió riéndose, es,

que

que Melancia, asegurada por mí de que mi marido pasaba toda la noche durmiendo tranquilamente, ahora mismo está en la cama con él ocupando mi lugar. Pero señora, dixe á Marcelina, esa invencion no me agrada. Puede despertar y conocer el engaño. No hay peligro de eso, me respondió con precipitacion. Sosiégate y no turbe un vano temor el gusto que debes tener de verte con una muger moza, y que te quiere bien.

A este tiempo comenzaron á dar fuertes golpes á la puerta de la calle. Asustéme grandemente, y Marcelina me escondió con la mayor prontitud baxo una mesa que estaba en la misma sala: apagó la lamparilla, y segun lo que habia acordado con la dueña en caso de algun contratiempo, se acercó á la puerta del quarto donde dormia su marido. Miéntras tanto se redoblaban los golpes, que resonaban en toda la casa. Despertó el Médico sobresaltado, y llamó á Melancia. Esta saltó prontamente de la cama sin hablar palabra, y creyendo el Doctor que era su muger la gritaba que se volviese á ella porque no se refriase. Melancia se arrimó hácia donde estaba su ama, y quando esta conoció que se hallaba cerca comenzó tambien á llamarla, y á decirla que fuese á ver quien golpeaba la puerta. Aquí estoy, señora, respondió la dueña, vuélvase Vmd. á la cama, que yo voy á ver quien es. Marcelina se desnudó boniticamente, y se acostó con su

ma-

marido, al qual no le pasó por la imaginacion ni aun la menor sospecha del chasco que le habian pegado. Es verdad que la habian representado dos actrices, una de las quales era incomparable, y la otra tenia todas las prendas necesarias para llegar á serlo con el tiempo.

Poco tiempo despues se dexó ver la dueña en paños menores, con una vela en la mano, y dixo al Doctor: señor, habrá de tener Vmd. el trabajo de levantarse, porque el librero Fernando de Buendia, nuestro vecino, está con un insulto apoplético, y le llama á Vmd. para que vaya prontamente á socorrerle. Levantóse el Médico con la mayor presteza que pudo, salió, y Marcelina con la dueña ámbas á medio vestir, vinieron donde yo estaba, y me sacaron de baxo de la mesa mas muerto que vivo. No temas, Diego, me dixo Marcelina, sosiégate, y vuelve en tí. Al mismo tiempo me refirió en dos palabras todo lo que habia pasado. Quiso despues que renovásemos la conversacion que se habia interrumpido; pero se opuso á ello Meláncia, diciendo: señora, puede suceder que vuestro esposo encuentre ya muerto al librero, y que se vuelva luego. Ademas, que estando este pobre mozo tan lleno de sobresalto y de temor, ¿ qué quereis hacer de él? No se halla capaz de manteneros conversacion. Mejor será dilatarlo para mañana. Vino Marcelina en ello, aunque muy contra su gusto, porque estimaba mas lo presente que lo futuro, y la doña

mu-

mucho malograr la ocasion de regalar á su marido con el nuevo título que ya le habia destinado.

Por lo que toca á mí, siéndo menos el sentimiento de estar privado de sus preciosos favores, que el deseo de verme quanto ántes fuera de tan iminente peligro, me volví á casa de mi maestro, donde pasé toda la noche pensando en mi aventura, y dudando si la noche siguiente volveria á tentar fortuna con mayor provision de ánimo y serenidad. Pero el diablo, que no duerme, y que ántes bien en semejantes ocasiones es mas dueño de nosotros, me representaba con la mayor viveza que seria un grandísimo mentecato si no seguia la caza quando estaba á lo mejor de ella, y al mismo tiempo me iba descubriendo en Marcelina nuevos atractivos, pintándome con vivísimos colores la dulzura de los gustos que me estaban esperando. Caí en el lazo, y determiné ir adelante con mi empeño. Tomada esta resolucion, la noche siguiente, entre diez y doce, me presenté á la puerta del Doctor. Era la noche muy obscura, y no se descubria ni una estrella. Comencé á miahullar dos ó tres veces para que conociesen que estaba en la calle, y como ninguno me respondia, me puse á remedar todos los miahullos de los gatos, que me habia enseñado un pastor de Olmedo. Haciala con tanta propiedad, que uno de los vecinos, que volvia á su casa, creyendo que verdaderamente era uno de los animales

que

que remedaba, cogió un guijarro que por casualidad halló á sus pies, y me le disparó con tanta fuerza, diciendo *maldito sea el gato*, que dándome en la cabeza quedé aturdido un momento, y faltó poco para que no cayese en tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo, y perdiendo el amor juntamente con la sangre, me volví á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro visitó y reconoció la herida, que le pareció peligrosa; pero no tuvo malas conseqüencias, y se cerró ántes de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Marcelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí, la hiciese con algun otro conocimiento, de lo que no me informé porque nada me importaba; pues salí de Madrid para continuar el giro de toda España luego que me ví perfectamente curado.

CAPITULO VIII.

Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba remojando unas cortezas de pan en una fuente, y la conversacion que con él tubieron.

Contóme el Señor Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron despues, pero todas de tan poca substancia, que no merecen la pena de referirlas. Sin embargo me ví obligado á oírselas contar, y en verdad no fué breve

ve la relacion. Ella duró hasta que llegamos á Puente Duro, donde nos detuvímos lo restante de aquel dia. Hicímos en el meson que nos dispusiesen una buena sopa y nos asasen una liebre, despues de haber reconocido que era verdaderamente tal. Al amanecer del dia siguiente proseguímos nuestro camino, habiendo ántes provisto la bota de un vino mediano, y las alforjas de algunos mendrugos, juntamente con la mitad de la liebre que nos habia sobrado de la cena.

Despues de haber caminado cerca de dos leguas nos sentimos con gana de almorzar, y habiendo visto como á docientos pasos del camino muchos, grandes y copetudos árboles que hacian una sombra deliciosísima, escogímos aquel sitio, é hicímos alto en él. Allí encontrámos á un hombre como de veinte y siete á veinte y ocho años, que estaba remojando en una fuente algunas cortezas de pan. Tenia á su lado sobre la yerva una espada larga y una mochila. Pareciónos mal vestido, mas por otra parte de buena traza, y bien hecho. Saludámosle cortesmente, y él nos correspondió con la misma cortesania. Presentónos luego sus cortezas remojadas, y con cierto ayre risueño y desembuelto nos preguntó si eramos servidos. Aceptamos el convite en el mismo tono, mas con la condicion que habia de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen mas abundantes. Vino en ello con mucho gusto, y

nosotros sacamos nuestras provisiones, lo que ciertamente no le desagradó. O señores, exclamó trasportado de alegria, verdaderamente que Vmds. vienen bien provistos de municiones de boca. Se conoce que son hombres prevenidos, y que miran á lo futuro. Yo me fio demasiado en la fortuna. Sin embargo, no obstante el miserable estado en que Vmds. me ven, les puedo asegurar que alguna vez hago una figura muy brillante. Sepan Vmds. que no pocas me tratan de Príncipe y estoy rodeado de guardias. Segun eso, dixo Diego, será Vmd. comediante. Adivinólo Vmd., respondió el desconocido. Por lo ménos há quince años que no tengo otro oficio. Era todavia niño quando ya representaba ciertos papeles pequeños, esto es, que tuviesen poco que decorar. Hablémos francamente, replicó el barbero, meneando ladinamente la cabeza, yo dudo mucho en creerlo, porque conozco bien á los comediantes, y sé que estos señores no acostumbran caminar á pié, ni hacer almuerzos de San Anton; y me temo, me temo, que si Vmd. ha hecho algun papel no habrá sido otro que el de encender y apagar las lamparillas. Piense Vmd. de mí lo que quisiere, respondió el Histrion, lo cierto es que entro en los primeros papeles, y comunmente me hacen representar el de primer galan. Siendo así, repuso mi camarada, doy á Vmd. la enhorabuena, y celebro mucho que el señor Gil Blas y yo háyamos tenido la honra de desayu-

ayunárnos en compañía de tan gran personage.

Comenzámos entónces á roer nuestros rehojos y las preciosas reliquias de la liebre, alternando con tan freqüentes topetadas á la bota, que en poco tiempo la dexámos enteramente vacía, sin que en todo este tiempo desplegase los labios ninguno de los tres. Al cabo rompió el barberillo el silencio diciendo al comediante : estoy admirado de ver á Vmd. en estado tan lastimoso. No se puede dudar que es mucha pobreza para un heroe de teatro, y perdone Vmd. si le hablo con tanta claridad. Por cierto, replicó el actor, que se conoce no ha oido Vmd. hablar del famoso comediante Melchor Zapata; porque ha de saber Vmd. que, por la misericordia de Dios, no tengo un genio delicado. Me da Vmd. mucho gusto en hablarme con tanta franqueza, porque tambien gusto yo de hablar con ella. Confieso de buena fe que no soy rico; y si no miren Vmds. esta chupa. Diciendo esto nos mostró el forro de la chupa, que era todo de los carteles de comedia que se fixan en las esquinas. Este es todo mi abrigo, y si todavia tienen curiosidad de ver mi guardaropa, yo se la enseñaré. Héla aquí : y al mismo tiempo sacó de la mochila un vestido entero, guarnecido de pasamanos viejos de plata falsa, un gorro muy raido, con penacho de viegísimas plumas, unas medias de seda con mas agugeros que un crivo ó una salvadera, y unos zapatos muy usados de bada-

danilla encarnada. Ya ven Vmds. ahora que soy medianamente infeliz. Esto es lo que me admira, le replicó Diego. ¡Pues qué! ?No tiene Vmd. muger ni alguna hija bien parecida ? Sí señor, respondió Zapata, pero vea Vmd. la desgracia de mi estrella : tengo muger moza , mas no por eso estoy mas adelantado. Caséme con una linda comedianta esperando que no me dexaria morir de hambre, mas , por mi poca fortuna, dí con una muger de un juicio y de un honor incorruptible. ¡Quién diablos no se engañaria como yo ! Una muger virtuosa que se hallaba entre los comediantes de la legua me habia forzosamente de tocar á mi en suerte. Seguramente es desgracia , dixo el barbero. Mas ?por qué no se casó Vmd. con alguna bella comedianta de las compañias de Madrid ? Entónces sí que lograria su intento. Convengo en ello, respondió el farsante ; pero á un pobre comediante de lugar no le es lícito elevar sus pensamientos á tan encumbradas heroinas. Eso solamente lo podrá hacer alguno de la compañia del Corral del Príncipe , y aun en ella tal vez se ven algunos precisados á proveerse en las Provincias. Es verdad que no les suele salir mal , porque no pocas veces encuentran aldeanas que se las pueden apostar á las Princesas de teatro.

¿Pero qué , le replicó mi compañero , nunca pensó Vmd. en entrar en alguna de las compañias de la Corte ? ¿ Acaso se necesita un mérito infinito para lograrlo ? ¡ Bravo ! respondió

Mel-

Melchor. Vmd. se burla con su mérito infinito. Veinte hombres hay en cada compañia, pregunte Vmd. al Público lo que siente de ellos, y oirá cosas bellísimas. Mas de la mitad merecian, por lo ménos, cargar con un costal como yo con mi mochila, y en medio de eso no es tan facil como se piensa ser recibido entre ellos; pues hasta en esto valen mas los empeños que la habilidad. Ninguno lo puede saber mejor que yo, porque ahora mismo acabo de representar en Madrid, y salgo mas cargado de silvos que todos los diablos, sin embargo de que esperaba ser muy aplaudido, porque representaba gritando, manoteando, descoyuntándome, y torciendo el cuerpo hácia todas partes, con mil gesticulaciones y posturas, cien leguas distantes de todo lo natural, hasta llegar una vez casi á dar en la cara una puñada á mi dama miéntras yo estaba declamando. En una palabra, representaba en el gusto con que el vulgo celebra á los grandes actores; y en medio de eso lo que aplaudia tanto en otros no lo podia sufrir en mí. Vea Vmd. quanto puede la preocupacion. En vista de ello, no acertando á dar gusto, y faltándome el modo de introducirme, á pesar de todos los silvos de la mosqueteria, dexé á Madrid, y me vuelvo á mi Zamora. Allí están mi muger y mis compañeros, que me parece no han hecho tampoco gran fortuna; y quiera Dios no nos veamos precisados á pedir limosna para poder

ir

ir á otra Ciudad, como mas de una vez nos ha sucedido.

Diciendo esto nuestro Príncipe dramático se levantó, echóse acuestas su mochila, ciñóse su espada, y despidiendose de nosotros: á Dios, nos dixo con mucha gravedad, quieran los Dioses inmortales derramar sobre Vmds. dos á manos llenas sus favores. Y quieran los mismos, le respondió Diego en el propio tono, que halle Vmd. en Zamora á su muger mudada y mejor establecida. Luego que el señor Zapata nos enseñó sus talones comenzó á gesticular y á representar caminando, y nosotros le comenzamos á silvar para que no se le olvidasen tan presto los silvos de Madrid. Con efecto creyó que todavia le duraban en los oidos: volvió la cara y viendo que nosotros nos divertiamos á su costa, léjos de darse por ofendido, él mismo ayudó á la zumba, y prosiguió su camino dando grandísimas carcaxadas. Correspondímosle por nuestra parte, y volviéndonos al camino seguímos nuestro viage.

CAPITULO IX.

Estado en que encontró Diego su familia, y como Gil Blas se separó de él despues de haberse divertido.

Fuimos aquel dia á dormir en un lugarcillo entre Mojados y Valpuesta, cuyo nombre se me ha

ha olvidado ; y al dia siguiente á las once de la mañana entramos en la llanada de Olmedo. Señor Gil Blas, me dixo mi camarada, aquel es el lugar de mi nacimiento. No le puedo ver sin llenarme de alborozo : tan natural es en todos el amar su propia patria. Señor Diego, le respondí, un hombre como Vmd. que tiene tanto amor á su pais, parece que habia de hablar de él con mayor estimacion. Vmd. me le pintó como si fuera un lugarcillo ó una aldea, y yo veo que es una grande, y al parecer muy poblada Villa. Así era razon que por lo ménos la tratase Vmd. Yo la pido perdon, respondió el barbero, pero diré que despues de haber visto á Madrid, Toledo, Zaragoza y otras grandes Ciudades de España en el giro que hice de ella, todo me parece aldea. Conforme íbamos adelantando en la llanura y acercándonos á Olmedo nos pareció ver cerca del pueblo gran multitud de gente, y quando nos hallamos á distancia de poder discernir los objetos tuvimos mucho en que divertir la vista.

Vimos tres pavellones ó tiendas de campaña, poco distantes una de otra, y al rededor de ellas gran número de cocineros, que estaban disponiendo una gran comida para algun festin. Unos cubrian las mesas, que estaban baxo las tiendas ; otros echaban vino en grandes vasijas de barro ; estos atendian á que cociesen las ollas, y aquellos revolvian luengos asadores, todos cubiertos de diferentes viandas. Pero

ro á mí nada me llevó tanto la atencion como un espacioso teatro que observé bastantemente elevado. Adornábale una decoracion de carton, pintada de diferentes colores, y con una multitud de emblemas ó de divisas griegas y latinas. Luego que el barbero vió tanto griego y tanto latin, dixo: esto me huele terriblemente á mi tio Tomas; apuesto algo á que ha andado aquí su mano, porque tiene una máquina de libretes de gramática. Lo que me enfada es, que en las conversaciones encaxa sin cesar pasages enteros de los tales libros, cosa que no á todos agrada. Fuera de eso, ha traducido varios poetas griegos y latinos. Posee la antigüedad; lo qual se conoce por las notas con que los ha enriquecido, como v. gr. aquella de que *en Atenas lloraban los niños quando los azotaban*: cosa que si no fuera por su vasta y selecta erudicion nosotros no la sabriamos.

Despues que mi camarada y yo vimos todas las cosas que acabo de decir, nos vino ganas de preguntar ¿por qué y para qué se hacian todas aquellas prevenciones? Al mismo tiempo que nos íbamos á informar se encontró Diego con un hombre, que conoció ser su tio el señor Tomas de la Fuente, y se daba un cierto ayre como de director de la fiesta. Fuímonos á él apresuradamente; mas este maestro de primeras letras tardó un poco en conocer á su sobrino: tanta mudanza habia hecho en aquel

po-

pobre mozo la ausencia de diez años. Conocido al fin, le abrazó estrechísimamente, y le dixo: ¡O querido sobrino Diego, con que al cabo has vuelto á ver á tus Dioses Penates, y el cielo te ha restituido bueno y sano á tu familia! ¡O dia tres y quatro veces beato! *albo dies notanda lapillo.* Muchas novedades encontrarás en la parentela. Tu tio Pedro, aquél ingenio espanta-Madrid, ya es víctima de Pluton: tres meses há que murió. Hombre avariento, que toda su vida estuvo temiendo que le habian de faltar siete pies de tierra para enterrarse: *árgenti pallebat amore.* Tenia muchas pensiones de los Grandes, y no gastaba diez doblones al año para comer y vestirse. No daba de comer al único criado que le servia. Mas insensato que aquel Griego Aristipo, el qual, caminando por los desiertos de Lybia, hizo á sus esclavos que dexasen en ellos todas las grandes riquezas que llevaban, alegando que aquella carga les incomodaba en la marcha, amontonaba toda la plata y todo el oro que podia haber á las manos. Mas ¿para qué? Para que lo gozasen sus herederos, á quienes no podia sufrir. Dexó á su muerte treinta mil ducados, que se repartieron entre tu padre, tu tio Beltran, y yo. Todos nos hallámos en estado de pasarlo bien. Mi hermano Nicolas acomodó ya á su hija Teresa, que acaba de casarse con el hijo de uno de nuestros Alcaldes: *connubio*

junxit stabili , propriamque dicavit. Este himenéo, concluido baxo los mas felices auspicios, es el que ahora celebrámos con todo el aparato que ves. Hicímos levantar estas tiendas de campaña en esta llanura. Los tres herederos de Pedro costeamos cada uno la suya; y cada uno costéa tambien la fiesta del dia. Hubiera celebrado mucho que tú hubieses llegado ántes para que gozases de todas. Antes de ayer, dia en que se celebró el matrimonio, corrió tu padre con el gasto. Dió una soberbia comida, y despues hubo parejas, y se corrió sortija. Tu tio el mercader tomó de su cuenta el dia de ayer, y nos regaló con una bellísima fiesta pastoral. Vistió de pastores á los diez muchachos mas lindos y mas agraciados del Lugar, y de pastoras á las diez muchachas mas bellas y mas aseadas que habia en todo Olmedo, empleando en engalanarlas las cintas mas ricas y los mas preciosos dijes que se hallaron en su tienda. Toda aquella brillante juventud hizo mil graciosísimas danzas, cantando despues otras tantas letrillas muy chuscas, tiernas y amorosas. Y aunque no parecia posible cosa mas divertida, con todo eso no dió gran golpe; sin duda porque en Castilla la Vieja todavia no hémos tomado el gusto á las pastorelas.

Hoy lo he tomado yo de mi cuenta, y pienso divertir á los vecinos de Olmedo con un espectáculo todo de mi invencion: *finis coronabit opus.*

opus. Mandé alzar un teatro, en el qual, con la ayuda de Dios, haré representar por mis discípulos una de mis tragedias, intitulada: *Los pasatiempos de Mulei-Bugentuf*, *Rey de Marruécos.* Se executará con el mayor primor, porque entre los muchachos los hay que declaman como los mas célebres comediantes de Madrid. Son todos hijos de familia, naturales de Peñafiel y de Segovia, y los tengo en mi casa á pupilo. ¡Excelentes representantes! Verdad es que los he enseñado yo. Su declamacion está acuñada en cuño maestro, *ut ita dicam.* En quanto á la tragedia no te quiero hablar de ella, puesto que la has de oir, por no privarte del placer de la sorpresa. Solo diré sencillamente que hará arquear las cejas á todos los espectadores. Es uno de aquellos sucesos trágicos que ponen toda el alma en comocion, por las terribles imágenes de la muerte que presentan á la fantasía. Yo siempre he sido de la opinion de Aristóteles, que es necesario excitar el terror. ¡Ah! Si yo me hubiera dedicado al teatro nunca saldrian á él sino heroes sanguinarios y Príncipes asasinos. Me bañaria siempre en sangre. En mis tragedias se verian morir no solo á los primeros personages, sino hasta las mismas guardias. ¿Qué digo *hasta las mismas guardias*? Haria tambien degollar al mismo apuntador. En fin solo me agrada lo terrible: este es todo mi gusto. De esta manera los poemas de esta especie

se

mismo por su mano fuego á un palacio aislado, donde estaban encerradas, y juntamente con él las reduxo todas á ceniza. Los esclavos Moros y los Oficiales Portugueses estaban representados por unas figuras de paja hechas con algun primor; y el palacio, que era de carton, se aparentaba abrasado por un fuego artificial. Este incendio, acompañado de lastimosos gritos, que parecian salir de en medio de las llamas, dió fin á la tragedia, y cerró el teatro de una manera patética y divertida. Resonáron en toda la llanura los *vivas* y los aplausos con que fué celebrado un drama de tan ingeniosa invencion: lo que acreditó el buen gusto del poeta, y su singular acierto en la eleccion y oportunidad de los asuntos.

Creía yo que ya nada habia que ver despues de los *pasatiempos de Mulei-Bugentuf*; pero engañéme como hombre. Anunciaronnos un nuevo espectáculo los timbales y las trompetas. Era esta la distribucion de los premios, porque Tomas de la Fuente, para mayor solemnidad de la fiesta, á todos sus discípulos, así pupilos como los que no lo eran, los habia hecho trabajar varias composiciones, y en aquel dia se habian de repartir los premios á los mas sobresalientes, consistiendo aquellos en ciertos libros que el mismo preceptor á costa suya habia ido á comprar á Segovia. De repente, pues, se dexáron ver en el teatro dos ban-

bancos largos de escuela, y un armario ó estante lleno de libros pequeños, enquadernados en papel pintado con bastante aseo. Entónces todos los actores y compositores se presentáron en la scena, y formaron un semicírculo delante del señor Tomas, el qual se dexaba ver con tanta gravedad y autoridad como pudiera el Prefecto de un Colegio. Tenia en la mano la lista de los nombres de los que debian ser premiados. Entregósela al Rey de Marruécos, acompañandola con una profunda reverencia, y aquel Monarca la comenzó á leer en alta voz, llamando uno por uno á los que estaban nombrados para recibir el premio. Cada qual iba con el mayor respeto á recibir su libro de la mano del pedante, inclinándose profundamente al ir y al volver, quando pasaban delante del Monarca Marroquí. Juntamente con el libro se les coronaba á todos con una guirnalda de laurel, y despues se iban sentando en unos taburetes colocados junto al borde del teatro, para que fuesen vistos, aplaudidos y admirados de todos, pero particularmente de sus madres, amigos y parientes. Por mas cuidado que puso el Preceptor en que todos quedasen contentos, no lo pudo conseguir; porque observándose que la mayor parte de los premios habian tocado á los pupilos, como regularmente se practica, las madres de los otros discípulos lo llevaron muy á mal, entráron en cólera, y acusáron al maes-

maestro de parcialidad ; y tanto , que una fiesta tan gloriosa y tan alegre hasta aquel punto, faltó poco para que no se acabase tan desgraciadamente como el festin de los Lapithas.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

AVEN-

AVENTURAS DE GIL BLAS DE SANTILLANA.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

Llegada de Gil Blas á Madrid, y primer amo á quien sirvió allí.

Detúveme algunos dias en casa del barbero; y juntéme despues con un mercader de Segovia que pasó por Olmedo. Habia ido á Valladolid con quatro mulas cargadas de varios géneros, y se volvia á su casa con todas ellas vacías. Hízome montar en una, y contraxímos tanta amistad en el camino, que quando llegámos á Segovia quiso absolutamente que me hospedase en su casa. Dos dias descansé en ella, y quando me vió resuelto á partir para Madrid me dió una carta, encargándome mucho que la entregase yo mismo en mano propia, sin decirme que era una carta de recomendacion. Hícelo así, poniéndola yo mismo en las manos del señor Mateo Melendez. Era este un mercader de paños, que vivia en la Puerta del Sol. Apénas abrió el pliego y leyó su contenido, quando me dixo con un modo muy cordial y gracioso: señor Gil Blas, mi corresponsal Pe-

dro Palacios me recomienda la persona de Vmd. con tan vivas expresiones, que no puedo dexar de ofrecerle un quarto en mi casa. Ademas de eso me suplica que le solicite una buena conveniencia, cosa de que me encargo con gusto, y con esperanza de que no me será muy dificil colocar á Vmd. ventajosamente.

Acepté la generosa oferta de Melendez sin hacer del quixote ni del melindroso, con tanto mayor gusto quanto veia que mis provisiones poco á poco se iban disminuyendo; pero no le fui gravoso largo tiempo. Pasados ocho dias me dixo que acababa de proponerme á un caballero amigo suyo, que tenia necesidad de un ayuda de cámara, y que, segun todas las señas, no se me escaparia esta conveniencia. Con efecto, habiéndose dexado ver el tal caballero en aquel mismo momento: señor, le dixo Melendez tomandome por la mano, este es aquel mozo de quien hablámos poco há, de cuyo proceder me constituyo por fiador, como pudiera del mio mismo. Miróme atentamente el caballero, y respondió que le gustaba mi fisonomía, y que desde luego me recibia en su servicio. Sígame, añadió, que yo le instruiré en lo que deberá hacer. Diciendo esto se despidió del mercader, y me llevó consigo á la calle Mayor, frente por frente de San Felipe. Entrámos en una casa muy buena, donde él ocupaba un quarto: subímos una escalera, y á cinco ó seis pasos de ella me introduxo en una sala cerrada con

dos

dos buenas puertas, en la primera de las quales habia una rejilla de hierro para ver á los que llamaban ántes de abrir. Pasamos despues á otra sala, donde, por no haber alcoba, tenia su cama con otros varios muebles mas aseados que preciosos.

Si mi nuevo amo me habia considerado bien en casa de Melendez, tambien yo le exâminé á él con particular atencion. Era un hombre como poco mas de cinqüenta años, de un ayre frio y serio. Parecióme de buen natural, y no formé mal concepto de él. Hízome muchas preguntas acerca de mi familia, y satisfecho con mis respuestas: Gil Blas, me dixo, yo contemplo que eres un mozo de entendimiento y juicio, y me alegro mucho de tenerte en mi servicio. Por tu parte espero que estarás contento de tu condicion. Cada dia te daré seis reales para que comas y te vistas, sin perjuicio de otros gages y provechos que podrás tener conmigo. Yo no soy hombre que dé mucha molestia á los criados: nunca como en casa, siempre como con mis amigos. Por la mañana no tienes otra cosa que hacer sino limpiar bien mis vestidos; lo restante del dia eres libre, y podrás hacer lo que quisieres: basta que por la noche te retires á casa á buena hora, y me esperes á la puerta de mi quarto: esto es todo lo que exîjo de tí. Despues de haberme dado esta instruccion sacó seis reales del bolsillo y me los entregó para empezar á cumplir nuestro

tra-

tratado. Salímos los dos juntos, cerró él mismo las puertas, llevóse consigo la llave, y me dixo: no tienes que seguirme, y puedes irte á donde te diere la gana; pero cuidado que te encuentre en la escalera quando vuelva á casa por la noche. Diciendo esto partió él, y me dexó que dispusiese de mí como mejor se me antojase.

Vamos claros, Gil Blas, (me dixe entónces á mí mismo) que no te era posible encontrar amo mejor. Tú sirves â un hombre que por limpiar sus vestidos, hacerle la cama, y barrer su quarto por la mañana te da seis reales cada dia, con libertad de hacer despues lo que quisieres, ni mas ni ménos como un estudiante en tiempo de vacaciones. A fe que no será fácil encontrar otra conveniencia igual. Ya no me admiro del hipo que tenia por venir á Madrid, sin duda era presagio de la fortuna que me esperaba. Pasé todo el dia en andar de calle en calle, viendo muchas cosas que me cogian de nuevo, y que no me daban poca ocupacion. Por la noche cené en un meson, poco distante de nuestra casa, y prontamente me retiré al sitio donde el amo me habia ordenado le esperase. Llegó tres quartos de hora despues, y pareció contento de mi puntualidad. Muy bien, me dixó, esto me gusta, yo quiero criados que sean atentos y exâctos en hacer lo que les mando. Dicho esto abrió las puertas del quarto, cerrólas tras de nosotros, y como nos hallá-
ba-

bamos á obscuras hizo fuego con un eslabon, y encendió un velon. Ayudéle despues á desnudar, y luego que se metió en la cama encendí por su órden una lamparilla que estaba en la chimenea, tomé el velon y llevélo á la antesala donde me acosté en una camita ó catre sin colgadura ni cortinas. Al dia siguiente se levantó entre nueve y diez de la mañana: acepillé sus vestidos, dióme mis seis reales, y despidióme hasta la noche. Salióse fuera de casa, sin descuidarse de cerrar bien las dos puertas, y ételе aquí que uno y otro nos separámos para todo lo restante del dia.

Tal era nuestra vida, que á mí me parecia muy dulce y muy acomodada. Lo mas gracioso de todo era, que yo aun no sabia como se llamaba mi amo. Melendez lo ignoraba tambien. Solo conocia al tal caballero por uno de tantos como concurrian á su lonja á comprar géneros de los que vendia. Ni los vecinos pudiéron tampoco satisfacer mi curiosidad. Aseguráronme todos que no sabian de qué clase de hombres era mi amo, aunque habia dos años que habitaba en aquel barrio. Dixéronme que no trataba con ninguno de los vecinos, y algunos, acostumbrados á juzgar mal de todo temerariamente, inferian de esto que era un hombre de quien no se podia hacer juicio alguno bueno. Con el tiempo se adelantó mas: sospechóse fuese una espía de Portugal; y alguno me advirtió con caridad que corria yo

gran

gran peligro de visitar los calabozos de Madrid, no mejores, segun infiero, que los demas. Mi inocencia no me podia asegurar, pues no bastaba esta para no tener miedo á la Justicia. Habia probado dos ó tres veces que si la Justicia no quitaba la vida á los inocentes, á lo ménos no era la que mejor guardaba con ellos las leyes de la hospitalidad, y que siempre es gran desgracia hospedarse en su casa, aunque sea por poco tiempo.

Consulté con Melendez lo que debia hacer en tan criticas y delicadas circunstancias; pero no supo qué consejo darme. No podia creer que mi amo fuese espía, mas tampoco tenia razon fuerte y positiva para negarlo. Tomé, pues, el partido medio de observar bien todos sus pasos, y si descubriese que verdaderamente era un enemigo del Estado abandonarle enteramente; pero al mismo tiempo me pareció que la prudencia y lo bien hallado que estaba con él, pedian que caminase con el mayor tiento y circunspeccion en poner en práctica lo que habia determinado hasta asegurarme de la verdad. Comencé, pues, á exâminar todas sus acciones y movimientos, y para sondearlos mejor: señor (le dixe una noche miéntras le estaba desnudando) no sabe un hombre como ha de vivir para librarse de las malas lenguas. El mundo está perdido, y nosotros tenémos unos vecinos que no valen un demonio. ¡Malditas bestias! No creerá su merced como hablan de no-

so-

sotros. Y bien, Gil Blas, me respondió, ¿ qué es lo que pueden decir? Ah, señor, repliqué yo, á la murmuracion nunca le falta asunto. Encuéntralos ó los sueña hasta en la misma virtud. ¿No es bueno que nuestros vecinos tengan aliento para decir que nosotros somos gente peligrosa, y que la Corte nos observa con particular atencion? En una palabra, dicen que su merced es espía del Rey de Portugal. Entónces levanté los ojos y le miré fijamente á la cara, como Alexandro á su Médico, para notar el efecto que producia lo que acababa de decirle. Parecióme que se turbaba algun tanto, lo que era una gran confirmacion de lo que decia la vecindad; y noté que poco despues se quedó pensativo y cabizbaxo, lo que tampoco interpreté muy favorablemente. Así estuvo por un breve rato; pero luego, como quien vuelve en sí, me dixo con voz y semblante muy tranquilo: Gil Blas, dexémos á los vecinos que digan lo que quisieren; nuestra quietud no ha de depender de sus malignas boconadas. No hagámos caso de lo que dicen los hombres, miéntras no démos motivo á que lo digan.

Acostóse despues con mucha paz, y yo hice lo mismo sin saber á qué habia de atenerme. Al dia siguiente, quando nos estábamos disponiendo para salir de casa, oímos llamar fuertemente á la primera puerta de la escalera. Abrió el amo la segunda, y mirando por la rejilla, vió un hombre bien vestido, que le dixo:

xo : señor caballero, yo soy alguacil, y vengo de parte del señor Corregidor á decir á Vmd. que su Señoría desea hablarle dos palabras. ¿Qué me quiere el señor Corregidor? respondió mi amo, no sin algun desabrimiento. Eso es lo que yo no sé, replicó el alguacil; pero no tiene Vmd. mas que ir á su casa, y muy presto lo sabrá. Servidor del señor Corregidor, repuso su merced; yo no tengo que hacer con su Señoría. Diciendo estas palabras cerró enfadado la segunda puerta, y comenzándose á pasear por el quarto en tono de un hombre, segun lo que á mí me parecia, á quien habia dado mucho en que pensar el recado del alguacil, me puso en la mano mis seis reales, y me dixo : amigo Gil Blas, tú te puedes ir á pasear donde quisieres, que yo no pienso salir de casa tan presto, y en toda esta mañana no te hé de menester. Persuadíme al oir estas palabras que tenia miedo de que le prendiesen, y que por eso no queria salir á la calle. Dexéle, pues; y para ver si me engañaba en mi sospecha me escondí en cierto parage, de donde podia observar si salia ó no salia. Hubiera tenido paciencia para mantenerme allí toda la mañana, si él mismo no me hubiera aliviado de este trabajo; pues pasado una hora le ví salir, y presentarse en la calle con un desembarazo y con un ayre de seguridad, que dexó confundida mi penetracion. Mas no me deslumbráron estas apariencias; ántes bien ellas mismas me hicié-

ciéron entrar en mayor desconfianza. Parecióme que todo aquello podia muy bien ser afectado, y aun llegué casi á creer que se habia detenido en casa aquel tiempo para recoger sus joyas y su dinero, y que probablemente iba á ponerse en seguro con la fuga. Perdí la esperanza de volverle á ver, y aun dudé si iria aquella noche á esperarle en la puerta de la escalera: tan persuadido estaba á que saldria aquel dia de Madrid para librarse del peligro que le amenazaba. Sin embargo no dexé de ir á esperarle, y me sorprendió quando le ví volver como acostumbraba. Acostóse sin la menor señal de cuidado ni inquietud; y por la mañana se levantó y se vistió con la mayor tranquilidad.

No bien habia acabado de vestirse quando llamaron de repente á la puerta. Fué él mismo á reconocer por la rejilla quien llamaba. Vió que era el alguacil del dia antecedente; preguntóle qué se le ofrecia, y el alguacil respondió que abriese al señor Corregidor. Al oir esto se me heló toda la sangre de las venas. Tenia yo concebido un endiablado miedo y mas que pánico terror á toda esta casta de páxaros desde que habia tenido la desgracia de caer en sus manos; y en aquel momento quisiera estar cien leguas distante de Madrid. Pero mi amo, que no era tan espantadizo ni tan meticuloso como yo, abrió la puerta con sosiego y recibió al señor Corregidor con el debido respeto. Ya ve Vmd. (dixo á mi amo) que

no vengo á su casa con grande acompañamiento, porque nunca he gustado de hacer las cosas con estruendo. Sin hacer caso de los rumores poco favorables á Vmd. que corren por el pueblo, me ha parecido que su persona era acreedora á ser tratada con atencion. Sírvase Vmd. decírme como se llama, quien es, y que hace en Madrid. Señor, le respondió mi amo, mi nombre es Don Bernardo de Castelblanco, familia conocida en Castilla la Nueva. Mi ocupacion en Madrid se reduce á pasearme, freqüentar los teatros, y divertirme con algunos pocos amigos, gente toda muy honrada, de honesta y grata conversacion. Sin duda (preguntó el Juez) que tendrá Vmd. una grande y gruesa renta. No señor (repuso mi amo) no tengo rentas, ni tierras, y ni aun casa. ¿Pues de qué vive Vmd.? (le replicó el Corregidor.) De lo que voy á mostrar á V. S., respondió Don Bernardo; y al mismo tiempo levantó un tapiz, y abrió una puerta que estaba tras de él, sin que yo la hubiese observado, y luego otra que estaba despues de aquella, é hizo entrar al Juez en un gabinete, donde habia un gran cofre todo lleno de oro, que quiso viese con sus mismos ojos.

Ya sabe V. S., le dixo entonces, que nosotros los castellanos somos por lo general poco amigos del trabajo; mas por grande que sea la aversion con que otros le miran, puedo asegurar que ninguna es comparable con la mia.

Ten-

Tengo un fondo de pereza y de holgazanería tal, que me hace incapaz de todo empleo y cuidado. Si quisiera canonizar mis vicios dándolos el nombre de virtudes, diria que mi pereza era una indolencia filosófica, un rasgo del espíritu desengañado de lo que el mundo solicita y busca con tanto ardor; pero debo confesar su buena fe, que soy aragan y perezoso por temperamento, tanto que si me viera precisado á trabajar para comer, creo que me dexaria morir de hambre. En virtud de esto, á fin de pasar una vida que se acomodase con mi humor, para no tener el trabajo de cuidar de mi hacienda, y mucho mas por no tener que lidiar con administradores ni mayordomos, convertí en dinero contante todo mi patrimonio, que consistia en muchas posesiones considerables. Cinqüenta mil ducados en oro hay en este cofre, lo que basta, y aun sobra, para lo que puedo vivir, aunque pase de un siglo, pues no llegan á mil los que gasto cada año, y cuento ya diez lustros de edad. No me da cuidado lo futuro, porque, gracias al cielo, no adolezco de alguno de aquellos tres vicios, que comunmente arruinan á los hombres. Soy poco inclinado á comilonas y meriendas: juego poco, y por mera diversion; y estoy ya muy desengañado de las mugeres. No temo que en mi vejez me cuenten entre el número de viejos lascivos, á quienes las mozuelas venden sus mentidos é interesados favores á precio de oro.

¡Oh

¡Oh y qué dichoso es Vmd.! exclamó el Corregidor. Tenianle contra toda razon por una espía, personage que de ningun modo podia convenir á un hombre de su carácter. Prosiga Vmd., Don Bernardo, en vivir como ha vivido hasta aquí. Tan léjos estaré de turbar sus dias tranqüilos y serenos, que desde luego los envidio, y me declaro por su defensor. Pídole á Vmd. su amistad, y yo le ofrezco la mia. ¡Ah señor! exclamó mi amo penetrado de tan atentas como apreciables palabras, acepto el precioso don que V. S. me ofrece. Su amistad es la mayor de mis riquezas, y el último complemento de mi felicidad. Despues de esta conversacion, que el alguacil y yo oímos desde la puerta del gabinete, el Corregidor se despidió de mi amo, que no hallaba expresiones para manifestarle su reconocimiento. Yo de mi parte, por imitar á mi amo y ayudarle á hacer los honores de la casa, harté al alguacil de cortesías y profundas reverencias, aunque en el corazon le miraba con aquel desprecio y aquella aversion con que todo hombre de bien mira á un alguacil.

CAPITULO II.

De la admiracion que causó á Gil Blas el encuentro con el Capitan Rolando, y de las cosas curiosas que le contó aquel vandolero.

Quando Don Bernardo de Castelblanco hubo des-

despedido al Corregidor acompañandole hasta la calle, volvió prontamente y con toda priesa á cerrar el cofre y todas las puertas que le aseguraban. Hecha esta diligencia salió de casa muy contento por haber adquirido tan importante amistad, y yo no ménos alegre por ver asegurados ya mis seis reales. La gana que tenia de contar esta aventura á Melendez me obligó á enderezarme á su casa; pero quando estaba ya cerca de ella me encontré con el capitan Rolando. No puedo explicar lo sorprendido que quedé con este encuentro, ni pude ménos de estremecerme y de temblar á su vista. Conocióme desde luego, acercóse á mí gravemente, y conservando todavia cierto ayrecillo de superioridad, me ordenó que le siguiese. Obedecíle temblando, y en el camino iba diciendo entre mí mismo: ¡pobre de mí! ahora querrá que le pague todo lo que le debo. ¿Dónde me llevará? puede ser que tenga aquí alguna cueva obscura. No lo creo; pero si lo creyera en este mismo punto le haria ver que no tengo gota en los pies. Con estos pensamientos iba andando tras de él, muy atento á observar el sitio donde paraba, con resolucion de alejarme de él á carrera tendida por poco sospechoso que me pareciese.

Presto me sacó Rolando de este cuidado, y me disipó todo temor. Entróse en el figon mas famoso de Madrid, seguíle yo, mandó traer el mejor vino, y ordenó que se dispusiese comida

da para los dos. Miéntras se disponia nos metímos en un quarto, y así que Rolando se vió solo conmigo me habló de esta suerte. Sin duda, Gil Blas, que estarás muy admirado de verte aquí con tu antiguo comandante; pero aun te has de admirar mas quando me hayas oido lo que te voy á contar. El dia que te dexé en la cueva, y partí con mis compañeros á Mansilla para vender las mulas y caballos que habíamos robado la noche anterior, encontrámos al hijo del Corregidor de Leon, acompañado de quatro hombres á caballo, todos bien armados, que seguian su coche. Acometímoslos: hicímos morder la tierra á dos de ellos, los otros dos huyeron á quatro pies. Temiendo el buen cochero por su amo, nos suplicó con lágrimas que por amor de Dios tuviésemos piedad, y no quitásemos la vida al hijo único del señor Corregidor de Leon. Estas palabras, en vez de enternecer á mis compañeros, les irritó mucho mas. Señores, dixo uno, no dexémos escapar al hijo del enemigo mas mortal de los de nuestra profesion. ¿A quántos de estos no ha hecho morir su padre? Venguémosles, y sacrifiquémos esta victima á sus cenizas. Todos los demas aplaudieron tan inhumano consejo; y hasta mi teniente se disponia ya á ser el gran sacerdote en aquél sangriento sacrificio si yo no le hubiera detenido el brazo. Detente le dixe, ¿á qué fin derramar sangre sin necesidad? Contentémonos con el bolsillo de este pobre mozo, y pues

pues no hace resistencia, seria una barbaridad el matarle. Fuera de que el hijo no es responsable de las acciones de su padre, y ni aun el padre en condenarnos á muerte hace mas que cumplir con la obligacion de su oficio, así como nosotros cumplimos con la del nuestro en robar á los caminantes y pasageros.

Intercedí, pues, por el hijo del Corregidor, y no le fué inútil mi intercesion. Cogímosle todo el dinero, juntamente con los caballos de los dos hombres que habian muerto en la refriega, y vendímoslos en Mansilla con los demas que conduciamos. Volvímonos despues á nuestro soterraneo, donde arribámos al dia siguiente poco ántes de amanecer. No quedamos poco sorprendidos quando vímos levantada la trampa, y mucho mas quando encontramos á Leonarda fuertemente amarrada en la cocina. Contónos en dos palabras todo lo sucedido, y nos admiramos mucho de que hubieses podido engañarnos; pero te perdonamos la burla en gracia de la invencion. Luego desatamos á la cocinera, la dí órden de que nos dispusiese de comer. Entre tanto fuímos á la caballeriza á cuidar de los caballos, y encontrámos casi espirando al viejo negro, que en veinte y quatro horas no habia probado bocado, ni visto persona alguna que le socorriese. Deseábamos darle algun alivio, pero habia perdido ya todo conocimiento, y nos pareció caso tan desesperado, que, á pesar de nuestra buena voluntad abandonámos

aquel

aquel pobre diablo entre la vida y la muerte. No por eso dexámos de sentarnos á la mesa, y despues de haber almorzado opiparamente nos retirámos á nuestros quartos, donde estuvímos durmiendo ó descansando todo el dia. Quando despertámos nos dixo Leonarda que ya habia muerto Domingo. Llevámos el cadáver á la cámara ó cueva donde te acordarás que dormias, y allí le hicímos los funerales, como si hubiera sido uno de nuestros compañeros.

Cinco ó seis dias despues sucedió que queriendo hacer una salida, encontrámos muy de mañana á la entrada del bosque tres brigadas de la santa Hermandad, que al parecer nos estaban esperando para acometernos. Al principio no descubríamos mas que una. No la temímos, y aunque superior en número á nuestra tropa, la atacámos; pero al mismo tiempo que estábamos peleándo con ella, las otras dos, que habían hallado modo de mantenerse emboscadas, se echaron de repente sobre nosotros, y nos rodeáron de manera que de nada nos sirvió nuestro valor. Fuénos necesario ceder al número de los enemigos. Nuestro teniente, y dos de nuestros camaradas muriéron en la funcion. Los otros dos y yo, embueltos y encerrados por todas partes, nos vímos precisados á rendirnos; y miéntras las dos brigadas nos llevaban presos á Leon, la tercera fué á cegar y destruir la cueva, que habia sido descubierta de este modo. Atravesando el bosque un labrador de

de las inmediaciones para volver á su casa, vió por casualidad alzada la trapa de la cueva, que dexaste abierta el mismo dia que te escapaste con la dama : sospechó que aquella era nuestra habitacion, y no teniendo valor para entrar en ella se contentó con observar bien sus contornos ; y para acertar mejor con el sitio descortezó ligeramente algunos árboles vecinos, y otros mas de trecho en trecho, hasta que se vió fuera del bosque. Pasó despues á Leon, dió parte de aquel descubrimiento al Corregidor, cuyo gozo fue mucho mayor, por quanto estaba informado de que su hijo habia sido robado por nuestra compañía. El Corregidor hizo juntar las tres brigadas y las dió por guia al labrador que habia descubierto el soterraneo.

Mi arribo á la Ciudad de Leon fué un grande espectáculo para todos los vecinos. Aunque yo hubiera sido un general enemigo hecho prisionero de guerra no hubiera sido mayor la curiosidad con que todos corrian y se atropellaban por verme. Aquel es, decian, aquel es el capitan, y el terror de toda esta tierra. Merecia ser atenazeado, y no ménos sus dos compañeros. Presentáronnos al Corregidor, que desde luego comenzó á insultarme. Ya lo ves, malvado, me dixo, el cielo cansado de tus delitos te ha abandonado á mi justicia. Señor (le respondí) es cierto que he cometido muchos ; pero á lo ménos no tengo que acusarme el de haber quitado la vida al hijo de V. S. Si vive, á

mí me lo debe, y me parece que este servicio es acreedor á algun reconocimiento. ¡ Ah miserable! (replicó) sin duda que estaria bien empleado un proceder generoso con hombres de tu carácter. Y aun quando yo te quisiera perdonar, ¿me lo permitiria por ventura la obligacion de mi empleo? Despues de decir esto nos mandó encerrar en un calabozo, donde no dexó pudrir á mis compañeros. Salieron de él al cabo de tres dias para representar un papel un poco trágico en medio de la plaza. Por lo que toca á mí estuve tres semanas enteras en la prision. Tuve por cierto que se dilataba mi suplicio para hacerle mas terrible, y en fin cada dia estaba esperando un nuevo género de muerte, quando al cabo mandó el Corregidor que me llevasen á su presencia, y estando en ella me dixo: oye tu sentencia. Quedas libre. Si no fuera por tí mi hijo hubiera sido asasinado en medio de un camino. Como padre deseaba agradecerte este gran servicio; pero no pudiendo absolverte como Juez, escribí á la Corte en tu favor. Pedí al Rey el perdon de tus delitos, y le conseguí. Vete donde quisieres; pero créeme (añadió) aprovéchate de tan feliz como no esperado suceso. Entra en tí, y abandona para siempre esa desgarrada vida.

Atravesado el corazon con estas últimas palabras, tomé el camino de Madrid, con resolucion de vivir tranquila y dulcemente en esta Villa. Encontré ya muertos á mis padres, y su he-

herencia en manos de un viejo pariente nuestro, que me dió aquella cuenta fiel que acostumbran los tutores. Solo pude lograr tres mil ducados, que acaso no hacian la quarta parte de lo que debia heredar. ¿ Pero qué habia de hacer ? Nada adelantaria con ponerle pleyto sino tener de ménos todo lo que gastase en él. Por huir la ociosidad compré una vara de alguacíl ; y segun cumplo con mi empleo parece que no he tenido otro en toda mi vida. Mis nuevos compañeros se habrian opuesto á mi admision si hubieran sabido mi historia, pero por fortuna mia la ignoraban, ó (lo que viene á ser lo mismo) afectáron ignorarla, porque en aquel honrado cuerpo todo el mundo interesa mucho en que no se sepan sus hechos, sus virtudes y milagros. Por la misericordia de Dios ninguno tiene nada que echar en cara á los otros, porque el mejor es un diablo. Con todo eso, amigo mio (continuó Rolando) yo quiero descubrirte todo el interior de mi alma. No me gusta el oficio que he abrazado. Pide una conducta demasiadamente delicada y misteriosa, que solo da lugar á sutilezas y raposerías. ¡Oh y quanto echo de ménos mi antigua y noble profesion ! Confieso que es mas segura la nueva, pero es mas gustosa y divertida la otra, y yo soy amante de la alegría y de la libertad. Voy viendo que tengo traza de exônerarme de este empleo, y desaparecer una mañanita muy temprano para retirarme á las montañas que están

tán en el nacimiento del Tajo. Sé que hay allí una cierta madriguera, habitada por una valerosa tropa, llena de catalanes determinados, cuyo nombre solo es su mayor elogio. Sì me quieres seguir irémos á aumentar el número de aquellos grandes hombres. Me brindan con el empleo de segundo capitan de tan ilustre compañía; y haré que te reciban en ella, asegurándolos que diez veces te he visto combatir á mi lado, y ensalzaré hasta las nubes tu valor. Hablaré de tí como informa un General de un Oficial quando le quiere adelantar; pero me guardaré bien de tomar en boca la pieza que nos jugaste, porque esto te haria sospechoso, y así no diré palabra de la aventura consabida. Hora bien (añadió) ¿estás pronto á seguirme? Espero tu respuesta.

Cada uno tiene sus inclinaciones, respondí á Rolando. Vmd. es inclinado á las empresas arduas y peligrosas; yo á una vida tranquila y sosegada. Ya te entiendo, me interrumpió, aquella dama, cuyo amor te hizo emprehender lo que emprehendiste, te está todavía muy dentro del corazon; y sin duda que en su amable compañía gozas aquella vida tranquila y sosegada á que te llama tu inclinacion. Confiesa con sinceridad que despues de haberla restituido sus muebles estais comiendo juntos los doblones que recogísteis y robásteis de la cueva. Respondíle que estaba muy equivocado, y para desengañarle en pocas palabras le conté toda la his-

to-

toria de la dama, con todo lo demas que me habia sucedido desde que me escapé de su compañía. Al fin de la comida me volvió á hablar de los señores catalanes, y me confesó que estaba resuelto á ir á juntarse con ellos, volviéndome á dar otro tiento para persuadirme á que abrazase aquel partido. Pero viendo que no lo podia conseguir, me miró con un ayre fiero, y me dixo con cierta seriedad feroz: ya que tienes un corazon tan vil y baxo, que prefieres tu servil condicion al honor de entrar en la compañia de unos hombres valerosos, te abandono à la villanía de tus ruines inclinaciones. Pero escucha bien las palabras que voy á decirte, y grábalas profundamente en tu memoria. Olvida enteramente que me volviste á encontrar hoy, y jamas me tomes en boca con persona viviente de este mundo; porque si llego á saber que alguna vez has hablado de mí.... Ya me conoces, y no te digo mas. Al decir esto llamó al figonero, pagó la comida, y nos levantámos de la mesa para ir cada qual por su camino.

CAPITULO III.

Dexa Gil Blas á Don Bernardo de Castelblanco, y entra á servir á un petimetre.

Quando salímos del figon, y nos estábamos despidiendo uno de otro, pasaba mi amo por la calle. Vióme, y observé que mas de una vez se

se volvió á mirar con cuidado al capitan. Parecióme que le habia sorprendido el verme en compañía de semejante personage. A la verdad la traza de Rolando no excitaba ideas muy favorables de sus costumbres. Era un hombre muy alto, cara larga, y nariz de papagayo; y aunque no era desgraciada la figura, tenia no sé que trazas de un grandísimo bribon.

No me engañé en mi sospecha. Quando Don Bernardo se retiró á casa por la noche le hallé enteramente preocupado contra la catadura del capitan, y muy dispuesto á creer todas las cosas que yo le pudiera contar, si me hubiera atrevido á confesarlas. Gil Blas, me dixo, ¿quién era aquel paxarraco con quien te ví salir del figon? Respondíle que era un alguacil, y me imaginé que quedaria satisfecho con esta respuesta; pero me hizo otras muchas preguntas, y como me viese embarazado en las respuestas, porque me acordaba de las amenazas de Rolando cortó de repente la conversacion, y metióse en la cama. La mañana siguiente, luego que acabé de hacer las haciendas ordinarias, me entregó seis ducados en lugar de seis reales, y me dixo: toma, amigo, estos ducados por lo que me has servido hasta aquí, y vete á servir á otra casa, que yo no me puedo acomodar con un criado que cultiva tan honradas amistades. De pronto no me ocurrió otra cosa que decirle sino que habia conocido en Valladolid aquel alguacil, con motivo de haberle

asis-

asistido en cierta enfermedad quando exercitaba yo la medicina. ¡Bellamente! No se puede negar que es ingeniosa la salida; mas ¿por qué no respondiste anoche lo mismo en vez de turbarte y tragar saliva? Señor, le dixe, no me atreví á decirlo por prudencia, y esta es la verdad. Ciertamente, me replicó dándome cariñosas palmaditas en el hombro, que eso es ser prudente hasta lo sumo, y en verdad que yo no te tenia por tanto. Anda, hijo mio vete en paz, y date por despedido. Un criado que trata con alguaciles no es lo que me acomoda.

Partíme inmediatamente, y fuime en derechura á dar esta noticia á mi protector Melendez; el qual me dixo por consolarme que estaba haciendo diligencias para acomodarme en otra casa mejor. Con efecto pocos dias despues me dixo: amigo Gil Blas, muy léjos estarás tú de pensar en la fortuna que ahora voy á anunciarte. Tendrás el mejor puesto del mundo. Sábete que te he acomodado con Don Matias de Silva. Es un señor de la primera distincion, y uno de aquellos señoritos mozos que se llaman *petimetres*. Tengo la honra de ser su mercader. Acude á mi tienda por todo quanto se le ofrece: es verdad que todo va fiado, pero nada se va á perder nunca con estos señores. Comunmente se casan con herederas ricas, que pagan todas sus deudas; y quando esto nó, se les cargan los géneros á tan subido precio, que aunque no se cobre mas que la quarta parte de las

par-

partidas, siempre queda ganancioso el mercader que sabe su oficio. El mayordomo de Don Matias es amigo mio: vamos á buscarle, que él es quien te ha de presentar á su amo, y puedes estar seguro de que, por respeto mio, hará de tí particular estimacion.

Miéntras íbamos caminando al palacio de Don Matias me dixo el Mercader: paréceme muy conveniente que estés informado del carácter del mayordomo. Llámase Gregorio Rodriguez, y aquí para entre los dos, es un hombre nacido del polvo de la tierra, y sintiéndose con talento para el manejo económico siguió su inclinacion, y se ha enriquecido arruinando dos casas, cuyas rentas manejó. Te prevengo que es hombre muy vano, y gusta mucho de que los demas criados se le humillen. A él han de acudir todos los que pretenden alguna gracia del amo. Si alguno consigue algo sin su participacion, siempre tiene prontos mil artificios para hacer que se revoque la gracia, ó que le sea enteramente inútil. Ten esto presente para tu gobierno. Haz tu corte al señor Rodriguez, aun mas que á tu mismo amo, y no perdones á diligencia alguna para conservarte siempre en su gracia. Su amistad te será de gran provecho. Pagaráte exâctamente tu salario, y si logras merecer su confianza no se contentará con esto, porque tiene muchos arbitrios para dar en que ganar. Don Matias es un mozo que solo piensa en divertirse, y de nada ménos cuida que de

los

los intereses de su casa. Mas ahora si puede haberla mejor para tal mayordomo.

Luego que llegámos á la casa preguntámos si podiamos hablar al señor Rodriguez. Respondieronnos que sí, y que le encontrariamos en su quarto. Efectivamente le hallámos en él, y estaba con un labrador, que tenia en la mano un talego de terliz, lleno, á lo que parecia, de dinero. El mayordomo, que me pareció mas pálido y amarillo que una doncella cansada de su estado, se levantó apresurado, y corrió con los brazos abiertos á recibir á Melendez. El mercader espalancó tambien los suyos, y se abrazáron estrechísimamente, en cuyas demostraciones de amor habia, por lo ménos tanto artificio como verdad. Despues de esto se trató de mí. Rodriguez me exâminó de pies á cabeza, y me dixo con afabilidad y buena gracia que yo era el mismísimo que convenia á Don Matias, y que él tomaba á su cargo presentarme á este señor. Le significó el mercader lo mucho que se interesaba por mí, y suplicó al mayordomo que me tomase baxo su proteccion, y dexándome con él se retiró, despidiéndose con una multitud de cumplimientos. Luego que salió me dixo Rodriguez: yo te presentaré al amo despues que haya despachado á este pobre labrador. Acercóse al paysano, y tomándole el talego le dixo: veámos si están aquí los quinientos doblones. Contólos por su misma mano, y hallándoles justos, dió su recibo al labrador, y le despidió. Guardó

luego los doblones en el talego, y vuelto á mí: ahora podemos ir, me dixo, á ver al amo, que se estará vistiendo, porque no se levanta hasta medio dia, y ya es cerca de la una, que es la hora en que amanece en su quarto.

Con efecto acababa entónces de levantarse Don Matias. Estaba en bata, repantigado en una silla poltrona, con una pierna sobre el brazo de la silla, y era su ocupacion aderezar tabaco rapé. Hablaba con un lacayo que hacia oficio de ayuda de cámara interinamente. Señor (lé dixo el mayordomo) aquí está este mocito, que tengo el honor de presentar á V. S. para remplazar el criado que se sirvió despedir ántes de ayer. Su fiador es Melendez el mercader de V. S.: asegura que es un mozo de mérito, y yo creo que V. S. se hallará contento con él, y se dará por bien servido. Basta que tú me le presentes, respondió su señoría, para que yo le reciba; yo le declaro desde luego mi ayuda de cámara, y queda ya evacuado este negocio. Rodriguez, hablémos de otras cosas, pues has venido quando iba á mandar que te llamasen. Te voy á dar una mala nueva, mi caro Rodriguez. Anoche estuve muy desgraciado en el juego: perdí cien doblones que llevaba en el bolsillo, y otros docientos sobre mi palabra. Ya sabes lo necesario que es á personas de mi condicion pagar quanto ántes este género de deudas. Estas son propiamente las que el honor nos obliga á satisfacer con puntualidad: las otras basta que se paguen

quan-

Tom. I. fol. 250.



quando se pueda. Es preciso, pues, que busques en el dia docientos doblones, y se los envies á la Condesa de Pedrosa. Señor, respondió el mayordomo, es mas fácil decir que executar. ¿Dónde quiere V. S. que encuentre yo tanto dinero? No puedo cobrar un maravedí de sus arrendadores por mas amenazas que les hago; me es indispensable mantener la casa y la familia con toda la decencia que conviene; me cuesta sudores de sangre el hallar modo para soportar tanto gasto. Es verdad que hasta aquí, por la misericordia de Dios, le he podido soportar; pero no sé ya á qué Santo encomendarme, y me veo reducido al último apuro. Quanto estás hablando es inútil, respondió Don Matias, y todas esas noticias solo sirven de enfadarme. Rodriguez, no tienes que esperar que yo mude de conducta, ni que quiera tomar sobre mí el gobierno de mi hacienda. Por cierto que seria una muy buena diversion para un hombre como yo. ¡Paciencia! replicó el mayordomo: en tal caso estoy persuadido á que presto se veria V. S. libre de ese cuidado. Ya me cansas y me asasinas con tanta bachilleria, repuso enfadado el señorito. Déxame arruinar, sin que me lo recuerdes. Es menester, te digo, que busques esos docientos doblones; vuelvo á decir que es menester, y quiero absolutamente que los busques, y los halles. Voy, pues, dixo Rodriguez, á ver si los quiere dar aquel viejo que otras veces ha prestado dinero á V. S., aunque á crecida usura. Vé, y re-

recurre aunque sea al mismo diablo, respondió Don Matias: como yo tenga los docientos doblones, todo lo demas no me importa un bledo.

No bien acababa de decir estas palabras colérico y enojado, quando al irse el mayordomo entró en su quarto otro señorito mozo llamado Don Antonio Centellas. ¿Qué tienes, amigo? preguntó este á mi amo: parece que estás de mal humor; veo en tu semblante un cierto no sé qué, que me lo hace sospechar. Sin duda que te ha puesto así el bruto que acaba de salir de aquí. Es cierto, respondió Don Matias: es mi mayordomo, y siempre que viene á mi quarto me da un mal rato: no sabe hablar sino de mis negocios, y repite mil veces que me como mis rentas y me engullo el capital. ¡Gran bestia! Como si fuera él quien lo perdiese. Amigo, respondió Don Antonio, en el mismo caso me hallo yo. Mi mayordomo no es mas mirado que el tuyo. Quando el grandísimo ganapan, en fuerza de mis repetidas órdenes me trae algun dinera, no parece sino que me da lo que es suyo: me dice que me pierdo, que todas mis rentas están embargadas. Véome precisado á tomar yo la palabra para cortar la conversacion. Pero lo peor de todo es (dixo Don Matias) que no podémos vivir sin estas gentes, y que para nosotros es este un mal necesario. Convengo en eso, respondió Centellas... pero aguarda un poco (prosiguió reventando de risa) que ahora, ahora me ocurre un pensamiento muy gracioso

y

y nunca imaginado. Podémos hacer cómicas las scenas sérias que cada dia representámos con estos hombres, y que nos sirva de diversion lo mismo que nos da tanto enfado. Hagámoslo de este modo. Yo pediré á tu mayordomo el dinero que hubieres menester, y tú pedirás al mio el que yo necesitare. Dexarémoslos decir todo lo que quisieren, y nosotros los oirémos con orejas de mercader. Al cabo del año tu mayordomo me presentará sus cuentas, y el mio te dará las suyas. De esta manera yo solo oiré hablar de tus gastos, tú solo tendras noticia de los mios; y verás como nos divertirémos.

A esta ingeniosa invencion se siguieron mil chistosas agudezas, que alegráron á los dos señoritos, y uno y otro las lleváron adelante con mucho alborozo. Interrumpió Gregorio Rodriguez su alegre conversacion, entrando en la sala acompañado de un bejete tan calvo, que apénas se le descubria un cabello. Quiso despedirse Don Antonio, y dixo: á Dios, Don Matías, que presto nos volverémos á ver. Quiero dexarte con estos señores, con quienes quizá tendrás que tratar negocios serios. Nó, nó, respondió mi amo, estáte aquí, que tú en nada nos estorbas. Este buen viejo que ves es un hombre muy de bien, que me presta dinero á cinco por ciento. ¿Cómo *á cinco por ciento*? replicó Centellas como admirado. Vive Dios que has sido afortunado en caer en tan buena mano: yo compro el dinero á peso de oro, porque ninguno me le quiere

re prestar ménos que á un diez por ciento. ¡Qué usura! exclamó entónces el usurerísimo viejo, ¿tienen alma esos bribones? ¿creen por ventura que hay otro mundo? Ya no extraño que se declame tanto contra las personas que prestan á interes. El exôrbitante precio á que venden sus empréstitos es lo que nos desacredita á todos, quitándonos la honra y la reputacion: yo á lo ménos solo presto puramente por servir á los que se valen de mí, y si todos mis compañeros siguieran mi exemplo no estariamos tan desacreditados. Ah! si los tiempos presentes fueran tan felices como los pasados, tendria el mayor gusto de abrir mi bolsa y ofrecérsela á Vmd. sin el mas mínimo interes, pues aun en medio de mi pobreza casi tengo escrúpulo de prestar mi dinero á un miserable cinco por ciento. ! Mas ó Dios! parece que el dinero se ha vuelto á enterrar en las entrañas de la tierra: ya no se encuentra un ochavo, y su escaséz me obliga á ensanchar un poco las estrechas reglas de moral, que he procurado aprender para quietud de mi conciencia.

¿Quánto dinero ha menester V. S.? preguntó volviéndose hácia mi amo. Docientos doblones, respondió este. Quatrocientos traigo en un talego, dixo el usurero, contaré la mitad, y se la entregaré á V. S. Al mismo tiempo sacó de baxo de la capa un talego de terliz, que me pareció ser el mismo que aquel labrador acababa de dexar con quinientos doblones en el quar-

quarto de Rodriguez. Luego me ocurrió lo que debia pensar de aquella maniobra, y ví por experiencia la mucha razon con que Melendez me habia ponderado lo diestro que era el mayordomo en hacer su negocio. El viejo abrió el talego, vació los doblones sobre una mesa, y púsose á contarlos. La vista de toda aquella cantidad encendió la codicia de mi amo. Señor Dimas, dixo al usurero, ahora mismo me ocurre una reflexîon, que me parece cuerda. Verdaderamente yo era un pobre mentecato quando solo pedí á Vmd. el dinero que precisamente habia menester para desempeñar mi honor y mi palabra, no acordándome que me quedaba sin un ochavo para el gasto preciso de mi casa, y que mañana me veria precisado á recurrir á Vmd. Tomaré, pues, esos quatrocientos doblones sobre el mismo pié, para excusarle el trabajo de hacer otro viage á mi casa. Señor, respondió el viejo, es cierto que tenia destinada una parte de este dinero para un buen eclesiástico, heredero de grandes posesiones, que emplea quanto tiene en retirar del mundo á muchas pobres mugeres que peligraban en él, manteniéndolas despues en su retiro; mas una vez que V. S. necesita de esta cantidad, haí la tiene toda á su disposicion. Basta que V. S. se digne señalar hipotecas suficientes y libres para asegurar el capital y los réditos. ¡Oh! por lo que toca á la seguridad (interrumpió Rodriguez sacando del bolsillo un pliego de papel) la tendrá

drá Vmd. aun mayor de la que pudiera desear, solo con que el señor Don Matias se digne echar su firma en este papel. En virtud de él libra á vuestro favor quinientos doblones contra Talegon, arrendador de los estados de Mondejar. Me contento con él, replicó el usurero, porque no soy hombre que me haga de rogar. Entónces el mayordomo presentó una pluma á mi amo, que inmediatamente firmó, silvando miéntras firmaba, sin haberle siquiera leido, ni permitido que le leyesen el papel.

Concluido este negocio se despidió el viejo de Don Matias, y este le dió un estrecho abrazo, diciéndole: hasta la vista, señor Dímas, soy todo de Vmd. No sé cierto por qué son tenidos por bribones todos los de su oficio. Yo por mí juzgo que son unos entes muy necesarios al Estado: el consuelo de mil hijos de familia; y el recurso de todos los señores que gastan mas de lo que sufren sus rentas. Tienes razon, dixo entónces Centellas, los usureros son unos hombres de bien, que merecen ser muy estimados y honrados; y yo quiero abrazar tambien á este, que se contenta con un cinco por ciento. Diciendo esto se acercó al viejo para abrazarle, y los dos petimetres para divertirse se lo enviaban recíprocamente uno al otro, como si fuera una pelota. Despues de bien zarandeado le dexaron ir con el mayordomo, que merecia mejor aquellos zarandeos, y aun algunas cosas mas.

Luego que salió Rodriguez con el testaferro

ro de sus maldades envió Don Matias á la Condesa de Pedrosa la mitad de los doblones por mano de un lacayo que estaba conmigo en la antesala, y la otra mitad la metió en un bolsillo de seda y oro, que llevaba ordinariamente en la faldriquera. Contentísimo de verse con tanto dinero dixo muy alegre á Don Antonio: y bien, ¿en qué hemos de gastar el dia de hoy? Pensémoslo un poco, y tengámos entre los dos consejo privado. Que me place, respondió Centellas, que eso es ser hombre de juicio. Deliberémos pues. Quando iban á tratar de lo que habian de hacer entráron otros dos señoritos, poco mas ó ménos de la misma edad, uno de los quales se llamaba Don Alexo Seguier, y otro Don Fernando de Gamboa. Luego que se viéron juntos los quatro comenzáron á darse tantos abrazos y besos como si en diez años no se hubieran visto. Despues de esta ceremonia, Don Fernando, que era de natural muy alegre, dirigiendo la palabra á Don Matias y á Don Antonio: y bien señores (les dixo) ¿dónde pensais comer hoy? Si no estais empeñados os quiero llevar á una casita de los cielos, donde bebereis un vinito de los Dioses. Anoche cené en ella, y no salí hasta las cinco ó seis de la mañana. Ojalá hubiese yo tenido la misma prudencia, exclamó mi amo, pues así no hubiera perdido mi dinero.

Yo (dixo Centellas) quise tomarme anoche una nueva diversion, porque la variedad es ma-



dre de todo gusto. Llevóme un amigo á casa de uno de estos ricazos que hacen sus negocios manejando los del Estado; un asentista. En el adorno de la casa se veia magnificencia y eleccion de muebles exquisita; la mesa propiamente cubierta, y bien servida; pero descubrí en los dueños de la casa cierta especie de ridículo, que me divirtió infinitamente. El dueño, aunque de nacimiento baxo y de educacion grosera, afectaba modales caballerescas y á lo grande. Su muger, bien que horriblemente fea, se imaginaba adorable, y decia mil necedades, sazonadas con un acento vizcaíno que las daba un gran realce. Fuera de eso estaban sentados á la mesa quatro ó cinco niños con su Ayo. Considerad ahora quanto me divertiria aquella cena casera.

Pues yo, señores (dixo Don Alexo Seguier) cené con una comedianta, con Arsenia. Eramos seis de mesa: Arsenia, Florimunda, una niña amiga suya, maja de profesion, el Marques de Zenete, Don Juan de Moncada, y vuestro servidor. Pasamos la noche en beber y en decir equivoquillos galantes. ¡Pero qué noche! Es verdad que Arsenia y Florimunda no son grandes ingenios, ni de las mas agudas; pero ¿qué importa? Su desembarazo y desemboltura valen bien las mas delicadas agudezas. Son dos criaturas alegrísimas, vivacísimas y loquísimas; y estas me gustan mas que las juiciosas, modestas, y mas discretas del mundo.

CA-

CAPITULO IV.

Adquiere Gil Blas amistad con los criados de los petimetres; secreto que estos le enseñaron para lograr á poca costa la reputacion de hombre agudo; y singular juramento que á instancia de ellos hizo en una cena.

Prosiguiéron aquellos señoritos en divertirse de esta manera hasta que Don Matias, á quien yo ayudaba á vestir, se halló en tren de poder salir de casa. Díxome entónces que le siguiese; y todos los quatro petimetres tomáron juntos el camino de la casa donde habia ofrecido conducirlos Don Fernando de Gamboa. Comencé, pues, á marchar detras de ellos, juntamente con los otros tres criados, porque cada uno de los caballeritos llevaba el suyo. Observé con admiracion que los tales criados procuraban remedar en todo á sus respectivos amos, imitando su ayre y movimientos. Saludélos á todos, como un nuevo camarada suyo. Correspondiéronme de la misma manera, y uno de ellos, despues de haberme mirado atentamente por un breve rato, me dixo: hermano, conozco por toda tu traza que nunca has servido á ningun caballerito de esta especie. Es verdad, le respondí, porque há muy poco tiempo que llegué á Madrid. Así me lo parece á mi tambien,

bien, replicó él; todavia hueles á Provincia, porque te veo tímido, embarazado, y observo en la accion un no sé qué de aldeanismo, rusticidad y encogimiento. Pero no importa: yo te prometo sobre mi palabra que presto te desbastarémos y te pulirémos. Esa es lisonja, le repliqué. Nada de eso, me respondió. Está cierto y muy cierto que no hay hombre tan desaliñado y tan selvático á quien no sepámos pulir y desbastar.

No necesitó decirme mas para que yo conociese que estaba en la cofadría y en la hermandad de unos buenos hijos, no dudando ya que en breve tiempo me harian un mozo de todo garbo. Quando llegámos á la tal casa hallámos ya preparada la mesa y dispuesta la comida, que Don Fernando habia tenido cuidado de ordenar desde la mañana. Sentáronse á la mesa nuestros amos, y nosotros nos dispusimos á servirles. Comenzáron á comer y á chacharear con mucha alegria, y era para mí grandísima diversion el verlos y el oirlos. Su carácter, sus pensamientos y sus expresiones me divertian infinitamente. ¡Qué viveza! qué chistes! qué agudezas! me parecian unos hombres de diferente especie. Quando se sirviéron los postres y la fruta les presentámos muchas botellas de los mejores vinos extrangeros, y levantados los manteles nos retiramos los criados á otro quarto, donde habia mesa para nosotros.

Tardé poco en conocer que los caballeros criados de mi quadrilla eran hombres de mucho

cho

cho mayor mérito de lo que yo me habia imaginado. No se contentaban con imitar las modales de sus amos; afectaban tambien hablar el mismo lenguage, y los bellacos lo hacian tan á la perfeccion, que á la reserva de un cierto ayrecillo de nobleza, que no sabian imitar, en todo lo demas parecian los mismos. Admirábame su desenvoltura y su desembarazo; pero mucho mas me admiraba su prontitud y la agudeza de sus dichos, tanto que absolutamente desesperé de llegar nunca á parecerme á ellos. El criado de Don Fernando, en atencion á que su amo era el que regalaba á los nuestros, hacia los honores del festin, y llamando al dueño de la casa, le dixo: maestro Andres Mantuano, traednos diez botellas del vino mas generoso de España que tengais, y segun lo acostumbrado, cargadlas en la partida del que bebieron nuestros amos. Con mucho gusto, respondió él, pero, señor Gaspar, ya sabe Vmd. que el señor Don Fernando me está debiendo muchas comidas, si por medio de Vmd. pudiera cobrar algun dinerillo... ¡Oh! respondió el criado, no tengais pena por lo que se os debe. Yo salgo por fiador de que las deudas de mi amo son como plata quebrada. Es verdad que algunos acreedores han hecho seqüestrar nuestras rentas; pero mañana harémos que se levante el seqüestro, y sereis pagado de todo lo que contuviere la cuenta sin exâminarla. Tráxonos el vino, no embargante el seqüestro, y bebímos poderosamente miéntras llegaba el dia de

que

que esta se alzase. Eran de ver los bríndis que continuamente nos haciamos unos á otros, llamándonos recíprocamente por los nombres de nuestros respectivos amos. El criado de Don Antonio llamaba *Gamboa* al de Don Fernando, y el de Don Fernando llamaba *Centellas* al de Don Antonio, y á mí me llamaban *Silva*. Poco á poco nos fuímos todos emborrachando baxo estos nombres postizos; ni mas ni ménos como lo habian hecho nuestros señores amos baxo los suyos propios.

Aunque en la realidad no brillaba yo tanto como mis camaradas, sin embargo no dexáron de mostrarse bastante contentos de mí. Amigo Silva, me dixo uno de los ménos tartamudos, espero que harémos de tí algo de bueno. Veo que tienes fondo y genio, pero no sabes aprovecharte de él. El miedo de hablar mal te acobarda: no te atreves á hacerlo por temor de decir algun despropósito; con todo eso ¿ quántos pasan hoy en el mundo por hombres agudos é ingeniosos, solo porque se arriesgan á decir quanto se les viene á la boca, aunque digan tal vez cien disparates? Calificaráse de una noble viveza de espíritu tu mismo atolondramiento. Aunque digas mil impertinencias, como entre ellas se te escape algun dichíco agudo, se olvidarán las otras necedades, y solo se tendrá presente y se celebrará la tal agudeza, haciéndose un concepto superior de tu singular mérito. Esto y no mas hacen nuestros amos, y esto

y

y no mas debe hacer todo aquel que aspire á la reputacion de hombre de ingenio y chistoso.

Sobre que yo no aspiraba á otra cosa, el medio que me enseñaban para conseguirla me pareció tan fácil y practicable, que juzgué no debia despreciarle. Comencé á probarle inmediatamente, y no ayudó poco el vino que habia bebido para que no me saliese mal aquella primera prueba. Quiero decir que desde luego comencé á hablar á diestro y siniestro, y tuve la fortuna de mezclar, entre mil extravagancias, algunas agudezas, que me mereciéron grandes aplausos de toda la brigada. Llenóme de gran confianza este primer ensayo. Redoblé con tragos la charlanería para que me ocurriese algun conceptillo; y quiso la casualidad que no se malograsen mis esfuerzos.

Ahora bien, me dixo el que me habia dado la importantísima leccion, ¿no conoces tú mismo que ya empiezas á civilizarte? Aun no há dos horas que estás en nuestra compañía, y ya eres un hombre muy distinto del que eras. Cada dia te irás mejorando. Yá estás viendo y palpando qué cosa es esto de servir á caballeros y personas de calidad. Insensiblemente eleva y ennoblece el espíritu: efecto que no se experimenta en el servicio de gente baxa, y ni aun en la de mediana condicion. Sin duda, le respondí; y por tanto de hoy en adelante quiero consagrar mis servicios á la nobleza. ¡Bravo, bravo! exclamó el criado de Don Fernando, que ya estaba entre

tre dos vinos. No es dado á la gente baxa el tener pensamientos altos, ni genios superiores como nosotros. Ea, señores, añadió, alto todos, y hagamos juramento por la Laguna Stigia de no servir jamas á esa gentecilla de media braga. Reímonos mucho del pensamiento de Gaspar, celebrámosle, y con la botella en una mano y el vaso en otra, hicímos todos aquel bufonesco juramento.

Mantuvímonos sentados á la mesa hasta que plugo á nuestros amos retirarse, que fué á media noche, lo que á mis camaradas pareció un exceso de sobriedad. Verdad es que si los tales señoritos saliéron de allí tan temprano fué por ir á ver una maja que vivia en el barrío de Palacio, y que tenia su casa abierta dia y noche á toda la gente del bronce. Era una muger de treinta y cinco á quarenta años, perfectamente linda todavía, de singular atractivo, y tan diestra en el arte de agradar, (que segun se decia) vendia mas caros los rebuscos que lo que habia vendido las prímicias de su belleza. Vivian en la misma casa otras dos ó tres damas de la misma laya, que no contribuian poco al concurso de señores que en ella se veia. Poníanse á jugar despues de comer, cenaban allí, y pasaban la noche en beber y divertirse. Nuestros amos se detuvieron en la tal casa hasta el amanecer, y miéntras ellos se divertían con las damas de buen humor, nosotros nos holgábamos con las criadas, que no eran ménos joviales que sus amas. En fin nos separamos

mos todos luego que la aurora se dexó ver, y cada uno se retiró á descansar por su parte

Mi amo se levantó á medio dia, como acostumbraba. Vistióse, salió, seguíle, y entrámos en casa de Don Antonio Centellas, donde encontrámos á un tal Don Alvaro de Acuña. Era un hombre ya entrado en años, y disoluto de profesion. Todos los mozuelos que querian ser petimetres se ponian en sus manos, y acudian á su escuela. Formábalos á su gusto, enseñandolos á brillar en el gran mundo, y á disipar sus caudales. Don Antonio no necesitaba de esta leccion, porque ya se habia comido el suyo. Luego que se abrazáron los tres, dixo Centellas á mi amo: á fe, Don Matias, que no podias haber llegado á mejor tiempo. Don Alvaro ha venido para llevarme á casa de un mayorazguillo que ha convidado hoy á comer al Marques de Zenete y á Don Juan de Moncada; y yo quiero que tú seas de la partida. Pero ¿cómo se llama ese tal? preguntó Don Matias. Se llama Gregorio Noriega, respondió Don Alvaro; y en dos palabras te diré lo que es este mozo. Es hijo de un joyero rico que ha ido á negociar en pedrería á los paises extrangeros, y al partir le dexó un grandísimo caudal. Gregorio es un pobre tonto, muy dispuesto á comer y gastar todo su dinero haciendo de petimetre, y que revienta por parecer hombre ingenioso y agudo, á pesar de la naturaleza, que no se lo quiso conceder. Púsose en mis manos para que le gobernase; yo

lo hago á mi modo, y en verdad que le llevo en buen estado, pues el fondo de sus rentas está ya medio comido. Eso es lo que yo no dudo, interrumpió Centellas, y espero verle presto en el Hospital. Vámos, Don Matias, conozcámos á ese hombre, y ayudémosle á que acabe de arruinarse. Vengo en ello, dixo mi amo, porque tengo gran gusto de dar en tierra con la fortuna de esos señoritos villanos, que presumen hombrear y confundirse con nosotros. Como, por exemplo, nada he celebrado tanto como la ruina del hijo de aquel asentista, á quien el juego y la vanidad de querer figurar con los Grandes, obligáron á vender su misma casa. Oh! replicó Don Antonio, ese tal no merece que se tenga lástima de él, porque no es ménos necio, ni menos presumido en su miseria que lo era en su prosperidad.

Partiéron, pues, mi amo, Centellas y Don Alvaro á casa de Gregorio Noriega. Mogicon, criado de Centellas, y yo fuímos tambien tras de ellos, ámbos á dos muy persuadidos á que nos esperaba una gran bucólica, y ámbos tambien muy contentos de contribuir por nuestra parte á la ruina de aquel pobre mentecato. Al entrar en su casa vímos mucha gente ocupada en preparar la comida, y nos vino á las narices un olor de cocina, que prevenia el olfato muy en favor del gusto. Acababan de llegar el Marques de Zenete, y Don Juan de Moncada. Dexóse despues ver el dueño de la casa, que desde luego

go me pareció un solemnísimo tonto aforrado en lo mismo. Afectaba inútilmente el ayre y las modales de los petimetres; pero era una feísima copia de aquellos hermosos originales, ó por mejor decir, un atolondrado que se esforzaba á ostentar despejo y desembarazo. Figurémonos un hombre de este carácter entre cinco bufones de profesion; empeñados únicamente en burlarse de él y en hacerle gastar quanto tenia. Señores, dixo Don Alvaro, este es el señor Gregorio Noriega, que, sobre mi palabra, presento á Vmds. como uno de los mas cabales y mas perfectos caballeros. Posee mil bellas prendas, es un jóven muy cultivado. Escojan Vmds. lo que quisieren: es igualmente hábil en todas las facultades, desde la lógica mas alta y sutil, hasta la mas pura y delicada ortografia. Oh, señor, eso ya es demasiado, interrumpió Gregorio sonriéndose de muy mala gracia. Yo sí, señor Don Alvaro, que podia retrucar á Vmd. el argumento, porque Vmd. sí que es aquello que se llama un pozo de *cencia*. Cierto, replicó Don Alvaro, que no fué mi ánimo procurarme una alabanza tan aguda y discreta; pero en verdad, señores, que el nombre del señor Gregorio hará gran ruido en el mundo. Yo (dixo Don Antonio) lo que admiro en él, mas aun que su ortografia, es el acierto en la eleccion de las personas que trata. En lugar de buscar comerciantes solo gusta de tratar con caballeros: sin dársele nada de lo mucho que esta comunicacion le ha de costar. Tiene

ne unos pensamientos tan nobles y tan elevados, que me admiran. Esto es lo que se llama gastar con buen gusto y gran discernimiento.

A estos irónicos discursos se siguieron otros muchos en todo semejantes. Vistiéron de pies á cabeza al buen señor; y de quando en quando, en tono de elogios, le lanzaban ciertas pullas que no conocia el pobre babazorro. Al contrario, todo lo convertia en substancia tomando á la letra quanto le decian, y se mostraba muy contento de sus taimados huéspedes; pareciéndole que le hacian mucho honor quando le hacian ridículo. En fin él fué el hazme reir todo el tiempo que duró la mesa, y aun todo el resto del dia y de la noche, porque toda la pasaron los señores mios en aquella diversion. Nosotros bebímos á discrecion, ni mas ni ménos como nuestros amos, y todos estábamos bien compuestos quando salímos de casa del señor Gregorio.

CAPITULO V.

Vése Gil Blas de repente en lances de amor con una hermosa desconocida.

Despues de haber dormido algunas horas me levanté de buen humor, y acordándome del consejo que me habia dado Melendez, miéntras despertaba el amo fuí á hacer mi corte al mayordomo, cuya vanidad me pareció se complacia del

cui-

cuidado que yo ponia en rendirle mis respetos. Recibióme con mucho agrado, y me preguntó si me acomodaba bien la vida que hacian los señores. Respondíle que aunque era nueva para mí, no desconfiaba de hacerme á ella con el tiempo.

Efectivamente fué así, porque tardé muy poco en acostumbrarme. De reposado y juicioso que era ántes, pasé de repente á vivaracho, atolondrado, intrépido y aturdido. Cumplimentóme sobre mi metamórfosis el criado de Don Antonio, y me dixo, que para ser hombre ilustre no me faltaba mas que tener aventuras amorosas. Representóme que esta era una cosa absolutamente necesaria en un petimetre; que todos nuestros camaradas estaban amados de alguna persona linda, y que él tenia la fortuna de ser mirado con buenos ojos por dos damas de distincion. Creí que mentia aquel bellaco, y le dixe: amigo Mogicon, no se puede negar que eres buen mozo y agudo; pero no acierto á concebir como se han podido prendar de un hombre de tu condicion dos damas distinguidas, en cuya casa no estás. ¡Gran dificultad verdaderamente! respondió Mogicon: ellas ni aun siquiera saben quien yo soy. Estas conquistas las he hecho baxo los vestidos de mi amo, y la cosa pasó de esta suerte. Vestíme de señor, aprendí bien los modales, y fuíme al paseo público. Hice guiñadas y cortesías á todas las que encontraba, hasta que tropecé con una que correspondió á mis

sig-

significativas muecas. Seguíla, y logré tambien hablarla. Díme el nombre de Don Antonio Centellas: pedí una cita, hizo algunos esguinces, apreté, convino al fin en ello &c. Hijo mio, así me he gobernado yo para lograr tales fortunas, y si tú las quieres tener sigue mi exemplo.

Era mucha la gana que yo tenia de hacerme hombre ilustre para que dexase de poner en execucion este consejo, y mas quando tampoco sentia en mí gran repugnancia en tentar alguna empresa de amor. Resolví, pues, enmascararme de señor para buscar amorosas aventuras. No quise hacerlo en nuestra casa porque no se supiese; pero escogí en el guardaropa el mejor vestido de mi amo, hice un paquetillo, y llevéle á casa de cierto barberillo amigo mio, donde podia vestirme y desnudarme libremente. Vestíme allí lo mejor que pude, ayudándome el barbero; y quando nos pareció que ya no cabia mas me encaminé hácia el Prado de San Gerónimo, de donde estaba bien persuadido no volveria sin haber hallado alguna fortuna. Mas no tuve necesidad de ir tan lejos para encontrar una de las mas brillantes.

Al atravesar una calle excusada ví salir de cierta casa pequeña, y montar en un coche que estaba á la puerta, una dama ricamente vestida, y perfectamente bella. Paréme á mirarla, y la saludé de manera que pudo bien conocer que no me habia disgustado. Por su parte me hizo ver que merecia mi atencion mas de lo que yo pensa-

saba, porque levantó disimuladamente el manto, y descubrió un momento la cara mas linda y graciosa del mundo. Fuése en esto el coche, y yo quedé en la calle sorprendido de aquella aparicion. ¡Oh qué hermosura! me decia yo á mí mismo. No me faltaba otra cosa para acabar de trastornarme. Si las dos damas que aman á Mogicon son tan hermosas como esta digo que es el ganapan mas dichoso de todos los ganapanes. Estaria yo loco con mi suerte si mereciese servir á una dama como esta. Miéntras estas reflexîones volví casualmente los ojos hácia la casa de donde habia visto salir aquella hermosa niña, y ví asomada á la ventana del quarto baxo una vieja, que me hizo señas de que entrase.

Partí volando á la casa, y en una sala muy decentemente amueblada encontré á la venerable y discreta vieja, que teniendome por algun Marques, me saludó con mucho respeto, y me dixo: sin duda, señor, que V.S. habrá hecho baxo concepto de una muger, que sin tener la fortuna de conocerle, le hizo señal para que entrase en su casa; pero juzgará mas benignamente de mí quando sepa que no lo hago asi con todo el mundo, y que V. S. me parece algun señor de la Corte. No se engaña Vmd., amiga mia, la interrumpí, poniendo la pierna derecha sobre la izquierda, y ladeando un poco el cuerpo con gracia y autoridad. Soy, sin verdad, de una de las mejores casas de España. Bien se conoce, prosiguió la vieja, y á cien leguas se echa
de

de ver. Yo, señor, tengo gran gusto (así lo confieso) en servir de algo á las personas de circunstancias. Este es mi flanco. Y habiendo observado desde mi ventana que V. S. se paraba á mirar con atencion aquella dama que acaba de salir de aquí, me atreveré á suplicarle que me diga con toda franqueza y confianza si le ha gustado. Gustóme tanto, la respondí, que en mi vida he visto criatura que me haya arrebatado mas. Os lo juro como caballero de honor. Así, pues, madre mia, vámos á una los dos, y contad seguramente con mi agradecimiento. Este es de aquella especie de servicios que nosotros los señores nunca pagámos mal.

Ya he dicho á V. S., replicó la vieja, que toda yo estoy dedicada á servir las personas de mayor condicion, y que todo mi gusto es poderlas ser útil en alguna cosa. Por exemplo: yo recibo en mi casa ciertas mugeres, á quienes el concepto en que están de honestas y virtuosas no las permite admitir en la suya cortejantes: yo las ofrezco la mia para que puedan conciliar en ella su inclinacion ó temperamento con la decencia exterior. ¡Bellamente! la respondí yo, y es muy verisimil que Vmd. acabe de hacer este servicio á la dama de quien estámos hablando. No por cierto (repuso ella) esa es una señora viuda y moza, que desea un amante; pero es de un gusto tan delicado en este particular, que no sé si encontrará en V. S. lo que busca, aunque sea un señor, á lo que parece, de gran méri-

rito. Tres caballeros le he presentado, todos tres á qual mas galan y mas ayroso; y sin embargo ninguno la contentó, despidiéndolos á todos con desden. ¡Oh madre! exclamé yo, eso á mí no me acobarda: disponed que yo la trate, y sobre mi palabra que presto os daré buena cuenta de ella. Tengo gran curiosidad de verme á solas con una muger dificil: porque hasta ahora ninguna he encontrado que me resista. Pues bien, repuso la vieja, venga V. S. mañana á esta hora, y satisfará su curiosidad. No faltaré, respondí; y verémos si un caballero cortesano, mozo, y no corcobado ni cobarde, puede emprender con felicidad esa conquista.

Volví á casa del barberillo sin empeñarme en buscar otras aventuras hasta ver el éxîto de la presente. Al siguiente dia, despues de haberme vestido á lo señor, fuí á casa de la vieja una hora ántes de la que ella me habia señalado. Señor, me dixo, V. S. ha venido muy puntual, á lo que le estoy verdaderamente agradecida. Es verdad que el motivo lo merece bien. He visto á nuestra viudica, y las dos hémos hablado mucho de esa amabilísima persona. Encargóme que nada le dixese de esto; pero he cobrado tanto amor á V. S. que no puedo ménos de decirle que ha quedado muy enamorada de V. S., y que será un señor afortunado. Hablando aquí entre los dos, la tal viudica es un bocado muy dulce. Su marido vivió poco tiempo con ella; fué un relámpago su matrimonio,

y se puede decir que casi tiene el mérito de una doncella. Sin duda que la buena vieja queria hablar de aquellas doncellas putativas que saben vivir en el celibato sin echar nada de ménos.

Tardó poco nuestra veronica en llegar á casa de la vieja en coche como el dia anterior; pero vestida con ricas galas. Luego que se dexó ver en la sala salí al encuentro, dando principio á mi papel por cinco ó seis profundas reverencias á la petimetra, acompañadas de garbosas y tiernas contorsiones. Acercándome despues á ella con cierto ayre de familiaridad, la dixe: madama, aquí tiene Vmd. á sus pies, en este caballerito mozo, una de las mas dificiles conquistas, pero desde que ayer tuve la dicha de ver esos bellos ojos, astros del mas hermoso cielo, ni un solo instante se ha borrado de mi imaginacion el vivo retrato de tan perfecto original, de modo que enteramente ofuscó el de cierta Duquesa, que ya comenzaba á poseer mi corazon. Sin duda respondió ella, quitándose el manto, que el triunfo es muy glorioso para mí; mas ni por eso es muy pura mi alegría, porque un señorito de vuestra edad es naturalmente inclinado á la variedad y á la mudanza, siendo tan dificultoso de guardar como el azogue ó el espíritu volatíl. Reyna mia (la repliqué yo) si á Vmd. la place, dexémos á un lado lo futuro, y pensémos solo en lo presente. Vmd. es bella, yo la amo: embarquémonos sin reflexîon, como lo hacen los marineros; no mirémos á

los

los peligros de la navegacion; pongámos solamente los ojos en los placeres y gustos que la acompañan.

Diciendo esto me arrojé precipitadamente á los pies de mi ninfa, y para imitar mejor á los petimetres, la supliqué, y aun importuné de un modo algo demasiadamente natural, que me hiciese feliz, dispensándome su gracia. Parecióme algo tanto conmovida con mis instancias, pero juzgando sin duda que aun no era tiempo de rendirse, me alejó de sí con cierto cariñoso enojo, diciéndome: detengase V. S., que me parece un poco atrevido, y me temo que sea aun mas libertino. Qué, madama (exclamé yo) ¿será posible que Vmd. aborrezca á un hombre á quien aman las mugeres de la primer tixera? Solamente á las vulgares y aldeanas parecen mal esas tachas. Eso ya es demasiado (repuso ella) ya no puedo mas, y asi me rindo á razon tan poderosa. Veo que con los señores son inútiles los aspamientos. Es preciso que una pobre muger haga la mitad del camino. Vuestra es ya la victoria, añadió aparentando una especie de vergüenza, como que padecia mucho su pudor en aquella confesion. Vos, señor, me habeis hecho sentir ciertos afectos que jamas he sentido por nadie, solo me falta saber quien es V.S. para determinarme á escogerle por mi amante. Téngole por un señor, y por un señor de nobles y honrados pensamientos. Con todo eso no estoy muy segura, y aunque me confieso inclinada á su

su persona; no me acabo de resolver á hacer único dueño de mi amor y de mi ternura á un desconocido.

Acordéme entónces del ingenioso modo con que el criado de Don Antonio habia salido de otro apuro semejante, y queriendo yo, á exemplo suyo, ser tenido por mi amo, la dixe: no tengo reparo de manifestaros mi nombre y apellido, pues no es tan obscuro que me avergüence de confesarlo. ¿Habeis oido hablar alguna vez de Don Matias de Silva? Sí señor, respondió ella, y aun diré tambien que en cierta ocasion lo ví en casa de una amiga mia. Sonrojóme un poco, á pesar de mi descaro, esta no esperada respuesta, y me turbé algun tanto; pero serenándome en el mismo instante, y cobrando aliento para salir bien de aquel barranco, proseguí diciendo: me alegro, angel mio, de que conozcais á un caballero á quien tambien conozco yo; pues sabed, ya que me es preciso decirlo, que los dos somos de una misma casa. Su abuelo se casó con la cuñada de un tio de mi padre, y así somos, como veis, parientes muy cercanos. Yo me llamo Don César, y soy hijo único del ilustre Don Fernando de Ribera, que murió quince años há, en la batalla que se dió en la raya de Portugal. Fue una accion endiabladamente viva, y os haria una exâcta y menuda relacion de ella, pero seria malograr los momentos preciosos que el amor quiere se empleen en cosas de mayor gusto.

Des-

Despues de esta conversacion me mostré mas vivamente encendido y apasionado; pero al fin todo vino á parar en nada. Los favores que mi adorada Diosa me permitió solo sirviéron para hacerme suspirar mas por los otros, que se me negáron. La cruel se volvió á meter en su coche, que la estaba esperando á la puerta. Yo con todo eso no dexé de retirarme muy satisfecho de mi buena fortuna, aunque todavia no fuese completa mi ventura. Si no he podido hasta ahora conseguir (me decia yo á mí mismo) mas que unos medios favores, sin duda es porque siendo mi Princesa una dama tan distinguida, la pareció que no podia, ni debia rendirse al primer abordo. El orgullo de su nacimiento retardó mi dicha; pero esta solo se difirió por algunos dias. Verdad es que por otra parte se me ofrecia tambien que quizá podia ser una de las chuscas mas ladinas y refinadas. Con todo eso me inclinaba mas á mirar la cosa por la mejor que por la peor parte, y así me mantuve firme en el buen concepto que habia formado de la dama. Habiamos quedado de acuerdo quando nos despedímos que nos volveriamos á ver el dia siguiente; y con la esperanza de estar tan vecino el colmo de mis deseos, me saboreaba en el gusto, cuya posesion creia inefable.

Lleno de tan risueños pensamientos llegué á casa del barbero. Mudé vestido, y fuí en busca de mi amo, que sabia estar en cierta casa de juego. Halléle jugando con efecto, y conocí que

que ganaba, porque no era de aquellos fresquísimos jugadores que, ganen ó pierdan, nunca mudan de semblante. Mi amo era burlon, y aun insolente quando le daba bien, pero si perdia no se le podia sufrir. Levantóse muy alegre del juego, y se dirigió al Corral de la calle del Príncipe. Seguíle hasta la puerta del teatro, y allí me metió en la mano un ducado, diciéndome: toma, Gil Blas, que quiero entres á la parte en mi ganancia. Vete á divertir con tus amigos, y á media noche me irás á buscar en casa de Arsenia, donde he de cenar en compañía de Don Alexo Seguier. Diciendo esto metióse en el teatro, y yo me quedé pensando en qué habia de emplear mi ducado segun la intencion del donador. Tardé poco en resolverme. Presentóseme en aquel mismo punto Clarin, criado de Don Alexo, y le llevé conmigo á la primera taberna, donde estuvimos bebiendo y divirtiéndonos hasta media noche. Desde allí nos fuimos á casa de Arsenia, donde Clarin debia tambien hallarse, habiéndosele dado la misma órden que á mí. Abriónos la puerta un lacayuelo, y nos hizo entrar en una sala baxa, donde estaban dos criadas, la una de Arsenia, y la otra de Florimunda, riéndose ámbas á carcaxada tendida, miéntras sus dos amas se estaban divirtiendo en el quarto principal con nuestros amos.

El arribo de dos mozos de buen humor que salian de cenar bien, no podia desagradar á aquellas damiselas, que acababan tambien de

aco-

acomodarse con las sobras de una cena, y cena de comediantes. Pero ¡quál fué mi admiracion quando en una de aquellas criadas reconocí á mi viudica, á mi adorable viuda, que yo abia tenido por una Marquesa ó Condesa á lo ménos! Ella tambien me pareció no ménos sorprendida de ver á su querido Don César de Ribera convertido de petimetre en lacayo. Sin embargo nos mirámos uno á otro sin desconcertarnos; y aun nos vino á entrámbos tal ímpetu de risa, que no la pudímos reprimir. Despues de lo qual, Laura (que este era el nombre de mi Princesa) retirándome aparte, miéntras Clarin hablaba con su compañera, me tomó con gracia la mano, diciéndome en voz baxa: toque Vmd., señor Don César, dexémonos de quejas, y en vez de ellas hagámonos amistosos cumplimientos. Vmd. hizo su papel á maravilla; y yo no representé desgraciadamente el mio. ¿Qué le parece del lance? Ea, confiese Vmd. que me tuvo por una de aquellas damas que á veces se divierten en imitar â las que hacen por oficio lo que ellas por burla. Es verdad, la respondí; pero reyna mia, seas lo que fuéres, sábete que aunque he mudado de fôrma, no he mudado de parecer. Acepta benignamente mi cariño, y permite que acabe el ayuda de cámara de Don Matías lo que comenzó Don César de Ribera. Quitá allá, repuso ella: ten por cierto que te amo mas en tu propio original que en el retrato de otro. Tú eres entre los hombres lo mismo que yo entre las

las mugeres : esta es la mayor alabanza que puedo darte. Desde este mismo punto te recibo en el número de mis amantes y de mis adoradores. No necesitamos ya de la vieja para nada: puedes venir aquí con toda libertad; porque nosotras las damas de teatro vivímos sin sujecion, mezcladas con los hombres. Convengo en que esto no á todos parece bien; pero el público se rie, y nuestro oficio, como tú sabes, es solo divertirle.

No pasó la conversacion mas adelante, porque no estábamos solos. Hízose general, fué viva, alegre, festiva y llena de agudezas y de equívocos nada dificiles de entenderse. La criada de Arsenia, mi adorada Laura, brillaba sobre todos, mostrando mas ingenio y mas agudeza que virtud. Por otra parte nuestros amos y las comediantas reian tan poderosamente por la parte alta, que se conocia no ser su conversacion mas seria, ni mas circunspecta que la nuestra. Si se hubieran escrito todas las bellas cosas que se dixéron aquella noche en casa de Arsenia, se pudiera componer un libro muy instructivo para la juventud. Miéntras tanto llegó la hora de retirarse cada uno á su casa, quiero decir, que ya habia amanecido, y fué preciso separarnos. Clarin siguió á Don Alexo, y yo me retiré con Don Matias.

CA-

CAPITULO VI.

De la conversacion de algunos señores sobre los comediantes de la compañia del Príncipe.

Al mismo tiempo que se levantaba mi amo de la cama recibió un billete de Don Alexo Seguiar, en que decia le quedaba esperando en su casa. Pasámos á ella, y encontrámos allí al Marques de Zenete y á otro caballerito de buena traza, á quien yo nunca habia visto. D. Matias (dixo Seguiar á mi amo, presentándole el tal caballerito) este caballero es Don Pompeyo de Castro, mi pariente. Reside en la Corte de Varsovia casi desde su infancia. Ayer noche llegó á Madrid, y mañana se restituye á Polonia. No nos concede mas que este dia para gozar de su compañia y conversacion. Yo quiero aprovechar un tiempo tan precioso, y para hacerle mas grato y mas divertido tengo necesidad de tí y del Marques de Zenete. Al oir esto, mi amo dió un estrechísimo abrazo al pariente de Don Alexo, y recíprocamente se hiciéron grandes cumplidos. A mí me agradó mucho todo lo que decia Don Pompeyo, y desde luego hice juicio de que era hombre de entendimiento sólido y de un discernimiento delicado y justo.

Comiéron todos en casa de Seguiar, y despues de comer se pusiéron á jugar para divertir el tiempo hasta la hora de la comedia. Entón-

ces fueron todos al teatro en el Corral del Príncipe, donde se representaba la nueva tragedia intitulada: *La Reyna de Cartago.* Acabada la representacion volviéron juntos á cenar donde habian comido, y toda la conversacion se la llevó la comedia que acababan de oir, y los actores que la representáron. En quanto al drama, díxo Don Matias, hago poco aprecio de él; porque encuentro á Eneas mas frio é insulso que en la Eneyda; pero es preciso confesar que se representó divinamente. Veámos lo que nos dice el señor D. Pompeyo, porque sospecho que no se ha de conformar con mi sentir. Señores, respondió aquel caballero sonriéndose, veo á Vmds. tan pagados de sus actores, y tan hechizados particularmente de sus actrices, que no me atrevo á confesar que en este punto no van de acuerdo nuestras opiniones. Bien dicho (interrumpió burlándose Don Alexo) porque aquí seria mal recibida la vuestra. Haces bien en respetar las actrices á presencia de los trompeteros de su reputacion. Nosotros vivímos y bebémos todos los dias con ellas; somos garantes del primor con que representan; y, si fuere menester, darémos certificaciones de que no es posible representar con mayor delicadeza, y ni aun con igual perfeccion. No lo dudo (interrumpió el pariente) y tambien pudieran Vmds. darlas de su vida y costumbres, segun la familiaridad con que voy viendo que las tratan.

Sin duda que serán mejores vuestros comedian-

diantes de Polonia, dixo entónces zumbándose el Marques Zenete. Sí ciertamente, respondió Don Pompeyo, valen algo mas que los de Madrid. Por lo ménos hay algunos en quienes no se nota el mas mínimo defecto. Esos tales, replicó el Marques, estarán seguros de vuestras certificaciones. Yo, repuso Don Pompeyo, no tengo trato alguno con ellos, ni concurro á sus francachelas; y así puedo juzgar de su mérito sin prevencion ni parcialidad. Pero en buena fe, prosiguió, ¿estais verdaderamente persuadidos á que en vuestros comediantes teneis una compañía excelente? No parblios, respondió el Marques, yo solamente defiendo un número muy corto de los actores, y abandono á todos los demas. ¿Pero me negareis que es admirable la primera dama que representa el papel de Dido? ¿No lo representa con toda la nobleza, con toda la magestad y con todo el agrado que nos figurámos en aquella desgraciada Reyna? ¿Y no habeis admirado el arte con que interesa al espectador en sus afectos, haciéndole sentir aquellos mismos movimientos diferentes, que excitan en ella las diferentes pasiones? Parece que se consume ó que se exâla quando llega á lo mas fino y mas patético de la declamacion. Convengo, respondió Don Pompeyo, en que mueve á llanto y excita compasion; esto quiere decir que representa bien, pero no que no tenga sus defectos. Dos ó tres cosas me chocáron en ella. Por exemplo: quiere expresar un afec-

afecto de admiracion ó de sorpresa. Vuelve y revuelve aquellos ojos de un modo tan violento y tan fuera de lo natural, que verdaderamente dice muy mal en la magestuosa gravedad de una Princesa. Añadese á esto, que intentando engrosar un poco la voz, la qual es naturalmente dulce y delicada, hace una especie de sonido bronco muy desapácible. Fuera de eso, en mas de un lugar de la pieza hacia ciertas pausas que alteraban ú ofuscaban el sentido, dando motivo para sospechar que no entendia aquello mismo que decia. Con todo creo mas bien que fuese alguna distraccion, que no falta de inteligencia.

A lo que veo (dixo Don Matias á este censor) ¿vos no estais de humor de componer versos en aplauso de nuestras comediantas? Perdonadme respondió Don Pompeyo, ántes bien descubro en ellas un gran talento por entre los celages de algunos ligeros defectos. Y aun diré que me encantó la que hizo papel de criada en los intermedios. ¡Que gran naturalidad! ¡Con qué gracia se presentó en las tablas! ¿Tiene en su papel un dicho agudo? Le sazona con una cierta risita maligna, llena de mil gracias, que le añaden infinita sal. Podrá quizá notársela que alguna vez se dexa llevar con un poco de exceso de su viveza, y que pasa los límites de un desembarazo mugeril, que siempre debe contenerse en los términos de vergonzoso y honesto; pero no hemos de ser tan rigurosos. Yo solo quisiera que corrigiese una mala costumbre. Muchas

chas veces en medio de la scena, y en un pasage serio, interrumpe de repente la accion, por dexarse llevar de un ímpetu de reir que de repente le viene. Diráseme acaso que entónces es precisamente quando mas la aplauden el patio y la cazuela. ¡Grande aprobacion por cierto!

¿Y qué nos dice Vmd. de los comediantes? Sin duda que contra estos disparará toda su artillería, quando no ha perdonado á las comediantas. No es así (respondió Don Pompeyo) ví algunos actores mozos que dan mucha esperanza; sobre todo me contentó grandemente aquel comediante gordo que hizo el papel de primer Ministro de Dido. Recita muy naturalmente y como se debe recitar. Si esos le contentáron á Vmd. tanto, dixo Seguiar, habrá quedado hechizado del que hizo el papel de Eneas. ¿No le pareció á Vmd. un gran comediante, un actor original? Y aun demasiadamente original, respondió Don Pompeyo, porque tiene tonos que son privativos suyos, por señas que son bien agudos y bien descompasados, tanto que casi todos están fuera del natural. Precipita las palabras donde se encierra el sentido, y se pára en las otras que no tienen alguno. Tal vez hace tambien gran fracaso en las puras conjunciones. Divirtióme infinitamente, con especialidad en aquel pasage en que explica á su confidente la gran violencia que le cuesta la necesidad de abandonar á su Princesa. No es fácil expresar un dolor tan cómicamente. Poco á poco, primo (re-

(replicó Don Alexo) al paso que vas nos harás creer que aun no se ha introducido el mejor gusto en la Corte de Varsovia. ¿Sabes que el actor de quien se trata es un hombre raro? ¿No oiste las palmadas y los vivas con que fué de todos celebrado? Todo esto prueba que no es tan malo como le pintas. Nada prueban esas palmadas ni esos vivas. Dexémos, señores, si les place, esos aplausos del vulgo de todas clases. Freqüentemente los da fuera de tiempo y contra toda razon; y por lo comun aplaude ménos al verdadero mérito que al falso, como nos lo enseña Fedro por medio de una fábula ingeniosa. Permitidme que os la refiera.

Juntóse en una gran plaza todo el pueblo de cierta Ciudad para ver las habilidades que hacian unos charlatanes titiriteros. Entre ellos habia uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufon, al acabar otros varios juegos de manos, quiso cerrar la funcion dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dexóse ver solo en el tablado, cubrió la cabeza con la capa, agachóse, y comenzó á remedar el gruñido de un lechoncillo de leche, con tanta propiedad que todos creyeron que verdaderamente tenia escondido debaxo de la capa algun marranito verdadero. Comenzáron todos á gritar que se quitase la capa; hízolo así, y viendo que no tenia cosa alguna debaxo de ella, se renováron los aplausos y la furiosa algazara del populacho. Un labrador que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas

llas importunas expresiones de necia admiracion, gritó pidiendo silencio, y dixo: señores, sin razon se admiran Vmds. de lo que hace este bufon. No ha hecho el papel de marranito lechal con tanta perfeccion como á Vmds. les parece. Yo le sé hacer mucho mejor que él, y si alguno lo duda, no tiene mas que concurrir á este sitio mañana á la misma hora. El pueblo, preocupado ya en favor del charlatan, se juntó al dia siguiente aun en mucho mayor número que el anterior, mas para silvar al paysano que por divertirse en ver lo que habia prometido. Dexáronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufon, y fué mas aplaudido que lo habia sido nunca. Siguióse despues el labrador: agáchase cubierto con su capa, tira de la oreja á un marranito que llevaba escondido baxo el brazo, y el animalito comienza á dar unos gruñidos que taladraban las orejas. Sin embargo el auditorio declaró la victoria por el pantomimo, y atolondró al paysano con silvos. No por eso se turbó, ni se desconcertó el buen labrador; ántes bien mostrando el lechoncillo al auditorio: señores, dixo con mucha socarroneria, *Vmds. no me han silvado á mi sino al marrano. Miren ahora que buenos jueces son.*

Primo, dixo Don Alexo, en verdad que tu fábula pica que rabia. Con todo eso, á pesar de tu lechoncico, nosotros nos mantenemos en lo dicho. Mudémos de asunto, prosiguió, porque este ya me empalaga. ¿Con que tú estas resuel-

to

to á partir mañana, sin hacer caso del gran gusto que tendria yo en gozar por mas tiempo de tu amable compañia? Tambien quisiera yo, respondió su pariente, gozar mas despacio de la tuya, pero no puedo. Ya te dixe que vine á la Corte por cierto negocio de Estado. Ayer hablé al primer Ministro, mañana debo volver á verle, y un momento despues me es preciso partir en posta para restituirme á Varsovia. Cátate un polaco hecho y derecho, replicó Seguiar, y segun todas las señas nunca vendrás á establecerte en Madrid. Creo que no, respondió Don Pompeyo. Tengo la fortuna de que me quiere el Rey de Polonia, y estoy bien hallado en su Corte; ¿pero creerás tú que no obstante la bondad con que me distingue su Real benignidad, no faltó un tris para que saliese desterrado para siempre de sus dominios? ¿Cómo así? le replicó Don Alexo. Cuéntanoslo por tu vida. Con mucho gusto, respondió Don Pompeyo, y al mismo tiempo contaré tambien la historia de mi vida.

CAPITULO VII.

Historia de D. Pompeyo de Castro.

Ya sabe Don Alexo (prosiguió Don Pompeyo) que desde mis mas tiernos años me incliné á las armas, y como en España gozábamos una paz octaviana, tomé el partido de ir á Polonia, á quien los Turcos acababan de declarar la guerra.

ra. Me presenté al Rey, y obtuve empleo en su Exército. Era yo un segundon de los ménos ricos de España, lo que me puso en precision de señalarme en las funciones con hazañas que mereciesen la atencion del General. Hice mi deber de modo que el Rey me adelantó y me puso en parage de continuar en el servicio con honor. Despues de una larga guerra, cuyo fin no ignoran Vmds., me dediqué á seguir la Corte, y S.M. por los buenos informes que dieron de mí los Generales, me gratificó con una pension considerable. Agradecido á la generosidad del Monarca, no perdí ocasion de manifestar mi reconocimiento. Poniame á su presencia en todas aquellas horas en que era permitido verle y hacerle corte. Por esta conducta me introduxe insensiblemente en su amor, y recibí nuevos beneficios de su benignidad.

Un dia en que se corrieron cañas y sortija en un torneo sobresalió mi buena suerte de manera que toda la Corte aplaudió mi valor y mi destreza. Volví á casa colmado de aclamaciones, y halléme con un villete de cierta dama, cuya conquista me lisongeó mas que todo el honor y todos los aplausos de aquel dia. Deciame en él que deseaba hablarme, y que para eso á la entrada de la noche concurriese á cierto sitio que ella misma señalaba. Dióme mas gusto este papel que todas las alabanzas que habia recibido, no dudando fuese una dama de la primera distincion la que me escribia. Fácilmente

creerán Vmds. que no me descuídé, y que apénas anocheció volé al parage que se me habia citado. Esperábame en él una vieja para servirme de guia, y me introduxo por una portezuela en el jardin de una gran casa, donde me conduxo á un rico gabinete, en que me dexó encerrado, diciéndome: sírvase V. S. de esperar aquí miéntras aviso á mi ama. Ví mil cosas preciosísimas en aquel gabinete, que estaba iluminado con gran número de bugías; magnificencia que me confirmó en el concepto que yo habia formado de la nobleza de aquella dama. Y si todo lo que estaba mirando contribuia á ratificarme en que no podia ménos de ser aquella una persona de la mas alta calidad, mucho mas me aseguré en mi opinion quando ella se dexó ver con un ayre verdaderamente noble, garboso y magestuoso. Sin embargo no era lo que yo habia pensado.

Caballero, me dixo, á vista del paso que acabo de dar en vuestro favor, seria tan impertinente como inútil disimularos los tiernos sentimientos que habeis excitado en mi corazon. Ni penseis que esto me lo inspiró el gran mérito que habeis manifestado á vista de toda la Corte; no por cierto: este mérito no hizo mas que precipitar su explicacion. Tiempo há que estoy muy informada de lo que sois, y lo mucho bueno que oí me determinó á seguir mi inclinacion. Pero no os lisongeis, prosiguió ella, creyendo que habeis hecho la conquista de al-

gu-

guna Duquesa. Yo no soy mas que la viuda de un Oficial de Guardias: lo único que puede hacer gloriosa vuestra victoria es la preferencia que os doy sobre uno de los mayores señores del Reyno. El Príncipe de Radrivil me ama, y hace quanto puede para ser correspondido; pero no lo consigue, y solo sufro sus obsequios por vanidad.

Aunque conocí por este discurso que trataba con una chusca amiga de aventuras amorosas, no dexé de reconocerme agradecido á mi estrella por este encuentro. Madama Hortensia (que así se llamaba) estaba en la flor de su juventud, y su extraordinaria hermosura me encantaba. Fuera de eso me ofrecia ser dueño de un corazon que se negaba á las pretensiones de un Príncipe. ¡Gran triunfo para un caballero mozo y Español! Arrojéme á los pies de Hortensia para rendirla gracias por sus favores. Díxela quanto la podia decir un hombre apasionado, y creo que quedó muy satisfecha de las vivas expresiones con que la protesté mi fidelidad y mi reconocimiento. Separámonos, quedando los dos mejores amigos del mundo, convenidos en que nos veriamos todas las noches que no pudiese venir á su casa el de Radrivil, tomando ella á su cargo el avisarme exâcramente. Así lo hizo, y en fin yo vine á ser el Adónis de aquella nueva Vénus.

Pero los gustos de esta vida duran poco. A pesar de las precauciones que tomó la dama para

ra que nuestro comercio no llegase á noticia de mi competidor, no dexó de saber todo lo que nos importaba tanto que ignorase. Informóle de ello una criada descontenta: y naturalmente generoso, pero fiero, zeloso y arrebatado, se indignó sobremanera de mi audacia. La cólera y los zelos le turbáron la razon, y aconsejándose solo con su furor, determinó tomar venganza de mí, pero del modo mas infame. Una noche que estaba yo en casa de Hortensia me esperó á la puerta falsa del jardin, en compañía de sus criados armados todos de garrotes. Luego que salí hizo que se echásen sobre mí aquellos miserables, y les ordenó que me moliesen á palos. Dadle recio, les decia; muera á garrotazos ese temerario, que con esta infamia quiero castigar su insolencia. Apénas dixo estas palabras quando todos se echáron sobre mí, y me diéron tantos palos que me dexáron tendido en tierra, sin sentido, y como muerto. Retiráronse despues con su amo, para quien habia sido aquella cruel execucion el mas divertido y mas alegre espectáculo. Al amanecer pasáron cerca de mí algunas personas, las quales observando que todavía respiraba, tuviéron la caridad de llevarme á casa de un Cirujano. Por fortuna se halló que no eran mortales los golpes, y tuve tambien la de caer en manos de un hombre hábil que me curó perfectamente en ménos de dos meses. Al cabo de este tiempo volví á parecer en la Corte, donde proseguí en el mismo método

que

que ántes, pero sin volver á entrar en casa de Hortensia, la qual tampoco hizo por su parte diligencia alguna para que nos viésemos, porque á este solo precio la habia perdonado el Príncipe su infidelidad.

Como todos sabian mi aventura y ninguno me tenia por cobarde, se admiraban de verme tan sereno como si no hubiera recibido la menor afrenta, sin saber que imaginarse de mi aparente insensibilidad. Unos creian que á pesar de mi valor, la calidad del agresor me contenia y me obligaba á tragarme el ultrage. Otros, con mayor razon, no se fiaban en mi silencio, y miraban como una calma engañosa la sosegada situacion que aparentaba. El Rey pensó, como estos, que yo no era hombre que olvidase un insulto sin tomar satisfaccion, y que no dexaria de vengarme quando encontrase oportunidad. Para saber si habia adivinado mi pensamiento me hizo entrar un dia en su gabinete, y me dixo: Don Pompeyo, ya sé el accidente que te sucedió, y confieso que estoy admirado de ver tu tranquilidad. Tú ciertamente maquinas y disimulas. Señor, le respondí, ignoro quien pudo ser mi ofensor, porque fuí acometido de noche por embozados y gente desconocida, y nada tengo que hacer sino consolarme de mi desgracia. Nó, no, replicó el Rey; no pienses alucinarme con esa respuesta poco sincera. Estoy informado de todo. El Príncipe de Radrivil fué el que mortalmente te ofendió. Tú eres noble y

Es-

Español, y sé muy bien en lo que te empeñan estas dos qualidades. Sin duda has formado resolucion de vengarte. Quiero absolutamente que me confieses el partido que has tomado, y no temas que llegue jamas el caso de arrepentirte de haberme confiado tu secreto.

Pues ya que V. M. lo manda, no puedo ménos (respondí yo) de manifestarle con toda verdad mi pensamiento. Sí, señor, solo pienso en vengar la afrenta que he recibido. Todo hombre que ha nacido como yo es responsable de su honor á su linage y á su mismo nacimiento. V. M. sabe muy bien el ultrage que se me ha hecho, y yo he resuelto asasinar al Príncipe de una manera que corresponda á la indignidad de la ofensa. Le envaynaré un puñal en el pecho, ó le levantaré la tapa de los sesos de un pistoletazo, y me refugiaré en España si pudiere. Este, Señor, es mi ánimo. A la verdad, repuso el Rey, me parece violento; pero ni por eso me atreveré á condenarle, considerada bien la villanía de la injuria que te hizo Radrívil. Conozco que merece el castigo que le tienes preparado; pero suspéndelo por un poco, no le pongas en execucion tan presto. Dame tiempo para pensar, y para encontrar algun temperamento que os esté bien á los dos. ¡Ah, Señor! exclamé yo no sin alguna conmocion. Pues á qué fin me obligó V. M. á descubrirle mi secreto. Qué temperamento puede jamas. . . Si no encuéntro alguno que ós dexe á entrámbos satisfechos podrás

exe-

executar entónces lo que tienes resuelto. No pretendo abusar de la confianza que me has hecho; no sacrificaré tu honor, y en esta conformidad puedes estar muy tranquilo.

Andaba yo discurriendo por qué medios podia pretender el Rey componer amigablemente este negocio; y he aquí como lo gobernó. Habló en particular á mi enemigo, y le dixo: Radrivil, tú has ofendido á Don Pompeyo de Castro: no ignoras que es un caballero ilustre, á quien yo amo, y que me ha servido bien. Le debes dar satisfaccion. Señor, respondió el Príncipe, si él la pide pronto estoy á dársela con la espada en la mano. Es muy diferente la que le debes dar, replicó el Rey. Un Español noble sabe demasiadamente las leyes del pundonor para querer medir la espada noblemente con un cobarde asasino. No puedo darte otro nombre, ni tú podrás borrar la indecencia de una accion tan villana sino presentando tú mismo un baston á tu enemigo, y ofreciéndote á ser apaleado por su mano. ¡Santo cielo! exclamó mi enemigo. Pues qué, Señor, ¿quiere V. M. que un hombre de mi nacimiento se humille delante de un caballero particular hasta llevar con paciencia algunos palos? No llegará ese caso, respondió el Rey. Yo obligaré á Don Pompeyo á darme palabra de que no te tocará, solo pretendo que le pidas perdon de tu violencia, presentándole el baston. Señor, replicó el Príncipe, eso es pedirme demasiado, y quiero mas quedar expues-

puesto á las ocultas y alevosas asechanzas de su resentimiento. Tu vida es para mí preciosa, repuso el Monarca, y yo quisiera que este negocio no tuviera funestas conseqüencias. Para terminarlo con ménos disgusto tuyo, seré yo solo testigo de dicha satisfaccion, que absolutamente quiero y mando que dés al injuriado Español.

Necesitó el Rey de todo su poder para conseguir que Radrivil se sujetase á un paso tan humillante; pero al fin lo consiguió. Envióme despues á llamar. Contóme la conversacion que habia tenido con mi enemigo, y me preguntó si me contentaria yo con aquella satisfaccion. Respondíle que sí, y dí palabra de que léjos de ofenderle ni aun siquiera tomaria en la mano el baston que me presentase. Regladas así las cosas concurrimos el Príncipe y yo al quarto del Rey en cierto dia y á cierta hora, y su Magestad se cerró con nosotros en su gabinete. Ea, dixo al Príncipe, reconoced vuestra falta, y mereced el perdon. Hízome entónces sus excusas mi contrario, y presentóme el baston que tenia en la mano. Tomad, Don Pompeyo, ese baston, me dixo el Rey, y no os detenga mi presencia para no tomar venganza de vuestro honor ultrajado. Yo os levanto la palabra que me disteis de no maltratar al Príncipe... No señor, respondí yo: basta que se haya sujetado á ser apaleado por mí: un Español ofendido no pide mayor satisfaccion. Pues bien, repuso el Rey, ya que los dos os dais por satisfechos, podreis ahora

to-

tomar libremente el partido que se acostumbra entre caballeros, segun el proceder regular. Medid vuestras espadas para terminar el duelo. Eso es lo que yo deseo vivamente, dixo el Príncipe en tono alterado y descompuesto, porque solo esto es capaz de consolarme del vergonzoso paso que acabo de dar.

Dichas estas palabras se retiró lleno de cólera y de confusion; y dos horas despues me envió á decir que me esperaba en cierto sitio excusado. Acudí á él, y le encontré muy prevenido para reñir bien. Tenia unos quarenta y cinco años, y no le faltaba destreza ni valor. Podíase decir con verdad que era igual el partido entre los dos. Venid, Don Pompeyo, me dixo, y terminémos de una vez nuestras diferencias. Uno y otro debemos estar furiosos, vos por el tratamiento que os hice, y yo por haberos pedido perdon. Diciendo esto echó mano á la espada arrebatadamente; y tanto que no me dió tiempo para responderle. Tiróme dos ó tres estocadas con la mayor viveza; pero tuve la fortuna de parar los golpes. Acometíle despues, y conocí que reñia con un hombre tan diestro en defenderse como en acometer, y no sé lo que hubiera sucedido á no haber tropezado el Príncipe, y caido de espaldas quando se defendia retirándose. Paréme inmediatamente luego que le ví en tierra, y le dixe que se levantase. ¿Por qué razon me perdonais? me preguntó él. Me ofende mucho esa piadosa generosidad. Tambien que-

daria muy obcurecida: mi gloria, le respondí, yo, si quisiera aprovecharme de vuestra desgracia: vileza que no cabe en un corazon noble y Español, Levantaos, vuelvo á decir, y prosigámos nuestro duelo.

No, Don Pompeyo, me dixo miéntras se iba levantando, despues de un rasgo tan noble no me permite mi honor empuñar la espada contra vos, ¿Qué diria el mundo de mí, si tuviera la desgracia de pasáros el corazon? Tendriame por un villano cobarde., si quitaba la vida á quien me pudo dar la muerte. No puedo, pues, armarme contra vuestra vida; ántes bien mi gratitud ha convertido en dulces y amorosos afectos los furiosos movimientos que agitaban mi corazon. Don Pompeyo, cesémos ya de aborrecérnos. Poco dixe: seámos amigos. ¡Ah, señor, exclamé yo, y con qué gusto acepto una proposicion tan gustosa! Desde este instante os juro una sincerísima amistad, y para dáros desde luego la prueba mas concluyente, os prometo no poner mas los pies en casa de Doña Hortensia, aun quando ella lo deseára. No admito la promesa, dixo él, ántes bien yo quiero cedéros aquella dama. Es mas razon que yo os la abandone, puesto que su inclinacion es naturalmente por vos. Nó, nó, le interrumpí: vos la amais, y los favores que me dispensaria podrian inquietáros, y así quiero sacrificarla á vuestra paz y quietud. ¡Oh, gran Español, empapado todo en nobleza y en generosidad! exclamó transportado

Ra-

Radrivil, y estrechándome entre sus brazos. Me encanta, me echiza ese vuestro nobilísimo modo de pensar. Oh, y qué remordimientos de corazon siento al oirlo! ¡Con qué dolor, y con quanta vergüenza se me viene á la memoria el villano ultrage que os hice! Paréceme ahora muy ligera la satisfaccion que os dí en el gabinete del Rey. Quiero repararla de un modo mas público, para borrar enteramente la infamia. Tengo una sobrina, de cuya mano puedo absolutamente disponer: yo os ofrezco su mano; es una heredera rica, no tiene mas que quince años, y todavía es mas hermosa que jóven.

Hice al Príncipe todos los cumplimientos, y le dí todas aquellas gracias que me podia inspirar el honor de entrar en su familia; y pocos dias despues me caséi con su sobrina. Toda la Corte se congratuló con aquel señor, por haber hecho la fortuna de un caballero á quien habia cubierto de ignominia; y mis amigos se alegráron conmigo del feliz remate de una aventura que prometia mas doloroso y mas funesto desenlace. Desde entónces acá, señores mios, vivo con el mayor gusto en Varsovia. Mi esposa me ama; y yo la amo. Su tio me da cada dia nuevos testimonios de su amistad; y puedo asegurar sin ostentacion que estoy bien puesto en el ánimo y en la gracia del Rey. Pruebas es de su estimacion la importancia del negocio que de su órden me ha traido á Madrid.

CA-

CAPITULO VIII.

Muda Gil Blas de amo por cierto accidente que sucedió.

Esta fué la historia que contó Don Pompeyo, y que oímos el criado de Don Alexo y yo, aunque nos mandáron que nos retirásemos ántes que la principiase. Hicímoslo así, mas nos quedamos á la puerta de la sala, que de propósito dexámos entornada, y pudímos oir todo lo que dixo sin perder una sola palabra. Prosiguiéron despues aquellos señores en beber; pero lo dexaron ántes del dia, porque como Don Pompeyo habia de hablar por la mañana al Ministro, era razon que le diesen tiempo de reposar algun tanto. El Marques de Zenete y mi amo se despidieron de aquel caballero abrazándole y dexándole con su pariente.

Nosotros por esta vez nos acostámos ántes de amanecer; y por la mañana mi amo me honró añadiéndome otro nuevo empleo. Gil Blas (me dixo) toma papel, tinta y pluma para escribir dos ó tres cartas que te quiero dictar, pues te hago mi secretario. ¡Brabo! dixe entre mí: esto se llama acrecimiento de títulos; y de encargos. Lacayo para ir detras de mi amo á todas partes; ayuda de cámara para ayudarle á vestir, y secretario para escribirle las cartas dictándomelas su señoría. El cielo sea loado. Voy, como

mo la triforme Hecates, á representar tres muy distintos personages. Tú no sabes (prosiguió mi amo) que fin tengo en escribir estas cartas. Voítelo á decir ; pero sé callado, porque te importa la vida. A cada paso me encuentro con gentes que me apestan alabándose de sus felices aventuras ; yo quiero sobrepujar á su vanidad, y para eso he pensado llevar siempre en el bolsillo varios villetes fingidos de diferentes damas, y leérselos quando ellos hagan necio alarde de sus conquistas. Esto me divertirá un momento, y seré mas afortunado que todos mis compañeros, porque ellos solicitan esas fortunas solo por tener el gusto de publicarlas, y yo tendré el gusto de referirlas sin los malos ratos que trae consigo el pretenderlas. Pero tú (añadió) procura desfigurar tu letra, mudando la forma de manera que los papeles no parezcan escritos de una misma mano.

Tomé, pues, pluma, tinta y papel para obedecer á Don Matias, que me dictó un billete en los términos siguientes : *Anoche faltaste á tu palabra, y no te dexaste ver en el sitio concertado. ¡Ah, Don Matias! no sé qué podrás decir para disculparte. Grande ha sido mi error; pero bien has castigado mi vanidad y la ligereza con que creia yo que todas las diversiones, y aun todos los negocios del mundo debian ceder al gusto de ver á Doña Clara de Mendoza.* Despues de este billete me hizo escribir otro como de una dama que sacrificaba un gran señor
al

al amor de su persona; y otro en el qual otra dama le decia que si estuviera segura de su discrecion y secreto, harian juntos el viage de Cytherea. No contentándose con hacerme escribir unos billetes tan bellos, me obligaba á que los firmase con el nombre de varias señoras muy distinguidas. No pude dexar de decirle que la cosa me parecia demasiadamente delicada; pero me respondió secamente, que nunca me metiese en darle consejos miéntras no me los pidiese. Víme obligado á callar y á obedecerle. Acabóse de vestir, ayudándole yo: metió los villetes en el bolsillo, y salióse de casa. Seguile, y fuímos á la de Don Juan de Moncada, que tenia convidados aquel dia á cinco ó seis caballeros amigos suyos.

Hubo una gran comida, y reynó en toda ella la alegría que es la salsa mejor de los festines. Todos los convidados contribuyéron á mantener viva la conversacion, unos con chistes, y otros contando historietas que les habian sucedido, siendo ellos mismos los heroes y protagonistas. No malogró mi amo la ocasion de que lo luciesen sus villetes y papeles amorosos. Leyólos en alta voz y en tono natural, que, á excepcion de su secretario, todos los demas pudieron tenerlos por muy verdaderos. Entre los caballeros que se halláron presentes á tan donosa lectura habia uno que se llamaba Don Lope de Velasco. Era por casualidad hombre grave y de juicio. Este en vez de celebrar,

co-

como los otros ó las imaginarias fortunas, preguntó fríamente á mi amo si le habia costado mucho la conquista de Doña Clara. Ménos que nada, le respondió Don Matias. Ella dió todos los primeros pasos. Vióme en el paseo; pagóse de mí; mandó que me siguiesen; supo quien era yo; escribióme y citóme para su casa á la una de la noche, quando todos estaban durmiendo. Fuí allá, introduxéronme en su quarto... Lo demas no sufre mi discrecion que lo diga.

Quando Don Lope de Velasco oyó aquella lacónica relacion, se turbó tanto que todos se lo conociéron, y no era dificultoso adivinar lo mucho que se interesaba en el honor de aquella dama. Todos esos billetes, dixó á mi amo mirándole con ojos torbos y ayrados, son absolutamente falsos, particularmente el de Doña Clara de Mendoza, de que haces tanta obstentacion y tanta pompa. No hay en España señorita mas reservada, ni mas circunspecta que ella. Dos años há que la obsequia un caballero que no os cede en nacimiento, ni en mérito personal, y apenas ha podido conseguir los mas indiferentes y mas inocentes favores; siendo así que se puede lisongear de que si fuera ella capaz de dispensar alguno, á ningun otro que á él los dispensaria. ¿Y quién os dice lo contrario? replicó mi amo en un tono burlon. Convengo en que es una señorita muy honesta: yo tambien soy un muy honesto caballerito, con que debeis creer que nada pasaria que no fuese honestísimo. Oh!

eso

eso ya es demasiado, interrumpió Don Lope. Dexémonos de truanerías. Vos sois un embustero; y nunca os citó Doña Clara para su casa, ni de dia ni de noche. No puedo sufrir que manchéis su reputacion. Tampoco á mí me permite ahora la discrecion deciros todo lo demas que mereceis. Y diciendo estas palabras volvió broncamente las espaldas á todos, y se retiró con un ayre que anunciaba las malas conseqüencias que podria tener aquel negocio. Mi amo, que tenia bastante valor para un señor de su carácter, hizo poco aprecio de las amenazas de Don Lope. Gran tonto! exclamó dando una carcaxada. Los caballeros andantes, como D. Quixote de la Mancha, solo defendian la *sin par fermosura* de sus damas; pero este quiere defender la *sin par honestidad* de la suya; lo que me parece mayor empeño, ó á lo ménos, mas risible extravagancia.

El retiro de Velasco, al que en vano quiso oponerse Moncada, no descompuso la fiesta. Los caballeros, sin parar mientes en eso, prosiguiéron alegrándose, y no se separáron hasta el amanecer. Mi amo y yo nos acostámos á las cinco de la mañana. El sueño ya me vencia, y habia hecho ánimo de dormir bien; pero echaba la cuenta sin la huéspeda, ó por mejor decir sin nuestro portero, que una hora despues me vino á despertar y á decirme que estaba á la puerta de la calle un mozo que preguntaba por mí. Ah maldito portero, le dixe bostezando, entre

tre enfadado y dormido, ¿ no consideras que solo há una hora que me acosté? Dí á ese hombre que estoy durmiendo, y que vuelva de aqui á cinco ó seis horas. Dice, respondió el portero, que tiene precision de hablarte luego, luego, porque es cosa de importancia, y de mucho apuro. Levantéme á estas palabras, poniéndome solamente los calzones y una almilla, y echando pestes por la boca fuí á ver lo que me queria el mozo que me buscaba. Amigo, le dixe, ? qué negocio tan urgente es el que me ha procurado el poco gustoso honor de verte tan de mañana? Una carta, respondió él, que debo entregar en mano propia al señor Don Matias, y es preciso la lea quanto mas ántes. Su contenido es de la mayor importancia, y así te ruego que me introduzcas en su quarto. Persuadido que debia ser alguna cosa de grande conseqüencia, me tomé la libertad de ir á despertar á mi amo. Perdone V. S., le dixe, si le vengo á interrumpir el sueño, pero la importancia... ¿ Qué diantres me quieres? dixo enfadado. Señor, dixo entónces el mozo que me acompañaba, es una carta de Don Lope de Velasco, que debo poner en mano propia de V.S. Tomó el billete Don Matias, leyóle, y dixo con mucho sosiego al criado de Don Lope: hijo, yo nunca me levanto hasta medio dia, aunque me conviden para la mayor diversion del mundo; mira si me levantaré á las seis de la mañana para ir á reñir. Puedes decir á tu amo, que como me espere hasta las do-

ce y media en el sitio que me dice, seguramente nos verémos en él. Dale esta respuesta; y diciendo esto volvióse á zabullir entre las sábanas, y tardó muy poco en volverse tambien á dormir.

A las once y media se levantó, y se vistió con grandísima pachorra. Salió de casa diciéndome que por aquella vez me dispensaba que le siguiese; pero no pude resistir á la curiosidad de ver en qué paraba aquel negocio. Fuíme tras de él á lo largo hasta el Prado de San Gerónimo, donde ví á lo léjos á Don Lope de Velasco que le estaba esperando. Escondíme donde sin ser visto pudiese observar á los dos; y ví que se juntáron, y que un momento despues comenzáron á reñir. Duró mucho la riña, peleando uno y otro con mucha destreza y con igual valor; pero al fin se declaró la victoria por Don Lope, quien con una estocada pasó de parte á parte á mi amo; dexóle tendido en tierra, y se escapó muy satisfecho de haber tomado venganza. Corrí exhalado á Don Matias; halléle sin sentido y casi muerto; espectáculo que me enterneció, y no pude ménos de llorar una muerte de la qual, sin pensarlo, habia yo servido de instrumento. En medio de eso y de mi justo dolor, no dexé de pensar en hacer lo que me convenia. Volvíme prontamente á casa sin decir palabra á nadie. Hice mi hatillo, en el qual por inadvertencia metí tambien algunas cosillas de mi amo, y luego que lo llevé á casa del barbero donde tenia

nia depositado el vestido de que usaba en mis aventuras, esparcí la voz de la desgracia que habia sucedido siendo yo testigo de ella. Contéla á quien me la quiso oir; pero sobre todo fuí á contarsela á Rodriguez. Este, ménos afligido que solícito en tomar las providencias oportunas, juntó á todos los criados de Don Matias, mandólos que le siguiésen, y fuímos todos al lugar de la pelea. Levantámos á Don Matias, que aun respiraba; llevámosle á casa, y murió tres horas despues. Tal fué el trágico fin del señor Don Matias, mi amo, por el imprudente gusto de leer papeles amorosos fingidos y fabricados por él.

CAPITULO IX.

Del amo á quien fué á servir Gil Blas despues de la muerte de Don Matias.

Algunos dias despues del entierro de Don Matias fueron pagados y despedidos todos sus criados. Yo entablé mi alojamiento en casa del barberillo, con quien contrage estrechísima amistad. Prometiame estar allí con mas gusto y con mayor libertad que en casa de Melendez. Como tenia algun dinerillo, no me dí priesa á buscar nueva conveniencia. Por otra parte me habia hecho muy delicado en este particular. Ya no gustaba servir á gente comun y plebeya, y aun entre la noble queria primero exâminar bien el

em-

empleo á que me destinasen. Aun el mejor no me parecia sobrado para mí, persuadido á que todo era poco para quien habia servido á un caballero rico mozo y petimetre.

Esperando á que la fortuna me presentase una casa qual me imaginaba yo merecia, juzgué no podia emplear mejor mi ociosidad que dedicándome á obsequiar á la bella Laura, á quien no habia visto desde el dia en que nos desengañámos los dos tan graciosa como pacíficamente. No me pasó por el pensamiento volver á hacer el papel de Don César de Ribera. Seria una grande extravagancia disfrazarme ya con aquel trage, y mas quando mi propio vestido era bastante decente, pudiendo pasar por un término medio entre Don César y Gil Blas, sobre todo hallándome bien calzado, peynado y afeytado, con ayuda de mi amigo el barbero. En este estado fuí á casa de Arsenia, y encontré á Laura sola en la misma sala donde en otra ocasion la habia hablado. Exclamó luego que me vió: ¿qué milagro es este? ¿eres tú? paréceme que sueño, porque creí que te habias muerto ó te habias perdido. En siete ú ocho dias no has tenido tiempo para verme? Bien se conoce que no abusas de las licencias que te conceden las damas.

Excuséme con la muerte de mi amo, y con las ocupaciones que ocurriéron, añadiendo muy cortesanamente que aun en medio de ellas tenia siempre muy presente en el corazon y en la memoria á mi amada Laura. Siendo así, me dixo

ella,

ella, se acabáron ya las quejas, y te confesaré que tambien yo te he tenido muy presente. Luego que supe la desgracia de Don Matias se me ofreció un pensamiento, que acaso no te desagradará. Dias há que oí á mi ama el gusto que tendria en encontrar un mozo que entendiese de cuentas y economía para ser su mayordomo, y llevase razon del dinero que se le entregase para el gobierno y gasto de la casa. Inmediatamente puse los ojos en tu señoria, pareciéndome que serias el mas á propósito para este empleo. Tambien me parece á mí (respondí yo) que le desempeñaria á las mil maravillas. He leido las *Economías de Aristóteles*, y por lo que toca á llevar una cuenta ese ha sido siempre mi fuerte. Pero, hija mia (añadí) una sola dificultad tengo para entrar en el servicio de Arsenia. ¿Qué dificultad? replicó Laura. He jurado, repuse yo, no servir jamas á gente comun; y lo peor es, que lo juré por la Laguna Stigia. Si el mismo Júpiter no se atrevió á violar este juramento, mira tú quanto deberá respetarle un pobre criado. ¿A quién llamas gente comun? replicó Laura con mucho sacudimiento. ¿Por quiénes tienes tú á los comediantes? ¿parécete que son por ahí algunos Abogadillos ó algunos Procuradores? Sábete, amigo mio, que los comediantes son nobles y archinobles, por los enlaces que contraen con los primeros personages de la Corte.

Siendo así, la dixe yo, cuenta conmigo, hija mia, para ese empleo que me destinas; pero

con

con tal que no me degrade, ni me haga ménos de lo que soy. No tengas miedo de eso, repuso Laura: pasar de la casa de un petimetre al servicio de una heroina de teatro es hacer el mismo papel en el gran mundo. Nosotras estámos en una misma linea con las personas de la primera distincion: los mismos equipages, la misma mesa, y en el fondo es menester que se nos confunda con ellos en la vida civil. Con efecto, añadió, si se consideran bien un Marques y un comediante en el discurso de un dia, vienen casi á ser la misma cosa. Si el Marques en las tres partes del dia es superior al comediante, el comediante en la otra parte es muy superior al Marques, porque representa el papel de Emperador ó de Rey. Esta, á mi ver, es una compensacion de nobleza y de grandeza que nós iguala con las personas de la Corte. Así es verdaderamente, respondí yo; sin duda que estais á nivel los unos con los otros. Los comediantes no son ya gentuza, como pensaba yo hasta aquí y me has metido en gana de servir á un gremio tan distinguido y tan honrado. Me alegro, repuso ella, y no tienes mas que volver de aquí á dos dias. Tomo este tiempo para ir disponiendo á mi ama á que te reciba. Hablaréla en tu favor; puedo algo con ella, y me persuado á que lograré que entres en casa.

Díla las gracias por su buena voluntad, asegurándola quedaba sumamente reconocido á sus finezas, con expresiones tales que no podia du-

dar

dar de mi agradecimiento. Siguió déspues una larga conversacion entre los dos, la que interrumpió un lacayo que vino á decirla la llamaba su ama. Separámonos; y yo salí con grandes esperanzas de que presto tendria la fortuna de escupir en Corte. No dexé de volver al plazo señalado. Ya te estaba esperando, me dixo Laura, para darte la alegre noticia de que eres de los nuestros. Ven conmigo, que quiero presentarte á mi señora. Diciendo esto me llevó á un quarto compuesto de cinco ó seis salas, á qual mas rica y mas soberviamente alhajadas.

¡Qué luxo! ¡qué magnificencia! parecióme que entraba en el quarto de alguna Vireyna, ó por mejor decir, creí estaba viendo todas las riquezas del mundo amontonadas en aquel quarto. Lo cierto es que habia en él lo mas precioso de todas las Naciones, tanto que se podia definir con mucha propiedad: *el templo de una Diosa, á cuyas aras ofrecia todo caminante lo mas raro y mas precioso de su respectivo pais.* Descubrí la Deidad magestuosamente sentada en un almohadon de brocado carmesí con franjas de oro. Era bella y corpulenta, porque habia engordado con el humo de los sacrificios. Estaba en un gracioso *desabillé*, y ocupaba sus bellísimas manos en acomodar un primoroso tocado para lucirlo aquella noche en el teatro. Señora, la dixo la criada, este es el mayordomo de que tengo hablado; y puedo asegurar á Vmd. que seria dificil encontrar otro que fuese mas á propósito.

Mi-

Miróme Arsenia con particular atencion, y tuve la fortuna de que no la desagradé. Cómo asi, Laura (exclamó ella) ¿quién te dió noticia de tan bello mozo? ya estoy viendo que me hallaré muy bien con él. Y volviéndose á mí: querido (me dixo) tú eres el que yo buscaba, y el que verdaderamente me conviene. Solo tengo que decirte una palabra ¿estarás contento de mí si yo lo estuviere de tí? Respondíla que haria quanto estuviese de mi parte para darla gusto en todo. Viéndo que estábamos acordes, me despedí prontamente para ir á buscar mi hatillo y volver á tomar posesion de la nueva casa.

CAPITULO X.

El qual no es mas largo que el antecedente.

Era poco mas ó ménos la hora de la comedia. Díxome mi nueva ama que la siguiese al teatro en compañía de Laura. Entrámos en su vestuario, donde se despojó del vestido que llevaba, y se puso otro magnífico y como lo requeria su papel. Quando comenzó la representacion me conduxo Laura á un sitio de donde podiamos oir y ver perfectamente. Gustáronme poco los farsantes por la mayor parte, sin duda porque ya estaba preócupado contra ellos en virtud de lo que habia oido á Don Pompeyo. Con todo eso fuéron muy aplaudidos, aunque algunos me hicieron acordar de la fábula del lechoncillo.

Te-

Tenia Laura gran cuidado de irme diciendo el nombre de los comediantes y comediantas conforme iban saliendo al teatro. Mas no contenta con nombrarlos, añadia siempre algun repulgo satírico correspondiente á cada uno. Este (decia) es una mala cabeza; aquel es un insolente. Aquella melindrosa que ves, cuyo ayre es mas descarado que gracioso, se llama Rosarda, y fue muy mala recluta para la compañía. Habia de ir con la que se estaba formando de órden del Virrey de Nueva España, y partir incesantemente para la América; pero se quedó acá por nuestra desgracia. Mira bien aquel astro luminoso que se adelanta, aquel bello sol que va caminando á su ocaso: llámase Casilda, y si cada uno de los amantes que ha tenido la hubiera contribuido con una piedra labrada para fabricar una pirámide, como dicen que en otro tiempo lo hizo cierta Reyna de Egipto, podria haber erigido una que llegase al tercer cielo. En fin á cada qual fué aplicando Laura su parchecico, sin perdonar ni aun á su misma ama.

Sin embargo de esto (confieso mi flaqueza) estaba yo hechizado con ella, aunque su carácter, moralmente hablando, nada tenia de bueno. Hablaba de todos mal, con tanta gracia, que me gustaba hasta su misma malignidad. En los intermedios se levantaba para ir á ver si Arsenia necesitaba algo; y en vez de volver prontamente, se entretenia tras del teatro á recoger los requiebros y los galanteos que la decian los hom-

 bres.

bres. Una vez fuí tras de ella para observarla, y vi que tenia muchos conocimientos. Noté que tres comediantes uno tras de otro la detuviéron para hablarla, y observé que usaban demasiada familiaridad. No me agradó esto mucho, y por la primera vez de mi vida, comencé á sentir lo que eran zelos. Volvíme á mi sitio tan pensativo y melancólico, que Laura me lo conoció luego que volvió. ¿Qué tienes, Gil Blas? me preguntó admirada. ¿Qué negro humor se ha apoderado de tí desde que te dexé? Tienes una cara triste y sombría, que me dá en que pensar. Y lo peor es, reyna mia, que es con sobrada razon, la respondí. Me parece que andas algo suelta, y esto me da que pensar â mi mas que á tí mi sentimiento. Yo mismo acabo de verte muy alegre y muy divertida con los comediantes. . . . Al oir esto dixo ella, soltando una grandísima carcaxada: vamos claros, que es gracioso el motivo de tu tristeza. ¡Pues qué! ¿de tan poco te espantas? esto es una friolera, y si estás algun tiempo con nosotros verás otras mil bellas cosas. Es menester, hijo mio, que te vayas haciendo á nuestras andanzas. Entre nosotros no se gastan hazañerias, ni mucho ménos se usan zelos. En la nacion cómica los zelosos se llaman ridículos, y así apénas se encuentra uno. Padres, maridos, hermanos, tios, primos, todos son la gente mas buena del mundo, y muchas veces ellos mismos son los que establecen sus familias, solicitándo las amistades &c.

Des-

Despues de haberme exôrtado á no sospechar mal de ninguno, y á no inquietarme por nada de quanto viese, me declaró que yo era el único y felíz mortal que habia encontrado el camino de su corazon, y me protestó que me amaria siempre y únicamente. Despues de una seguridad como esta, de la qual podia yo bien dudar sin miedo de que me tuviesen por hombre muy desconfiado, la ofrecí no sobresaltarme por nada; y con efecto cumplí honradamente mi palabra. Aquella misma noche la ví hablar en particular, reir y divertirse con varios hombres, sin dárseme un bledo. Acabada la comedia volvímos á casa con nuestra ama; y poco despues llegó Florimunda con tres señores viejos y un comediante, que venian á cenar en compañía de las dos. Ademas de Laura habia en casa otros tres criados; una cocinera, un cochero y un lacayuelo. Juntámonos todos para disponer la cena. El cocinero, que á lo ménos tenia tanta habilidad como la señora Jacinta, el ama del Canónigo de marras, dispuso las viandas juntamente con el cochero, que era al mismo tiempo mozo de cocina. La camarera y el lacayuelo pusiéron la mesa; yo cuidé de cubrir el aparador con la mas bella vaxilla de plata, y algunos vasos de oro: votos ofrecidos á la Deidad de aquel templo. Adornéla tambien con diferentes botellas de vinos exquisitos, haciendo de maestre sala y de copero, á fin de mostrar que era hombre para todo. Admiréme de ver el porte y ayre

de

de las comediantas durante toda la cena. Parecian unas damas de importancia, figurándose ellas mismas unas mugeres de la primera distincion. Léjos de dar á los señores el tratamiento de *Exc.lencia*, no les daban ni aun el de *Señoría*, contentándose con llamarlos por sus nombres. Es verdad que ellos tenian la culpa, porque se familiarizaban demasiadamente con ellas. El comediante por su parte, como acostumbrado á hacer el papel de heroe, los trataba tambien con mucha familiaridad: brindaba freqüentemente á su salud, y hacia los honores de la mesa. A fe (dixe entre mí) que quando Laura me dixo que un Marques y un comediante eran iguales parte del dia, pudo añadir que aun lo eran mucho mas por la noche, pues la pasaban bebiendo y juntos toda ella.

Arsenia y Florimunda eran naturalmente alegres y burlonas. Escapáronselas mil dichos tiernos, y algo mas, mezclados con favorcillos y menudencias, bien recibidas y mejor interpretadas, por aquellos viejos pecadores. Miéntras mi ama se zumbaba inocentemente con uno, su amiga, que se hallaba entre otros dos, no hacia ciertamente el papel de Susana con los que tenia á su lado. Yo estaba considerando atentamente aquel retablo (que á la verdad tenia muchos atractivos para un mozo de mi edad) quando se sirvieron los postres y la fruta. Entónces puse en la mesa las botellas de licores con los vasos correspondientes, y me retiré á cenar con

Lau-

Laura, que me estaba esperando. Y bien, Gil Blas, me dìxo, ¿qué te parece de esos señores que has visto? Sin duda, la respondí, pienso que son los amantes de Arsenia y de Florimunda. Te engañas, replicó ella: son dos cortejantes de profesion, que hacen el amor á todas sin fixarse en ninguna. Se contentan solo con un poco de agrado, y son tan generosos que pagan muy caro las friolerillas que se les conceden. Florimunda y mi ama, gracias á Dios, están ahora sin amantes, quiero decir, de aquellos amantes que pretenden levantarse con la autoridad de maridos, y quieren para sí solos todos los gustos de la casa, precisamente porque hacen el gasto de ella. A mí me va bien con esta moda, y soy de opinion que una muger de juicio debe huir de todo lo que huela á empeño particular. ¿A qué fin sujetarse á ninguno que la domine? Mas cuenta tiene ganar poco á poco su equipage, que comprarle de una vez á costa de tan impertinente sujecion.

Quando á Laura la venia el prurito de parlar (y la venia casi siempre) era irrestañable. Nada la costaban las palabras: tanta era la soltura de su lengua. Contóme mil aventuras que habian sucedido á las comediantas, y conocí por sus discursos que no podìa estar yo en mejor escuela para enterarme perfectamente en los vicios. Hallábame por mi desgracia en una edad en que estos no causan horror, y añadiase á eso que la tal niña los sabia pintar tan bien, que en ellos solo descubria placeres y delicias. No tuvo tiem-

po

po para instruirme ni aun en la décima parte de las gloriosas hazañas de las heroinas de teatro, porque no habia mas que tres horas que estaba hablando. Los señores y el comediante se retiráron al fin con Florimunda, acompañándola hasta su casa.

Luego que saliéron me dió diez doblones mi ama, diciéndome : toma, Gil Blas, ese dinero para el gasto. Mañana vienen á comer cinco ó seis de mis compañeros y compañeras : procura tratarnos bien. Señora, la respondí, con diez doblones me atrevo á dar una suntuosa comida á toda la quadrilla cómica. ¿Qué es eso de quadrilla ? repuso ella. Mira como hablas. No se debe llamar quadrilla sino compañía. Se dice muy bien una quadrilla de vagamundos ó de holgazanes ; puede decirse una quadrilla de autores ó de poetas ; pero guárdate de volver á decir quadrilla de comediantes. La nuestra es compañía ; y sobre todo los actores de Madrid merecen bien que á su cuerpo se le dé este nombre, solo á los cómicos de la legua se les puede llamar á veces una quadrilla. Pedí perdon á mi ama de haber usado una frase tan poco respetosa, suplicándola que disculpase mi ignorancia, y protestando que siempre que hablase de los señores representantes de Madrid, *colectivamente sumptos*, diria compañía, y jamas quadrilla.

CA-

CAPITULO XI.

Del modo con que vivian entre sí los comediantes, y como trataban á los autores.

Al dia siguiente muy de mañana salí á campaña para dar principio á mi empleo de mayordomo. Era vigilia; y por órden de mi ama compré buenos pollos, buenos capones, y otros pescadillos de semejante especie. Llevé á casa comida que bastaria para hartar á doce glotones de profesion en los tres dias de carnestolendas. La cocinera tuvo bien en que divertirse toda la mañana. Miéntras ella cuidaba de los guisados se levantó Arsenia de la cama, y se metió en el tocador, donde estuvo hasta medio dia. Llegaron entónces los señores comediantes Ricardo y Casimiro. A estos se siguiéron dos comediantas, Constancia y Leonor; un momento despues se dexó ver Florimunda acompañada de un hombre que tenia toda la traza de un caballero majo. El cabello roxo y rizado á la última moda, un sombrero á la inglesa, con su penacho de plumas en figura de ramillete, calzones ajustados, y de tela rica; chupa bordada con flores de oro, y medio abierta, por donde se descubria una finísima camisa con finísimos encaxes; guantes, y pañuelo de cambrai delicadísimo, depositados en la guarnicion ó empuñadura de la espada; capa larga, terciada hácia las espaldas sobre el hombro,

bro, con mucho garbo y exquisita gracia.

Con todo eso, aunque de tan buena traza, y hombre verdaderamente bien hecho, todavía me pareció descubrir en él un no sé qué de extraño que me chocaba. Es imposible (decia yo entre mí) que no sea un hombre original este personage. No me engañé en mi concepto, porque era un carácter singular. Luego que entró en el quarto de Arsenia corrió precipitadamente á abrazar á todas las comediantas y comediantes con mayor intrepidez y algazara que el mozalvete mas atronado. Comenzó á hablar, y me confirmé en mi opinion. Recalcaba sobre cada sílaba, y pronunciaba las palabras con cierto modo enfático, pomposo y gutural, accionando gesticulando, y haciendo con los ojos aquellos movimientos que, á su parecer, estaba pidiendo el asunto. Tuve la curiosidad de preguntar á Laura quien era aquel caballero. Disculpo tu curiosidad me respondió prontamente. Es imposible no tenerla al ver por la primera vez al señor Carlos Alfonso de la Ventolera. Voítele á pintar al natural. Primeramente fué en otro tiempo comediante. Retiróse del teatro por fantasía, y se arrepintió despues por razon. ¿Has reparado en su cabello roxo? pues sábete que es teñido, ni mas ni ménos como sus cejas y sus mostachos. Es mas viejo que Saturno. Sin embargo, como sus padres, quando nació, se olvidáron de hacer que se asentase su nombre en el libro de bautizados, él se aprovecha de este descuido para

ra quitarse veinte años por lo ménos. Fuera de esò, es el hombre mas satisfecho de sí mismo que quizá se encontrará en toda España. Pasó los ocho primeros lustros de su vida en una perfectísima ignorancia : y para hacerse sabio encontró despues un cierto Preceptor que le enseñó á deletrear algunas palabras Griegas y Latinas. Aprendió de memoria una multitud de cuentos y chistes, que á fuerza de repetirlos se ha llegado á persuadir que son suyos efectivamente. Hácelos venir á la conversacion aunque sea arrastrándolos por los cabellos, y se puede decir de él que lo luce su entendimiento á costa de su memoria. Finalmente, se dice que es un grande actor. Lo creo piadosamente; pero te confieso que nunca me ha gustado. Algunas veces le he oido recitar, y entre otros defectos, es muy visible el de una pronunciacion tan afectada, con una voz tan trémula que da cierto ayre antiguo y ridículo á su declamacion.

Tal fué el retrato que la señora Laura me hizo de aquel histrion honorario, de quien puedò decir con verdad que no he visto mortal mas orgulloso en todos los dias de mi vida. Queria hacer tambien del chistoso y del discreto, sacando de la manga dos ó tres cuentos, que nos encajó en tono muy estudiado, y con todo el ayre de truan. Las comediantas y los comediantes, que ciertamente no habian venido á callar, tampoco estuviéron mudos por su parte. Comenzáron á divertirse á costa de sus camaradas ausentes, á

la verdad de un modo no muy caritativo; pero este defectillo es menester absolutamente perdonársele tanto á los comediantes como á los autores. Calentóse un poco la conversacion á expensas del próximo. ¿Habeis sabido madamas (dixo Casimiro) la nueva supercheria de Lazarillo? Compró esta mañana un par de medias de seda, cintas y encaxes, disponiendo despues que un page se las presentase en el ensayo como de parte de cierta Condesa. ¡Gran maldad! exclamó el señor Ventolera con cierta risita vana y mofadorá. En mi tiempo se usaba mas realidad. Ninguno soñaba en semejantes ficciones. Es verdad que las damas aun las de mayor distincion, nos ahorraban la ruindad y el trabajo de inventarlas. Antes bien las daba la fantasía de venir ellas mismas en persona á presentarnos sus regalos. Pardiez, repuso Ricardo, que esa fantasía aun no se les ha pasado; y si fuera lícito decir todo lo que uno sabe en este punto... Pero es fuerza callar ciertos lances, particularmente quando entran en ellos personas de suposicion.

Señores, interrumpió Florimunda, suplíco á Vmds. que dexen á un lado esos lances y buenas fortunas, puesto que todo el mundo las sabe. Hablémos un poco de nuestra Ismenia. He oido que se la ha escapado de las manos aquel señor que gastaba tanto con ella. Es muy cierto, respondió Constanza, y aun diré mas: tambien acaba de perder un rico mayordomo de cierta gran casa, á quien indubitablemente hubiera dexado sin ca-

misa. Lo sé todo de buena parte. Su Mercurio hizo un fatal *qui pro quo*, trocando dos billetes, porque entregó al señor el que era para el mayordomo, y al mayordomo el que escribia al señor. Dos grandes pérdidas, añadió Florimunda. Oh! replicó prontamente Constanza, por lo que toca á la del señor, es poco considerable. Al tal caballero ya poco le quedaba que dar, porque era cortejante antiguo; pero el mayordomo comenzaba ahora su carrera. No habia hecho aun sus caravanas, y así es una pérdida muy digna de llorarse.

A esto se reduxo poco mas ó ménos la conversacion ántes de comer, y sobre el mismo asunto continuó durante la comida. Y como nunca acabaria yo si hubiera de contar todas las especies que se tocáron, todas de murmuracion y de vanidad, el lector llevará á bien que las suprima, para referirle el modo con que fué recibido un pobre diablo de autor, que, por su desgracia, llegó á casa de Arsenia hácia el fin del convite.

Entró el lacayo donde estaban comiendo, y en voz alta dixo al ama: señora, ahí está un hombre despilfarrado y mal vestido, que (hablando con el debido respeto) tiene traza de poeta, y dice que desea hablar dos palabras á Vmd. Que suba y entre, respondió Arsenia. Sin duda, señores, añadió, que es algun autor. Efectivamente era uno que habia compuesto cierta tragedia aceptada por la compañía, y traia el papel

pel que habia de representar mi ama. Llamábase Pedro de Maya. Al entrar hizo tres profundas reverencias á la compañía, sin que ninguno de ella se levantase, y ni aun siquiera le saludase. Solamente Arsenia le correspondió con una casi imperceptible inclinacion de cabeza. Fuése acercando un poco, pero siempre temblando y muy embarazado: cayéronsele de las manos los guantes y el sombrero: levantólos, y llegándose á mi ama la presentó unos papeles con mas turbacion y rendimiento que un litigante presenta á su Juez un memorial. Dignaos, madama (la dixo) aceptar el papel que tengo el honor de ofrecer á vuestros pies. Recibióle ella con la mayor frialdad y con cierto ayre de desprecio, sin dignarse siquiera de responder una sola palabra á su cumplimiento.

No por eso se acobardó nuestro autor, el qual aprovechando aquella ocasion de distribuir otros papeles, dió uno á Casimiro y otro á Rosimunda, quienes los recibiéron sin mas cortesía ni ceremonias que las que habia practicado Arsenia. Antes por el contrario Casimiro le insultó con ciertas graciosas quemazones picantes; pero el buen Pedro de Maya las llevó en paciencia, y no se atrevió á retrucarle porque no lo pagase despues su trágica composicion. Retiróse sin decir palabra, pero á mi parecer vivamente resentido del recibimiento que le habian hecho. Tengo por cierto que allá dentro de sí no dexaria de apostrofar á los comediantes co-

mo

mo merecian: y estos despues que él salió, comenzáron á hablar de los autores como acostumbraban. Paréceme, dixo Florimunda, que el señor Pedro de Maya no ha ido muy contento de nosotros.

Y bien (interrumpió Casimiro con viveza) ¿qué nos importa esto? ¿ni qué cuidado os da? ¿por ventura son dignos de nuestra atencion los autores? Si los hiciéramos iguales á nosotros seria el mejor medio para echarlos á perder. Conozco bien á esos pobres diablos, y porque los tengo tan conocidos sé que si los tratáramos de otra manera, presto se olvidarian de lo que son, y nos perderian el respeto. Tratémoslos, pues, como esclavos, y no tengámos miedo de que les apurémos la paciencia. Si enfadados se retiráren de nosotros algun tiempo, no durará mucho: el furor de escribir los hará presto volver á buscarnos, y darán gracias á Dios si nos dignamos de representar sus obras. Tienes mucha razon, dixo entónces Arsenia: solamente perdémos aquellos autores cuya fortuna labrámos con nuestra habilidad, pues lúego que los hémos acreditado y puesto en parage de que tengan que comer, se dan á la ociosidad y ya no quieren trabajar. Pero al fin la compañía se consuela, y el público tiene ménos que sufrir.

Aplaudiéron todos uno y otro discurso, concluyendo que los autores, á pesar de lo mal que los trataban los comediantes, siempre les quedaban muy obligados, porque les eran deudores

de

de todo lo que tenian. Así los abatian los histriones, haciéndolos inferiores á ellos, y ciertamente no podian despreciarlos mas.

CAPITULO XII.

Toma Gil Blas gusto al teatro, entrégase enteramente á los enredos de la vida cómica, y poco despues se disgusta de ella.

Los convidados se quedáron hablando sobre mesa hasta que llegó la hora de ir al teatro. Entónces marcháron todos á él. Seguílos yo, y ví tambien la comedia que se representó aquel dia. Gustóme tanto que resolví no perder ninguna. Así me fuí insensiblemente acostumbrando á los actores: á tanto llega la fuerza de la costumbre. Llevábanme particularmente la atencion aquellos que hacian mas gestos y mas contorsiones en las tablas, y no era yo solo de este gusto.

No me lo daba ménos la discrecion de las piezas que el modo con que se representaban. Algunas verdaderamente me encantaban: sobre todo aquellas en que se dexaban ver á un mismo tiempo en el teatro todos los Cardenales, ó los doce Pares de Francia. Aprendia de memoria muchos trozos de aquellos incomparables poemas. Acuérdome que en dos dias tomé de memoria toda entera una comedia famosa, intitulada: *La Reyna de las flores.* La Rosa era la reyna; tenia por confidenta á la Violeta, y por es-

escudero al Jazmin. No habia para mí obras mas ingeniosas que las parecidas á estas, persuadido â que hacian mucho honor á nuestra nacion.

No me contentaba con adornar mi memoría atestándola bien de semejantes maravillosas obras, sino que tambien me apliqué á perficionar el gusto; y para conseguirlo escuchaba con la mayor atencion el parecer de los comediantes. Si alababan una pieza yo la estimaba; y despreciaba todas aquellas de que les oia hablar mal. Pareciame que eran tan inteligentes en esto de comedias, como los diamantistas en piedras preciosas. Sin embargo observé que la tragedia de Pedro de Maya fué muy aplaudida, aunque ellos habian pronosticado que todos la silvarian. Pero no bastó esta experiencia para que su crítica se me hiciese sospechosa; y ántes quise creer que al público le faltaba gusto y sentido, que dudar de la infalibilidad de la compañía. No obstante me aseguraban todos que ordinariamente eran recibidas con aplausos aquellas nuevas comedias de que los actores tenian mala opinion, y por el contrario, silvadas de la mosquetería todas aquellas que ellos celebraban mas. Decíanme que era regla ó máxîma suya general hablar siempre mal de las obras, y me citaban mil exemplos de las piezas que habian desmentido sus rotales decisiones. Todo esto fué menester para que al cabo me desengañase.

Jamas me olvidaré de lo que sucedió un dia en

en que se representó una comedia nueva. Habíales parecido á los comediantes fria y fastidiosa, adelantándose á pronosticar que el auditorio se saldria ántes que se acabase. Con esta preocupacion representáron la primera jornada, que mereció grandes aplausos. Admirólos mucho esto. Representáron la segunda, la qual aun fué mas aplaudida que la primera. Y hé aquí á todos mis pobres actores desconcertados. ¡Cómo diablos es esto! exclamaba Casimiro. Representáron la tercera, que fué sin comparacion mas celebrada que las otras dos. Yo no lo entiendo, dixo Ricardo. Yo sí, dixo entónces con mucha naturalidad otro comediante. A nosotros nos pareció que tendria mala fortuna esta comedia, porque no entendímos mil delicados pensamientos y mil finísimas gracias de que estaba llena.

Desde entónces dexé de tener á los comediantes por buenos jueces, y me hice justo apreciador de su verdadero mérito. Justificaban ellos mismos todo lo ridículo que la gente instruida motejaba. Veia yo claramente que los aplausos nada merecidos tenian echados á perder tanto á los cómicos como á las cómicas, los quales considerándose como personas de suma importáncia y objetos dignos de admiracion, estaban persuadidos á que hacian gran favor al público en divertirle. Dábanme muy en rostro sus defectos; mas, por mi desgracia, su modo de vivir llegó á gustarme demasiado, y así me ví metido de pies á cabeza en el desenfreno y en la disolucion.

cion. Ni podia ser otra cosa. Todas sus conversaciones eran perniciosas á la juventud, y nada veia en ellos que no contribuyese á estragarme. Aun quando no supiera yo todo lo que pasaba en las casas de Constancia, Casilda y las demas comediantas, bastaba para perderme lo que estaba viendo en la de Arsenia. Ademas de aquellos señores ya viejos de que hablé ántes, concurrian á ella varios petimetres, y no pocos hijos de familia, que encontraban en los usureros todo el dinero que habian menester para arruinarse. Alguna vez recibian tambien à ciertos agentes de quienes se servian, los quales en vez de ser pagados por su trabajo, las pagaban á ellas porque se dexasen servir.

Florimunda vivia pared en medio de Arsenia, y todos los dias comian y cenaban juntas. Estaban las dos tan unidas que causaban admiracion en gente de su oficio, y se creia que tarde ó temprano se romperia su union á causa de zelos, vanidad ó envidia; pero las conocian mal los que pensaban así. Era muy verdadera su amistad. En lugar de ser zelosas como las demas mugeres, hacian vida comun. Gustaban mas de repartir entre sí los despojos de los hombres, que de disputarse neciamente sus amorosos suspiros.

Laura, á exemplo de estas dos ilustres compañeras, aprovechaba tambien el tiempo, no dexando malograr lo mas florido de sus años. Habiame ella dicho que veria buenas cosas, y

no me engañó. Con todo eso yo no hacia del zeloso, por haberla prometido que procuraria imbuirme en el espíritu de la compañía. Disimulé por algun tiempo, contentándome con preguntarla el nombre de los hombres con quienes la veia en conversacion particular. Siempre me respondia que era un tio ó un primo carnal suyo. ¡Oh y quánta multitud tenia de parientes! Su familia debia ser mas numerosa que la del Rey Príamo. Mas no era negocio de atenerse únicamente á su infinita parentela: hacia tambien sus excursiones fuera del árbol genealógico, y no se olvidaba de ir de quando en quando á representar el papel de señora viuda en casa de la vieja de márras. En fin, Laura (por dar al lector una justa y precisa idea de su persona) era tan jóven, tan linda y tan alegre como su ama, excepto que esta divertia al público públicamente, y la criada solo lo divertia en privado. Yo cedí al torrente, y por espacio de tres semanas me entregué á todo género de placeres y pasatiempos; pero debo decir que en medio de ellos me sentia despedazado de crueles remordimientos, efectos de mi educacion, que llenaban de amargura todas mis delicias. No triunfó la disolucion de tan saludables remordimientos: al contrario, eran mayores quanto mas me abandonaba á mis desórdenes. Comenzáron estos á causarme horror, gracias á las luces del cielo y á la docilidad de mi natural constitucion. ¡Ah desventurado! me decia yo á mí mismo.

¿Es

¿Es esto lo que esperaba de tí tu familia? ¿No te basta haberla engañado habiendo tomado otra carrera que la de Preceptor? ¿El verte precisado á servir te dispensa de cumplir con las leyes de cristiano y de hombre de bien? ¿Parécete que te puede ser de algun provecho el vivir entre gente tan viciosa? En unos reyna la envidia, la cólera y la avaricia; el pudor y la vergüenza están desterrados de otros; estos se abandonan á la intemperancia y á la pereza; aquellos al orgullo y á la insolencia. Esto es hecho: no quiero vivir mas con los siete pecados capitales.

FIN DEL PRIMER TOMO.

IN-

INDICE DE LOS CAPITULOS
contenidos en este primer tomo.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

CAP.

LI-



LIBRO TERCERO.



